CRANE BRINTON

LOS JACOBINOS

EDITORIAL HUEMUL S. A.
SANTA FE 2237 - BUENOS AIRES

LOS JACOBINOS

Título del original en inglés:
The Jacobins

Traducción castellana de
José Luis Muñoz Azpiri

Santa Fe 2237, Buenos Aires

Impreso en la Argentina

Nota preliminar

La realización de este estudio ha sido posible, en gran parte, merced a una beca del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales de los Estados Unidos. El autor agradece la ayuda de dicho organismo, así como la cooperación de los muchos archivistas y bibliotecarios de Francia que lo auxiliaron en la elaboración del trabajo. Quiere dejar especial constancia de su reconocimiento a Albert Mathiez, cuya ciencia y espíritu de colaboración se han extendido hasta el más minucioso detalle de la historia revolucionaria, así como a Pierre Caron y Michel Lhéritier. Agradece también particularmente, en los Estados Unidos, al profesor A. M. Schlesinger por haberse interesado asiduamente en una materia que no es la de su estricta especialidad, al profesor E. S. Mason y al Dr. S. E. Harris, economistas absolutamente exentos de responsabilidad por los vacíos del autor en economía política, y al profesor Penfield Roberts, que auxilió a aquél desde el principio. Parte del material incorporado en este libro ha aparecido en la *American Historical Review* y en el *Political Science Quarterly*. El autor agradece a los editores de dichas publicaciones haber permitido la utilización del citado material.

Crane Brinton

Cambridge, Massachusetts.
Noviembre de 1930.

CONTENIDO

Capítulo I

INTRODUCCIÓN

Los historiadores de hoy parecen haber convenido prácticamente en ceder el usufructo de reyes y cortesanos, de estadistas y generales, al talento adornado de los autores de biografías. La historia, siendo como es, una de las ciencias sociales, no puede, al igual que la biología, convertir en un fin en sí mismo el estudio de individuos excepcionales. El historiador debe estudiar la conducta de muchos hombres del pasado en razón de que su anhelo principal es comprender la conducta de muchos hombres del presente. Le interesa el individuo en la misma forma en que la rareza animal interesa al biólogo, debido a la luz que proyecta sobre el hombre común y hasta qué punto hace necesaria una modificación de las uniformidades en la conducta humana establecida ya por la investigación científica. También el historiador aspira a descubrir uniformidades o leyes que le permitan abstraer del caótico pasado un orden no meramente cronológico.

Una ley científica es un instrumento de predicción y potencialmente, por tanto, uno de contralor. Si pudiésemos, por ejemplo, establecer las leyes a las cuales han de obedecer las revoluciones, podríamos prevenir éstas, hacerlas menos destructivas o, en último caso, protegernos en alguna medida de ellas. ¿El conocimiento de la meteorología no nos permite acaso aminorar los daños de las tormentas o sequías?

El historiador con tales aspiraciones científicas no

puede contentarse tan sólo con el relato de acontecimientos, como la vieja historia narrativa. Toda narración es singularísima, y sus personajes existen y se mueven en razón de sí mismos o, en el peor de los casos, en razón del relato. Pero, el historiador actual deberá huir de la narración y suplantar al personaje por el valor unidad. Dantón es un personaje y desafía la generalización científica; el jacobino es una unidad y puede integrarse en una estadística tan adecuadamente como las vitaminas o un conejillo de Indias. Debemos aceptar que el historiador actual deba comportarse como algo más que un economista, un sociólogo o un filósofo, con la atención dirigida en forma bastante más que lo usual hacia el pasado. Igualmente aceptaremos que las síntesis demostrativas de hoy día requieran poco menos que una omnisciencia periodística del historiador. Pero la actual historia gravita sobre nosotros y es necesario escribirla. ¿Quién tomaría hoy como modelo a Tucídides, inclusive sin las arengas? Tal historiador, que es, sin duda, una gran figura de las letras, nada nos ha dicho acerca del régimen alimenticio de los atenienses, o de las industrias o servicios sanitarios de Atenas, así como de un sinfín de cosas igualmente interesantes para nosotros, y que a él le fueron familiares.

Nuestra actual historia social nunca debe perder, con todo, la visión de su último objetivo que es el de descubrir generalizaciones lo más cercanas posibles a las leyes científicas. Su poder de innovación descansa enteramente en este propósito científico. Herodoto escribió historia social, y los historiadores sociales de hoy día corren el riesgo de producir meras colecciones de retazos fragmentarios carentes, inclusive, de la potencia recreativa y esclarecedora de que disfrutan los de aquél. La vieja historia narrativa, aun cuando, en contraposición con opiniones sostenidas por algunos profesores en el siglo último, no bebiera enteramente en las fuentes legítimas, se vio exenta de esta particular dificultad. El historiador tuvo realmente que decidir acerca de aquello que debía narrar y aplicar a la construcción del relato, y la selección o rechazo de los materiales, principios genuinamente críticos o científicos. Pero el tema elegido incluía una cierta unidad y planteaba problemas que lo determinaban a fijarse límites a sí mismo. ¿Qué curso siguió, por ejemplo, en París y Saint-Cloud el 18 Brumario? ¿Cuáles fueron las ramificaciones completas de la candidatura Hohenzollern? ¿Qué se dijo de ella en Konopischt? En historia social, sin embargo, raramente el tema incluye un adecuado principio de unidad. Un relato de las condiciones sociales en las colonias de Nueva Inglaterra podría fácilmente, por ejemplo, degenerar en un panorama histórico inconexo, con detalles más o menos pintorescos acerca del consumo de licores fuertes, las leyes severas del puritanismo, el comercio del bacalao, los pregoneros y buhoneros, y así, por lo consiguiente, hasta un extremo inapreciable. Para salvar a la historia social del mero vagabundeo detallista es necesario presentar problemas específicos. El historiador, como el naturalista científico, debe sumergirse en los hechos en procura de una hipótesis, y cuando la ha encontrado, ensayarla respecto de dichos hechos y otros nuevos. El vasto número de hechos accesible al historiador social adquirirá, en tal modo, un significado, ya que éstos, en sí mismos, carecen de él. Ni siquiera poseen el que se adscribe a la continuidad de una sola vida humana, ya que nunca podrán decirnos acerca de los individuos Pérez o Garcías del pasado, lo suficiente como para reconstruirlos como personas, en la misma forma en que reconstruimos a Napoleón o Lincoln. Pero el hecho de que podamos averiguar algo acerca de las vidas de numerosos seres cuya personalidad última se ha perdido para siempre, puede ser precisamente la respuesta a la clase de pregunta que formula el científico social.

El tema de este estudio satisface, según creemos, los requerimientos de la nueva historia. En primer lugar, los documentos al respecto son copiosos. Las *Sociétés des Amis de la Constitution*, posteriormente las *Sociétés populaires* y, en términos históricos, los clubes jacobinos, funcionaban en toda Francia durante la gran revolución y han dejado numerosas huellas de su actividad. Prácticamente, todos ellos conservaban actas en forma más o menos parlamentaria, y mantenían correspondencia entre sí y con las autoridades públicas. Los más prósperos imprimían folletos, publicaban órganos oficiales y subvencionaban, inclusive, a teatros, con fines de propaganda [1]. Muchas de las constancias de esta actividad han desaparecido, pero los historiadores franceses descubrieron y publicaron asombrosa cantidad de material de estos clubes, quedando aún muchísimas piezas por relevar en los archivos departamentales y municipales y colecciones privadas.

En tal forma, los citados clubes resultaron claramente uno de los medios mediante los cuales la Revolución francesa se desarrolló en la forma conocida. Fueron agrupaciones políticas no oficiales, semejantes en muchos aspectos a la liga contra la Ley del Trigo, la Liga de Templanza, el Ku Klux Klan y las muchas organizaciones paramilitares de "camisas", pardas, negras, y de otros colores, creadas por los movimientos del moderno totalitarismo. Tuvieron, en una palabra, el campo franco, y fueron, en resumen, el tipo de agencias de acción política que han hecho familiar los estudios de Bryce y Ostrogorski. Muchos interrogantes pueden plantearse en torno de ellos y ser resueltos, modestamente, en forma de hipótesis. ¿Qué clase de gente, por ejemplo, ingresaba en estos clubes? ¿Ricos o pobres? Antes de la revolución, ¿habían fracasado o triunfado en sus ocupaciones diarias? ¿Eran viejos o jóvenes, pacíficos o violentos? ¿Por qué ingresaban en los clubes? ¿Qué querían que hi-

ciesen los clubes? En resumen, y concretamente, ¿qué es un jacobino? La pregunta enunciada así, probablemente no sea nueva. Taine, por ejemplo, planteósela ya con precisión. Pero aunque se esforzó a través de la imprecisión de los datos locales en hallar constancias de la crueldad y violencia jacobinas, el Jacobino que elaboró finalmente es una criatura curiosamente cerebral, hechura de Descartes, Rousseau, Robespierre y Saint-Just. Taine pudo tener razón, por supuesto, y la mejor manera para comprender al jacobino medio podría ser la de considerar el tipo excepcional. Pero el método que ofrecen las constancias de los clubes jacobinos nos brinda, por lo menos, la oportunidad de someter las intuiciones de Taine a una severa inducción. Dichas constancias, además, nos transportan a lugares fuera de París, mostrándonos a toda Francia en revolución, desde el Canal de la Mancha al Mediterráneo. Podemos aceptar nuevamente que París haya significado Francia, en lo que respecta a la revolución, y que nada importante sucediera en las provincias. Pero tal conclusión igualmente podremos comprobarla objetivamente a través de los hechos.

Hablando en un sentido ideal, todos estos documentos nos ilustran acerca de la conciencia y conducta política de varios miles de franceses en un determinado momento histórico. Por lo tanto, debiéramos poder estudiar a estos hombres con tranquilidad, al igual que los naturalistas lo hacen con una colonia de hormigas, observando qué era lo que trataban de hacer, cómo lo hicieron y aun por qué querían hacerlo. Sin duda podemos encontrar documentos que nos permitan clasificar estadísticamente algunas de las citadas características de estos franceses, y en tal modo, aplicar el método cuantitativo al estudio de la historia [2]. Podríamos encarar este conjunto de hechos no con espíritu meramente clasificador y sistematizándolos de acuerdo con cierta ordenación inherente a los hechos mismos (proceso perfectamente

factible que no es indicio, por cierto, de la existencia de un pensamiento real) sino con una mente provista ya por la experiencia de ciertas curiosidades que procuran saciarse a sí mismas, a través de los hechos. Tales curiosidades guardan, sin duda, estrecha relación con nuestros deseos. Pero si pensamos con escrupulosidad, alcanzaremos a mantener a cada uno de estos términos, a todo lo largo de nuestra especulación, en su lugar propio y natural, trátese ya del deseo subjetivo como del hecho objetivo, y aproximarnos a lo que se llama verdad científica.

En realidad, apenas resulta posible obtener en un estudio sobre los jacobinos el brusco pero armonioso ajuste entre el propio yo del pensador y el mundo externo que el pensamiento del naturalista forja en torno a lo alcanzable. En primer lugar, la documentación, por rica que sea, es imperfecta. Los mismos manuscritos tienen lagunas, sesiones omitidas y discursos de los cuales se conoce sólo la mención, así como listas incompletas de miembros. Pero difícilmente se podrán consultar todas las fuentes originales y gozar todavía de tiempo para escribir una relación de los clubes jacobinos, en general. Hay que confiar grandemente en los historiadores locales que han trabajado con el material, aunque debiendo aceptar que dicho trabajo sea muy desparejo. Algunos de esos historiadores compusieron monografías más útiles que los documentos originales de los clubes, al recurrir a textos suplementarios para enriquecer su información. Otros se contentaron con escuetos y, a menudo, inadecuados sumarios o con extractos escogidos arbitrariamente [3].

En segundo lugar, existen ciertas dificultades lógicas que son inherentes a la naturaleza del material y al tipo de interrogante que tratamos de resolver. Algunos de éstos, como el status económico y social de los jacobinos, pueden ser satisfechos mediante un proceso de computación moderadamente simple. Pero los centenares

de ejemplos de prácticas políticas, teoría y religión jacobinas, provistos por estos registros, sólo podrían ser tratados en conjunto con dificultades. No hay forma de enumerarlos o relatarlos a todos. Pero ¿cuál es la norma bajo la cual deben ser agrupados? ¿En qué medida es mucho más importante un plan de acción o una creencia surgidos en un importante centro de provincias, que un plan de acción o creencia germinados en una aldea? En el caso de que dos jacobinos planteasen un disentimiento en un club, ¿cuál de ellos sería considerado herético y cuál ortodoxo? Es infinito el número de noticias que deben lograrse de tal modo, pero esta tarea exige criterio estimativo y un sentido de apreciación que puede extenderse, quizás, más allá de la misma lógica.

Por último, el historiador de cualquier asunto relacionado con la Revolución francesa difícilmente podrá jactarse de estar libre en absoluto de prejuicios y de no sentir afectado el sector de sus emociones que responde normalmente al estímulo de abstracciones tales como libertad, humanidad, justicia y derecho. La historiografía de la Revolución francesa está henchida de nombres de escritores que en la primera página de sus obras anuncian devoción a la objetividad, la ciencia y la verdad, y, en la segunda, son víctimas de arraigadísimos prejuicios a favor o en contra de la revolución. El lector atónito quizás considere insincero al historiador, tal como alguien que, confesándose verdaderamente abstemio, ingurgitara vaso tras vaso de whisky. Tampoco debe esperarse que el espectador extranjero, por el hecho de serlo, se beneficie, en virtud del alejamiento, de una mejor penetración de las cosas estrictamente francesas, y emprenda el estudio de la Revolución con el mismo espíritu del biólogo que examina un conejillo de Indias. El hecho de no ser francés ayuda a alguien a juzgar la Revolución francesa tanto como el de no ser judío a opinar sobre la vida de Cristo. Los acontecimientos de la Revolución

francesa como los del cristianismo —o sea, aquellos en torno de los cuales se suscita la controversia—, son actualmente, propiedad común del mundo occidental.

Algo significa con todo admitir y reconocer dificultades como las enunciadas. Contribuye a ilustrar la tarea el conocimiento anticipado de que ésta deberá ser imperfecta. La gran masa de material informativo acerca de los jacobinos nos permitirá tratar de encontrar respuesta a interrogantes surgidos de nuestro actual interés por la Revolución francesa y las revoluciones en general. La más importante de estas preguntas, acaso, sea una que pertenezca a la psicología política: ¿Por qué el hombre se rebela? ¿Acaso el descontento lo hace desear un cambio económico o social? ¿Qué lugar ocupan las realidades escondidas tras la moderna terminología psicológica —"frustración", "complejo de inferioridad", "desconformismo"— en la rebelión política? Existen además otros importantes problemas, a saber: ¿cuál es el número de los revolucionarios? ¿Cuáles son las relaciones entre mayoría y minoría en la acción revolucionaria? ¿Qué efecto alcanza la propaganda revolucionaria? ¿Cuál es la relación entre idea y deseo en la conciencia de los revolucionarios?

Nos atreveremos a confiar, de tal modo, en que surja de los registros de los clubes jacobinos algún tipo de respuesta a éstas y parecidas preguntas referentes a la Revolución francesa. Tales registros no son, por supuesto, resúmenes de la Revolución francesa; no se podría escribir una historia política de la misma contando, tan sólo, con ellos. Pero proveen de los mejores medios posibles para penetrar en problemas tan puramente sociológicos como los que hemos indicado. Nos habilitan para emitir generalizaciones acerca de hombres absolutamente comunes, y aun enumerar y pesar algunas de sus acciones. Quizás estudios similares sobre un número suficiente de otras grandes revoluciones nos permitirían anticipar leyes acerca de las revoluciones y establecer una especie de ciencia de la dinámica social. Pero ésta, sin duda, representa una tarea de otro tipo. Todo cuanto queramos establecer con el presente trabajo no será verdadero sino respecto de la primera revolución francesa, lo cual podrá extenderse acaso a otras revoluciones sin que corresponda al presente estudio establecerlo.

Aun cuando estas excursiones ambiciosas en la sociología no diesen muestras de buen éxito, ¿podríamos intentar ofrecer alguna especie de respuesta a la pregunta en torno a lo que pueda ser un jacobino? No es el menor de los servicios de la nueva historiografía la facultad de dotar de precisión, de nueva materialidad, a la definición de aquellas abstracciones, de las cuales el pasado, por desgracia, está casi henchido como el presente. Detrás de la abstracción "jacobinismo" hay algo parecido a lo que existe detrás de casi todos los "ismos". Ese "algo" resulta común, por supuesto, a todos los buenos jacobinos. Puede, sin duda, no ser más que un conjunto de "ismos" menores. Pero ha soportado, sin duda, durante demasiado tiempo tal apariencia fraudulenta. Pocos estudios resultarían más interesantes que una exposición de lo que representó el jacobinismo para las generaciones del siglo XIX. Ninguno ha trazado todavía la curva de desarrollo de la leyenda jacobina, que es menos cruelmente dramática que la napoleónica, aunque ejerciera quizás un predominio superior al de ésta.

Nuestra tarea, con todo, consistirá en definir los vocablos "jacobino" y "jacobinismo" a través de un estudio de las palabras y los hechos de los miembros regulares de los clubes jacobinos. El problema se relaciona esencialmente con la eterna cuestión de las proposiciones universales. ¿Posee, acaso, nuestra generación un instrumental lógico para resolverlo en casos particulares y de categoría altamente superior al de las generaciones anteriores? En cualquier circunstancia en que dicha posi-

bilidad sea factible, es decir, que no resulte excesivamente ridícula, tendremos que recurrir al cálculo y convertir la proposición universal en otra de tipo universal y estadística. A más, podríamos vernos obligados a alcanzar lo universal mediante un proceso sospechosamente semejante al de los artistas, esto es, por una intuitiva condensación de centenares de experiencias o ejemplos reducidos a una experiencia o un ejemplo típico. Y el jacobino, en tal modo, aunque no pueda proveernos de una gran teoría acerca de la acción revolucionaria, podrá, por lo menos, presentarse como una realidad positiva.

CAPÍTULO II

ORGANIZACIÓN

I

El idioma es, a veces, una guía particularmente infiel para el historiador. A partir del momento en que los franceses tomaron en préstamo de Inglaterra la palabra "club", parecería que hubiesen hecho lo propio con la cosa designada, y los ensayistas han recurrido a menudo a este detalle para mostrar el contraste entre la facilidad y frecuencia con las cuales el anglosajón crea toda suerte de agrupaciones voluntarias y la pobreza social del francés, con tan sólo su familia interpuesta entre él y el estado. Pero cualquier tentativa destinada a descubrir los orígenes de los clubes jacobinos demuestra bien pronto que este tipo de asociación fue absolutamente natural a la Francia del siglo XVIII. No es improbable que un francés hablase de "le club" al referirse a "le cercle", "la chambre" o "la société", en la misma forma en que lo haría un inglés con el vocablo "rendezvous" respecto de "appointment" o "assignation", por parecerle distinguido y un poco romántico.

Aun cuando su proliferación, en 1790 y 1791, parecería presentarlos como una institución nueva, los clubes jacobinos contaban con antecedentes concretos en la vida social de Francia antes de la Revolución. Las variadas agrupaciones en las cuales es posible avistar un anticipo

del club jacobino, no eran, con todo, clubes políticos declarados, ya que dichos círculos difícilmente habrían podido existir bajo una forma de gobierno modelada por Luis XIV. En general, tales agrupaciones eran de dos clases: las "sociedades literarias", llamadas por Augustin Cochin las "sociedades de pensamiento" [1], y las sociedades secretas, en su mayor parte masónicas.

Las "chambres littéraires" establecidas en gran número en las ciudades provinciales de Francia, en la última parte del siglo XVIII, derivan últimamente de las academias eruditas del Renacimiento. Muestran cuán profundamente había penetrado el ejercicio intelectual en los círculos de la clase media corriente en torno a 1789. La grande Academia Francesa fue creación de Richelieu. Las academias provinciales que le siguieron y que se hallaban en plena actividad a principios del siglo XVIII, estaban compuestas todavía por representantes distinguidos del elemento local, y servían a fines eruditos. Más tarde se fundaron varias sociedades para el fomento de la agricultura y el progreso de la ilustración. Contaban con un número mayor de socios, pero limitado aún a la activa clase de los reformadores intelectuales y su objetivo fue evidentemente la propaganda. Por último, a partir más o menos de 1760 y hasta la época de la Revolución, se fundaron sociedades literarias en casi todas las poblaciones con pretensiones sociales, fuesen ya centros de la complicada administración del antiguo régimen, ya capitales de las históricas divisiones locales conocidas con el nombre de *pays*, como también puertos e inclusive ciudades mercados. Estas sociedades incluían no sólo a hombres con aficiones intelectuales sino a representantes de todas las ramas de la clase media, comerciantes, abogados, médicos o *rentiers*.

Las citadas sociedades llegaron a ser por último clubes sociales en la plena acepción inglesa del giro. La "société des Moulins" fue fundada en 1787 "para reunir

a un número de ciudadanos de todos los órdenes de la sociedad; procurarles entretenimientos respetables y permitirles el intercambio recíproco de conocimientos e ingenio". Tenía cuatro salones destinados respectivamente a lectura, conversación, juego del billar, juego de naipes y otros entretenimientos. Estaba suscrita a los principales periódicos y adquiría todos los libros de reciente edición que podían permitirle sus finanzas. La cuota de los socios, de treinta y seis libras anuales, correspondería, por lo menos, a doble cantidad de dólares de hoy [2]. El "cercle littéraire" de Castres fue fundado en 1782 para permitir a sus miembros "descansar de sus ocupaciones diarias, leer las últimas publicaciones políticas y literarias, conversar acerca de las novedades públicas, conocer los últimos acontecimientos europeos, entretenerse con juegos legítimos y, por último, gozar de las delicias de la conversación laudable y decente" [3].

Augustin Cochin compuso un estudio exhaustivo de tales sociedades en Bretaña [4], concluyendo por establecer que el carácter literario de las mismas fue tan sólo una inconsciente ficción, ya que se trataba realmente de clubes políticos que mostraron estar preparados para la convocatoria de los estados generales y dirigir las elecciones de dicho cuerpo. Los *bourgeois* que los integraban se hallaban tan completamente infundidos de la abstracta filosofía política de la época, una filosofía extensamente diseminada por medio de la literatura de los salones, que no pueden ser acusados de haber escondido sus actividades políticas bajo la máscara de la literatura. Cochin somete el programa y las ideas políticas de estas sociedades a una crítica cuyos principios derivan evidentemente de los que impusiera Taine en su estudio del tema. Volveremos más tarde sobre dicho tipo de crítica. Pero, por lo menos en lo que respecta a Bretaña, las investigaciones de Cochin han probado con certeza los siguientes puntos de vista: que las sociedades literarias or-

ganizadas cuidadosamente por comisiones de correspondencia y unidas por un comité central, influyeron en los acontecimientos políticos mediante la propaganda, las juntas secretas, las manifestaciones públicas y las campañas electorales. Debe agregarse, con todo, que esta maquinaria política bretona forjada por las sociedades literarias debe haber sido muchísimo más completa en Bretaña que en ninguna otra parte de Francia (la delegación bretona a los Estados Generales fue notoriamente partidaria de reformas absolutas en el gobierno) y que Cochin deja de lado deliberadamente el aspecto social y cultural de la vida de club. Muchos excelentes ciudadanos deben haber concurrido a su círculo para deleitarse con una "legítima" partida de naipes.

En general, no pueden caber dudas acerca de las relaciones de continuidad entre estos clubes y las variadas *Sociétés des Amis de la Constitution* que, de acuerdo al ejemplo de París, comenzaron a surgir en las provincias a fines del otoño de 1789. Muchos de los miembros de las sociedades literarias bretonas integraron posteriormente los clubes jacobinos locales. Pero, en muchos casos, la misma sociedad literaria continuó funcionando como círculo que asumía tan sólo el nombre de "Amigos de la Constitución" y establecía contacto con los jacobinos de París. La sociedad de Colmar continuó el *Tabagie Littéraire* de 1785, mientras incorporaba más socios [5]. Las sociedades de Moulins, Castres, Avranches [6], Nantes [7] y Sisteron [8] provienen de anteriores asociaciones literarias. Inclusive en Maguncia, en una parte de Alemania claramente abierta a la influencia francesa, encontramos una *Lesegesellschaft* precursora de la *Gesellschaft der Freude der Freiheit und Gleichheit* [9]. Hubo un período de transición durante el cual resultó complicado para los fundadores de nuevas sociedades elegir el título que deberían adoptar las mismas. Una sociedad fundada en Cherburgo, en abril de 1790, tomó el título de *Société littéraire des Amis de la Constitution* y tan sólo se desprendió del *littéraire* en octubre de dicho año [10]. En Nancy, el *Cabinet littéraire national,* fundado en diciembre de 1789, no asumió el título ortodoxo hasta febrero de 1790 [11]. Ningún análisis estadístico podría ser realizado actualmente con el fin de mostrar cuántos clubes jacobinos gozaron de una existencia previa como clubes literarios. Pero, puede asegurarse con certeza que en la mayor parte de las ciudades, una minoría por lo menos —la minoría más culta y próspera—, del club jacobino local, gozó de los beneficios de asociarse en sociedades literarias donde la conversación política no estaba ciertamente proscrita. ¿Cómo en realidad podría ser de otra manera en momentos en que todo verdadero hombre de letras en Francia era sociólogo?

El otro principal antecedente de los clubes jacobinos deberá buscarse, sin duda, en las sociedades secretas, especialmente en las de los francmasones. Sin embargo, tal antecedente pertenece al húmero de aquellos que el historiador de hoy no puede menos que enfrentar con un calofrío y tratar de verse libre del mismo tan rápidamente como le sea posible. Hay algo de romántico en todo lo que se refiera a sociedades secretas, algo propio de la historia de escaleras secretas, que difícilmente armoniza con la ciencia. Existe inexcusable imposibilidad de obtener información fehaciente acerca de temas vinculados a hombres que han jurado guardar secreto. Existe también el temor barato ante tales asociaciones con el cual escritores como Nesta Webster han construído melodramas filosóficos. Con todo, resulta incuestionable que muchos francmasones se encontraban entre los fundadores de los primeros clubes jacobinos en varias partes de Francia. Según Labroue, dos tercios de los francmasones de Bergerac se asociaron al club en 1791, y de los cincuenta y ocho miembros de la *société mesmérienne* (título que muestra conexiones con la Ilus-

tración) cuarenta y dos ingresaron en el club [12]. Brégail opina que en Auch y en el Gers los clubes fueron fundados por francmasones y estableció definitivamente que las autoridades de los mismos lo habían sido previamente de las logias [13]. Lo mismo parece haber sucedido en Lila, en el norte [14]. Y, en general, aquellos que han manejado documentos provenientes de los clubes —peticiones, discursos, cartas— pueden atestiguar que los tres puntos masónicos no son infrecuentes junto a las firmas. Empero, raramente aparecen en mayoría dicho tipo de firmas. El registro de la sociedad de Tolosa, por ejemplo, fundada en mayo de 1790, tiene sólo cuatro firmas de este tipo en un total de treinta y ocho [15].

Algunas prácticas, además, que aparecen tempranamente en los clubes muestran huellas del origen masónico. Tal, por ejemplo, el abrazo fraternal con el cual la autoridad de turno saluda a sus huéspedes, el uso universal de la palabra "hermano" —en los primeros minutos muchos de los oradores son presentados como el "hermano Tal o Cual"— la admisión de nuevos miembros mediante el voto secreto con el uso de bolillas negras, y, ocasionalmente, la existencia de un *maestro de ceremonias* [16]. En ocasiones, y de acuerdo al uso de las sociedades de amigos de todo el mundo, la agrupación delegaba a dos de sus miembros para acudir al lecho de un hermano enfermo, a veces, previsiones de este tipo constan en las reglas societarias [17]. Debemos recordar, finalmente, que la propia francmasonería se extingue con la Revolución y las logias no vuelven a surgir sino en la época del Imperio.

Apenas podrá estimarse objetivamente el grado en que los francmasones del siglo XVIII en Francia deban ser mirados como conspiradores. Gaston Martin ha estudiado el problema a fondo y sus conclusiones parecen justas [18]. El típico masón dieciochesco fue un *bourgeois* cultivado o un noble. Las logias fueron sin duda centros

de activa propaganda o "ilustración", como habrían preferido definir tal actividad las mismas. Los masones indudablemente trabajaron por medio de la prensa y las sociedades literarias en favor de la Revolución, redactando los *cahiers* y convenciendo al pueblo de que el cambio político era posible y deseable. Pero, no existen pruebas de un complot organizado, en el sentido melodramático de la expresión. Muchísimas personas que no eran masones cumplieron evidentes actividades políticas en las primeras sociedades.

Gran número de clubes jacobinos, sin embargo, e inclusive en los primeros años de la Revolución, no pueden ser considerados, en el momento de su fundación, ni sociedades literarias ni logias masónicas. Las circunstancias de sus orígenes varían grandemente, y proveen un ejemplo que no será, en ningún modo, el último, acerca de la extraordinaria diversidad de la vida provincial francesa, la cual ni siquiera el gobierno centralizador del Terror pudo destruir por completo. No fue raro que un club se formase con los electores escogidos en 1789 para designar diputados a los Estados Generales o, más particularmente, por comisiones del colegio electoral del tercer estado local, el cual había continuado reuniéndose después de cumplido el acto formal de la elección [19]. En Tours, el club fue fundado por radicales desconformes que no habían podido derribar al gobierno conservador de la ciudad por medio de elecciones o disturbios [20]. En Troyes, lo fue por el gobierno radical de la ciudad, el cual, comprobando que no podía ser un cuerpo gobernante afiliado a los jacobinos parisienses, se convirtió en club [21]. En Saverne, lo crearon, en abril de 1791, dos agentes miembros del club de Estrasburgo, enviados por el departamento del Bajo Rhin, para deponer al gobierno conservador de la ciudad e inocular algún fermento revolucionario en la arraigadamente clerical y realista ciudad alsaciana [22].

Más tarde, cuando el gobierno revolucionario está en su apogeo, hubo pocas aspiraciones de espontaneidad local, y los clubes fueron impuestos artificialmente por vía oficial en ciudades que evidentemente no deberían contar con tan preciosos auxiliares de gobierno autónomo.

En los comienzos de la Revolución los clubes parecían un producto político espontáneo, ya que no indirecto. El resto del territorio puede haber imitado a París, pero la imitación fue involuntaria, como sucede con toda moda. Las reglas y reglamentos del *Club littéraire et patriotique de cent*, fundado en Tolosa en mayo de 1790 por dieciséis *citoyens actifs*, todos ellos prósperos tenderos que lograron reunir finalmente un centenar de socios en el círculo [23], demuestra cuán vivos eran los hábitos del antiguo régimen y, por tanto, la naturalidad de estos aprendices de revolucionarios. El preámbulo establece que "en las asambleas de la sociedad, no se deberá hablar de la Religión, la Nación, la Ley y el Rey, sin guardarles los debidos respeto y veneración." El miembro decano de la sociedad se convertía automáticamente en la cabeza de la misma, con el nombre de *père patriote*. Podía nombrar un representante para la tarea de presidir las asambleas en su nombre y ser asistido por una junta de cuatro *ephors*, a cargo de los asuntos que deberían presentarse al club. Todas las actas del círculo debían ser precedidas por las letras E. F. P. (Egalité, Fraternité, Patriotisme) y concluídas por V. M. D. N. L R. (Vaincre ou mourir pour Dieu, pour la Nation, pour la Loi et pour le Roi). Existía un código secreto especial mediante el cual los miembros del club se identificaban mutuamente. "Habrá cuatro señales de identificación, de las cuales, la primera será alzar la vista al cielo, sin afectación, para mostrar que el amor de Dios fue el primero que anidó en el espíritu de la sociedad; la segunda, tocarse suavemente los ojos con los dedos de una mano, para mostrar

que los ojos participan de la luz que ilumina a la Nación; la tercera, ponerse un dedo en la frente, para indicar que de la mente proviene la nueva ley que reenciende el sagrado fuego de la Patria y cuarta, colocar la mano sobre el corazón para mostrar que Luis XVI, el restaurador de la libertad, ha establecido allí el sitial de su imperio". El *père patriote* es una supervivencia significativa de la "patria potestas" tan característica del antiguo régimen [24]. El respeto del trono no debe obedecer a una intención enteramente hipócrita. Y la inclinación, bastante juvenil, por el ritual de hermandad y los actos secretos, apenas requiere explicación que no sea aquella de la consabida referencia a la naturaleza humana.

II

Con la elección de los Estados Generales en la primavera de 1789 y con su transformación, a principios del verano, en una asamblea general, encargada de la tarea de dar a Francia cierto tipo de gobierno representativo, los más eficaces contertulios de las sociedades literarias y patrióticas del país comenzaron a comprobar que les correspondía el papel de gobernar a Francia. En un espacio de tiempo sorprendentemente reducido, surgieron dos instituciones, poco menos que desconocidas durante la monarquía, es decir, una prensa periódica y modernos partidos políticos. La primera de éstas no tiene relación inmediata con nuestro estudio, pero la gran organización que surgió de la junta secreta de los diputados extremistas en Versalles, conocida como el *Club Breton* [25], y que se convirtió en una de las más efectivas maquinarias partidistas de la historia, será tema fundamental del trabajo.

Nada pudo ser más natural que el establecimiento del *Club Breton*. Un cuerpo deliberativo de mil doscien-

tos miembros, sin procedimientos parlamentarios fue establecido de improviso. La asamblea constituyó en lo tocante a otras reuniones de su tipo, lo que el siglo XVIII habría llamado el estado de naturaleza. De acuerdo con las creencias filosóficas de moda, sostenidas por la mayor parte de sus miembros, debió, en verdad, haber escuchado pacientemente y con imparcialidad, toda proposición elevada a su seno y haber tomado determinaciones libremente, según los dictados de la razón. Pero, en realidad, hombres de idéntica actitud mental y con anhelos políticos semejantes, descubrieron pronto que celebrando reuniones antes de comenzar las sesiones de la asamblea, conviniendo todos ellos en votar una moción determinada cualesquiera fuesen la elocuencia y los razonamientos de los sostenedores de la moción contraria y comprometiendo el mayor número posible de colegas a votar junto con ellos, podían hacer cuanto quisieran. Uno de los grupos del tipo que señalamos, el de los diputados bretones, el cual se reunía en un café vecino a la asamblea, demostró pronto ser uno de los mejor organizados. Poco a poco, diputados de otras provincias que coincidían con los bretones en la adopción de drásticas medidas democráticas, se unieron al grupo. Pronto cundió, empero, la evidencia de que en una asamblea donde los nobles y el clero gozaban de una representación igual a la del tercer estado, ni siquiera un partido radical bien organizado podía mandar sobre una mayoría. Fuera de la asamblea podían ser reclutados nuevos partidarios; en tal modo, en la elección futura, muchos de los adelantos del partido radical podían ser contrarrestados y, en el ínterin crearse una "opinión pública" mientras algunos individuos conseguían elevar peticiones a la asamblea a título privado, alcanzar la unidad del gobierno local, en tanto los periódicos mantenían el necesario nivel de agitación. Aun antes de que la asamblea abandonara Versalles para trasladarse a París, en el propio 10 de junio, personas extrañas al grupo, hombres que no eran diputados, fueron admitidos en el *Club Breton* [26]. Después de las jornadas de octubre, los miembros de la Sociedad volvieron otra vez a París, aceptaron nuevos colegas y pusieron en marcha la Sociedad de Amigos de la Constitución. Al principio, se reunieron en una sala alquilada a los monjes de un convento jacobino en la calle Saint-Honoré, cerca del sitio donde se reunía la Asamblea Nacional. El título oficial que ostentaban era demasiado largo para el uso corriente, y constituye una ironía histórica el hecho de que el nombre de estos violentos anticlericales se identificase con la designación popular francesa de sus dueños de casa, monjes de la orden de los dominicos.

Varias sociedades locales de Amigos de la Constitución fueron fundadas en todo el territorio francés, en 1790 y 1791 y todas ellas afiliadas a la sociedad madre de París. Estudiaremos más tarde, las relaciones de estas sociedades entre sí y de las mismas con la institución central, debiendo detenernos primeramente en la estructura interna de la sociedad jacobina típica. Las actas proveen de abundante material al respecto, así como los pomposos estatutos y reglamentos, sobrevivientes en gran número. Aquí se impone una advertencia que deberemos repetir posteriormente. Los estatutos y reglamentos que gobernaban la sociedad de París servían como modelo para los clubes provinciales, pero todo examen de los detalles de la organización provincial revela un cúmulo de diversidades surgidas de variaciones, fruto del temperamento y la tradición. La relación entre París y las provincias ilustra acerca de algo más sutil que un tipo de imitación al por mayor. Los jacobinos de Marsella o de Lila jamás fueron estrictamente iguales a los de París [27].

Los estatutos y reglamentos de los clubes comien-

zan casi siempre con un preámbulo filosófico a través del cual la inteligencia local reconstruye el *Contrat social*. Luego sigue un esquema de organización, inspirado evidentemente en los procedimientos parlamentarios ingleses, con cierta adecuación a los usos de moda en Francia. Singular deleite representaba para los socios el ejercicio de las formalidades parlamentarias, la presentación de mociones, la discusión de proyectos, el pase de propuestas a comisión. Durante largos años habían hablado de política y leído textos políticos, pero nunca, hasta este bendito estallido revolucionario, pudieron gozar de la ilusión de que participaban de la tarea política, de que se gobernaban a sí mismos. No sólo habían elegido los Estados Generales sino que, merced a los jacobinos, dejaban de verse limitados al silencioso y grisáceo ejercicio de escoger representantes, pudiendo ahora proclamar de viva voz su opinión sobre todos los temas en la *tribune* del club. Cada población, por lo menos en lo que respecta a las oportunidades políticas, se convirtió en una nueva Atenas. Las primeras actas de los clubes testimonian acerca de un inconfundible deleite por el juego político, por adoptar posturas retóricas ante el público y asimilar los ritos comunes de la acción política. No nos referimos aquí a ningún deleite pueril o indecoroso como pareciera a primera vista, sino que formaba parte de una genuina y todavía casi incontaminada frescura de emoción que alentaba en las páginas del *Prelude*. Más tarde, y en pos de la consecuente terminología ideológica destinada al contagio de las masas, se sumergió en los abismos de lo irreal.

Los clubes, por tanto, con todo su contenido de ritos masónicos y la camaradería de las reuniones sociales, eran, en el fondo, círculos de debates, con organización y ambiciones parlamentarias. Existe el sistema del orador que presenta una moción, la defiende,

cede la palabra, ve pasar su propuesta a comisión y asiste a la victoria o rechazo de la misma. Los reglamentos estipulan lista de oradores, orden del debate y otros detalles de procedimiento. Los discursos casi nunca se pronuncian en la platea sino desde la *tribune*, una especie de púlpito que se alzaba de ordinario frente al sitial del presidente. La frecuencia de discursos escritos y la ausencia de auténticos debates, salvo casos personales y locales, revelan la inexperiencia francesa en la vida política, inclusive en las sesiones de París. Con frecuencia, las sesiones de los clubes, por lo menos, en los primeros años, parecen opacas y estériles, faltas de temas concretos en torno a los cuales discutir y carentes de improvisadores hábiles, capaces de transmitir calor a los debates. El club de Senlis, en 1791, se vio reducido, durante toda una sesión, a escuchar la lectura, en voz alta, de discursos pronunciados ya en París por Isnard y Condorcet y completados con un catecismo sobre los Derechos del Hombre [28].

Los funcionarios de los clubes, incluso de los más pequeños, fueron numerosos y, en la medida de su creciente importancia, elegidos por muy cortos períodos. La presidencia, posición muy codiciada por caudillos ambiciosos de la política local, fue comúnmente desempeñada por un período de dos semanas y en circunstancias excepcionales durante más de un mes. La reelección sólo fue posible, en general, después de un período de intervalo. La rotación de los cargos, doctrina sólidamente democrática, hacía el juego más entretenido e interesante. Algunos clubes contaban con vicepresidente para dirigir los debates en ausencia del titular, pero, al principio, fue práctica común que el más antiguo de los miembros presentes, el *doyen d'age*, presidiera las sesiones a falta de presidente, huella ésta de las teorías patriarcales que la Revolución iba a destruir por com-

pleto. El número de oficiales menores variaba sensiblemente de acuerdo a los diferentes clubes, pero, en general, no parece haber habido multiplicación deliberada de cargos y honores como sucediera, por ejemplo, en las sociedades de Amigos en la América del Norte. El club de Tolón tenía un presidente, cuatro secretarios, dos inspectores para la sala —cuya ocupación era la de guardar el orden—, dos inspectores encargados de las tarjetas para los socios y que velaban por que éstas no fueran transferidas a extraños, un tesorero a cargo de la percepción del importe de las cuotas, un *économe*, que llevaba los libros y la cuenta de los gastos, un archivista y un vicearchivista [29]. Todos estos funcionarios, necesariamente, tenían tareas que desempeñar y la razón por la cual había tantos, sería quizás la de que había mucho trabajo y la mayor parte de los empleados carecían de idoneidad y experiencia. Cuando los clubes dejaron de ser sociedades de debates para transformarse en asambleas locales, encargadas parcialmente de gobernar a Francia, durante el Terror, su organización se hizo un poco menos engorrosa, aunque raramente se vieran asistidas de eficacia. En Rodez, durante el Terror, el club tenía un presidente, dos secretarios, cuatro lectores —probablemente secretarios a cargo de la correspondencia y noticias—, dos censores, para preservar el orden en la galería de las damas, cuatro, para el orden de la concurrencia masculina, un tesorero y un *agent de la société* que quizás fuese una especie de gestor entre la sociedad y los funcionarios del gobierno [30]. De acuerdo a las constancias que nos han dejado, los secretarios eran bastante desatentos y negligentes. Los clubes contarían con dos, cuatro y, a veces seis de ellos, en la esperanza, por lo menos, de que alguno de los designados se hiciera presente. Dicha esperanza no siempre se cumplía. El registro de Perpiñán anota en una de sus páginas:

"25 de Brumario del año II. No hay actas por falta de secretario.

"26 de Brumario del Año II. Lo mismo.

"27 de Brumario del Año II. En razón de no hacerse aún presentes los secretarios, se ha decidido aplicar una severa medida de censura contra los mismos para el caso que no asistan a la próxima reunión".

El 28 de Brumario, finalmente, concurrió un secretario y las actas pudieron componerse [31].

No todos los clubes, por supuesto, funcionaban como este. Parecen haber seguido mejor suerte con los tesoreros, la mayor parte de los cuales alcanzó a servir por largos períodos. En Montauban, se desempeñó el mismo desde el nacimiento hasta la muerte de la sociedad, entre los años 1790 y 1795, período durante el cual las fidelidades políticas externas del club registraron extraordinarias variaciones [32]. No surgen constancias de numerosos ejemplos de malversación por parte de estos tesoreros. Sin duda, hubo estafas, pero prácticamente no dejaron huellas en las finanzas de los clubes. Debe recordarse que éstos, aun durante el Terror, no fueron cuerpos oficiales. Siempre retuvieron algo de su carácter de asociación voluntaria. Sus actas dejan mucho de ser perfectas, pero los funcionarios en conjunto parecen haberse desempeñado con bastante diligencia y en una tarea que no era pública ni privada, y que no aportó ciertamente, a la mayor parte de ellos, retribución financiera directa alguna.

A medida que la Revolución avanzaba, los clubes mostraron un cambio definido de política, en lo que respecta a la elección de socios. Al principio, las votaciones se cumplían mediante el sistema de las bolillas negras y blancas, asistidas con todo el aparato electivo de las sociedades secretas. Luego, durante un tiempo, en 1792 y 1793, y especialmente en pueblos rurales y aldeas, se realizaban mediante el voto abierto, sin mayores difi-

cultades. Por último, durante el Terror, se vuelven difíciles en extremo, aun cuando continúen siendo públicas, y como tantos muchos otros actos jacobinos, inspirados en la teoría de la voluntad mayoritaria, exige, en la práctica, algo muy idéntico a la unanimidad. Las condiciones de admisión en Limoges, en junio de 1790, presentan un ejemplo típico de las primitivas sociedades:

> "La admisión de un miembro dependerá de las siguientes condiciones:
>
> 1) Deberá ser propuesto por un miembro y, su solicitud, apoyada por otros cuatro socios;
>
> 2) No será votado hasta la tercera sesión posterior a su propuesta;
>
> 3) Durante este intervalo la proposición podrá ser discutida en cualquier momento, y los nombres del candidato y sus padrinos, serán exhibidos en un tablero especial;
>
> 4) Necesitará para ingresar en la sociedad, el voto favorable de, por lo menos, los cinco sextos de los presentes;
>
> 5) No podrá ser elegido, en absoluto, en el curso de una sesión que no cuente, por lo menos, con la mitad de los socios, a menos que la misma haya sido convocada especialmente para la elección de nuevos miembros" [33].

En Artonne la sociedad declaró que "no habrá limitación para el número de socios. Todo individuo que ame a la patria y posea pureza moral, podrá ser elegido", requiriéndose los tres cuartos de las bolillas blancas para ser candidato [34]. La mayoría necesaria para las votaciones variaba grandemente; en París, en pleno 1790, sólo se requería una simple mayoría y el cumplimiento de ciertas formalidades [35]; en Saint-Etienne, era de siete octavos [36]; en Ruán, en cambio, se exigían los dos tercios [37]. Hay una variante curiosa en el pueblo

de Sauveterre, en Rouergue, la cual muestra hasta qué punto los métodos de las sociedades secretas de la Ilustración influyeron sobre los clubes. Se requería unanimidad de votos para ser electo. Si se deslizaba una sola bolilla negra, el candidato debía abandonar la sala, y se obligaba a quien votó contra él a explicar las razones de su actitud. En el caso que la sociedad aprobase tales razones por mayoría, el candidato era excluido. De otro modo, las bolillas negras eran rechazadas y se elegía al candidato por "unanimidad" [38]. En Luneville, era más difícil ingresar en el club a los forasteros que a los habitantes del lugar; en Tulle, parece haber sucedido a la inversa [39].

Cuando las sociedades se transformaron en cuerpos estrictamente electivos, el ingreso se hizo más difícil, no tanto por lo que respecta a la parte formal cuanto a la realidad de los hechos. Se halló la solución común de crear una comisión para las elecciones, con procedimientos secretos, dedicada a examinar rigurosamente el pasado político del candidato, y rechazar o aceptar su solicitud de ingreso. El voto público del mismo se convirtió, en tal modo, en una mera formalidad. El *comité de présentation* de Dreux, en 1794, contó con un registro "en el cual constarían los nombres de todos los candidatos, sus sobrenombres, profesiones, domicilios; cómo se habían conducido a partir de la Revolución, vida y moral" [40]. Con tales datos, la comisión podía tomar una decisión definitiva. La sociedad de Beauvais utilizaba otro método para desembarazarse del aspirante no apto. Un candidato era votado por la entera sociedad, pero si lo rechazaban por mayoría, sus padrinos recibían una reprimenda del presidente, y se los suspendía durante un mes "por haber tratado de introducir en el santuario de la libertad un miembro que no podía respirar su límpido aire" [41]. En suma, el ingreso a algunas de estas sociedades lugareñas, de organización precaria, parece

haber sido en todo tiempo, bastante simple. Alguien entró a formar parte de la sociedad de Castelnau-Riviére-Basse, en el propio 1793, inscribiéndose espontáneamente en la lista de los miembros y pagando las respectivas cuotas de socios [42].

Notamos, con sorpresa, que hay en estos reglamentos pocas disposiciones acerca del establecimiento de un mínimo de edad para el ingreso de los socios. Muchos clubes impusieron, un mínimo de 18, 20 ó 21 años para el ingreso, pero permitieron cierta especie de asociación a los jóvenes, especialmente a aquellos que eran hijos de miembros. Sin embargo, como veremos, los clubes nunca completaron con jóvenes sus dotaciones, y si sus actos ofrecen para la sobria crítica conservadora un carácter de inmadurez, cabe consignar que el mismo no fue ciertamente de tipo físico.

Siendo como eran, cuerpos parlamentarios, los clubes tuvieron que contar con un sistema de comisiones. Tales comisiones no fueron sino simple expresión de la tendencia normal en los grandes cuerpos colegiados para derivar tareas —y poder— a otros cuerpos menores y más manejables. La variedad caracterizó también, en gran número, a dichas comisiones; en general, tendían éstas a multiplicarse a medida que las sociedades absorbían mayor tarea de tipo administrativo, al tiempo, que una de ellas, comunmente una especie de comisión directora, asumía en forma creciente el derecho a tomar la decisión última en todos los asuntos importantes. Tal comisión es designada indistintamente *comité de surveillance*, imposible de distinguir a menudo de la comisión legal ciudadana, de igual nombre, instituida como parte del gobierno revolucionario por decreto del 14 de frimario del año II, como *comité de recherches* o *comité central*. El *comité de recherches* aparece muy temprano en muchos clubes. Recibió severos ataques en marzo de 1791, en el club de París [43] y fue abiertamente

uno de los instrumentos mediante los cuales se preparó el Terror.

El club de Poitiers presenta válido ejemplo de sociedad antigua y arraigada. En 1791, tenía ocho comisiones cada una de las cuales contaba con un número de cinco a siete miembros y eran designadas por el presidente. Había comisiones de la correspondencia, relaciones con las asambleas gobernantes, agricultura y comercio, bien público y mendicidad, sin citar el *comité de surveillance* [44]. Tales comisiones se renovaban en intervalos mensuales o trimestrales [45]. Gran parte del trabajo que cumplían debe haber sido evidentemente inspirado en la necesidad de satisfacer la vanidad de algunos de los socios, dándoles la ilusión que tenían algo que hacer. Comisiones como las de agricultura, bien público y comercio, tan sólo en ocasiones produjeron algún proyecto de mejoras, pero había demasiadas más cosas por hacer o, al menos, por decir, como para contar con grandes probabilidades de mejoras concretas. Empero, todo aquello que los clubes realizaron en el plano de los servicios sociales fue generalmente obra de dichas comisiones, lo cual no deja de tener importancia. Considerada como anticipo del futuro, resulta, por supuesto, sumamente importante.

A medida que la revolución proseguía su curso, el gobierno de los clubes iba recayendo en la minoría más activa de sus socios. El método característico de ejercitar dicho control fue recurrir a las comisiones. En este aspecto, los clubes se asemejan al gobierno francés durante la Revolución. El poder tiende a buscar refugio en el seno de las comisiones. Dictadores, caciques, caudillos políticos, inclusive, son singularmente raros en la historia revolucionaria de Francia, aun en el plano local. Ciertos centenares de hombres demuestran bien pronto, pese a las teorías de moda, su incapacidad para llegar a ninguna decisión; las teorías cuentan con fuer-

za para impedir el caudillismo personal desenmascarado y aun la abierta oligarquía. Los grupos fluctuantes entre cinco y quince personas, que controlaron la mayor parte de las *sociétés populaires* durante el Terror, no gozaron en ocasiones de status oficial, pese a los clubes. En general, fueron comisiones constituidas para alguna función particular, que gradualmente asumieron la dirección de la política de los clubes. En Coutances, el Terror fue obra de un irregular "Comite des cinq" del club [46]. El "comité de six" de Treignac, a cargo de los pedidos de admisión al club, parece haberse convertido en una especie de comisión directora [47]. Otros clubes instituían comisiones centrales, divididas, a su vez, en subcomisiones, que controlaban completamente los asuntos del club. Una comisión de este tipo fue elegida en 1793 en Lons-le-Saunier; sus veinticuatro miembros se hicieron cargo de la tarea general de cinco comisiones, a cargo de la correspondencia, admisión de socios, vigilancia, agricultura y comercio [48]. La comisión central de 42 miembros de Niza fue inusitadamente numerosa; estaba dividida en siete subcomisiones, una de las cuales se hallaba a cargo del personal y las cuestiones de procedimiento [49].

No puede haber dudas en el sentido de que tales comisiones, cualesquiera fuese el nombre que ostentasen, trabajaron extensamente al margen de las sociedades que integraban. Esto es verdad, no sólo respecto de las comisiones centrales que agrupaban a las autoridades de la sociedad, sino aún de las comisiones menores y más especializadas. En el propio mes de febrero de 1792, encontramos a Robespierre en París protestando contra una circular expedida por la comisión de correspondencia sin consultar con el club. Pide que, en lo futuro, "ninguna comisión pueda enviar cartas o circulares sin que la sociedad entera conozca su contenido" [50]. La comisión central de Perpiñán, que comenzó a funcionar a

principios de 1791, tenía archivos propios y actuaba abiertamente respecto del cuerpo del cual dependía, como un gabinete ante el parlamento, con la salvedad de que muchísimos asuntos fueron despachados por órdenes del consejo [51]. Esto surge con mayor claridad en documentos de la sociedad de Tolosa [52]. Los miembros más activos del club se hallaban a cargo de las diversas comisiones, las cuales, de acuerdo a las constancias de tales archivos, monopolizaban en forma creciente la actividad del cuerpo. El *comité de bienfaisance, économique et d'admission* (torpe acumulación de funciones desde el punto de vista gramatical como del político) distribuía pan a los necesitados, intervenía en las dificultades laborales suscitadas entre patronos y trabajadores, supervisaba los servicios sanitarios, presentaba a varias damas virtuosas y republicanas con una dote económica suficiente como para casarse, y muchas otras cosas, la mayor parte de ellas sin consultar con la sociedad. Parece que los miembros desplazados se rebelaron finalmente suscitándose en el mes de germinal del año II una tentativa para infundir orden en el sistema de las comisiones. La sociedad se vio obligada inclusive a enviar delegados a algunas de sus propias comisiones para obtener listas auténticas de los miembros de cada una de ellas [53]. Se decretó que cada comisión tuviese once integrantes, que ningún funcionario formaría parte de las mismas, que los miembros de éstas se desempeñarían mientras contasen con la confianza de la sociedad, que nadie podría formar parte de más de una comisión, y, por último, que no se permitiría a las comisiones reunirse en conjunto e interferir en las funciones de las demás. El hecho de que hubiera necesidad de recurrir a una medida de tal naturaleza facilita la más adecuada ilustración acerca de la forma en que el sistema de las comisiones funcionaba en los clubes.

Si hemos de juzgar de acuerdo con la documenta-

ción transmitida, las finanzas de las sociedades no fueron manejadas tan torpemente como induciría a creer una crítica pesimista sobre los métodos democráticos. Tal como ya anotamos, hay pocas huellas de corrupción en las finanzas de los clubes, en parte, quizás, porque las sumas que se manejaron, por lo menos mientras el gobierno no subvencionó a dichos cuerpos, fueron raramente de gran importancia. Alquiler, mobiliario, calefacción y gastos postales o de imprenta, representaron los principales desembolsos de los primeros clubes. Las sociedades más ricas invertían también dinero en obras de caridad, celebraciones públicas, certámenes y algún otro tipo de propaganda más o menos costoso. El club de Montauban pagó, en 1791, la cantidad de 26.000 libras por sus instalaciones; en París, sólo los gastos del mismo año deben haber ascendido a alrededor de 30.000 libras [54].

A partir de 1793, los clubes comenzaron a mejorar las instalaciones donde realizaban sus asambleas e interfirieron con mayor vigor en la obra gubernativa. El Comité de Salud Pública y los diputados, descubrieron, a menudo, que valía la pena socorrer a las sociedades importantes. El Comité decreta entregar a la *société populaire* de El Havre una orden de 5.000 libras sobre el tesoro nacional, que se imputará a los 50 millones que la Convención ha puesto a disposición del comité para movilizar el espíritu popular, vigilar a los enemigos de la República en el puerto y, especialmente, establecer la sociedad partidaria en el *ci-devant* convento de capuchinos, situado en la ciudad [55]. Bentabole, comisionado de París, concedió al club de Dreux, 4.000 libras para un nuevo salón [56]. El club de Thonon obtuvo 1.500 libras para propaganda [57]. Las subvenciones alcanzaron inclusive a las sociedades más modestas. En Bourgoin, el club obtuvo 800 libras de los comisionados departamentales con el fin de adaptar el templo local para las reuniones de los socios; el dinero correspondiente debía provenir de una "tasa revolucionaria" impuesta a los ricos [58]. El club de la villa de Eymoutiers consiguió 1.200 libras con el mismo objeto, suma que era producto de una tasa revolucionaria impuesta al marqués de la Bachelerie de Châteauneuf y que entregara el representante del pueblo, Lanot [59]. Pese a todo esto, son muy pocas las indicaciones que existen acerca de despilfarro de fondos. La sociedad de Pont-á-Mousson recibió 15.000 libras del diputado Bar y recolectó 6.736 mediante suscripción pública, de las cuales gastó 16.055, en su nueva sala de deliberaciones (la instalación de galerías para el público absorbe aquí como en otras partes, las mayores erogaciones) y 7.833 en festivales públicos. Los gastos ascendieron a 23.888 libras, y las entradas, a 21.736; el déficit restante fue cubierto por miembros de la sociedad [60]. Al hacer abandono de sus funciones, a fines de 1794, el tesorero de la comisión de beneficencia del club de Tolosa entregó a su sucesor, 31.820 libras, de las cuales 2.234 y 12 "sous" lo fueron en especie [61].

Inclusive las cuotas de las cuales dependieron siempre, en alguna forma, las sociedades y con las que se sostuvieron únicamente, en un principio, fueron percibidas con aceptable regularidad. Los archivos no registran quejas de atraso en las cuotas con la misma intensidad con que lo hacen respecto de las ausencias de socios o el desorden de las reuniones. El club de Lons-le Saunier se vio obligado a decretar que "el portero visitará las casas de los socios que no se hallen al día con sus cuotas, al efecto de cobrarlas y restablecer las finanzas del club guardando cuenta debida de cada una de las contribuciones" [62]. En El Havre, parece haber habido cierta preocupación por los socios morosos; un miembro virtuoso y con sus cuentas al día, propuso citar ante la justicia de paz a aquellos que se retrasaban. Esto sucedió en mayo de 1792, y es un ejemplo interesante

acerca de cómo ya los jacobinos se habían identificado con el estado y, por supuesto, con sus poderes policiales [63]. Pero tales quejas no son numerosas y la percepción de ingresos en las sociedades voluntarias parecen haberse efectuado sin mayores inconvenientes. En Breteuil, el 30 de termidor del año II, 107 miembros de los 132 con que contaba el club, se hallaban con sus pagos al día; en Cherburgo, en marzo de 1793, tan sólo 56 socios entre cuatro o cinco centenares que componían la sociedad, estaban atrasados [64].

El monto de las cuotas en la primera época de las sociedades de Amigos de la Constitución era de 24 libras anuales, a imitación, sin duda del club de París [65], más un derecho de ingreso que variaba de 3 a 12 libras, más o menos. Solamente este dato ilustraría acerca del definitivo carácter de alta clase media que tuvieron los clubes al principio de la Revolución. Pocos problemas históricos son más difíciles de resolver que la evaluación de la moneda en el pasado; no importa el alcance científico con que el economista lo enfrente ya que lo que interesa en verdad, es establecer el valor psicológico de la moneda en la época que se estudia. Probablemente, para el norteamericano de hoy, las cuotas señaladas representarían una suma oscilante entre los 80 y 150 dólares. Algunos clubes tuvieron comienzos más democráticos. En Montauban, donde los capitalistas radicales y protestantes necesitaban atraer la mayor cantidad posible de trabajadores católicos, las cuotas eran de 24, 18, 12 y 16 libras, o simplemente gratuitas, dependiendo siempre de las posibilidades financieras del socio [66]. En Saint-Servan, en el propio 1790, las cuotas eran tan sólo de 9 libras, y los trabajadores *(ouvriers)* autorizados a pagar nada más que 3 [67]. En las poblaciones menores eran, en general, más reducidas.

A medida que progresaba la Revolución y los jacobinos sentían crecer la necesidad de contar con aliados

en las clases más humildes, el monto de las cuotas fue disminuyendo. En algunas ocasiones, los clubes intentaron manejarse con absoluta independencia económica y se apremió a los miembros para que contribuyeran con cuanto pudiesen, pero muy raramente alcanzaron fortuna en su propósito [68]. Empero, casi siempre se resolvía condonar las deudas a los más necesitados; tal como rezaban los reglamentos del club de Montignac, "los *sans-culottes* indigentes pagarán con su patriotismo" [69]. Para los demás, el monto de las cuotas variaba sensiblemente, tal como muestran las siguientes cifras anuales, escogidas, un poco al azar, en los años 1793 y 1794: 5, 6, 12, 12 y 8 libras [70]. La pequeña sociedad rural de Callas pudo sobrevivir merced a la imposición de contribuciones especiales que se realizaban de tiempo en tiempo y a medida que las necesidades del club se acentuaban [71]. Otro de los métodos arbitrados fue el de graduar el monto de las cuotas. En Caussade, la comisión de finanzas compuso una lista de miembros, con sus ingresos, pago de contribuciones, desembolsos, etc., y efectuó la siguiente clasificación de socios. Entradas anuales, a partir de 1.500 libras: cuota anual, 30 libras; de 1.200 a 1.500, 24 libras; de 900 a 1.200, 18; de 600 a 900, 12; de 300 a 600, 6; de 100 a 300, 3; y de 100 abajo, gratuita [72]. Sistemas similares se aplicaron en Auch, Vouneuil-sur-Vienne, Romans, y, sin duda, en muchos otros lugares [73]. Sociedades organizadas en tal forma difícilmente podrán ser acusadas de coquetear con el comunismo.

El problema de mantener el orden durante las reuniones de los clubes no dejó de perturbar durante todo el curso de la revolución a funcionarios y autores de reglamentos. Todos los clubes, casi desde el principio, abrieron de par en par al público las puertas de sus salas de sesiones; contaban con partes separadas dentro de estas últimas para albergar a espectadores ajenos al

cuerpo que no podían necesariamente tomar parte en las deliberaciones. En tal modo, no sólo debía velarse por el orden entre los miembros del club, ansiosos de hacer oír su voz en los debates, sino también entre los concurrentes a la asamblea, muchos de los cuales se inclinaban, por supuesto, al holgorio. Por lo demás, casi todos los clubes insistían en admitir niños a las reuniones, fundados en que nunca era demasiado temprano para enseñar al futuro ciudadano el arte de saber gobernarse. La excitabilidad del galo, nuevo mito nacional, si se la considera propia de todas y cada una de las partes de la vida francesa, asume sin duda, cierta calidad concreta en asuntos como los debates públicos.

Abundan, por tanto, en los archivos las menciones de desorden. En la sociedad o "l'assemblée", según la denominarían respectivamente, el parecer de espectadores, el de "le peuple des tribunes" es, a veces, bastante turbulento, y el presidente debe contar con poderes especiales para suspender el debate, si ello se hace necesario. Los reglamentos del club de Chablis prescriben que "como hermanos republicanos suficientemente amigos para superar las propias normas de urbanidad, los miembros podrán permanecer en la sala con el sombrero puesto, a menos que el presidente ordene quitárselos para restaurar el orden de la asamblea" [74]. En el club de Lila se sugirió que para mantener el orden, el presidente colocara respetuosamente su mano sobre el busto de Marat que se exhibía siempre en su mesa; la propuesta fue rechazada, pero se decidió finalmente que el ademán prescrito debería ser el de colocar las manos sobre la Declaración de Derechos, de la cual colgaba enmarcado un ejemplar en la parte posterior del sillón presidencial [75]. Por lo demás, y haciendo abstracción de los debates borrascosos, los miembros no parecen haber respetado siempre la dignidad de la asamblea. En Montauban, aún antes de que las sesiones fueran públicas,

cundía el desorden. Los socios se llamaban a gritos entre sí, trasladaban de sitio las sillas —a las cuales terminó por fijarse en el piso—, entraban y salían de prisa u obstruían inútilmente el ingreso [76]. Cuando algunos peticionantes perturbaron la sesión del concejo municipal de una pequeña localidad alpina "el alcalde los llamó al orden y les observó que una sesión del concejo general del pueblo no era una reunión de club jacobino y que en aquellas sesiones todo debería transcurrir normalmente" [77]. Además, los miembros ebrios siempre creaban un cúmulo de dificultades. Los reglamentos del club de Dieuze establecían: "Se recuerda a los miembros que el primer atributo de un hombre libre es el completo ejercicio de su razón y que, por lo tanto, ninguno deberá presentarse a las asambleas en estado de embriaguez ni perturbar el orden con actitudes impropias". Para los contraventores, el presidente recurría a esta fórmula: "Ciudadano: usted olvida su dignidad, ultraja la decencia; el respeto debido al pueblo soberano requiere que abandone este local" [78].

Problemas parecidos, complicados por la presencia de mujeres y niños, debieron afrontar los clubes con el público. Ya hemos visto a qué tipo de funcionarios especiales se elegía para preservar el orden en las tribunas [79]. Tal como declaró un excelente miembro de la sociedad de Chablis, "es de interés fundamental la presencia de los niños en estas reuniones, ya que es aquí donde nuestros jóvenes republicanos beberán los principios del verdadero sans-culotismo y aprenderán a conocer sus derechos" [80]. Con todo, una vez admitidos, los niños no sabían corresponder a la confianza que en ellos se depositara; por lo menos, en lo que respecta a la filosofía política. Alguna providencia debía tomarse y la sociedad decidió finalmente no permitir el acceso de niños menores de doce años, pero como éstos se las ingeniaban para entrar al local lo mismo, el club se vio finalmente

obligado a recurrir a los servicios de un portero [81] En Beauvais, la sociedad instaló a los niños en una parte separada del local, bajo la vigilancia de un cuidador especial, y dispuso, con sorpresa, "que a los menores entre doce y dieciséis años, no se les permitirá votar" [82]. En Toul, habiendo los niños "faltado el respeto a la soberana majestad del pueblo con actitudes impropias" se resolvió colocarlos junto al pie de la tribuna del presidente [83]. Un club tuvo que decidir con mala gana, que las madres concurrentes con niños *menores de seis años* deberían ser enviadas de vuelta a sus casas [84]. La presencia de mujeres fue fuente siempre de dificultades. Uno tras otro, casi todos los clubes abandonaron la práctica de franquear sus galerías a personas de ambos sexos, y dispusieron secciones especiales para mujeres. En Mayenne, un socio protestó porque los jóvenes de uno y otro sexo concurrían al club "no para escuchar discusiones políticas sino con fines completamente opuestos" [85]. Un miembro de un pequeño club normando fue expulsado por galantear excesivamente a una mujer durante una reunión [86]. En Pau continuaron surgiendo dificultades aún después de la introducción de galerías separadas para hombres y mujeres. Se presentaron quejas porque las prostitutas seguían asistiendo a las reuniones y se sentaban junto a los hombres; en general, resultó difícil mantener la separación de sexos [87]. Los jacobinos, aparentemente, gozaron de beneficios más vastos que los que han querido atribuirles los historiadores adversos.

El punto culminante de la organización jacobina es el sistema de asociación. Los reglamentos de todas las sociedades acordaban generalmente providencias respecto de la afiliación de las mismas con cualquier otro club de probada ortodoxia, pero tan sólo después de una votación por mayoría del club cuya afiliación se solicitaba. Los jacobinos de París, con los cuales todo club

de provincias trataba de lograr la consagratoria asociación [88], tendieron una red de sociedades por toda Francia. Aceptaban la afiliación directa de las sociedades provinciales más prósperas y confiaban después a éstas la tarea de unir a los clubes más modestos de la región. El club de París movía vigorosamente todo este engranaje, insistiendo en que la afiliación al mismo excluía la adhesión a otros. Los jacobinos de Lila, afiliados a los "Cordeliers" de París, famoso club de Danton y Hébert, fueron obligados a romper con éste a requerimiento del club jacobino de París [89]. La sociedad madre no permitía el funcionamiento de más de un club por localidad. Una delegación de la Sociedad de Virtud Social de Versalles, que entrevistó a los jacobinos parisienses en 1793, con el objeto de afiliarse a dicho club, recibió por respuesta que debían unirse con los jacobinos versalleses, si es que eran patriotas [90]. Tanta solidez tuvo la organización que el club de París recaudaba una pequeña contribución de los miembros de cada una de las sociedades afiliadas para costear los gastos de franqueo postal y la impresión de sus numerosas circulares [91]. En un principio, la afiliación con el club central era bastante fácil, pero a medida que se extremó el rigorismo político, se fue complicando; en mayo de 1792 se alzaron quejas contra los *feuillants* y otras gentes dudosas por integrar supuestas sociedades jacobinas. Collot d'Herbois señalaba que "lo importante no es contar con muchos afiliados; la fuerza consiste en estrechar los lazos que unen a los jacobinos, no en extenderlos, y hacerles perder, por tanto, vigor" [92]. Las afiliaciones fueron suspendidas a pedido de éste, mientras se elaboraba un método más exacto para examinar los pedidos de afiliación.

Las relaciones entre el centro provincial y las demás poblaciones regionales reflejaban la vinculación entre París y los citados centros. La sociedad de Beauvais

escribe a París: "Amigos y hermanos: nos perfeccionaremos en la medida en que prosiga nuestra correspondencia. «Sans-culottes» revolucionarios: sin vosotros, no somos nada. Somos algo por vivir sujetos a vuestros principios"[93]. A su vez, la sociedad de Ons-en-Bray escribe a Beauvais: "Os confesamos que sin vuestra ayuda nos perderemos en un mar tempestuoso que no tememos afrontar, pero cuyos escollos aún no conocemos... Las luces y experiencia que poseéis nos pertenecen a todos en el seno de la gran familia de los franceses"[94]. La sociedad de Sézanne rehusa afiliarse a la de Villenauxe-la-Grande hasta tanto ésta no suprima el sistema de voto secreto para la admisión, al cual considera contrario a la franqueza republicana, restaure, además, la más completa libertad para las discusiones sobre temas religiosos y revoque la disposición reglamentaria por la que se envía un número mayor de delegados a las exequias de un presidente que a las de un miembro ordinario, lo cual contradice el principio de igualdad[95]. Así también el pueblecito de Ars-en-Ré recrimina y llama al orden a la sociedad de una aldea cercana por una medida antirrepublicana referente al consumo de granos[96]. El club de Crest se dirigió, en corporación, a Aouste y expulsó a los miembros de la sociedad de dicha aldea tras lo cual informó del hecho al centro local, Valence, pidiendo aprobación[97]. Los clubes se regían de acuerdo a una especie de jerarquía dictada por la importancia geográfica.

La tarea de mantener comunicación entre los miembros de esta virtual federación, estaba encomendada, en cada club, a una comisión de correspondencia que, de ordinario, se veía obligada a trabajar muy duramente. Sólo desde París se precipitaba un diluvio de circulares sobre las provincias; cada club debía responder por nota, consultar con otras sociedades y enviar grandes paquetes de propaganda por toda Francia, haciéndolo, de ordinario, con franqueo postal pagado con el producto de colectas. Había quejas frecuentes por la recepción de material que no justificaban los gastos de franqueo. Se intensificaron también los viajes; al contacto epistolar entre los clubes de una misma región siguió el intercambio de visitas. En una reunión del club de Tulle, en 1790, encontramos a "los señores Laborde, padre e hijo, el primero miembro de la sociedad de Souilhac, el segundo, de la de Tolosa; a los señores Pérédieux, padre, elector, y su hijo, miembros del club de Meyssac; al señor Verdier, miembro del club de Argentat"[98]. En agosto y setiembre de 1791, el mismo club recibió comunicaciones de diecinueve sociedades de toda Francia acerca del cisma habido entre los jacobinos y feuillants, de París[99]. En los documentos de la sociedad del Havre, aparece un registro de visitantes de otras sociedades cuyas constancias cubren un período de alrededor de cinco meses, durante la primavera y verano de 1794. Tiene 113 firmas de miembros de veintinueve sociedades[100]. Algunas de las funciones de las convenciones modernas y las actuales reuniones comerciales deben haber sido llenadas por estos clubes cuyas intensas actividades de vigilancia nos prueban cada vez más, su apartamiento de las concepciones abstractas, así como de la cerrada filosofía desprovista de humanidad del siglo XVIII, en lo cual tanto insistiera Taine.

III

¿Cuál era el número de sociedades jacobinas en la red tendida en toda Francia? La pregunta descubre un interesante problema para la investigación, pero aun cuando pudiésemos ofrecer una respuesta exacta, carecería ésta de importancia fundamental frente al deseo del historiador de efectuar generalizaciones sólidas de

importancia radical. Una sociedad de tan escasa influencia como para que su nombre sólo pueda ser conocido después de exhumado de archivos revolucionarios, apenas puede haber influido en la historia. Sabemos que existieron sociedades en todas las poblaciones de importancia. El número de las que conocemos puede tan sólo ampliarse transcribiendo el de aquellas que funcionaban en pequeñas aldeas agrícolas, y tales sociedades, como la más elemental investigación demuestra, fueron a menudo vacías instituciones formales impuestas por gente extraña al lugar. La existencia de dichos clubes prueba que en tales aldeas, algunos campesinos aceptaban la Revolución, tal como se la entendía desde París. Esto no prueba que dichos campesinos fuesen jacobinos. Más importante es la pregunta acerca de la proporción de habitantes de un lugar que ingresaba al club. Igual entidad asume el interrogante acerca de la proporción de miembros de un club auténticamente interesados en la actividad del mismo. Debemos tratar de responder, de alguna manera, a cada una de estas tres cuestiones.

El interrogante acerca del número total de sociedades en la época de su mayor multiplicación —evidentemente, en 1794—, ha sido tratado por M. Chobaut en los *Annales historiques de la Révolution française*. Mediante exhaustivas pesquisas en archivos municipales y departamentales de las series "L", Chobaut pudo registrar 825 sociedades en un total de 1409 municipalidades *(communes)* agrupadas en seis departamentos de la región sudeste [101]. Igual proporción para todo el territorio de Francia ofrecería el sorprendente número de 23.600 sociedades, muy superior a cualquier cálculo previo. Cardenal, en un estudio publicado en 1929, acerca de los clubes de Francia, enumera tan sólo 2.997 [102]. Mediante el sistema de elegir cifras al azar, provenientes de varios orígenes, y relativas a cinco departamentos diversos, y manejando números demográficos de 1802, el autor ha

podido llegar a un cálculo de 6.800 sociedades para toda Francia [103].

Chobaut descubre muy pocas en la Ardèche, la Lozère y los Altos Alpes; tan sólo tres o cuatro en este último punto. Se inclina a pensar que la afición del meridional por los debates políticos es origen de la indebida multiplicación de sociedades en la región estudiada, de modo que la proporción que indica no rige para las demás regiones de Francia. Además, ciertas partes de la Vendée y Bretaña apenas podrían considerarse pertenecientes a la República en 1794. Sin embargo, búsquedas detalladas en otros departamentos acrecentarían probablemente el número total que conocemos hoy día. La cantidad real debe oscilar entre 5.000 y 8.000 sociedades, de modo que una de cada cinco, o una de cada ocho de las municipalidades francesas, poseía un club jacobino [104]. Tal proporción varía grandemente en el país, y probablemente sea la más adecuada para los clubes de Provenza y partes del Languedoc. No podemos determinar si los clubes eran más comunes en las regiones prósperas que en las pobres. En Gard, Chobaut descubre la existencia proporcional de más clubes en la llanura rica que en las zonas montañosas más pobres; en el Drôme, sucede al revés [105]. Hay algo, con todo, cierto, y es lo que cuenta más para nosotros. Los centros de vida administrativa, política y económica —los *chefs-lieux de département et de district*— posee prácticamente, sin excepción, clubes jacobinos en 1794 [106].

Para saber la respuesta a la segunda pregunta, o sea qué proporción de los habitantes se había alistado en el jacobinismo, se debería conocer previamente la respuesta a la primera. Contamos con datos completamente satisfactorios para las grandes ciudades, y un poco menos para los pueblos de toda Francia. Si consideramos los clubes de trece ciudades características e incluimos cada uno de los nombres de sus registros, a

lo largo de todo el período de existencia de aquéllos, descubrimos que, de una población de 201.959, los clubes agrupan a 9.400, o sea, una proporción de 4,2 %. Esto significa que, de cada seis hombres, uno era jacobino. Pero dicho cálculo exagera sensiblemente el número de los jacobinos en cualquier época que se considere, ya que muchos de ellos desaparecieron durante el Terror, mientras otros, a la vez, se incorporaban a las sociedades. Por lo demás, la mayor parte de los clubes entre los años 1789 y 1792 se establecieron en centros provinciales, y fueron los únicos fundados en sus distritos. La lista de sus miembros incluía muchos elementos radicales de los distritos circundantes, los cuales posteriormente se retiraron a los clubes locales. Muchos de los primeros clubes admitían también a soldados de guarnición en las ciudades donde funcionaban, y lo hacían en gran número. El club de Colmar, por ejemplo, aunque incluía a 1.037 miembros en sus registros, no pudo haber contado con más de 600, en ningún momento, y de los cuales poco más de 400 residían en la ciudad [107].

Es necesario, por tanto, referirse a un período especial de cada sociedad. Nuestros estudios se fundan en las listas de socios entre 1793 y 1795, cuando la Revolución culminaba y los clubes jacobinos mostraban su composición más característica y recurrían a las prácticas políticas más vigorosas. De las veinticinco ciudades que estudiamos, seis en total tenían una población de 334.733 habitantes y agrupaban a un total de 7.439 socios jacobinos, lo cual hace un 2,2 % del total, o sea alrededor de un adulto de sexo masculino por cada doce de ellos. Tal proporción resulta bastante consistente ya que el tanto por ciento más alto de jacobinos en los centros estudiados es de 8,5 %, y el más bajo, de 0,9 %.

Las sociedades aldeanas suscitan un problema algo diverso. En apariencia, un club de aldea, es probable

que contenga una proporción más elevada de socios entre los habitantes de la misma, que un club de ciudad. Catorce aldeas que examinamos, con 16.364 habitantes en total, cuentan con 1.392 socios agrupados en los clubes locales, o sea, un 8,5 % de la población, de modo que un hombre de cada tres, era jacobino. En ciertas aldeas del Gard, en el sudeste, y en el Alto Saona, al este, el tanto por ciento de miembros es tan alto que el club parece haber contado con representantes de casi todas las familias de la localidad. En Beauvoisin, el 19,2 % de la población total, o sea, cuatro hombres de cada cinco, integraban la sociedad; en Fleurey-les-Faverney, 15 %, es decir, 3 de cada 5, en Faverney, 11 %, uno de cada dos. En otras sociedades rurales, empero, como Charost, en el Berry, o Gaillefontaine en la Normandía, el tanto por ciento es mucho más bajo acercándose al de las ciudades [108]. Un estudio completo de las aldeas de toda Francia presentaría, sin duda, la misma especie de variación regional. El hecho no es tan importante como pareciera a simple vista. La existencia de numerosos clubes aldeanos con gran número de socios demuestra que la región a la que pertenecen no es realista ni decididamente clerical, pero es esto lo único, acaso, que podría probarse. Los campesinos eran demasiado iletrados, demasiado inmunes al contagio de las ideas, demasiado ceñidos al principio de la propiedad privada, como para haber sido buenos jacobinos, inclusive, en el propio 1794. Probablemente, la existencia de mayor y más amplio número de sociedades rurales en una región respecto de otra, sea fruto de los poderes organizadores del representante enviado por París o del celo de la sociedad existente en la capital del departamento. Las sociedades rurales cuentan con un cierto interés propio y, volveremos sobre ellas, tratando que no influyan muy seriamente sobre nuestros cálculos.

Si aceptamos que la proporción de aproximadamente un 2 % de la población total, ofrecida por nuestros

cálculos, sea justa, y que la ausencia de sociedades rurales en muchas regiones sirva de compensación al número de inscripciones, proporcionalmente mayor, podemos arriesgar el cómputo de 500.000 para el total de jacobinos afiliados en Francia durante el Terror. Dicho cálculo se refiere, por supuesto, a los jacobinos puros, a los secuaces de la Montaña. Si quisiéramos incluir a todos los que, en un tiempo u otro, se identificaron espontáneamente con todos los clubes (la generalidad de los cuales sería extremista ya que difícilmente habría podido ser sindicada de conservadora, inclusive en el propio 1790), nuestro estudio podría proveer de una base adecuada para dicho cálculo, facultándonos para fijar en 1.000.000 el límite máximo de la afiliación jacobina [109].

Para Taine, así como para otros escritores del siglo XIX, el número de afiliados jacobinos parecía escandalosamente pequeño; para nosotros, que somos más escépticos y, quizás, más tolerantes respecto de los modos de la democracia, puede parecer sorprendentemente grande. Que un hombre de cada doce, o acaso, de cada seis, invierta considerable parte de su tiempo —y, en muchos casos, mayor parte— en los asuntos públicos, prueba fehacientemente la existencia de una edad ática, de una era heroica.

Sin embargo, los franceses del período revolucionario no estaban tan contraídos a la política como querría indicarlo el número de gente inscriptas en los clubes. Al tratar de despejar nuestro tercer interrogante, o sea la proporción de jacobinos en los clubes realmente activa, descubrimos toda una serie de quejas acerca de ausencias no justificadas, abandono prematuro de las sesiones, renuncia a servir en las comisiones e incapacidad general para ponerse a la "hauteur des circonstances". Bastan algunos ejemplos. Los inscriptos en Avallon eran 150 y, tan sólo, encontramos a 23 miembros presentes en la sesión del 20 de brumario, del año

II; 28 en la del 25, y 26 en la del 28 [110]. En Nuits-Saint-Georges, con más de 100 miembros, se presentaron sólo 24 en la sesión del 8 de diciembre de 1791; 19, en la del 12; 27, en la del 14, y 25 en la del 16 [111]. En Montbard, donde había 70 socios, solamente trece concurrieron a la reunión del 1º de setiembre de 1793, todos los cuales resolvieron escribir a sus cofrades para estimularlos a una mejor asistencia, solicitando además, incluir en los reglamentos una providencia que determinara la expulsión inmediata de todo aquel que no concurriese sin motivos legítimos, a tres reuniones suesivas de la sociedad [112]. El club de Senlis, tenía, en mayo de 1792, alrededor de 120 socios; se pasó lista a partir de las reuniones que comenzaron el 9 de mayo y con los siguientes resultados: 12, 8, 11, 12, 19, 7, 10, 8 y 26 (debióse esto a una visita especial del constitucional, obispo Massieu), 11, 17, 10 y 7 [113]. En El Havre, con 797 miembros autorizados para votar, sólo 146 lo hicieron en una elección de presidente. A principios de 1794, el club tenía 350 socios y solamente 92 votaron para que se formase un comité de *épuration* [114]. Dichos ejemplos podrían multiplicarse al infinito. Los propios asistentes a las galerías comenzaron a aburrirse. El club de El Havre llegó a rechazar dos veces la propuesta de que hubiese separación de sexos en las galerías fundado en la evidentísima razón de que tal medida reduciría el número de concurrentes [115].

Todo esto no ofrece, claro está, ninguna descripción amable del curso de la historia jacobina. Prueba tan sólo que, en ausencia de estímulos o propósitos especiales, la mayor parte de los socios se abstenía de concurrir a las reuniones. Había un pequeño núcleo de gente consecuente y otro mayor que mostraba su fidelidad tan sólo en circunstancias extraordinarias. Éstos no eran, necesariamente, malos jacobinos. La mayor parte de ellos deberían ser clasificados como honestos prosélitos,

en la misma forma que en el mundo actual, gran parte de la gente que no concurre a los servicios religiosos tiene que ser considerada buena cristiana. El jacobino insincero, el realista disfrazado, sería, sin duda, el último en dejar de concurrir al club; su propio instinto de conservación le sugeriría puntual asistencia a las reuniones. Las inscripciones revelan, en conjunto, a hombres deseosos de aceptar las doctrinas jacobinas, pero no tanto de hacer lo propio con las responsabilidades inherentes a las mismas. Se cuenta que sólo una reducida proporción de los inscriptos se dedicó a cumplir con las tareas esenciales. En todos los cuerpos políticos, desde las comisiones a los gobiernos ocasionales, tanto la dirección como el trabajo, tienden inevitablemente a recaer en una minoría. La participación personal y activa en el gobierno tampoco interesa actualmente a la mayor parte de los hombres. Los jacobinos eran proporcionalmente mucho más numerosos que cualquier sociedad política voluntaria de los actuales Estados Unidos con la posible excepción de cuerpos tales como la Liga de Templanza; y, sin duda, el jacobino medio tuvo más real responsabilidad política que un miembro de la citada liga, o del Ku Klux Klan, o aun de Tammany Hall, si queremos proseguir la lista.

CAPÍTULO III

ASOCIACIÓN

I

La estadística nos resultará mucho más útil que la enumeración aislada. Existe documentación suficiente como para permitir un examen estadístico de la riqueza, las ocupaciones, el lugar de nacimiento, la residencia y la edad de los jacobinos [1]. Tales características, en verdad, tienen un sentido externo; no afectan necesariamente al jacobinismo como estado de alma. Pero dichos estados no pueden ser computados numéricamente en tanto la riqueza, las ocupaciones, el lugar de nacimiento, la residencia y la edad de un hombre, sirven de mucho para componer una imagen de éste como animal político. Quizás no al punto en que lo suponía la interpretación económica de la historia, más sí hasta un extremo que no puede ser descuidado por el historiador razonable. La lección de dichos documentos nos permitirá inscribir al jacobino normal en una "clase" económica y social y resolver si dicha clase es alta, media o baja, o sea, noble, burguesa o proletaria.

Pero, acaso, podamos ir más lejos y usar este método estadístico para investigar una cuestión sociológica no del todo ajena a nuestra búsqueda de una definición del jacobinismo. Circula una teoría —mejor dicho, una opinión— de que todas las revoluciones violentas son obra de hombres descontentos con la sociedad contra la

cual se rebelan y que casi siempre lo hacen porque dicha sociedad se halla en quiebra. Son víctimas de desconformidad, y dicha desconformidad, salvo para unos pocos "descarriados superiores", asume generalmente la forma de la inferioridad económica. Los revolucionarios violentos son hombres pobres o que no han podido triunfar en la vida. Las revoluciones son esencialmente levantamientos de lo impropio contra lo adecuado. Tales opiniones sociológicas no están limitadas solamente a escritores como Lothrop Stoddard, la señora Nesta Webster y, sin duda, muchos periodistas contemporáneos norteamericanos. Son discernibles en Taine, quien, con todo, pensaba que el *ancien régime* era un mal gobierno; en la obra de Augustin Cochin y, más aun, en la de Pierre Gaxotte, para el cual, el *ancien régime* era esencialmente razonable. Sea como fuere, la teoría de la desconformidad se halla lo suficientemente difundida como para merecer los honores de un examen. Para el caso que nos preguntemos, si los socios comunes de los clubes jacobinos habían fracasado o triunfado en sus respectivas profesiones, podríamos, en lo que respecta, por lo menos, a la Revolución francesa, someter a prueba dicha teoría.

Nuestras fuentes de información son suficientemente adecuadas para permitir una respuesta estadística a este interrogante. Una vez provistos de la información, o sea de los nombres, residencia, edad y profesión de cada uno de los jacobinos de un determinado club, podemos encontrar a cada uno de ellos en las listas de contribuyentes directos de la ciudad a la cual pertenecen, en los momentos finales del *ancien régime*, y saber cuáles eran los impuestos que pagaban. Al comparar el término medio de los impuestos que satisfacían con el término medio de los que pagaban los no jacobinos, según surge de la misma lista, podemos ubicar a aquéllos, casi con exactitud, en la vida corriente de la comunidad a la cual pertenecían. Durante el período revolucionario

no siempre se elaboraron listas de contribuyentes; las que hoy poseemos, aparecieron generalmente olvidadas en legajos sin catalogar. Pero muchas propiedades confiscadas, por valor de millones de francos, fueron vendidas por el gobierno, y las listas de sus compradores se encuentran dondequiera. Podemos averiguar fácilmente cuántas propiedades adquirieron los jacobinos y saber así cuántos de ellos contaban con fondos para tales inversiones.

Tal dato no disfrutará, por supuesto, de la exactitud relativa de un estudio sobre la demografía contemporánea. Sus limitaciones surgen al vivo cuando tratamos de clasificar a los jacobinos de acuerdo con la profesión. En primer lugar, no hay constancias de las ocupaciones de alguno de ellos. Otros, eran demasiado jóvenes como para ejercitar un trabajo provechoso, ya que los clubes frecuentemente admitían a los hijos de los socios desde los dieciséis años y, en ocasiones, desde los doce. Muchos eran *rentiers*, figuras ya familiares en la Francia dieciochesca. Algunas omisiones provienen de la negligencia de los secretarios al redactar la nómina de socios, la cual, de todos modos, carecía de carácter absolutamente oficial. De todas formas, puede concluirse con seguridad que la categoría de "sin ocupación" no implicaba, por sí misma, una credencial de pobreza. No es muy arriesgado presumir que la definición se refiriese a hombres de igual calidad que los demás socios de los clubes, y careciera, por tanto, de sentido positivo. No todo es claro, inclusive, al computarse las mismas ocupaciones. La voz *négociant* al igual que la norteamericana "business man", indica mayor riqueza y posición social que las de *marchand* y su equivalente "shopkeeper". La diferencia que merece anotarse se establece entre la alta y la baja clase media, y aun cuando ambas definiciones sean usadas con bastante imprecisión y muchas veces el titulado *négociant* apenas revista categoría de ambicioso

marchand. La nivelación revolucionaria habría abolido también los viejos distingos entre *avocat, procureur* y *notaire* y comprobamos que tanto el abogado de éxito como el escribano humilde son, a menudo, considerados como *hommes de loi*. De igual modo, un *officier de santé* puede ser un gran cirujano o un simple barbero. Pero las dificultades más serias surgen ante los campesinos. Evidentemente, lo que más interesa conocer al respecto, es saber si éste es propietario, arrendatario o trabajador agrícola sin tierras, datos que, por desgracia, resultan casi imposible de determinar a través de dichas listas. *Propiétaire, métayer* y *journalier* corresponden perfectamente a "propietario", "arrendatario" y "trabajador agrícola", pero tales términos son mucho menos usados que los ambiguos *laboureur, agriculteur* y *cultivateur*, de los cuales, el primero, implica generalmente propiedad, el último, carencia de la misma o propiedad muy reducida, y el segundo, no indica absolutamente nada. Así, nuestra clasificación de la gente de campo, en propietarios y no propietarios, no puede menos que ser azarosa, excepto para algunas localidades.

Hay, además, otra dificultad. A lo largo de la Revolución, el personal de los clubes varía considerablemente de acuerdo al ritmo de las proscripciones o renuncias de los moderados y el reclutamiento de extremistas. No es verdad, como se sostiene, que 1793, el año de la derrota de los girondinos, fuera índice de la mutación completa del cuadro político; pero, en el otoño de dicho año hubo, en la mayor parte de los clubes, un período de renovada energía que corresponde a una renovación parcial de los socios. Podríamos así clasificar en tres grupos a los clubes de los cuales poseemos estadísticas: 1) uno, en el cual están incluidos todos los nombres que figuran en los registros del club, desde su fundación hasta el final; 2) otro, que incluye tan sólo a miembros del período 1789 a 1792; 3) este último, en el cual

se inscribe solamente a los socios de 1793 a 1795. El examen de la distribución de profesiones en estos grupos permitirá elaborar un cálculo aproximado sobre la forma en que la Revolución pudo reclutar prosélitos en las capas sociales más bajas. Debemos decir un "cálculo aproximado" porque aparte de las dificultades de identificación y clasificación mencionadas anteriormente, no ha sido posible integrar un solo club en ninguno de estos grupos. Los registros son tan defectuosos, sobre todo en lo que se refiere a los socios anteriores a 1793, que el historiador deberá contentarse con estudiar un grupo variado de sociedades. Por fortuna, el tercero, que abarca el período de 1793 a 1795 es el más numeroso; en tal lapso la Revolución alcanzó su máximo de acción *social* en oposición a la actividad meramente *política*.

De modo que, con el simple estudio de las ocupaciones, podemos extraer conclusiones tales como la referente a la posición social de los jacobinos. Pocos, muy pocos, de dichos desocupados eran antiguos nobles. Un estudio de las constancias individuales de ciertos clubes revela, en ocasiones, la presencia en el mismo 1794, de algunos nobles que habían conseguido ocultar su nacimiento. El jefe local, en Saverne, era un aristócrata. Cuando el clero y la nobleza, en lo más crudo del Terror, fueron excluidos reglamentariamente de los clubes, el citado jefe dimitió del cargo entre los sentimientos de pesadumbre de sus colegas y continuó dirigiendo la sociedad entre bambalinas [2]. Pero, advirtamos que desde el principio, los nobles fueron excepción entre los jacobinos. Para nuestro propósito, realmente no cuentan. Lo que interesa saber es si los jacobinos, a través de sus ocupaciones, deben ser considerados como *bourgeois* o trabajadores, como profesionales, comerciantes, artesanos o jornaleros. Resolvámonos por el momento, y arbitrariamente, a designar a abogados, sacerdotes, maestros, artistas, y otros representantes de las profesiones

liberales, así como a hombres de negocios, tenderos y funcionarios públicos, con el nombre de *bourgeois;* consideremos, además, a remendones, albañiles, carpinteros, cerrajeros y otros artesanos junto con los soldados, como miembros de la clase trabajadora, y dejemos aparte a los campesinos, por cuanto en la mayor parte de los clubes resulta imposible saber cuáles eran propietarios o no propietarios. Nos desentenderemos igualmente de aquellos que aparecen con profesión no confirmada ya que no existen razones para suponer que comprenda a hombres de posición diversa de los anteriores. Los doce clubes del grupo I (1789-1795) incluirían, por tanto, a un 62 % de burgueses, un 28 % de trabajadores y un 10 % de campesinos; los doce clubes del grupo II (1789-1792), seis de los cuales se integran igualmente en el I, incluirían un 66 % de burgueses, un 26 % de trabajadores y un 8 % de campesinos; los cuarenta y dos clubes del grupo III, contarían, en el momento culminante de la revolución social, con un 57 % de burgueses, un 32 % de trabajadores y un 11 % de campesinos. Los tenderos (almaceneros, pañeros, molineros, sastres y comerciantes al por menor) representan 12, 10 y 17 %, en cada grupo, respectivamente; los hombres de negocios, *négotiants,* 7, 9 y 8 %, y los profesionales, 19, 24 y 18 %. En lo que respecta a los campesinos, observamos que en diez aldeas donde podría trazarse cierta especie de línea divisoria entre propietarios y no propietarios, la proporción es de alrededor de seis a cuatro, en favor de aquéllos, todos los cuales son, sin duda, pequeños propietarios [3].

Tal clasificación ignora, por supuesto, la alternativa entre frustrados y triunfadores. Un abogado pobre se considera a sí mismo tanto un caballero como un miembro de la *bourgeoisie* o la riqueza. Podemos ubicar, con seguridad, a profesionales y hombres de negocios en la clase media aunque muchos de ellos, sin duda,

perteneciesen a los estratos superiores de dicha clase. Los tenderos integran esta última, si no en los hechos, por lo menos en la aspiración. Igualmente, los empleados y funcionarios públicos. Los campesinos propietarios, tal como mostrará el siglo XIX son, políticamente, miembros de la clase media. Quedan sólo, los artesanos, los campesinos sin tierra y los soldados, de los cuales quizá podría decirse que no simpatizaban con los objetivos burgueses. Pero tenemos aquí también, que muchos hombres clasificados como carpinteros o tejedores son realmente maestros artesanos empleadores de obreros y, a menudo, más prósperos que muchos abogados de la clase media.

Nuestro sistema remedia esta deficiencia. Si el albañil es realmente un contratista, por ejemplo, y un hombre de dinero, se lo clasifica en el lugar debido [4]. Nuestras estadísticas tampoco aspiran a ser perfectas. En primer lugar, y, en lo que respecta a las listas de impuestos, se sabe que las tasas directas del *ancien régime* no correspondían estrictamente con los ingresos. Sin embargo, la injusticia del sistema ha sido probablemente exagerada por los historiadores del siglo XIX quienes confunden *ancien régime* con injusticia; y aun cuando los muy ricos pagasen impuestos relativamente menos gravosos que los pobres, lo cierto es que contribuían con sumas enormes al sostén del erario. La tasa *vingtième,* un impuesto a los bienes raíces, era pagado igualmente por *roturiers* y *privilégiés,* y se acepta, en general, que se trataba de una contribución justa, que nos facilita, a la vez, un patrón útil para estimar la riqueza relativa de quienes lo satisfacían; la *capitation,* un impuesto graduado por cabeza, era, en ocasiones, ignorado por los nobles, o al menos, no satisfecho por éstos en la proporción debida; la *taille,* un gravamen directo sobre las entradas o bienes inmuebles, de acuerdo a la región, no era pagada por nobles, sacerdotes o *bour-*

geois privilegiados. En cuanto fue posible, tratóse de exigir la *vingtième* a todo contribuyente. Aun cuando se dictasen otros impuestos, el resultado de aquella no es menos digno de confianza. En primer lugar, los impuestos individuales de 1790, se conservaron bajo el régimen que comenzó en 1789 y, en segundo, no hubo objeciones contra las antiguas tasas en los lugares donde las nuevas fueron aplicadas, como en Beauvais y Grenoble. Por otra parte, se gravaba como propiedad ordinaria, fuese o no productiva, la de los nobles cuando era explotada comercialmente. El arrendatario pagaba de ordinario la tasa, aun cuando ésta figurase inscripta a nombre de un noble. Algunas veces, sin embargo, el aristócrata pagaba la *taille* directamente. Tenemos, por ejemplo, el caso de Rodez, donde encontramos el registro de toda una lista completa de pagos[5]. Por último, omisiones en las listas de *capitation* y *taille*, en 1789, y años anteriores, serán motivo de que aparezca subestimada en vez de sobreestimada la prosperidad jacobina. Los *privilégiés* no integran estas listas[6] y el término medio de los impuestos que pagan los jacobinos deberá ser menor, debido a que no podemos indicar la cantidad que pagaban los jacobinos privilegiados.

También surgen dificultades respecto de las listas de socios. Muchos de éstos no han logrado su identificación suficientemente, como para seguir el desarrollo ulterior de su actuación, no habiendo rastros de nombres de pila ni profesión. Otros, se trasladaron a las ciudades al decretarse el impuesto individual y desapareció, en tal modo, su nombre de los registros. Varios eran demasiado jóvenes al tiempo de componerse las listas o no habían formado familia ni contaban con propiedades. Consideremos, empero, que los siempre posibles errores de identificación quedan, en alguna forma, compensados cuando confundimos a muchos jacobinos con no jacobinos, y viceversa.

El resultado de los exámenes de los impuestos individuales confirmará lo que ya indicaba el estudio de las profesiones jacobinas. En muchas ciudades, a la lista de impuestos acompaña una nómina de pobres e incapacitados; en otras, los pobres son inscriptos en común con sus socios y camaradas, pero a los nombres de los primeros sigue la indicación de "sin impuesto" *(néant)*. Casi nunca aparecen entre ellos nombres de jacobinos[7].

Los documentos muestran dos formas de comparar la imposición de contribuciones[8]. En primer lugar, la suma que pagaba en concepto de tasas todo jacobino cuya huella se pueda rastrear a través de la capitación, debe dividirse por el número total de socios del club, *tanto de quienes pagaban impuestos como de quienes no lo hacían*. La suma total de tasaciones de una ciudad puede ser dividida por el número total de hombres adultos de la misma, *tanto de quienes pagaban impuestos como de quienes no lo hacían*. En tal modo, el término medio total para un club jacobino se compara con el término medio total de una ciudad. Mediante este método se obtiene un corte transversal concreto de ambos grupos, sea del pequeño como del grande, evitando así el reproche de no haber tomado en cuenta al gran número de jacobinos imposible de identificar en las listas (alrededor de la mitad). Con dicho procedimiento, y considerando a ocho clubes jacobinos durante el período de 1789 a 1795, obtenemos una media de 32.12 libras para los jacobinos, y otra, de 17.02 para todos los ciudadanos adultos de la ciudad; igualmente, para veintiséis clubes, durante el lapso de 1793 a 1795, logramos una media de 19.94 libras para los jacobinos, y de 14.45 para todos los hombres adultos.

En segundo lugar, el monto del pago realizado por los jacobinos puede ser dividido por el número de éstos que satisfacían realmente el impuesto. Y la suma pa-

gada por quienes no eran jacobinos, dividida, a su vez, por el número de ciudadanos no jacobinos de las listas. La comparación no es impropia si aceptamos que factores como privilegios, juventud, no residencia antes de 1790, residencia o hijos sin casar que viven en casa de los padres, errores de identificación, y otros similares explican, mejor que la pobreza, la ausencia de ciertos jacobinos de las listas. De hecho, este segundo método suministra resultados casi idénticos al primero. La suma media pagada por los miembros de los clubes de dieciséis ciudades entre los años 1793 y 1795, es de 14.47 libras, y de 10.79 libras, por los no miembros.

Hay un impuesto que merece especial consideración y es la *vingtième d'industrie*, un pequeño pero muy justo gravamen aplicado a todos aquellos ciudadanos dedicados a ocupaciones utilitarias salvo los empleados públicos. Naturalmente, se excluían la nobleza y el clero. El impuesto era reducido y la imposición total del mismo no variaba mayormente oscilando en general entre una y doce libras. Pero el aprendiz o jornalero pagaba siempre un mínimo, que era inferior al que satisfacían el artesano, el mercader o el negociante. Por desgracia, las nóminas con nombres individuales son raras, ya que, en general, los diversos gremios se suscribían por una suma global que luego se prorrateaba entre sus miembros. Tales listas son difíciles de hallar. Pero nuestros estudios se refieren a la totalidad de ocupaciones o a algunos negocios, en ocho ciudades típicas de provincias, ofreciendo algunas bases para extraer conclusiones. Prueban que el jacobino medio pagaba 4.47 libras en concepto de *vingtième d'industrie*, y el no jacobino medio, 2.49 libras. De modo concreto, tenemos que los tenderos y artesanos más prósperos eran revolucionarios activos. El carpintero jacobino no era un carpintero cualquiera, sino uno de arraigo; el maestro

artesano se sobreponía políticamente a la legión de los jóvenes aprendices en los clubes.

No es copioso el número de conclusiones que podemos extraer de nuestros estudios, referente a la compra de *biens nationaux*. Los jacobinos que compraban bienes —principalmente, tierras confiscadas a la nobleza y el clero— se enriquecían quizás en la forma que es común a los políticos, sean o no revolucionarios. Fueron tantos los compradores, que no podríamos calificarlos unánimemente de logreros; por lo menos, podemos estar seguros que la gente que invierte dinero en tierras no alienta ideas comunistas en el corazón. Nuestros cálculos presentan además cierto interés para quienes estudian la disposición de *biens nationaux* ya que contribuyen a demostrar hasta qué punto los compradores se identificaron activamente con la Revolución. En trece ciudades, 763 jacobinos —alrededor de la quinta parte de los socios del club—, compraron propiedades por una suma promedio de 14.181 libras. En cambio, 817 no jacobinos compraron por un promedio de 5.650 libras. En cuatro ciudades, Colmar, Noviant-aux-Prés, Perpiñán y Toul, el número de no jacobinos compradores superó al de jacobinos compradores. Sólo en una, Vesoul, la suma promedio invertida por los no jacobinos superó a la de los jacobinos. Y en Vesoul, la cantidad no jacobina es alta debido a una compra muy importante de un solo adquirente cuyo nombre no aparece en la lista de socios de 1.795, pero que casi con certeza fue miembro del club en los primeros años de la existencia de éste. Otro análisis nos permite concluir que 517 miembros de un conjunto total de 2.160 perteneciente a seis ciudades adquirieron propiedades por una suma que no es posible determinar convenientemente debido a la precariedad documental. Tenemos, en tal modo, que el 22 % de los miembros de los diecinueve clubes citados en nuestras tablas, era comprador de *biens nationaux*. He

aquí que se confirma nuevamente la prosperidad económica de los jacobinos.

Por último, hay dos pequeñas informaciones que sirven para ilustrar las responsabilidades sociales del grupo jacobino. La primera, se refiere a la edad de sus miembros. El examen de diez clubes[9] muestra un promedio de edad con pocas variantes, que va desde los 38 años y 3 meses a los 41 años y 8 meses de edad. El término medio para el grupo de diez, es el siguiente: 41 años y 8 meses. En todo club había siempre incriptos algunos muchachos, pero eran de ordinario hijos de miembros prominentes. La lista de miembros de veintitrés[10] clubes compuesta principalmente en los últimos días de 1794, muestra que 2.359 de ellos habían nacido en la ciudad en la cual vivían, y que 1.456 eran nativos de otros puntos. La nómina de quince de dichos clubes[11] indica que 2.571 residían en el mismo sitio, antes y después de 1789, y que 378 se habían mudado al actual lugar de residencia, después de 1789, o sea, a partir de la Revolución. No es posible extraer tampoco conclusiones importantes de esta evidencia fragmentaria. No conocemos la proporción en que coinciden lugar de nacimiento y lugar de residencia en la población de Francia durante el siglo XVIII, pero parecería que entre los 3.815 miembros de los clubes jacobinos estudiados anteriormente hubiese bastante más inmigrados (38 %) que en las ciudades donde estaban establecidos. No hay duda que la mayor parte de dichos inmigrados provenía de lugares cercanos y eran, a menudo, gente de campo que se había mudado a la ciudad. Podrán los sociólogos continuar disputando acerca de si el fenómeno emigratorio indica iniciativa o irresponsabilidad, pero a juzgar por las listas impositivas nuestros emigrantes eran gente de posición sólida. Como segundo dato, tenemos el hecho de que sólo 378, de 2.949 socios, o sea un 13 %, se había trasladado a las ciudades a

partir de 1789, lo cual demostraría que la Revolución no atrajo grandemente a trashumantes y agitadores, sino a hombres que conocían el ambiente en el cual trabajaban.

II

Un importante problema, absolutamente difícil de resolver, es saber en qué medida cambió el personal de los clubes en el curso de la Revolución. Las mejores nóminas de los clubes, o sea, aquellas que presentan nombres, profesiones, edades y lugares de nacimiento y que fueron compuestas a fines de 1794, de acuerdo con la ley del 25 de vendimiario del año III, es decir, después de Termidor[12]. En tales nóminas no se habla generalmente de los más violentos terroristas, pero su ausencia puede ser cubierta con los registros de terroristas posteriormente desarmados[13]. Las listas de vendimiario pueden incluir también, a veces, a moderados supérstites que volvieron al redil. Para otros períodos tenemos que depender de nóminas azarosas, redactadas por conveniencias burocráticas o de actas donde se mencionan usualmente por el nombre a los miembros elegidos en cada sesión. Éstas son con frecuencia, muy vagas, y se reducen a un mero sobrenombre y, en el mejor de los casos, a un sobrenombre y una profesión.

Con todo, si queremos aplicar a estos clubes la interpretación económica de la historia, debemos intentar averiguar primeramente si sus miembros se proletarizaban al ritmo de la Revolución. Tratar este problema estadísticamente resultaría, en virtud de las razones apuntadas, más inadecuado que en el caso anterior. Pero, puede, por lo menos, ensayar una posible aproximación al problema e indicar el tremendo trabajo de búsqueda en los archivos que sería necesario para un conocimiento exacto del tema.

Cualquier estudio de las actas de un club, henchidas,

como aparecen, de *épurations,* renuncias de socios, proscripciones, y a veces, de algún cisma (como el de los *feuillants* de París), demuestra concluyentemente que hubo grandes variaciones en el personal. La información en nuestro poder haría sumamente difícil, si no imposible, apuntar cifras exactas para cada año. Pero hay un punto de partida significativo y es la diferencia entre la "société des amis de la Constitution" y la "société populaire", o sea, entre el club bajo la monarquía y el club bajo la república. En razón de que no siempre es posible conocer la fecha exacta en que un socio es designado, propondremos el 1º de enero de 1793, como hito conveniente para marcar la división. Nuestras tablas examinan, por tanto, el cuadro de ciertos clubes algún tiempo antes de 1793, y algún tiempo después de dicha fecha.

Una investigación, referente a seis clubes provee una respuesta a la pregunta acerca del número de socios en tales períodos. Indica que 987 miembros de un total de 3.208 que figuran en los registros, a lo largo de toda la existencia de los clubes, continuaron siendo socios durante tales períodos. Es decir, un 31 % de los socios fueron jacobinos durante toda la Revolución. Otra se funda en la asociación de once clubes, tal como figuran durante el período republicano y generalmente en las postrimerías de 1794 (vendimiario del año III). De dichos miembros, 1.870, o sea, un 57 % fue elegido antes de 1793, y 1.395, es decir, un 43 %, después de dicha fecha. Una nueva investigación, basada igualmente sobre listas de miembros compuestas después de enero de 1793, clasifica a los jacobinos en 4 grupos: 1) el de los elegidos *antes* de enero de 1793, los cuales, a juzgar por sus ocupaciones, pertenecen a la clase media; 2) el de los elegidos *antes* de enero de 1793, y los cuales, a juzgar por sus ocupaciones, pertenecen a la clase trabajadora; 3) el de los elegidos *después* de enero de 1793, los cuales a juzgar por sus ocupaciones pertenecen a la clase media; 4) el de los elegidos *después* de enero de 1793, los cuales, a juzgar por sus ocupaciones pertenecen a la clase trabajadora. Se deja de lado, por supuesto, a aquellos cuya ocupación no aparece mencionada, así como a los campesinos. Las sumas totales muestran que antes de enero de 1793 eran elegidos más miembros entre la clase media que entre la trabajadora (523 de los primeros, contra 443 de los segundos) y que después de dicha fecha sólo algunos pocos más miembros de los clubes (417 de clase media contra 433 de la clase trabajadora). Una última investigación examina el término medio de impuestos pagado por miembros de nueve clubes, según surge de registros levantados después de enero de 1793. En siete de los nueve, los socios elegidos antes de enero de 1793, pagaban impuestos más elevados que los elegidos después de dicha fecha. Tan sólo en uno, el de Nîmes, los jacobinos que ingresaron en los años 1793 y 1794 pagaron impuestos más altos que los que lo hicieron previamente (15,3 libras contra 5,5). Tal evidencia se explica en la forma siguiente. En Nîmes se fundó un club de trabajadores en 1791, como rival del club *bourgeois* de Amigos de la Constitución. Triunfó en su propósito, al punto que el club del Terror se autodefinió como *corporation,* tal como hiciera este círculo de trabajadores. No obstante esto, los burgueses más radicales fueron también admitidos luego de la caída de la monarquía, actitud que permitió elevar el nivel económico de los clubes.

Tales investigaciones indican cuán complejo es el interrogante. Hay, sin duda, grandes variaciones regionales. En las ciudades industriales, los clubes de trabajadores eran, a veces, los verdaderos creadores de las *sociétés populaires,* como en Nîmes. En algunas ciudades, los burgueses Amigos de la Constitución fueron casi completamente desplazados por un nuevo equipo

de hombres, mucho menos próspero y distinguido, como en Beauvais. Empero, la opinión que prevalece en torno a que el personal de las sociedades cambió por completo después del derrumbe de la monarquía carece evidentemente de veracidad, sin que podamos tampoco estar seguros de que los nuevos socios fueran fundamentalmente proletarios [14]. Cuanto más. podríamos aceptar que en las grandes ciudades fue admitido después de la caída de la monarquía, y aun tiempo más tarde, un creciente número de tenderos y artesanos —la pequeña clase media, si así se quiere— y que muchos de los más ricos *bourgeois* —pero de ninguna manera todos— desaparecieron antes del Terror.

III

Estas estadísticas no presentan, por sí mismas, una explicación adecuada del papel que cumplieron los clubes jacobinos durante la Revolución. Tanto las actas y correspondencia de los clubes como la historia y biografía locales deben ser estudiadas antes de admitir ninguna conclusión o juicio. No hay duda de que muchos de los miembros prósperos de los clubes continuaron afiliados a ellos durante el Terror con la intención de actuar como elemento moderador de la política jacobina y frenar a algunos de los compañeros más desenfrenados. Sin duda, muchos de los jacobinos ricos eran simples logreros que aprovecharon de su afiliación para cubrir actividades de agiotistas o usurpadores de tierras. Muchos de los clubes rurales (Faverney, Beauvoisin, etc.), incluían la mayor parte de la población masculina de la aldea. Esto podría tanto significar que en tales lugares el pueblo se había volcado enteramente en favor de la Revolución como que dichas sociedades habían sido inteligentemente organizadas por *réprésentants en mission* y sus agentes, con el objeto de acreditar su labor proselitista y no re-

presentar en manera alguna, por tanto, la unanimidad de opinión que se invocaba. De todos modos, es obvio que la sola estadística no resuelve ni éste ni otros interrogantes parecidos relacionados con la vida y significados de los clubes.

Empero, otros métodos de aproximación al problema de la posición económica y social de los jacobinos ofrecen sustancialmente el mismo resultado. Podría argüirse que el estudio que realizamos referente a la totalidad de los socios de los clubes incluye a muchos que eran jacobinos tan sólo por miedo o conveniencias políticas. Los dirigentes reales, los exaltados, la gente del Terror, difícilmente podría haber contado con tan respetables orígenes. Ahora bien, por ley de germinal del año III, se dispuso el desarme de los *terroristes* en toda Francia, disposición que fue cumplida por las autoridades locales. Dichas autoridades asignaron interpretaciones diversísimas a la voz "terrorista". En algunas ciudades grandes como Ruán, donde se habían elaborado listas provisorias, el rencor vecinal dio origen a impresionantes nóminas de acusados. Por otra parte, observamos que en Beauvais, la municipalidad indicó finalmente los nombres de cuatro terroristas después de ser compelida a hacerlo, por órdenes superiores. En pequeñas poblaciones del Alto Garona se descubrieron alrededor de una docena de culpables por localidad. Dichas listas, no obstante, representan la casi totalidad de extremistas que existían en tales puntos. Si aplicamos a cada una de ellas los métodos usados anteriormente, podremos adelantar una clasificación fundada en profesiones e ingresos económicos, juzgados estos últimos a través de evaluaciones impositivas. Veinte ciudades y pueblos [15], con un total de 637 terroristas ofrecen las siguientes proporciones: 61 % de clase media y 39 % de artesanos y campesinos. De éstos, un 16 % eran profesionales, 7 % hombres de negocios y un 15 % tende-

ros. Dieciséis ciudades y pueblos [16], con 456 terroristas demuestran que el terrorista medio satisfacía impuestos por valor de 6,2 libras contra 3,4 libras del hombre común de la ciudad. Los propios terroristas pertenecen, por tanto, y definitivamente, a la clase media [17].

A través de biografías individuales puede esbozarse una nueva aproximación histórica entre los caudillos locales, entre los Robespierres y Dantones de las provincias. En los registros de casi todos los clubes es posible distinguir los nombres de tres o cuatro personas que se destacan como dirigentes o como simples caciques, en el sentido americano. Los historiadores locales han provisto detalles suplementarios sobre la vida de estos hombres. El método estadístico es quí imposible y debemos proceder de acuerdo con los procedimientos del cateo documental.

En Bergerac sobresalen los nombres de Ponterie-Escot, rico *bourgeois*, Boissiére, médico, d'Esmartis, ex capitán de la marina, Bourson y Dommenget, *petits bourgeois*, y Boyer, barbero [18]. En Limoges, se destacaron los dos Gay-Vernons y Foucaud, sacerdotes, Imbert, monje y libelista y Pedon, periodista y hombre de letras [19]. En Lons-le-Saunier Bouchot, ex regente del colegio local, y Dumas, también eclesiástico [20]. Los jefes de Nantes fueron Goullin, de excelente familia burguesa, Chaux, un comerciante acusado en cierta ocasión de quiebra fraudulenta, Bachelier, procurador y, por supuesto, el famoso Fouché [21]. En Luneville, la lista de presidentes —magnífica experiencia de mando— incluyó a cuatro abogados, dos hombres de negocios, un *rentier*, un oficinista, un administrador de correos y un recaudador de impuestos [22]. Jacob, auténtico "montagnard", caudillo de Toul, es citado en la siguiente forma en un diccionario biográfico: nacido en Nancy, en 1735; abogado en el *présidial* de Toul en 1789; consejero municipal, 1790; intendente, 1791; presidente del tribunal del distrito, 1792; diputado a la Convención en 1793; juez en el tribunal de casación, 1796; síndico de bienes públicos en Toul, en 1799; murió en Toul en 1809. He aquí la biografía de Joseph Carez, otro caudillo de Toul: nació en Toul, 1752; maestro impresor, inventó el método de estampar denominado estereotipia; consejero municipal, 1790; diputado a la Asamblea Legislativa, 1791; mayor en el batallón auxiliar de Toul, 1793; consejero municipal, 1798; subprefecto de Toul, 1800; murió en Toul en 1801 [23].

Los jefes de Orthez en 1793 fueron d'Arnaudat, alcalde, ex noble; Vidal, rico *bourgeois*, y Paraige, abogado [24]. En la pequeña población de Gerberoy, en el Oise, fueron líderes Fégneux, de 57 años, ex encargado de bosques en la vidamía de Gerberoy; Dubois, de 44, campesino propietario; Girad, de 26, ex alumno de la escuela de artes liberales, empleado en una oficina notarial; Desbart, de 51, médico; Dumesnil, de 30, notario; Gromas, de 72, soldado veterano, y Delapierre, de 28, escribiente de notaría [25]. Jean Tanqueray, presidente del club de Bayeux, en 1794, era un ex abogado que había compuesto el *cahier* para el tercer Estado de Bayeux y adherido a todas las medidas extremas de la Revolución. Otro jefe, Mutel, era procurador; un tercero, Laboussaye, había sido teniente-general de policía bajo el *ancien régime* [26]. Inclusive en Nancy donde el club fue dirigido durante el Terror por forasteros carentes de respetabilidad social, era muy difícil encontrar proletarios. Philip, el tirano del club, fue un ex capitán de ultramar archisospechado de pirata (¿Taine señaló alguna vez piratas entre los jacobinos?) y Glasson-Brisse, otro dirigente, actor, en tanto Febvé era un respetable *bourgeois* de Lunéville, Montrolle, un médico, Durozet, un ex noble, Arsant un artista (incómpetente, por lo demás) [27]. Dufresne, en Lila, fue actor, y por tanto, un señor sin respetabilidad social para la Francia del siglo XVIII, pe-

ro La Valette, en cambio, era un caballero, un militar de antes de la Revolución, y Duhem, un próspero abogado [28]. En Maguncia, Wedekind fue excelente médico y profesor de terapia, Hofman, un profesor de filosofía, Mathias Metternich, profesor de matemáticas y Georg Forster, un sabio científico y hombre de letras y había sido compañero de Cook [29]. Prieur, llamado el "Père Duchesne de Beauvais" compró propiedades reales que rentaban 568 libras, en 1789, e invirtió hasta 6000 libras en *biens nationaux* [30]. Los jefes de la *Société montagnarde* de la localidad gascona de Fleurance eran Bigourdan, médico, Larée, maestro de escuela, Margoet, juez de paz, Larrey, abogado, Coué, carpintero, Carbonniau, tejero, y Domingue, zapatero [31]. El club de la aldea de Charnècles, en el Delfinado fue dirigido por un notario de la cercana Voreppe, y los únicos socios activos de esta pequeña comunidad rural fueron miembros de la *petite bourgeoisie* más o menos instruida en literatura dieciochesca [32]. El personal superior del club de Tolosa incluye a dos funcionarios del *ancien régime*, dos hombres de negocios, cinco abogados, dos médicos, un juez, un *professeur de collège*, un pañero, un sastre y otras seis personas de las cuales no se indica la profesión [33]. Fueron presidentes del club de Moulins cuatro funcionarios civiles, dos *bourgeois*, dos abogados, dos médicos, dos ex sacerdotes, un farmacéutico y un guardián [34] Los hermanos Bonac, uno de los cuales era abogado, y el otro, médico y las autoridades de la localidad de Pellegrue en la Gironda, fueron alma del club local, incluso durante el Terror [35].

Aquí, la mera repetición de detalles dispersos difícilmente podrá otra vez proveernos de pruebas más convincentes. El hueco entre intuición y estadísticas nunca podrá ser colmado con ejemplos, cualesquiera sea la suma de éstos [36]. Pero los registros de uno y otro club demuestran que los líderes de los mismos son

gentes de clase media y hombres de un cierto nivel de educación. No son, por regla general, abogados; inclusive, los abogados no constituyen mayoría. Muchas de las cabezas eran sacerdotes o ex sacerdotes. Tal como Mathiez ha señalado [37] los clubes se fundaron, con mucha frecuencia, en los años 1790 y 1791, a iniciativa de curas constitucionalistas ansiosos de defenderse contra los sacerdotes que no habían prestado juramento de obediencia al poder civil, y como lo certifican nuestras investigaciones muchos de dichos constitucionalistas continuaron en los clubes después de 1793, a expensas generalmente de la ordenación religiosa. Dentro de los límites de la ocupación normal de los literatos de la época, tales líderes locales ocupan posición similar a la de los miembros ordinarios de la asociación. Cuanto más, existiría acaso cierta leve tendencia hacia los intelectuales. Es de notar el hecho de que en ciudades cabezas de diócesis, como Roder, por ejemplo, la colegiata, está muy bien representada en el club mientras el capítulo catedralicio no tiene más que un solo representante [38]. Sin embargo, la familiar figura del médico extremista, es sumamente común y debemos considerar que la medicina, aun en el siglo XVIII, no era una ciencia abstracta.

Los jefes, por tanto, proceden primordialmente del mismo estrato social que los demás miembros de dichas sociedades. Posiblemente hay entre los caudillos del Terror mayor cantidad de hombres definitivamente frustrados, en 1789, o por lo menos en pugna con su ambiente. La proporción de estos Marats aldeanos no es con todo, extraordinaria. Una y otra vez nos enfrentamos con ejemplos como el del dueño de una casa de pensión en Blois, que era extremista violento en actividad política pero que conducía con sabia corrección e irreprochable moralidad su casa de huéspedes, abierta incluso a realistas [39]. Tales gentes legaron a las tradiciones locales —y, por carácter transitivo, a la historiografía comar-

cana— una reputación de violencia y extremismo político que ha sido fácilmente confundida con otra, de inmoralidad e irresponsabilidad. Pero bellacos auténticos como Lacombe, el de Burdeos, o Philip, el de Nancy, hay en verdad muy pocos. La impresión que surge, a través de los centenares de *cursus vitae* de estos adalides revolucionarios, es de que no tenían problema con su ambiente y deberían aparecer, para un observador de 1788 ó 1789, esencialmente normales, tanto en sus actos como en sus pensamientos. En 1794, la mayor parte de ellos decía desatinos y algunos los cometían. En dicha fecha, conviene, por tanto, distinguirlos del normal *bourgeois* respetable. Empero, como sus orígenes sociales son esencialmente los mismos del normal y respetabilísimo *bourgeois* debe perdonársenos que pongamos en duda el hecho de que su conducta en 1794 esté determinada por el origen social.

Con todo, una nueva aproximación al problema podría plantearse acumulando evidencias tales como el estrato social de los jacobinos, algunas frases aisladas de sentido particular y mociones y decretos de los clubes que ilustran acerca de la calidad de los socios. Podría reprocharse a ese método de excesiva falta de sistematización, si se lo utiliza aisladamente. Pero, en modo alguno, resultará inútil para nuestro estudio preliminar.

Los Amigos de la Constitución, en los primeros años del movimiento revolucionario, fueron invariablemente hombres de riqueza y posición social. Los fundadores de tales agrupaciones, en casi todos los puntos, desde las grandes ciudades hasta las aldeas campesinas, fueron *bourgeois*, abogados, sacerdotes, hombres de negocios o médicos. La lista de los miembros del club de Burdeos, en 1790, por ejemplo, redunda en nombres de bordeleses famosos del siglo XVIII. La intensa mezcla de nombres extranjeros que presenta, da idea de la grandeza comercial de la plaza, el liberalismo, el interés por las nuevas

ideas que reinaba en ella. He aquí algunos: Balguerie, Boyer-Fonfrède, Baour, Dubergier, Johnston, Journu, Lafond, Vandoren, Duranton, Grangeneuve, Garat, Muller, Lavau, Werthamon y Beck [40]. Pero, aunque al poco tiempo de su fundación, los clubes cesaran de ser puramente o ampliamente centros de la alta clase media, nunca perdieron del todo dicha condición. Numerosos hechos indican tal evidencia. El club de Moulins protesta porque el club de Hérisson en la primavera de 1794, esté presidido por un noble y tenga a dos sacerdotes por secretarios [41]. El club de Tolosa soslayó la ley que prohibía la afiliación a nobles y sacerdotes decretando respecto de nueve nobles y cuatro sacerdotes que eran buenos ciudadanos y podrían ser miembros, si la ley lo permitiese [42]. Los jefes y oficiales de la guarnición de Blaye fueron designados miembros del club, en forma colectiva, en el tardío 1793; la decisión no incluía a la tropa [43]. En la lista de los miembros del club de Dijon, una docena, más o menos, de personas, aparecen inscriptas como *bourgeois*, o sea, como gentes que viven de sus ingresos, sin una profesión determinada; después de 1789, los mismos aparecen como *citoyens* [44]. Un socio de club, para probar su patriotismo dijo, en abril de 1794, en París, que "había enviado a quince de sus trabajadores al frente". Es verdad que Collot, tras tomarle la palabra, aseguró que "ahora todos nosotros somos trabajadores; no hay más patrones", palabras que no pudieron alterar el hecho de que el interlocutor fuese un capitalista, un empleador de fuste [45]. Muchos de tales jacobinos eran, por supuesto, *nouveaux riches*. En Rodez, un cierto Sompayrac, *négociant*, activo jacobino, compró *biens nationaux* por valor de varios centenares de miles de libras, pero su dominio del silabario no resultó tan manifiesto según lo prueba un testimonio de él en favor de algunos terroristas [46]. En La Garde-Freinet, y entre aldeanos de poco más o menos igual *status* económico, se destaca la presencia de un rico

fabricante de corchos que es sin duda el capitalista lugareño, y pertenece, por supuesto, al club local [47]. El club de Tolosa era lo suficientemente próspero como para dotar a quince virtuosas jóvenes a fin de que pudiesen casarse con jóvenes republicanos y decretar primas con el objeto de que "produjesen republicanitos para la patria" [48]. La adhesión del nuevo— y viejo— industrialismo a las ideas jacobinas, es obvia, según se desprende de toda clase de listas en ciudades como Lila, Sainte-Marie-aux Mines, Grenoble, Nîmes y Romans. Y el industrial, sin duda, el hombre hecho por sí mismo, no puede inscribirse en ningún ambiente normal de Occidente en la lista de los frustrados o disconformistas.

Empero, poco después de su fundación, los clubes [49] comenzaron a reclutar adherentes entre pequeños mercaderes, artesanos, y otra gente parecida, a la cual denominan en Francia *petits bourgeois*. Durante el Terror los clubes agruparon a hombres de toda profesión y categoría laboral, desde el maestro artesano al aprendiz, abriendo un verdadero corte transversal en la sociedad francesa, con prescindencia de la vieja aristocracia y el flamante proletariado industrial. Pero, tal como indicamos en nuestro estudio estadístico del problema, debe insistirse en el hecho de que estos *petits bourgeois* fuesen los más prósperos e ilustrados de su clase. Durante algún tiempo y en cierto lugares, se fundaron clubes de trabajadores al margen de las costosas sociedades de alta clase media llamadas de los Amigos de la Constitución [50]. En París, estremecido ya por las complejidades sociales del siglo XIX, estos clubes se llamaron proletarios. Pero, a los *Enragés*, que fueron importantes, con todo, en la historia de la Revolución, no hay necesidad de incluirlos entre los jacobinos. Los clubes de trabajadores se unieron a veces con los *bourgeois* en ciudades del interior de Francia, estableciéndose entonces un único club regido por la ortodoxia jacobina.

Un buen ejemplo de tales sociedades, bastante más humildes que los clubes de Amigos de la Constitución, es la *Société patriotique siégeant à la Mercy*, de Burdeos [51]. Fue éste un club vecinal, fundado en setiembre de 1790, por artesanos respetables de Saint-Rémy. Al leer los títulos de sus profesiones —guardia, platero, vidriero, ebanista, grabador, y así por lo consiguiente—, difícilmente podemos interpretar formalismos de este tipo: "Tous ces respetables Messieurs, étant connu de tous les membres de la société par leur patriotisme, ont été reçu avec empressement" [52]. Hay una cierta superformalidad en la dicción, un embebecimiento exagerado en las ideas y expresiones de Rousseau y otras modas intelectuales del momento y ocasional error al señalar al trabajador autodidacto y ambicioso [53]. Un club de este tipo corresponde casi exactamente a las *chambres littéraires* de A. Cochin, con la diferencia de que sus miembros se reclutan en la *petite* y no la *haute bourgeoise*. Las actas no registran huellas de reivindicaciones económicas. Expresiones, teorías, ritual, son exactamente los mismos de las clases altas. Debe anotarse, por último, que estos artesanos son lo mejor de su clase, todos ellos ciudadanos activos y votantes calificados (es decir, contribuyentes de impuestos directos por un monto total equivalente al salario de tres días), gente sobria en suma, afianzada.

En efecto, la respetabilidad social de la mayor parte de estos clubes es tan poderosa, inclusive durante el Terror, que la defensa ocasional que efectúan de los desamparados, sus gárrulas referencias a la igualdad y el uso, inclusive, que hacen del sagrado giro "sans-culottes" puede parecer hipócrita [54]. Cuando se decretó el impuesto revolucionario a los ricos, la sociedad de Lunéville decidió que su comisión "se limitará a una simple invitación en el caso de los *sans-culottes* adinerados y aplicará la requisición a los aristócratas" [55]. El club de Artonne decretó respecto de esta misma tasa: "De acuerdo con el

informe de la comisión nombrada para componer la lista de ricos, se decreta que quedan exentos del impuesto los miembros de la presente sociedad"[56]. Este club, sin embargo, estaba compuesto por abogados, médicos, *bourgeois* de Artonne y había demostrado considerable menosprecio por los agricultores del lugar; "casi todos los funcionarios de la ciudad son granjeros, gente que ni siquiera conocen lo que pueda ser un decreto o una ley"[57]. La verdad probable es que palabras como "sans-culotte", "pobre virtuoso", "jacobinos" y "aristócratas" no conservaban su significado auténtico entre estas gentes —o sea, un significado que pudiese traducirse en términos económicos— representando el término "sans-culottes" a lo más, "el verdadero pueblo, la gente como nosotros, la gente con la cual simpatizamos". La frase "sans-culottes adinerados" no es, por tanto, contradictoria como podría serlo, por ejemplo, el giro economista "pobres ricos"; los pobres, en este caso, como los pobres de espíritu, son bienaventurados. No era un club egoísta, ilógico o hipócrita, porque exceptuó a sus miembros del impuesto revolucionario a los ricos; tal carga fue realmente una imposición tributaria al enemigo, y el enemigo no existía en razón del dinero sino de los principios.

IV

La suma de lo que podemos averiguar en torno de los jacobinos —posición social, riqueza, ocupaciones— es, apenas, poco más que lo siguiente: el jacobino no era ni un noble ni un miserable —aunque la mayor parte de los clubes importantes contara con uno u otro de éstos— sino algo oscilante entre ambas cosas. Nuestras estadísticas demostrarán que si el promedio matemático de la riqueza de los jacobinos está un poco por encima del de las comunidades en que habitan, no lo es en razón de que todos los jacobinos se acerquen a dicho término me-

dio sino porque representan un verdadero corte transversal en la comunidad francesa. En Romans, donde las cuotas se graduaban de acuerdo a la posición económica de los miembros, encontramos a 32 socios que pagaban 10 libras cada uno; 52, que pagaban 5; 37, 2½ y 36, 1½[58]. Y otras cifras, que extraemos de clubes elegidos al azar entre los estudiados en nuestras tablas, son todavía más convincentes:

Dijon, 1795 *(vingtièmes)*. Máximo 249 libras, mínimo 3 l., cuocientes: 11-18-22-26-30-35-45-59-78.

Grenoble, 1795 *(capitation)*. Máximo 63 l., mínimo ½ l., cuocientes: 2-3-3-4-6-6-9-12-18.

Libourne, 1790-1794 *(taille y capitation)*. Máximo 189 l., mínimo ½ l., cuocientes: 2-5-8-15-26-35-48-75-127.

Moulins, 1794 *(capitation)*. Máximo 71 l., mínimo 1 l., cuocientes 1-2-3-5-6-8-10-13-19.

Perpiñán, 1794 *(vingtièmes)*. Máximo 132 l., mínimo ½ l., cuocientes: 1-2-3-4-6-7-11-19-31.

La variación de ingresos que muestran los números de estos cinco clubes es suficientemente demostrativa. Todo club cuenta entre sus miembros a representantes del sector más rico y del sector más pobre aunque el grueso de sus asociados pertenezca indudablemente a la clase media. Difícil es ver qué intereses puramente económicos podrían tener, en común, un hombre que debía satisfacer 189 libras de la *capitation* con otro que pagaba tan sólo ½ libra.

La diversidad de ocupaciones es tan grande como la de ingresos. Si la comunidad jacobina se aglutinaba merced al hecho de que la mayor parte de sus miembros fueran intelectuales o *philosophes*, nutridos en las enseñanzas de la Enciclopedia, nada habría que demostrar respecto de las ocupaciones de éstos. Ni siquiera entre los jefes primaba el monopolio de las profesiones intelectuales. Tampoco unía a los jacobinos, como lazo externo, la desconformidad con el ambiente. Aunque ejerci-

tando las profesiones más diversas, habrían podido marchar en una única columna partidaria, fundados en una frustración personal común que diera origen al descontento y anhelo por una revolución social. Pero el método de los cateos numéricos, a través de la documentación jacobina, confirma enteramente el carácter de respetabilidad de la mayoría de estos revolucionarios, así como los éxitos personales que obtuvieron en la vida diaria. Cuanto más descendemos en la escala social mayor veracidad encierra este aserto. El jacobino remendón estaba poco menos que enteramente seguro de ser un magnífico remendón; el jacobino abogado pudo, en cambio, haber sido un abogado sin pleitos antes de la Revolución.

Hemos aprendido bastante acerca de las características de la asociación en este tipo de clubes como para comprobar que no fue el sentido de clase, en la acepción corriente del giro, lo que mantuvo unidos a los jacobinos. No hay duda que la Revolución comenzó parcialmente como un levantamiento de la clase media contra la nobleza, como una rebelión del Tercer Estado, consciente de su clase, contra los órdenes privilegiados. Los Amigos de la Libertad y la Igualdad, de 1794, odiaban a los aristócratas con mayor violencia aun que los Amigos de la Constitución de 1790. Pero el Terror segó igualmente cabezas plebeyas y aristocráticas; los tribunales revolucionarios jacobinos eran formados tanto por criados, prostitutas y traficantes como por duques y duquesas [59]. Los jacobinos de 1794 no constituían una clase y tampoco sus enemigos, los "aristócratas"; el Terror no fue fundamentalmente una fase de la lucha social, sino una guerra civil, una guerra religiosa. El término "clase", si es que goza de alguna y definida utilidad, deberá referirse a todo un grupo de personas de posición social, educación y experiencia comunes, nivel de vida común e intereses económicos comunes. No tenían esto los jacobinos.

CAPÍTULO IV

TÁCTICAS

Los jacobinos nunca fueron un partido en el sentido moderno del vocablo. Más bien demostraron ser, desde el principio, una organización espontánea dedicada a influir sobre la voluntad del público y deliberar en procura de medidas particulares. Eran demasiado numerosos para ser conspiradores.

Sus clubes, como cuerpos colectivos, nunca llegaron a identificarse con el gobierno de Francia. Dicha aserción es, con todo, valedera sólo en parte; los jacobinos fueron partidistas, adeptos del proselitismo electoral, entusiastas de la propaganda, politiqueros, conspiradores, amos de Francia. En este capítulo trataremos de desenmarañar el nudo de tales actividades, evaluar las mismas y determinar la parte que los clubes, como cuerpos organizados, desempeñaron en la política revolucionaria. Nuestro tema principal será, por tanto, el del jacobinismo como forma de táctica política. Convendrá, antes que nada, revistar muy brevemente, la legislación oficial de los clubes, entre 1789 y 1795 [1].

I

Las sociedades políticas surgieron en Francia, en 1789, y, al igual que los periódicos, sin autorización expresa, y aunque las dos primeras asambleas intentaran establecer algunas moderadas y decorosas medidas

de contralor de la prensa y los clubes, nunca lograron imponer restricciones serias. Más éxito tuvo la Convención, con el apoyo del Terror.

La ley del 14 de diciembre de 1789 limitaba el derecho a asociarse con propósitos políticos pacíficos tan sólo a los ciudadanos "activos", o sea, a aquellos que pagaran impuestos directos, equivalentes a tres días de labor y que estuviesen autorizados a votar por la nueva constitución. La ley de mayo de 1790 prohibía a los clubes efectuar peticiones en nombre de los mismos; las del 1º de mayo y 19 de setiembre de 1790 prohibían, también, a éstos interferir en la vida militar de las ciudades donde funcionaran. Pero, la más simple investigación en los documentos de casi todos los clubes demuestra que dichas leyes fueron violadas con repetida frecuencia. Los ciudadanos "pasivos" fueron admitidos aunque no en gran número ya que los pobres en verdad, nunca afluyeron en grupo a los clubes [2]. Las tropas acantonadas en las ciudades eran libremente invitadas a los clubes, festejadas, mimadas y urgidas para que desobedeciesen, si fuese necesario, a sus superiores realistas [3]. También fue obviada la providencia acerca de las peticiones en nombre de los clubes firmando cada uno de los miembros interesados al pie de la petición respectiva y presentando ésta como proveniente de un "grupo de ciudadanos" o de "ciudadanos patriotas de X" [4]. Pero todo el mundo sabía que quien peticionaba era el club. El decreto del 29 y 30 de setiembre de 1791 en las postrimerías de la primera asamblea, resumió esta legislación y trató de establecer penas definitivas para la violación de las disposiciones referentes a las peticiones colectivas y la admisión de ciudadanos "pasivos". Pero ante la nueva asamblea los clubes continuaron haciendo caso omiso del reglamento.

Al caer la monarquía y subir al poder los jacobinos las relaciones entre el gobierno y los clubes tomaron

nuevo rumbo. Los clubes fueron admitidos en la tarea gobernante y adoptados como unidades semioficiales de administración. Al efecto, una ley del 25 de julio de 1793, dispuso que: "Toda autoridad o individuo que se permita, con cualquier pretexto, poner obstáculo a las reuniones de las *sociétés populaires,* o intente disolverlas, será considerado culpable de atentado criminal contra la libertad, y castigado en consecuencia". La pena era de diez años de cárcel, engrillado, para funcionarios, y cinco, para ciudadanos privados. Tal reglamento, por lo menos durante el Terror, fue seriamente respetado. Se excluyó a las mujeres de los clubes y se les prohibió fundarlos por ley del 9 de brumario del año II (30 de octubre de 1793). Por la misma ley se exigió que todas las reuniones de los clubes fueran públicas. Ambas providencias consagraban en verdad, un *fait accompli.*

Después de la caída de Robespierre los clubes comenzaron a declinar. Mermó la lista de los socios, debióse cerrar el club central de París por orden de la Convención (21 de brumario del año III) requiriéndose registros exactos de los miembros de las sociedades provinciales, y, por último, la nueva constitución del directorio prohibió expresamente la realización de asambleas políticas con el nombre de *sociétés populaires.* Después del golpe de estado del 18 de fructidor del año V (4 de setiembre de 1797) se permitió cierto temporario renacimiento a los clubes, los cuales continuaron bregando con nombres como *cercles constitutionnels* hasta que Fouché, ministro de policía de Napoleón, los confinó definitivamente a la actividad clandestina.

II

En julio de 1789 Arthur Young se quejaba de que no había forma de obtener noticias en ciudades de provincias como Besançon. Sin embargo, al año siguiente,

había un club jacobino en Besançon que contaba con un salón de lectura, provisto de los últimos periódicos y libelos —por lo menos, los de política revolucionaria— y muchas otras obras destinadas a la ilustración del pueblo [5]. Todos los clubes, sin excepción, se suscribían al mayor número posible de periódicos [6]. A veces, o acaso, por lo general, la lectura de dichas hojas era un privilegio reservado a los miembros del club. A veces, se creaban salas de lectura públicas [7]. Muy frecuentemente, los miembros del club leían para el público en sesiones especiales, las noticias importantes con el objeto de hacerlas conocer a los desventurados pero virtuosos ciudadanos que se hallaban sumidos en el analfabetismo por la perversidad del gobierno anterior.

Un estudio de la acción política jacobina puede comenzar perfectamente por un examen de los clubes como agentes de propaganda, desde el momento en que la primera victoria de éstos, digamos cronológicamente, fue excitar al extremo, la conciencia política de los franceses. Enemigos o amigos aceptan a veces demasiado fácilmente que el arte de la publicidad fuese muy primitivo hasta hace poco. Esto es completamente falso, como muchas otras suposiciones fundadas en el dogma de que los hombres carecieron de ingenio hasta la revolución industrial. La propaganda jacobina fue tan extensa y valedera —esto es, tan apropiada para sus propósitos— que incluso una expresión tan moderna como "lavado de cerebro" apenas serviría para celebrarla.

En primer lugar, la cantidad de expresiones fue sorprendentemente copiosa para una civilización que no contaba con rotativas y dependía de la diligencia para los servicios de correo. Un inventario de los archivos de la sociedad de Tolosa indica que ésta recibió en un año (1790) 827 paquetes por separado que contenían más de mil folletos, la mayor parte de ellos pro-

venientes de los demás clubes [8]. El secretario de la sociedad de Chablis, en el verano de 1794 informa acerca de 41 paquetes recibidos del club de París, en los últimos dos o tres meses [9]. Una sociedad provincial remitió en un mes, en 1791, ocho folletos, la mayor parte de los cuales reproducía discursos de los miembros de la misma acerca de impuestos, préstamos, obediencia a la ley, guardia nacional, el nuevo obispo constitucional, patentes comerciales y sacerdotes que no prestaron juramento [10]. Poco menos de la mitad de los ingresos del club de Montauban, en tiempos de la monarquía, fue destinada a ediciones; el impresor presentó en una ocasión, una factura anual de alrededor de cinco mil dólares en moneda de nuestros días, cantidad significativa si pensamos que se trataba del club de una ciudad de provincia con una población de unos 25.000 habitantes [11]. Gran parte de los documentos de cualquier club se compone de circulares, libelos o cartas de otros clubes.

El club de París dio origen a la mayor parte de esta literatura. Regularmente enviaba a las filiales circulares impresas acerca del estado de los asuntos públicos y dichos prospectos contribuían a montar la maquinaria jacobina. Una y otra vez los encontramos en las páginas de la *Société des Jacobins* de Aulard. Un ejemplo excelente de un tipo de propaganda no definida, usado a veces por los jacobinos, nos lo proporciona una circular enviada desde París el 9 de julio de 1791, dirigida "a los pueblos del universo" [12]. Se solicita de los extranjeros que repudien a los *émigrés* y hagan causa común con los franceses por el bien general de la humanidad. El texto fue trasladado a varios idiomas y enviado por ciudadanos privados a amigos del extranjero. Otra muestra de propaganda más específica y efectiva es la muy conocida circular belicista del 11 de enero de 1792 [13]. "Levantemos una barrera entre los países libres y los tiranos de Europa" —decía el texto—

por cuanto debido a la estupidez de los príncipes la guerra es inevitable. El rey no inspira confianza; debe ser ésta una guerra nacional, no dinástica. Los clubes deben preparar dicho movimiento popular: "Instamos a ustedes especialmente a que aviven en los soldados (de guarnición entre vosotros) el amor por la libertad". Los jacobinos verán cómo se forjan picas para el pueblo que ha sido hasta el momento privado de armas por un tiránico monopolio gubernamental. La circular concluye citando una lista de periódicos que deberán ser leídos al público, en sesiones especiales, por cada uno de los clubes. Tales ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente. Las circulares, como tantas otras obras de los jacobinos, muestran una curiosa mezcla de rimbombante abstractismo con agudo sentido práctico. Los jacobinos estaban ciertamente convencidos de que su misión, no obstante su pureza, necesitaba de la propaganda. Un orador excusándose por el uso del verbo, propuso "jacobinizar" la Saboya y agregó: "Hemos, es verdad, renunciado a la conquista; pero esto no significa evidentemente que hayamos renunciado a las conquistas de la libertad, nuestro ídolo, y al imperio de los imprescriptibles derechos del hombre" [14]. La propaganda significaba conquista pacífica. Los jacobinos no pudieron menos que sentirse ampliamente justificados en anticipar los gustos de sus oyentes. Dufourny protesta, a principios de 1793, contra un libelo compuesto en el estilo de Hébert, para ser enviado por el club a sociedades hermanas y "el cual comprometería quizás al mismo club, al usar el lenguaje del *Père Duchesne*". Pero el libelo fue igualmente remitido a destino [15].

El club de París comenzó muy pronto a enviar cargamentos de propaganda a las sociedades provinciales, las cuales distribuían, a su vez, dicho contenido en el distrito. Varios paquetes con impresos llegaron a Toul, con destino a un club que todavía no había sido

fundado. Fueron entregados a la municipalidad, la cual se sintió tan satisfecha con los mismos que pidió a París continuasen remitiéndole dicha correspondencia [16]. Los registros del club de Bergerac nos suministran una lista del contenido de dos de estas remesas, enviadas con la franquicia postal de la Asamblea Nacional. He aquí el amplio e ilustrativo cuerpo de dichos paquetes:

1) Mensaje de la Sociedad de Amigos de la Constitución de París a la Asamblea Nacional; 2) Discurso pronunciado el 12 de setiembre del año segundo de la libertad (1790) en la Sociedad de París, por el señor Dumas, miembro de la Sociedad de Corbeil y jefe de la delegación; 3) Resoluciones adoptadas por ciudadanos de la *section de la Halle aux blés* y leídas en la Sociedad de París, el 26 de enero de 1791; 4) Discurso sobre los medios de desarrollar la prosperidad del comercio y la ayuda que puede proporcionársele, presentado por el señor Papion, hijo, de París; 5) Discurso pronunciado en la Sociedad de París por una diputación de la Sociedad de Jóvenes Amigos de la Libertad, establecida en la *rue du Bac;* 6) Discurso sobre régimen impositivo pronunciado en las reuniones de los Amigos de la Constitution el 11 y 15 de octubre de 1790; 7) Prospecto del *Mercure Universelle;* 8) Discurso pronunciado ante la Sociedad... de París, por el señor Lebihan, oficial de la guardia nacional y jefe del batallón del Val-de-Grace, el 19 de setiembre de 1790; 9) Carta de la Sociedad... de Estrasburgo del 13 de enero de 1791; 10) Réplica de la sociedad médica de París a un artículo sobre el nuevo plan de una Constitución para la profesión médica en Francia; 11) Discurso sobre el teatro pronunciado por el señor de la Harpe, el 17 de diciembre de 1790 en la Sociedad de Amigos de la Constitución; 12) Carta del señor Cussac, impresor y librero a la Sociedad... de París [17].

La forma más simple adoptada por esta propaganda

es la del periódico. Se instaba a los buenos jacobinos para que leyesen y promovieran la circulación de ciertos periódicos patriotas [18]. Pronto, sin embargo, contaron éstos con su propio órgano de expresión. En noviembre de 1790 se fundó en París un *Journal des Clubs ou Sociétés patriotiques* para informar acerca de las reuniones de los demás clubes parisienses. Al mismo tiempo, Choderlos de Laclos fundó su *Journal des Amis de la Constitution,* un semanario publicado bajo la autorización directa del club de París y que debía actuar como una especie de banco compensador para la correspondencia entre los clubes. Fue un instrumento de propaganda muy útil en las provincias. Finalmente, con el título de *Journal des débats de la Société des Amis de la Constitution séante á Paris,* y, más tarde, de *Journal de la Montagne,* el club permitió a algunos de sus miembros publicar relaciones semioficiales de sus debates. Tales diarios, órganos del club de París, hacen posible reconstruir la historia de éste aunque sus registros documentales hayan desaparecido misteriosamente y por completo [19]. Muchos clubes provinciales patrocinaron la aparición de periódicos o los editaron ellos mismos. El *Journal Toulousain* fue fundado en noviembre de 1790 por el club local [20]. La sociedad de Limoges publicó un órgano bisemanal, el *Journal du département de la Haute-Vienne,* que consiguió promover todo un conflicto al muy moderado gobierno departamental [21]. Las sociedades de Nantes y Châlons-sur-Marne publicaron periódicos [22]; en Besançon, el órgano local *Vedette* se beneficiaba con la expresa aprobación del club [23]. El periodismo provincial se fue transformando cada vez más en una función limitada a los miembros ortodoxos de los clubes y subvencionada a menudo por estos últimos en su carácter de cuerpos sociales.

Los libelos, por su parte, resultan poco menos que incontables. La vanidad desempeñaba su habitual parte

de inocencia e insólito candor en nuestro caso, ya que el placer de ver el nombre propio estampado en letras de molde se hallaba al alcance de casi todo el mundo. La mayor parte de estos libelos son increíblemente desteñidos y apenas dignos siquiera de ser examinados por los historiadores del pensamiento. No obstante, gozaron de eficacia en la época, tal como sucede con sermones de los siglos pasados que hoy nos resultan ilegibles. En conjunto, fueron un excelente medio de propaganda, aunque más no fuese por el hecho de que cada uno repetía lo que habían dicho sus predecesores. La lista proporcionada [24] de libelos que se remitían desde París puede servir como muestra. Muchos de ellos —un conjunto, en efecto, de 617 títulos— pueden encontrarse en la lista de *Amis de la Constitution,* en el inventario de Tourneux, de obras impresas para la París revolucionaria [25].

Los clubes no se contentaron, empero, con el uso exclusivo de la palabra impresa. Desarrollaron también campañas extensivas de educación pública acerca de los derechos del hombre, la soberanía del pueblo y otros dogmas jacobinos. Tal celo educativo se expresó con frecuencia en premios que debían otorgarse a los niños de las escuelas por recitar los Derechos del Hombre [26] o redactar dicho evangelio con la mejor letra posible [27]. El método de atraer la atención mediante lauros escolares superó, a veces, los confines de la mera educación. El club de Limoges anunció que distinguiría con una corona cívica al primer sacerdote que tuviese valor para casarse [28]. El propio club de París intervino en la tarea de forjar buenos ciudadanos entre los jóvenes. El 29 de noviembre de 1791, "el señor Marchenaud leyó en la Sociedad la lista de los miembros que habían emprendido la noble tarea de instruir a los niños en el catecismo de la Constitución" [29]. En Mende se nombró un comisionado para que "fuera a las aulas y averiguara qué

clase de obras leen los niños, e invitara a los maestros a hacer leer y aprender de memoria a los alumnos, los Derechos del Hombre y los actos heroicos de los republicanos franceses"[30]. Pero no se limitaron los clubes a la educación de la juventud. La sociedad de Montpellier comisionó a seis miembros para que explicaran en las sesiones especiales de los días domingo y feriados, "ante los buenos soldados de la guardia nacional y otros patriotas analfabetos" los decretos de la asamblea nacional[31]. El club de Coutances reconociendo que "la ignorancia es... la fuente de la mayor parte de las dolencias que afligen a la humanidad" preparó un elaborado esquema didáctico para la educación de los adultos en materia de lo que podríamos denominar civismo[32].

Otro instrumento de la propaganda jacobina fue el teatro. El club de Limoges patrocinó el teatro cívico, distribuyó entradas gratuitas entre quienes no podían adquirirlas y estimuló a sus miembros a tomar parte en la producción escénica[33]. Demás está decir que las obras ofrecidas eran todas de carácter patriótico y "exaltaban los sentimientos republicanos o ridiculizaban los vicios del antiguo régimen"[34]. Un representante de la sociedad de Metz dijo a la municipalidad local que "el teatro debería recobrar su propia dignidad y transformarse en escuela de moral y foco ardiente capaz de retemplar de continuo las almas en las virtudes del republicanismo"[35]. El contacto entre club y teatro no fue siempre tan estrecho como en Limoges, pero siempre, durante el Terror, los directores de escena trataron de acercarse a los clubes con propósitos comerciales. Los jacobinos de Ruán hicieron uso de la escena, en forma discreta y borrando casi del todo la huella de tal intervención. En diciembre de 1790 decidieron convencer al director del teatro local para que representara *Brutus,* en razón tanto del tema como de las famosas líneas:

> Je suis fils de Brutus, et je porte en mon coeur
> la liberté gravée, et les rois en horreur.

Pero el director tuvo que ocultar el hecho de que la iniciativa de la representación de este drama proviniese del club, y se allanó como buen funcionario público que era, a la imposición oficial[36].

El constante contacto mutuo entre los jacobinos de toda Francia sirvió magníficamente a los propósitos propagandísticos de la política los cuales no estriban tanto en el objetivo de convertir a los demás a nuestras ideas cuanto de certificarnos en las mismas. Muchas de estas visitas a las localidades vecinas, de estos envíos de delegaciones a las reuniones departamentales, reuniones conjuntas de sociedades, comisiones para fundar clubes en algunos sitios, representan realmente lo que podría llamarse diversión a expensas de la sociedad como conjunto[37]. Los archivos de los clubes están henchidos de ejemplos acerca de patriotas profesionales que subían a las tribunas de los clubes con propósitos publicitarios. Tal fue sin duda, el del bravo marsellés que se mostró ante el club de Burdeos en 1792, exhibiendo el tocón de una espada que había roto "luchando contra los satélites del despotismo". El documentos continúa anunciando que "este digno ciudadano mereció se le ofreciera un sitial junto al presidente entre el aplauso unánime de la sociedad y las galerías, y recibiera cien francos por el accidente". No hay indicaciones de que tal marsellés tuviera otra cosa que hacer fuera de ésta en Burdeos[38]. Grandísimo número de oradores profesionales de este tipo surgieron de tanto en tanto; eran hombres que parecían actuar como corredores viajeros de la Revolución. Tal el caso del elocuente forastero que electrizó al pequeño club provenzal de Trets, repitiendo la hazaña, al parecer, en otras sociedades[39]. Uno de estos personajes que alcanzó cierta relativa preeminencia en la Revolución fue el "sieur Dorfeuille" que se presentó

ante los jacobinos de Bergerac en enero de 1792, provisto de "varias recomendaciones sumamente lisonjeras para su persona, de Sociedades de Amigos de la Constitución en París, Burdeos, Montauban, Agen, etc., y especialmente, de una carta de Saint Foy". Este era el nombre de la ciudad vecina, lo cual nos permite trazar el terreno y el derrotero de Dorfeuille. Antes de abandonar Bergerac, dicho agente logró persuadir al club para que enviara una petición a París solicitando la confiscación de las propiedades de los nobles emigrados [40].

Puede decirse que desde el principio de su actividad, los clubes se preocuparon por un problemita de propaganda, especialmente difícil de resolver como era el proceso descrito, en los archivos, como la "ilustración de los habitantes de la campaña". Casi todo club, en un tiempo u otro, compuso, imprimió y distribuyó, tal como aconteciera en Noyon, un "Discurso de la *Société Populaire* a sus hermanos del campo"[41]. Los clubes del Yonne, bajo la dirección de la sociedad de Auxerre, formaron una comisión central que promulgó un lote de 15 artículos, dos de los cuales se referían a la propaganda rural.

"Art. VIII. Las sociedades harán todos los esfuerzos posibles destinados a persuadir a los habitantes de la campaña para que planten árboles de la Libertad, debiendo los miembros que asistan a las ceremonias de inauguración, explicar al pueblo el significado de ese símbolo".

"Art. IX. Se invitará a las sociedades a emplear todos los medios legales para multiplicar el número de festivales cívicos y la celebración de los grandes hechos" [42].

El club de Larche fue fundado en junio de 1793, con el propósito expreso de guiar la opinión pública en dicho cantón agrícola. Tal como explicara el *bourgeois*

Thouzy, "el labrador, esa útil y estimada porción de la humanidad, no puede salvarse mediante sus propias fuerzas y buena voluntad; le faltan ilustración y conocimiento de las cosas". El club supliría dichas faltas con la ayuda de patriotas que le indicarán la verdad y lo guiarán en sus deberes cívicos [43]. El club de Epinal advertía a los simples agricultores: "Cuando recibís una carta o un impreso, examinadlos con cuidado para observar si tiende a haceros amar la Constitución. Si no lo hace, proviene, sin duda, de una fuente impura. Remitidlos a alguna sociedad de Amigos de la Constitución y, pronto, la misma os dirá qué deberéis pensar acerca de ellos" [44]. Más tarde, el envío al campo de "apóstoles" y "misioneros" por los clubes de las ciudades, fue un rasgo distintivo de esa erupción religiosa conocida comúnmente por el Terror [45].

Los jacobinos aprovecharon de la confusión existente entre las autoridades públicas y privadas que caracterizó a toda la Revolución, para proseguir con la tarea de difundir los principios nuevos. El club de Avallon funcionó como centro de distribución de literatura política en el distrito, y remitió prospectos no sólo a clubes y particulares sino al propio gobierno local [46]. En Limoges, en 1793, la sociedad designó comisionados para la propaganda en cada distrito del departamento y tales comisionados debían trabajar a las órdenes del consejo administrativo local e informar de sus tareas al mismo [47]. Lacoste, en misión en el Bajo Rin, decretó en noviembre de 1793, que "la ciudad de Saverne será dividida en 8 distritos; los ciudadanos de cada uno de ellos deberán asistir por turno, a alguna sesión de la *Société populaire* para aprender el catecismo de la constitución y escuchar el desarrollo de los principios de libertad e igualdad; se pasará lista de los asistentes en cada sesión y aquél que registrare tres ausencias consecutivas será expulsado de la sociedad" [48]. A poca gente

le agrada asistir por obligación a una conferencia. Pero los jacobinos no se detenían en minucias y desechaban la opinión opositora. Durante el Terror no existieron libertades de palabra y prensa. Pero, los signos del extremismo en este asunto como en tantos otros, afloran desde muy temprano, desde mucho antes que la presión extranjera, a la cual los historiadores republicanos señalan como responsable de todo el Terror, hubiese comenzado siquiera a cobrar realidad. El club de Honfleur decretó en junio de 1791, que sus miembros deberán "impedir o secuestrar todo escrito incendiario (esto es, realista o clerical) que llegase a conocimiento de ellos, pero siempre con cuidado de no dejar huellas" [49].

III

Nacidos como junta secreta de la Asamblea Nacional, los jacobinos, fieles a su origen, jamás dejaron de ocuparse de asuntos electorales. En una época en que, inclusive en naciones parlamentarias como Inglaterra y los Estados Unidos, la palabra "partido" era sinónimo de "facción" y ejemplificaba la corrupción de los instintos políticos, los jacobinos difícilmente pudieron comportarse como un partido en el sentido moderno de la expresión. La influencia que ejercían en las elecciones debió ser, por tanto, complicada, y manifestarse tanto a través de la propaganda desembozada como de la intriga o de los poderes policiales públicos o privados, resultando a la larga siempre preponderante. Los métodos electorales jacobinos así como los propagandísticos, se acercaron a veces a lo que podemos aceptar como instancia permanente de la conducta política humana.

Aquí debemos formular una observación previa. Gran parte del éxito de los jacobinos en las elecciones, se debió al simple hecho de que se hallaban organizados y disciplinados y votaban en bloque. El club de Estrasburgo

decidió, en noviembre de 1791, que todo miembro que dejase de votar en una elección pública —y dichas elecciones eran muy numerosas en la constitución doctrinaria de 1791— sería separado de la sociedad. Resoluciones similares son comunes en la historia de los clubes [50]. En la primera sesión pública de la sociedad de Blaye, el presidente hizo jurar a los miembros del club y a los huéspedes que deberían sacrificar "sus más caros intereses con el objeto de hallarse presentes en las asambleas primarias (electorales)" [51].

La excelente organización de los jacobinos permitió a éstos confeccionar listas completas de candidatos idóneos para los cargos. Tal práctica asomó desde muy temprano pese a hallarse poco de acuerdo, quizás, con los principios rousseaunianos. El club de Tolosa hizo circular una lista de candidatos para la ciudad y el departamento, en noviembre de 1790, en relación con lo cual dio a conocer una protesta de uno de sus miembros más idealistas. "Resulta inútil para los ciudadanos comunes asistir a alguna de estas (primarias) asambleas. Los clubes las monopolizan y manejan todos los votos; la ciudad es inundada con listas pregonadas esquina por esquina y presentadas públicamente en nombre de los clubes y el estado mayor (de la guardia nacional, una milicia ciudadana cuya composición era idéntica a la de los clubes)" [52]. El club de Saint-Geniez propuso, en julio de 1790, el siguiente plan para el departamento del Aveyron: "1) Invitar a todas las sociedades patrióticas del departamento a componer la lista de electores (en segundo grado) correspondiente a su cantón; 2) Indicar en dichas listas los nombres de los ciudadanos que merezcan en mayor grado la confianza pública; 3) Remitir dicha lista a todas las sociedades del departamento; 4) Solicitar de la sociedad de Rodez (la capital), la redacción de una lista general del departamento". La sociedad de Rodez pensó que el proyecto pecaba de

exceso de claridad y lo rechazó; equivale, sin embargo, al tipo de lista de los modernos partidos franceses bajo el régimen del *scrutin de liste*[53]. El presidente del club del pueblo de Lucy-le-bois en el Avallonais, escribió al club de Avallon: "Hemos compuesto una lista de candidatos dignos de integrar la nueva lista de autoridades del municipio comprometiéndonos a votarla en la próxima elección. Según las últimas noticias de París las sociedades patrióticas se hallan por lo general muy ocupadas con estos asuntos"[54].

Los impresos electorales con los cuales los clubes acompañaban de ordinario dichas listas contenían variado número de consejos para los ciudadanos que se iniciaban en el voto. La democracia debe elegir lo mejor; ¿pero cómo se reconoce lo mejor? Después de las perogrullescas tiradas de práctica los prospectos declaran con sorprendente unanimidad que nadie vinculado con el viejo régimen podrá ser elegido. El mismo Robespierre redactó un texto similar para el club de París. "En general —comienza diciendo— la virtud anuncia o comporta en sí misma talento suficiente como para servir en las tareas que debe desempeñar un representante del pueblo. La energía de un alma pura y bien intencionada es la principal fuente de las ideas políticas sanas"[55]. Continúa ofreciendo reglas lo suficientemente simples como para descubrir la virtud advirtiendo que aquéllas decayeron en la práctica al no haber contado con una buena posición en el antiguo régimen. Un prospecto electoral del club de Burdeos, editado en julio de 1790, condensa el problema en las siguientes frases: "Ciudadanos: ¿pensáis acaso que estas funciones (del nuevo gobierno) pueden ser confiadas a hombres imbuidos desde la infancia en ideas contrarias a la Revolución, ávidos de honores, exenciones y privilegios? ¿Llamaríais a administrar el bien común a hombres atados por juramentos a la Iglesia?

Necesitamos gente nueva para un gobierno regenerado"[56]. La gente nueva estaba ahí, a la mano, en los clubes.

No dejan de ser perfectamente legales tales prácticas aun cuando no se adaptasen al concepto dieciochesco de una verdadera democracia. Los jacobinos, pese a su amor por la constitución, no eran hombres de verse atados a una interpretación estricta de la ley. A veces, sus maniobras parecen bastante inocentes. Los jacobinos de Montauban consiguieron hacer retirar de la ciudad el regimiento realista de *Royal-Pologne* antes de que se efectuasen las elecciones municipales, quedando el regimiento patriota de *Touraine* como único guardián del orden. Esto no sólo les permitió impedir la publicación y distribución del periódico opositor sino acobardar a muchos monárquicos que no concurrieron a votar al ver que no iban a ser protegidos por su regimiento[57]. Rindióse tributo de respeto a las conveniencias, ya que no a la ley, cuando los electores de París formaron un *Club des électeurs patriotes*, dirigido por Cerutti, Kersaint, Brissot, y otros, que les permitió unir en un solo cuerpo las varias asambleas secundarias de París y elegir a 30 jueces jacobinos en una única asamblea, en lugar de hacerlo entre seis, como sucedía hasta entonces[58]. La sociedad de Bergerac quizás no fuese intencionalmente cómplice de un proceso de corrupción electoral al iniciar una suscripción para enviar electores a Périgueux con el objeto de votar en favor de un nuevo obispo constitucional o al promover una colecta para pagar los gastos de viaje a electores elegidos por asambleas primarias. Pero, cuando compuso una lista de electores entre miembros presentes, y, otra, integrada por socios ausentes en la elección de un sacerdote para el propio Bergerac debe haber comprendido que estaba empezando a practicar un sistema de extorsión política[59]. Con el tiempo, la presión ejercida

por los clubes sobre las asambleas electorales se hace más desembozada. En Niza —territorio conquistado, por supuesto— el club envía a un centenar de sus miembros a las asambleas primarias para "precaver al pueblo contra la influencia de los intrigantes" [60]. Naturalmente, dicho método es fructífero en ausencia del voto secreto. En Orthez, después de un discurso acerca de la necesidad de elegir hombres sanos para la justicia de paz, el club decidió votar enseguida quiénes eran hombres sanos. La asamblea electoral ratificó la elección [61]. Muy poca sorpresa despierta el hecho de que el presidente de la asamblea primaria electoral de Villedieu, en el Poitou, escribiese simplemente a la sociedad de Poitiers diciendo que "ha hecho lo que le indicó la sociedad" [62]. Lo sorprendente es que ésta pareciera haberse sentido un poco avergonzada de tal sentimiento de espontaneidad.

Con el avanzar de los días estos procedimientos se mostraron inclusive insuficientes para los intereses jacobinos y se resolvió excluir por completo a los opositores de las asambleas electorales. De este modo se produjo el fenómeno, revelado por Taine y otros historiadores conservadores, de elecciones que se ganaban casi por unanimidad con escasísimo número de votantes. La documentación de los clubes acaso agregue poco a lo que sabemos acerca del resultado de los métodos de los clubes, pero los trozos que transcribimos a continuación podrán ayudarnos a comprender cómo la propia mente jacobina urdía tales métodos. Un miembro del club de Vannes, en la realista Bretaña, apremia a la comisión directiva para la elección ciudadana de un *comité de surveillance* de doce integrantes: "Pero el gobierno de la ciudad ha reconocido con nosotros la imposibilidad de contar con los doce miembros elegidos por una asamblea primaria compuesta por el número de personas requerido por la ley (del sufragio

universal), ya que la misma debería contar con más de 800. La mayor parte de éstas pertenecían, sin duda, al sector de aquéllas que se distinguen por su escaso amor revolucionario ya que apenas llega a 300 el número de quienes toman parte de ordinario en dichas asambleas. Pero si los ausentes, con malísima intención, se presentaran en tales asambleas, elegirían, sin duda, hombres adictos a su causa. Para evitar este serio inconveniente propongo que el club solicite del gobierno de la ciudad convocar una asamblea primaria, a la cual tan sólo asistirían: 1) aquellos que votaron en la asamblea para decidir si había que aceptar o no la Constitución de 1793 (vosotros sabéis que fue unánimemente aceptada); 2) los funcionarios y empleados públicos de la ciudad; y, 3) los granaderos de nuestra guardia nacional actualmente de servicio en el camino de Sarzeau" [63].

Abrióse dicha asamblea con 169 votantes. El club de Tolosa peticionó igualmente ante la Asamblea Nacional, en el propio julio de 1793, en el sentido de que se le permitiera excluir de las asambleas primarias a 1.200 signatarios de un memorial en favor de la Iglesia, a menos que se retractasen de sus firmas. Continúa la petición diciendo que si no se les concede tal privilegio por vía legal, "los buenos ciudadanos, con toda probabilidad, rehusarán permitir a los firmantes de dicho documento antirrevolucionario el acceso al salón electoral; y, por cuanto tal exclusión podría parecer ilegal a ciertas almas tímidas generándose por tal motivo, algún desorden, vosotros podréis evitar el conflicto mediante un sabio decreto" [64]. Tales tácticas eran propuestas abiertamente, en el mismo año 1792: "Ante los jacobinos de París se presentó una diputación para notificar acerca del decreto dado por la sección Mirabeau, de no admitir en las elecciones a ningún ciudadano que hubiese sido miembro de un club monárquico. Esta sección resuelve incluir en dicho ostracismo a los firmantes

del manifiesto contra el señor Pétion y el acantonamiento de 20.000 hombres. Pide a la sociedad la ayude a componer una lista de tales personas para fijarla en el recinto de reuniones de la sección"[65].

Para el caso que tales métodos no rindiesen resultado y fuera elegida una administración antijacobina, existía siempre la red de sociedades amigas y, a veces, de autoridades superiores amigas para intentar una palinodia. La historia local de la Revolución está colmada de luchas políticas faltas de gloria —por haberse desarrollado en provincias— pero no por ello desprovistas de interés. Los clubes accedieron al poder de cien maneras distintas derrotando fácilmente a la oposición en un sitio, venciendo resueltamente en otros, y llevando adelante iguales propósitos en circunstancias tan diferentes que cualquier descripción única o generalizada del proceso podría parecer una falsificación. Quizás la única forma de hacerla sería mediante ejemplos. En la pequeña ciudad de Eymoutiers, en noviembre de 1791, el candidato a alcalde del club fue derrotado por 39 votos contra 58. El club protestó enseguida ante el *directoire* departamental de Limoges, el cual como buen Amigo de la Constitución que era, despidió arbitrariamente al alcalde y concejo municipal y designó a tres miembros del club de Eymoutiers para gobernar temporariamente al pueblo. Una comisión especial mixta del departamento y el distrito anuló, con todo, la decisión, y restauró en su cargo al alcalde. El club comenzó entonces a desarrollar una política de hostilización del gobierno municipal que a poco equivalió a un sabotaje. Después de las jornadas del 10 de agosto recurrieron a Limoges, y una fuerza patriota de dicha ciudad y de Saint-Léonard marchó a Eymoutiers, expulsó una vez más al alcalde, y lo reemplazó por una comisión de cinco miembros perteneciente al club. Todo esto sucedía antes de que comenzara el Terror[66].

El club de Aix-en-Provence conocido con el nombre de *antipolitiques* era, en 1793, mucho más extremista que el gobierno municipal o las secciones (distritos de la ciudad en los cuales los ciudadanos se reunían en conjunto como en las pequeñas democracias directas). El club persuadió al gobierno municipal para que desarmara y excluyese de las secciones a gran número de "moderados". Para asombro de todos, los moderados, aun sin armas, volvieron a participar de las reuniones de la sección, votando y derribando al gobierno municipal. Unicamente la intervención de tres comisionados especiales del departamento pudo impedir una pequeña guerra civil y el descrédito de los *antipolitiques*. Los comisionados pusieron a todas las secciones en cuarentena hasta que la totalidad de los sospechosos fue desarmada. La victoria fue, con todo, de muy corta duración; ante las novedades del 2 de junio, Marsella y Aix se levantaron para defender la Gironda; las secciones volvieron a hacerse fuertes y anunciaron la disolución del club. Unos tres meses más tarde, la entrada del ejército de la Convención, al mando de Carteau, permitió la reapertura del club que continuó funcionando durante el Terror[67]. Pero hasta que el ejército restableciese el equilibrio la pugna había sido razonable y sorprendentemente entablada entre dos sectores definidos: de un lado, el club, y del otro, las secciones antijacobinas. El club era una organización voluntaria; las secciones, asambleas políticas legales, no distintas de las reuniones municipales de Nueva Inglaterra. Los jacobinos, sabedores de que ganarían merced al número de votos, no concurrían a las asambleas de las secciones. Estas, sin embargo, contaban con un caudal de votos ligeramente superior a los del club. La lucha es, en el fondo, una lucha entre dos grupos, en la cual, el menor y mejor organizado de éstos, gracias a la ayuda foránea, vence la partida.

Las secciones más prósperas y conservadoras fue-

ron, sin duda, en todas las ciudades de Francia, el último baluarte de los respetables y liberales caballeros de la clase media contra los mejor disciplinados, menos caballerescos y, de ninguna manera liberales jacobinos que crearon la primera república francesa. En 1793, en Estrasburgo, las secciones fueron centro de los moderados hasta que los jacobinos, en forma absolutamente ilegal, bloquearon dichas asambleas [68]. En Lila, en julio de 1793, las secciones concibieron la idea de formar *sociétés populaires* en cada una de las seis en que se dividía la ciudad, con el objeto de establecer centros destinados a minar la influencia del club jacobino. Después de largos debates, protestas y peticiones, los jacobinos vencieron la partida tras lo cual cinco presidentes de las secciones fueron enviados ante el tribunal revolucionario de París, el cual los absolvió de hecho [69].

Con todo, aún antes de que conquistaran supremacía absoluta, los jacobinos se vieron obligados a recurrir a métodos irregulares para influir en las elecciones. Un pequeño incidente, ocurrido en la ciudad de Angulema, ilustra no sólo acerca de la pertinacia jacobina, sino también, de la debilidad del gobierno central y su impotencia para dar vigor a leyes que él mismo había dictado. El club lanzó una "proclama sobre las elecciones al pueblo de la campaña", firmada a título colectivo por todos los miembros del club violando, en tal modo, la ley que prohibía hacerlo. El comisionado real en la ciudad denunció, por tanto, ante el tribunal, la actitud del club. Pero, tal como escribiera, el 28 de enero de 1792, al ministro de Justicia en París, su vida había corrido peligro al ser atracado una noche por cuatro jacobinos. El club lanzó enseguida una nueva edición de la proclama con un violento apéndice de ataque al "perseguidor". El comisionado envió una carta desesperada al ministro de Justicia solicitando se le permitiera hacer uso de la fuerza, inclusive de la militar, si fuese necesario. La carta mereció la siguiente anotación del ministro (Duport-Dutertre): "Escribir a B. C. Cahier (ministro del Interior) para lograr el concurso de la fuerza pública". Cahier, a su vez, derivó el expediente a la administración departamental del Charente con la esperanza piadosa de que el club se tranquilizara y el comisionado fuese protegido. Pero, para entonces la monarquía había sido ya derrocada y *M. le Commissaire du Roi*, presumiblemente, desapareció [70]. Los jacobinos perseguirían durante la monarquía los mismos fines, utilizando casi los mismos medios de los jacobinos proletarios de la república. El Terror tiene respetables orígenes sociales.

Los jacobinos, a lo que parece, se reconvenían ocasionalmente entre ellos. La "gran parte de los ciudadanos activos de Angles, cerca de Saint-Pons" se quejan ante los jacobinos de París de que "traicionándolos en la forma más atroz" un *ci-devant* noble haya sido elegido juez de paz. Los nobles se desempeñaban como funcionarios de comicios, engañaban al elector analfabeto y hacían fraude en tal medida que, a la segunda boleta, había ya más votos que votantes [71]. Una "sociedad de libres y patrióticos ciudadanos" de La Mothe-Saint-Héraye se quejaba, en 1790, de que una "cábale" encabezada por un aristócrata, quien se atrevía a aseverar "con razonamientos especiosos que se debería elegir como jueces de paz tan sólo a letrados, a gente rica y satisfecha", había realmente tratado de alejar de la reunión a los trabajadores mediante el procedimiento de alargar indefinidamente la duración del mitin. Miembros de la misma "cábale" han recurrido, inclusive, para seducir a un patriota, a "mujeres atractivas pertenecientes a su artificioso círculo social y empeñadas mediante suaves palabras en arrebatarle el voto" [72]. Pero, en general, uno queda sorprendido ante la incompetencia

de la oposición al jacobinismo, la cual no debemos aceptar de momento como signo de superioridad moral. La oposición está dividida; es tímida, inepta. Intentó organizar también clubes, a imitación de los jacobinos, pero sólo por excepción obtuvieron resultados más fructíferos que aquéllos. Clubes *des Amis de la Paix* surgieron en toda Francia, en 1790 y 1791, asistidos de los más laudables principios e intenciones. Los Amigos de la Paz, de Limoges, por ejemplo, anunciaron su propósito de "imbuirse del verdadero espíritu de la Constitución del reino y propagarlo en la forma más urbana y persuasiva posible" [73]. Pero la sociedad atrajo pronto sobre sí las sospechas del club jacobino local y, luego de breve forcejeo, viose obligada, debido a la presión de las autoridades y los jacobinos —con ayuda de aventureros inescrupulosos— a desbandarse. El procedimiento usual de los jacobinos contra los grupos rivales es ilustrado convenientemente por los episodios de Poitiers: provocación de riñas callejeras, apedreamiento de edificios, asalto de clubes e inculpación a la sociedad rival de los disturbios. Las autoridades, que se veían forzadas por ley a permitir la libertad de asociación, podían, de este modo, clausurar el club rival inspirándose en razones de orden público [74]. El *Club Monarchique* de París es otro ejemplo de la ineptitud de las fuerzas conservadoras. Adoptaron éstas un elaborado y desembozado sistema de caridad pública consistente en la distribución gratuita de pan a los necesitados, actitud que sirvió de pretexto ideal para los ataques jacobinos. Los aristócratas estaban tratando abiertamente de corromper al pobre. Una serie completa de indisputables analogías históricas desfila en la oratoria y periodismo jacobino: *panem et circenses,* Sila, César, etc. También el *Club Monarchique* fue forzado a cerrar sus puertas [75].

No caben dudas acerca de la eficacia de las prác-

ticas electorales de los jacobinos, inclusive desde un principio, cuando los opositores podían moverse todavía con libertad y en grupos. En las elecciones departamentales de Vienne, en 1790, hubo sólo veinte miembros del club entre 422 electores. Estos veinte, con todo, consiguieron diez bancas de las treinta y seis del concejo, y seis, de las nueve de la administración [76]. En 1791, la sociedad de Dijon pudo escribir a la sociedad matriz lo siguiente: "Pertenecen a nuestro club tres miembros de la administración del departamento, el presidente, el *procureur général syndic* y tres miembros del distrito, todos los del gobierno municipal y todos los jueces del foro" [77]. El propio nuevo obispo del Cher dijo al club de París: que debía "fundamentalmente al interés que los Amigos de la Constitución de Bourges, habían querido poner en su persona, los votos de los electores del departamento" [78]. La sociedad de Cherburgo, ciudad no muy grande, consiguió enviar a tres de sus miembros a la Convención [79]. Aun cuando sea muy difícil trazar estadísticas en esta materia puede asegurarse que hubo, en general, un sostenido aumento en el número de los jacobinos elegidos para cargos nacionales, departamentales, regionales y municipales, entre 1790 y 1793 [80]. Después de dichos años las elecciones se transforman en una mera formalidad y ya no necesitan aquéllos practicar el arte de conseguir votos.

IV

El presidente del club de Tolosa que se retirara en diciembre de 1790, resumió las actividades del club durante su mandato, mostrándose especialmente orgulloso de que durante dicho período el club hubiese establecido vigilancia directa y tareas de franca inspección en los tres cuerpos administrativos con asiento en esta localidad (departamento, distrito y ciudad) [81]. A la larga, el

problema del lugar que ocupan los clubes en la política revolucionaria se reduce a lo siguiente: ¿hasta qué punto fue efectivo el contralor ejercido por los clubes sobre las autoridades gubernamentales? La propaganda, la intriga, las maniobras electorales, todo, en suma, conducía a un solo propósito final de los clubes que era la obtención del mando.

La opinión común y, especialmente, la opinión enemiga, ha querido admitir desde un principio el triunfo completo de los clubes. Un lejano ataque a éstos puede encontrarse en la *Feuille Hebdomadaire*, de Lorient, en Bretaña, en octubre de 1790. El autor describe: "Un decreto de cualquier club es más respetado que otro emanado de fuentes legales... La ocupación diaria de los miembros de los clubes es vigilar al poder ejecutivo y efectuar una escrupulosa revisión de los decretos del cuerpo legislativo... Pero, ¿con qué derecho estos hombres que no han sido elegidos de manera alguna para tales cargos por el voto de sus conciudadanos, usurpan la autoridad de los funcionarios?" [82].

En abril de 1790 se pregonó en las calles de París un libelo antijacobino titulado "Grandes decretos del Club de los Jacobinos que serán convertidos, como es corriente, en decretos oficiales por la Asamblea Nacional en el curso de la presente semana" [83]. El nuevo presidente electo del club de Trévoux, en 1791, comenzó con la siguiente prevención su discurso inaugural: "No es ésta una inquisición sino una asamblea de buenos ciudadanos inspirada en el deseo de acordar una libertad limitada al hombre de bien en la sociedad". Continuó solicitando a sus compañeros que no denunciasen a otros ciudadanos demasiado libremente; que se comportasen con corrección en las reuniones, que no acusaran ni atacaran a ninguna figura prominente antes que lo hiciera el público y que no interfiriesen en las tareas de los funcionarios del gobierno, todo lo cual revelaba con claridad inclusive

para un temperamento desprejuiciado, que los jacobinos hacían de continuo esas cosas [84]. Los historiadores han querido aceptar todo esto por su valor nominal y la mayor parte de las crónicas de los clubes adjudican a los jacobinos el completo dominio del territorio que representaban [85].

Dicho dominio no se alcanzó ciertamente sin lucha. Con absoluta claridad puede asegurarse que en casi todos los puntos de Francia las primeras elecciones realizadas bajo la nueva constitución llevaron al poder, en los numerosos cuerpos administrativos locales, sean de departamentos como de distritos o ciudad, a hombres de posición política moderada, esencialmente conservadora, ordenada, respetuosa de la monarquía y ansiosa de fomentar desde las posiciones jerárquicas el desarrollo de las teorías de la Ilustración. Los clubes de los Amigos de la Constitución enfrentaron casi por dondequiera a tales administraciones. No hay fórmula simple que pueda describir el resultado final de dicho conflicto. En verdad, la caída de la monarquía y los acontecimientos que le siguieron en la ciudad de París, volcaron finalmente a toda Francia hacia el gobierno revolucionario, lo cual no implica en modo alguno que gobernasen los clubes. Pero antes del 10 de agosto de 1792 los clubes habían retrocedido frente a la acción gubernamental en algunas ciudades, mantenían una pugna, sin definición, en otras, y triunfaban en las más. Los incidentes ocurridos en toda esta lucha, los métodos y la técnica política de ambos partidos, son igualmente variados y tan sólo podríamos atrevernos a clasificar ciertos rasgos comunes a todos ellos. Debemos recordar permanentemente que los jacobinos poseían una inconmensurable fuente de poder que era su organización piramidal formada por estratos de sociedades afiliadas entre sí que culminaban en la de París y todas las cuales se vinculaban recíprocamente mediante constante intercambio de correspondencia.

Desde el punto de vista del sistema de reuniones, los revolucionarios poseyeron evidentísima ventaja al sesionar en privado. Pero, si su reuniones eran públicas, nada podía ser más fácil para los clubes que sacar provecho de la devoción de sus miembros por la política, invitándolos a concurrir a las sesiones de las magistraturas locales donde podían además confundir a los moderados; demás está decir que hubiese sido más fácil pagar una claque para que hiciera eso. Sostúvose, por tanto, unánimemente que los intereses de la democracia exigían sesiones públicas de todos los cuerpos gobernantes. En enero de 1791, el club de Tulle pidió a la Asamblea Nacional decretase "la perpetua y constitucional publicidad de las sesiones de los cuerpos legislativo, administrativo y municipal" [86]. En Avallon, un miembro del club "leyó un discurso en el cual estableció el sistema de publicidad en todas nuestras instituciones como único medio de formar hombres virtuosos, ilustrados e instruidos" [87]. En el verano de 1792, el club de Amiens elevó una petición a la Asamblea Nacional lamentándose de que la administración departamental hubiese osado acusar a la buena ciudad de París por los disturbios del 20 de junio, agregando que los funcionarios del departamento nunca se habrían atrevido a dar tal paso si el público hubiese tenido acceso al recinto de sus reuniones. Se solicitó, por tanto, de la Asamblea, decretara que todos los funcionarios despachasen sus asuntos en público [88]. La República concedió pronto a sus hijos dicha gracia, pero a lo largo de todo este conflicto, las diputaciones circularon libremente entre los clubes y la administración pública y, en el fondo, los jacobinos, se salieron siempre con la suya. Las autoridades eran demasiado numerosas y estaban demasiado bien vigiladas como para que hubiesen podido urdir nada en secreto.

La más modesta y simple relación entre los clubes y las autoridades es la que va involucrada en la petición.

A todo lo largo de la Revolución, los clubes compusieron peticiones, arengas y memoriales sobre cualquier tema que cayera entre sus manos. Hubo, como hemos visto, una ley que impedía ejercitar el derecho de petición en nombre de los clubes, y la misma fue supuestamente válida mientras no cayó la monarquía. Pero, como también vimos, fue casi universalmente desobedecida [89]. Las municipalidades recibían constantes peticiones sobre todas las materias posibles desde trasladar la oficina de correos a un punto más cercano del centro de la ciudad [90] hasta la de armar al pueblo con picas [91]. El comandante de las tropas reales en Besançon, Custine, recibió el pedido de uniformar de inmediato a sus oficiales con la nueva divisa nacional, a lo cual respondió respetuosamente que cumpliría con el pedido en el término de tres meses fijado por la ley [92]. Tanto los distritos como las cabezas de departamento y la Asamblea Nacional recibieron peticiones de todo club digno de ese nombre. Las diputaciones de éstos llevaban frecuentemente la petición, y por vía directa, a la administración respectiva. Acaso, convendrá una cita documental para mostrar mejor este tipo de actividad societaria. La que sigue no es, por cierto, expresión de la jornada común de un club jacobino, pero no deja, en verdad, de ser típica. En una sesión del club de Perpiñán, a fines de 1793, encontramos: "Diputación ante el cuartel general (del ejército) para que se disponga la distribución de leña a los soldados en forma que éstos puedan utilizarla directamente, sin recurrir a un hacha, herramienta que no todos pueden tener.

"Primera diputación ante el distrito para que se ordene a los comisionados en el Canigou continuar quemando carbón de leña y venir a Perpiñán a venderlo, como acostumbraban hasta hoy ya que las autoridades de las aldeas parecen coincidir en no quemarlo, o al menos, no venir a Perpiñán, para venderlo.

"Los miembros de la diputación informan que el

procureur syndic se ha ocupado del asunto y dispuesto se traiga carbón a la ciudad.

"Segunda diputación ante el distrito para que ordene a los municipios cremar todo cadáver que aparezca en el ejido (se refiere a la frontera de los Pirineos donde los ejércitos republicanos luchaban contra los españoles).

"Primera diputación ante el municipio para requerir se hagan de inmediato visitas de requisición a todos los remendones y zapateros para comprobar si no acaparan existencias de calzado. Esta medida es esencial ya que algunos hermanos en armas se encuentran descalzos.

"De retorno de su cometido, los miembros de la diputación dicen que informarán mañana.

"Segunda diputación ante el municipio para que se repare el pavimento y se mantengan las calzadas limpias.

"Tercera diputación ante el municipio para que se remueva la *fleur de lis* del campanario de la iglesia de San Juan.

"Cuarta diputación ante el municipio para que se requise el excedente de bujías que pudiere haber en las viviendas privadas.

"Segunda diputación ante el cuartel general para que se ordene a los capitanes inspeccionar semanalmente el botín obtenido por los soldados. Si alguno de éstos fuere sorprendido vendiendo o poseyendo un botín extra, deberá arrestárselo.

"La diputación informa de retorno, que no había nadie en el cuartel general" [93].

La petición, con todo, no era sino un primer paso. El club podía muy bien enfrentar una negativa; también insistir en la petición e importunar a las autoridades hasta que ésta fuese atendida [94]. Pero la mejor manera era encontrar a alguien o a algo que mereciera denunciarse y hacer la denuncia públicamente. La petición ori-

ginal tomaba entonces la forma de la denuncia. Los aristócratas y los sacerdotes que no habían prestado juramento a la Constitución fueron, al principio, las víctimas acostumbradas de tales denuncias. La sociedad de Libourne denunció ante la corte local al Sieur Beaumalle por haber declarado que continuaría usando su escudo de armas en su litera, pese a la Revolución, y que dispararía contra cualquiera que tratase de impedirlo [95]. El club de Blaye, habiendo oído que el señor Lison, quien, a título privado se suscribiera con 150 libras al fondo patriótico, había mudado dicha suma en 72 libras al ser elegido consejero del municipio y tener acceso a los registros oficiales, lo denunció ante sus compañeros y pidió su exclusión del consejo municipal [96]. París fue naturalmente centro de tales denuncias. Allí, "dos diputados de los regimientos de Chartres y el Delfinado, respectivamente, denunciaron las criminales maniobras de los oficiales de los mismos quienes, para soliviantar a los soldados contra el nuevo régimen, adulteraban el pan y disminuían su peso". El club escuchó indignado dicha denuncia y aconsejó a los soldados elevarla ante la Asamblea Nacional [97]. En el mismo mes de marzo de 1790, cierto conde de Saint Aldegonde denunció a algunas abadías porque talaban los bosques de sus dominios en previsión de que los confiscara la nación [98]. Pero es inútil remitirse a detalles cuando toda la historia de la Revolución no hace sino proveer de incontables ejemplos de este frenesí denunciatorio que se cernía inclusive sobre objetivos de carácter estrictamente privado. Hubo algunas protestas en el club de París contra esta intromisión en la esfera privada, pero Collot d'Herbois respondió: "Cuando la Revolución haya sido completada, digamos, dentro de treinta o sesenta años, entonces no tendrán los ciudadanos necesidad de reunirse en los clubes. La respetable mayoría de la nación sabrá darse buenas leyes, y aplicarlas, pero, hasta tanto, se hace necesario vigilar

los cuerpos gobernantes para impedirles traicionar al pueblo. El deber de los clubes ante los Amigos de la Constitución es ser defensores oficiales de todo ciudadano privado que haya sido agraviado. Apruebo la proposición de que la sociedad no cese de intervenir en los asuntos privados" [99].

Si la petición o denuncia no triunfaba en la primera instancia administrativa, el próximo paso era naturalmente recurrir a una segunda ante un cuerpo gobernante superior. Los jacobinos de la monarquía consiguieron poner en conflicto de esta manera a los organismos constitutivos del flamante gobierno de 1791. Aquí nuevamente necesitamos recurrir a una cita.

Los jacobinos de Sisteron consiguieron afirmarse después de dura brega interna y de desplegar las habituales virtudes jacobinas de voluntad y pertinacia para adaptar sus métodos, ya que no sus ideas, a las necesidades prácticas. El ayuntamiento consintió en 1791 en que se fundara el club no obstante expresar su desacuerdo ante el temor de que "el propósito de los fundadores fuese copar el Ayuntamiento, por cuanto se asegura proclamaban abiertamente que los Amigos de la Constitución habían resuelto vigilar los cuerpos administrativos e intervenir por la fuerza en los mismos en caso de necesidad". Hubo tumultos contra los jacobinos y el alcalde fue obligado a disolver el club. Los miembros apelaron entonces ante la administración departamental, la cual apoyó el pedido y escribió al alcalde para que protegiera a esos buenos ciudadanos. Los jacobinos pensaron, no obstante, que era aconsejable procurarse alguna ayuda más tangible. Previnieron al alcalde que "si los paisanos del lugar se permiten la más leve insurrección, tenemos a nuestras órdenes a quinientos hombres armados". Al parecer, rodearon y sobornaron al que reunía mayor peligro físico entre los revoltosos, y luego reabrieron el

club. Pocos meses más tarde forzaron al alcalde adversario a renunciar [100].

Protegía legalmente a los jacobinos contra las medidas municipales destinadas a impedir sus reuniones, el caso del club de Dax que sentó un precedente definitivo durante todo el período monárquico. El alcalde y concejo de esta pequeña población de las Landas eran arraigadamente conservadores y sorprendidos por la novedad de las ideas del club local acerca del gobierno autónomo rechazaron el pedido de éste para reunirse. El club apeló enseguida ante la más alta autoridad posible, la Asamblea Nacional, y ventiló el caso en la prensa de París. Otros clubes también protestaron por esta época ante la sociedad del Sena y denunciaron persecuciones por parte de los ayuntamientos [101]. Fueron favorecidos por un decreto del 13-19 de noviembre de 1790 por el cual se reafirmaba el derecho de los ciudadanos a efectuar reuniones políticas pacíficas y se ordenaba a los ayuntamientos cesar en sus persecuciones [102].

No fueron, en cambio, igualmente protegidas de los ataques jacobinos las autoridades administrativas. El departamento de Indre-et-Loire rechazó una petición del club de Tours fundado en que éste no tenía legalmente derecho a realizar un pedido en forma colectiva. El club empapeló entonces los muros de Tours con una declaración extremista firmada por la sociedad. El departamento emplazó entonces a las autoridades del club ante la corte de justicia criminal ordinaria. El presidente pronunció entonces un discurso elocuente y erudito amenazando a las autoridades por haber interferido en la vida del club y citando, al efecto, al alcalde y concejo municipal de Dax, tras lo cual expresó floridos conceptos acerca de la libertad de palabra. La corte se contentó con imponer una multa nominal y el club ganó lo que se conoce generalmente, y en virtud de alguna razón, como una victoria moral [103]. El club de Gray mantuvo

divergencias con el regimiento 12 de Caballería, acantonado en la ciudad; los oficiales realistas llegaron al extremo de incitar a sus hombres a agredir con bolas de nieve al abate Lempereur, presidente del club. El club solicitó a la Asamblea Nacional el traslado del regimiento; la petición fue rechazada, al principio, pero debió accederse a ella ante la insistencia de aquél [104]. El club de Saverne, disgustado con la guardia nacional a cuyos oficiales encontraba demasiado aristocráticos, se dirigió a la sociedad de Estrasburgo exponiendo sus quejas contra dichos militares. Un oficial querelló por calumnias al presidente del club. El departamento del Bajo Rin, a instancias del club, suspendió a todo el estado mayor de la guardia de Saverne antes que el caso se presentase ante el tribunal, obteniendo aquél en tal forma la victoria [105]. Una diputación de comerciantes callejeros, apoyada por Tallien, se apersonó ante el club de París para quejarse por una reciente ordenanza del ayuntamiento que perjudicaba a sus intereses; el club contempló con excelentes ojos el pedido, compladiéndose del caso judicial que se presentaba y aconsejó a los recurrentes dirigirse al departamento, medida que se le hubiese ocurrido normalmente a todo jacobino [106]. Posteriormente, se podía apelar ante el diputado en misión. El ciudadano Lacau, del club de Tolosa, se presentó a la sociedad con una acusación en doce secciones contra el *procureur général syndic* que el club elevó a Meilhe, en misión en la ciudad. Éste observó que un extracto de las actas del club sería suficiente y el funcionario fue sancionado de inmediato [107].

Un ejemplo útil del modo en que los jacobinos se servían de las altas autoridades lo proporciona la campaña del club de Poitiers contra los sacerdotes que no habían prestado juramento a la Constitución, empresa ésta común a los clubes de toda Francia. Considerando que el gobierno municipal no se mostraba muy activo contra

los clericales, el club organizó una reunión de votantes, la cual se pronunció por la proscripción de los *capucins* y el cierre de los hospitales y otras instituciones de caridad atendidas por el clero regular. El ayuntamiento rehusó, con todo, ir más allá de la letra de la ley, lo cual permitió al clero regular continuar permaneciendo en la ciudad bajo ciertas condiciones, pero el club apeló entonces ante el departamento y éste ordenó al gobierno municipal obedecer la voluntad de los votantes. El club decidió entonces pedir a la Asamblea Nacional que decretase la clausura de todos los conventos y sus capillas. Entretanto, una audiencia en el recinto municipal probó que los sacerdotes que no habían prestado juramento continuaban celebrando misa en las capillas de los conventos y hasta las festividades de los santos en las antiguas parroquias, las cuales se hallaban a cargo del clero constitucional, ahora legalizado, pero carente de apoyo popular. Seiscientos ciudadanos antijacobinos pidieron al departamento que continuasen estos servicios litúrgicos en las capillas. La sociedad jacobina obtuvo la lista de los peticionantes y la hizo pública, a modo de bando de proscripción. Los inculpados se dirigieron entonces al rey, protestando contra la infidencia del departamento. Un jacobino admitió que esta petición había contado con más firmas que la anterior, pero agregando que "cela ne doit pas être d'aucune considération", interpretando ya en 1791 los principios democráticos tan ajustadamente como se lo haría en 1794. El departamento decretó pronto la clausura de las capillas. Seguidamente aceptó la sugestión jacobina de que no se permitiera a los *capucins* presentarse en público con los hábitos de su orden y se alejara a los sacerdotes díscolos de sus antiguas parroquias. El club discutía una ley de deportación el mismo día en que ésta era votada en París [108].

Los jacobinos pudieron manejar en su beneficio a diferentes cuerpos administrativos debido, en parte, a

la combinación de la inexperiencia con el tradicional sentido francés de la jerarquía que hace deleitarse a los miembros de cada cuerpo administrativo en ejercitar su autoridad sobre el cuerpo inmediatamente inferior. Pero los jacobinos tenían también, por lo menos, una minoría de sus propios miembros en casi todas las organizaciones administrativas sobre la cual la autoridad de los clubes era absoluta. Comienza entonces la eterna historia de las minorías disciplinadas y resueltas. El club de Chablis, descontento con una actitud del *procureur* de la ciudad, que era miembro del club, llamó a éste a razón, pero el aludido se negó a comparecer tanto ante la sociedad como ante un tribunal. El club, después de deplorar su negativa para presentarse, lo suspendió provisionalmente, para encontrarlo dos meses más tarde, convenientemente disculpado y socio del club nuevamente. La reconciliación fue celebrada en un homenaje a Marat en el curso del cual todos "abjuraron sobre la tumba del inmortal Marat, de los odios que nos dividen", representando la muerte de este tribuno un papel pacificador que nunca cumplió en vida el titular [109]. El presidente de la junta directiva de la Alta Vienne firmó una comunicación no aprobada por el club del cual era miembro. Censurado por aquél, dio marcha atrás y se retractó públicamente de lo que había hecho [110]. El club de París insistió siempre en que tenía que ser mantenida la tradición del Club Bretón y que sus miembros debían votar como un solo bloque en las asambleas nacionales. Además, el club no admitía deserciones; si la ausencia de algunos jacobinos permitía una victoria ministerial, los infractores eran penados con la publicación de sus nombres en carteles fijados en los muros [111]. De igual modo, el club de Le Havre dedicóse a reforzar el dominio que tenía sobre la guardia nacional, apoyo de última instancia con que contaban los jacobinos en todo el país. Insistió en que sus miembros debían cumplir con sus

guardias regularmente y excluyó a aquellos que las abandonaron sin excusas en tres ocasiones [112]. Por supuesto que los jacobinos no dejaban de reclutar la mayor parte posible de simpatizantes entre los miembros de la administración pública, aun cuando al principio sus ideas políticas condenaran los sistemas corruptos y entidades parecidas. La sociedad de Bergerac, por ejemplo, vaciló mucho en recomendar a uno de sus miembros para un cargo en las oficinas del departamento, pero decidió apoyar el pedido cuando comprobó que el principal oponente al puesto no era, a todas luces, buen ciudadano [113].

Para el caso que todas las instancias ante los cuerpos administrativos oficiales no hubiesen dado resultado, los jacobinos podían siempre movilizar su red de asociaciones afiliadas, así como sus agencias de propaganda, y obrar sobre lo que se ha convenido en denominar opinión pública. La sociedad de la aldea normanda de Manneville-la-Goupil, que ostentaba ahora el nombre revolucionario de Zèle-de-la-Patrie, no fue oída en sus pretensiones ante el cercano ayuntamiento y dirigió entonces una carta abierta que merece ser citada en el original: "El gobierno municipal de «La Récompence ci-devant Hoquetot» ha cometido determinado crimen, "délis qui est certainement atentatoire aux vois des sociétés populere dans les mains des quelles est le gouvernement républicain son affermissement, c'est les sociétés populere qui ont sonné la larme sur tous les entregants et les enemis de la révolution: la convention sentant le bezoin de déposer dans leurs mains la surveillance des corps constituez et celle de tous les citoyens" [114].

La sociedad de Bourbon-Lancy descubrió que la administración del distrito no había hecho nada respecto de los sacerdotes que no prestaron el juramento constitucional, resolviendo emitir, en nombre de la entidad, una circular a todas las ciudades y clubes del distrito para urgirlas a vigilar las actividades de aquéllos. El club se

sintió profundamente afectado al saber que la administración del distrito consideraba dicho acto como una usurpación de poder y escribió enseguida al club de París en procura de protección. La opinión, en general, era adversa a los curas no constitucionales y la sociedad consiguió finalmente salir victoriosa [115].

Una de las principales utilizaciones del sistema de afiliación de los clubes era, por supuesto, organizar a éstos en favor de una determinada medida y presionar, en conjunto, mediante repetidas peticiones, ante la Asamblea Nacional. El crecimiento de la agitación contra el clero ortodoxo, ejemplifica dicha táctica; de igual modo, las frecuentes protestas contra la alta clasificación monetaria para obtener cargos públicos, o sea el decreto de la *marc d'argent* [116]. Un hombre ambicioso que no habría podido ser elegido por sus propios medios para desempeñar un cargo público, lo conseguía halagando y cortejando a los clubes. Robespierre representaba el ejemplo clásico del hombre que debe casi todo cuanto es a un club. La carrera de Kersaint ofrece todavía más elocuente ejemplo. Fue éste consultado como experto naval por la comisión de marina de la Asamblea Nacional, pero sus planes fueron rechazados. Acudió entonces ante los jacobinos, entre los cuales cosechó calificado éxito. El triunfo aseguró su elección ante la Asamblea Legislativa y lo lanzó a la carrera política [117]. En el caso último, de que un club fuera definitivamente desbaratado y suprimido merced a un avatar de la política local, siempre podía recurrir a la conspiración. El extremista *Club National* de Burdeos fue clausurado en el curso de la reacción girondina. Pero las reuniones continuaron en casa de sus autoridades, las cuales secundaron planes "difundidos en todas las secciones de la ciudad para ilustrar a sus hermanos y persuadirlos de sus errores" [118]. Los jacobinos de París, bien que nadie los persiguiese, difícilmente habrían podido provocar por decreto la caída

de la monarquía. Su actividad en las secciones contribuyó indudablemente a provocar el 20 de junio y el 10 de agosto [119].

Todos estos medios de poder fueron usados por el club de París y hemos citado frecuentes ejemplos extraídos de su documentación. Pero la posición del club, especialmente en el lapso de 1789 a 1792, era enteramente peculiar y necesita una breve explicación adicional. La verdad es que el club de París fue, durante un tiempo, rival de la Asamblea Nacional y uno de los tres cuerpos (Asamblea, Ayuntamiento y Club Jacobino) cuya compleja interacción determinó los sucesos políticos revolucionarios. En enero de 1792, un orador del club se refiere a la "vieja costumbre" de los jacobinos, por la cual toda cuestión que trataba la Asamblea Nacional debía ser tratada el día antes por el club [120]. Según Lasource, tal hábito fue prescrito en los reglamentos del club [121]. La propia y famosa noche del 4 de agosto fue precedida por una disputa acerca del tema del feudalismo, el día anterior, en el Club Bretón [122]. Peticiones similares leídas, así como denuncias presentadas en el club, eran objeto de consideración poco más tarde, en la Asamblea [123]. Los cuerpos oficiales —ayuntamientos, concejos de distritos, etcétera— mantenían correspondencia con el club de París, tal como si lo hicieran con un parlamento oficial [124]. Sillery, representante de la comisión naval en la Asamblea Nacional, leyó su informe a los jacobinos antes que a la Asamblea [125]. *Le Lendemain*, un diario hostil a los jacobinos, publicó, en 1791, varias noticias como la siguiente: "La Asamblea Nacional abrió sus sesiones con 50 miembros; el club jacobino abrió las suyas con 300, continuólas con 700 y las clausuró con 400" [126]. El club jacobino era réplica de la Asamblea Nacional en más de un sentido, a juzgar por informes de este tipo: "Club Jacobino. Sesión del lunes, 12 de julio de 1790. El orden del día incluye el establecimiento de una Suprema Corte

y la organización del ejército. El primer tema no fue tratado; el segundo, apenas se lo hizo. Estas importantes discusiones fueron continuamente interrumpidas por discursos, delegaciones, etc., etc." [127].

Las sociedades provinciales eran tan ávidas de poder, con todo, como la sociedad matriz y si intentásemos describir la relación entre sociedad y autoridades sería muy difícil establecer cuándo los clubes influyen sobre las sociedades y cuándo las suplantan. Pueden agruparse, sin duda, muchos ejemplos de sociedades que subrogan definitivamente al gobierno en tareas propias de éste. Una evidencia negativa es provista por los documentos del club de Pellegrue: "Carta de la administración del distrito de La Réole para saber si la sociedad impone alguna tasa a individuos arrestados o sospechosos. Se encarga al presidente de responder en forma negativa a dicha administración; la sociedad no permitirá ninguna operación que no se halle de acuerdo con la ley" [128]. No todas las sociedades se sujetaban a limitaciones como ésta. El pequeño club de Cézy, en el Yonne, después de dirigirse en vano a las autoridades para que concediesen al señor Le Vert un certificado de *civisme* (documento muy necesario en aquellos días) redactó un testimonio oficial para éste anunciando que era tan válido como el que podría haberle provisto el ayuntamiento [129]. El club de Chablis, después de informarse de que los servicios religiosos continuaban prestándose en ciertas aldeas, citó a los alcaldes de las mismas para que respondiesen acerca de este antirrevolucionario estado de cosas. Todos concurrieron ante la intimación disculpándose humildemente con el pretexto de que la gente estaba "beaucoup fanatisé" en sus respectivos municipios [130]. El club de Avallon nombró espontáneamente a cinco de sus miembros para que cooperasen con el ayuntamiento en la regulación del mercado de comestibles [131]. El de Tolón solicitó enérgicamente el retiro de un contraalmirante y

una autoridad portuaria con quienes no simpatizaba y el pedido fue obedecido por los jefes de la marina. Seguidamente, procedió a elaborar una lista de marineros dignos de ser ascendidos, prometiendo el ministro Monge examinarla atentamente [132]. El club de Chateuroux mantuvo una querella con las autoridades municipales parecida a las que hemos ya descrito. El alcalde intentó examinar los registros del club, pero fracasó en su propósito, aun cuando la sociedad se viera forzada a rehusar reconocerse derechos particulares respecto de la requisición de los documentos [133]. La sociedad de Tulle expresó su asombro por el hecho de que el nuevo obispo constitucional hubiese elegido un vicario no perteneciente al club, pero veinticuatro horas después éste solicitaba su ingreso al mismo [134]. El club de Villeneuve-sur-Yonne disputó con un coronel Ségur acerca de cierta medida disciplinaria contra un soldado. El coronel rehusó tener nada que ver con el club y atrajo sobre sí esta indignada protesta: "El coronel Ségur cometió una indiscreción al decir que no era responsable de sus actos ante los Amigos de la Constitución; cometió también un error al decir que sólo el ayuntamiento tenía derecho a interrogarle acerca de este asunto" [135]. Se comprende así la desesperada pregunta de un oficial del Jura ("el más inepto y brutal de los hombres", según las actas del club) ante una delegación de la sociedad de Lons-le-Saunier: "¿Es ésta, acaso, otra ley promulgada por los clubes?" [136].

V

Hay una fase de las tácticas políticas jacobinas que puede se brevemente citada aquí, y es la que se refiere al uso de la violencia, pero no sólo de la física sino más bien de esa especie de violencia moral y simbólica que grupos como los Pataria, los jacobinos y el

Ku Klux Klan han ejercido a lo largo de toda la historia de Occidente. La violencia, en uno y otro sentido, se halla tan entrelazada con los métodos jacobinos que hemos tenido que vernos obligados, varias veces, a computarla, aun cuando nos refiriéramos a temas ajenos al citado. ¿Necesitaremos insistir una vez más en que lo que realmente interesa es el propio acto, único e increíblemente compuesto, producto de cien propósitos encontrados que se transforman en uno, único, en determinado momento de la carrera del tiempo? Nuestro método, en el cual no se necesita recuperar, como quiere la historia narrativa, la serie-tiempo sino sustituir al tiempo por la lógica y tratar de encontrar similaridades (clases) en lugar de describir tan sólo unicidades (sucesos), puede prosperar, cuanto más, merced a justificaciones, exponiendo pruebas o razones que nos descarguen de una omisión o una falta.

Unos pocos ejemplos permitirán iluminar claramente esta cualidad de la violencia, tan importante en las prácticas jacobinas. Los mostachos, así como los pantalones, se habían convertido en un símbolo republicano, en marca de virilidad auténtica, en contraposición con el rostro lampiño y las calzas de los aristócratas. El club de Rodez compuso, en 1793, una lista de 72 miembros de la "sacrée noblesse de chien reconnue en 1789" junto con otros indignos de usar mostachos y luego encargó a su comisión de vigilancia rasurar a aquellas personas que osaren asumir este símbolo de privilegio masculino, "pero teniendo buen cuidado de cumplir la tarea sin jabón y con la peor navaja posible" [137]. Hay una innegable huella de crueldad en muchas de las acciones jacobinas; a veces, como en el ejemplo que citamos, un ingenioso y juvenil sadismo o la magnánima crueldad del perseguidor. Esto último puede ser ilustrado por la proposición de un miembro del club de Provins, en el sentido de que tanto testigos como padrinos de duelos

fuesen, en lo futuro, marcados en la mejilla con las letras "T.D." *(témoin duel)* [138]. El humor jacobino es también, a menudo, una evocación bastante grotesca de castigos imposibles para los enemigos. Varlet propuso, en el club de París, desembarazarse de los sacerdotes que no habían prestado juramento mediante "un trueque con los piratas de Berbería, en virtud del cual cada europeo cautivo fuese cambiado por dos curas" [139]. El hermano Schwartz, en Estrasburgo, "comunicó al club que había, en un hospital civil, un *émigré* atacado de escorbuto y pidió que fuese guillotinado, sin esperar más, para apresurar su cura" [140]. Una de las diversiones favoritas fue hacer desfilar, montados en asnos y con el rostro vuelto hacia atrás, a los sacerdotes que no habían prestado juramento [141]. Aquí también asoman rasgos provincianos en los jacobinos, tan a menudo considerados víctimas o victimarios dentro del nivelador proceso de la democracia. ¿Dónde, que no fuera en Normandía, pudo haber tenido efecto el siguiente episodio? En Saint-Romain, los miembros de la Montaña, obligaron al moderado concejo municipal a cortar y quemar el árbol de la libertad, plantado por los moderados, y llamaron a algunos muchachos para "deshonrarlo". Luego, tomaron los restos carbonizados del árbol y los utilizaron para marcar las puertas de sus enemigos y guiar al populacho contra ellos. En Saint-Jean de la Neuville, los victoriosos "montagnards" talaron el árbol de la libertad plantado por sus adversarios, pero con el cuidado "de hacerlo caer hacia el lado de la prisión donde dichos ciudadanos se encontraban encerrados" [142].

Por supuesto, la violencia no fue siempre tan sutilmente, tan metafísicamente ensayada. Hemos visto cuán a menudo los jacobinos suscitaban tumultos destinados a deshacerse de sus enemigos. ¡Cuán henchido de significado es este simple postscriptum agregado a una carta de la sociedad de Alais! "P. S. El club lla-

mado club de los verdaderos franceses no continuará durante mucho tiempo siendo objeto de escándalo y ansiedad para todo buen ciudadano. Después de algunos disturbios ha sido disuelto por nuestro ayuntamiento, en inequívoca muestra de patriotismo" [143]. En Cosne, a fines de 1793, una minoría de jacobinos combativos, entró en el salón de reuniones de la sociedad y "compensando su escaso número con la energía" desalojó a los moderados, y constituyó, por sí misma, el club [144].

La violencia jacobina, empero, no se ciñó tan sólo a alborotar y hostigar. Frecuentemente, tomaba la forma de una extraordinaria y a veces brutal interferencia en lo que en épocas normales consideramos como asuntos privados. Un orador del club de Montaigut-en-Combrailles encontró "muy desarrollado el orgullo aristocrático, especialmente entre las mujeres. Propuso, por tanto, nombrar una comisión que iría enseguida a ver a las damas que se mantienen apartadas de las esposas de los artesanos, obreros y campesinos, clase ésta la más honorable de todas, e invitarlas a un Baile de la Igualdad" [145]. "Invitar" en el sentido que se transcribe, es una expresión común de los jacobinos. En Auch, el hermano Pourquier, sugirió que a las mujeres que se acicalaban los domingos (el calendario revolucionario, en el cual el domingo era sustituido por las *decadi*, se hallaba entonces en vigor) se las pusiera a limpiar las calles [146]. La sociedad vecina de Condom se dirigió a la Convención "sobre el caso de las esposas de los emigrados las cuales para proteger sus propiedades de la confiscación, se limitan tan sólo a divorciarse sin volverse a casar con amigos de la igualdad" [147]. En Ars-en-Ré, un miembro preguntó al club por qué Pierre Favereau, que se hallaba exento del servicio militar debido a su vista defectuosa, "nunca deja de acertar al ave más pequeña cuando sale de caza" [148]. Era inevitable que se les ocurriese también una medida tan

obvia como el boicoteo y numerosos son los ejemplos que, al respecto, podrían citarse. El *Vedette*, un periódico de Besançon, publicó la siguiente noticia: "La sociedad de Amigos de la Constitución expulsó, el lunes, al señor Dumont, fabricante de paraguas, convicto de haber especulado con la depreciación de los *assignats;* en consecuencia, pedimos a todos los buenos ciudadanos que no lo favorezcan más con su patrocinio" [149].

Otro uso indirecto de la violencia es el que representa la presión para que determinados particulares se suscribiesen a empréstitos patrióticos, suscripciones u obsequios. Noticias como las que siguen evocan recuerdos de otras guerras democráticas: "El ciudadano Bron está encargado de llevar una lista exacta de los nombres de aquellos ciudadanos que rehusan contribuir a una suscripción para adquirir barcos con los cuales invadirán Inglaterra, y redactar, además, una sucinta relación de sus respuestas a los encargados de colectar el fondo" [150]. Langelin se siente indignado por las indecentemente escasas suscripciones para adquirir naves de guerra que firman los aristócratas; en Suippes, localidad muy rica, se presume que no han contribuido más que con diez o quince libras. Los nombres de los suscriptores serán dados a publicidad mediante carteles [151]. Borien, en misión en Limoges, comunicó al club que no podían imponer arbitrariamente impuestos a los ricos "pero invitaba al club a enviar comisionados a las casas de gente desahogada que no hubiese hecho sacrificios para la Revolución. Asegura que él y su colega harán todo cuanto puedan para conseguir que tales ciudadanos contribuyan a solventar los gastos del gobierno" [152].

Dicha clase de presión no se limitó tan sólo a materias financieras. El duque de Béthune-Charost, un vil aristócrata, había conseguido de los campesinos de sus posesiones, un certificado de residencia. El club de

Dreux, al oír tal cosa, envió comisionados y obtuvo que nueve campesinos se retractaran de la firma [153].

Dicha presión, por último, se extendió a la opinión pública y provocó la supresión de la libertad de palabra, víctima del temor, tan bien puesto de manifiesto en *Les Dieux ont soif* de Anatole France. El club de Ruán decretó en 1793 que se encargase al *comité de surveillance* de reclutar suficiente número de *patriotes* "para vigilar la opinión de los cafés y otros lugares públicos y especialmente el curso de las conversaciones tendientes a debilitar el espíritu revolucionario" [154]. El club de Rodez decidió "vigilar con el mayor cuidado todas las imprentas de la ciudad" con el objeto de impedir a los clericales la reproducción de libelos, y esto ya a principios de 1791 [155].

VI

No debemos suponer, con todo, que los clubes, como cuerpos colectivos, fueran omnipotentes en la revolucionaria Francia. Aun antes de 1793, cuando los clubes formaban casi generalmente una avanzada minoría que pugnaba por desalojar a autoridades libremente elegidas, hubo muchos ejemplos de sociedades que se mantuvieron en paz con los gobiernos y, otros muchos más, de clubes inactivos y sin ambiciones. Después de 1793, cuando los jacobinos triunfaban en todas partes, las autoridades de los clubes tomaron las palancas de la maquinaria gubernativa, transformándose las sociedades, en la gran generalidad de casos, en meras ruedas de dicho engranaje.

Las paces fueron convenidas de ordinario en época bastante temprana, entre el club y el gobierno municipal, y aunque esto sucedió generalmente después del triunfo de los principios —o anhelos— de aquél no significa, en modo alguno, que se hubiese reducido el potencial de agresividad por parte del club. Después de 1791 cesaron en Tolón los conflictos entre el ayuntamiento y el club [156]. El gobierno municipal y el club de Rodez estuvieron de común acuerdo desde la fundación de este último [157]. El *Vedette* de Besançon nos dice que "hubo una época en que las autoridades de esta ciudad hicieron cuanto pudieron para sofocar el club, todavía en pañales... Hoy, en cambio, los magistrados locales sienten la necesidad de establecer relaciones armoniosas con el pueblo" [158]. E incidentes como el que apuntamos a continuación, donde vemos al club dar un paso atrás discretamente, no son por cierto, desusados: "Un miembro anuncia que el ayuntamiento ha ordenado al abate Gastandias abandonar la ciudad, en beneficio de la tranquilidad pública. Otro miembro propone que como la conducta del citado abate ha parecido sospechosa, se envíe una diputación al concejo municipal para pedir sea registrado el domicilio de aquél en busca de presuntos escritos incendiarios contra la Constitución. Aprobado. Diez comisionados fueron enviados al ayuntamiento donde los consejeros presentes solicitaron que el pedido fuese presentado por escrito, lo cual fue así hecho. Presentada la petición, el concejo pidió una hora para considerarla. Respondió que no consideraban medida apropiada el registro del domicilio del abate. El club renuncia al proyecto. Todos los miembros presentes convienen en observar estricto secreto acerca del asunto" [159].

Además, el club de París no fue de ninguna manera la autoridad fundamental en todas estas cuestiones, como supusieran, a veces, los libelistas opositores. La Asamblea Nacional, con mucha frecuencia, rechazó proposiciones jacobinas. El club, aun desde su infancia, parece haberse decidido por el juicio por jurados tanto en los casos civiles como criminales [160]. Los jacobinos deseaban abolir toda libertad testamentaria para el caso

de los herederos directos, pero la Constituyente se contentó con fijar límites a la distribución *ab intestate* de una heredad [161]. El 25 de abril de 1791 los jacobinos resolvían entusiásticamente la anexión del condado Venaissin, no obstante lo cual, el 4 del mes siguiente la Asamblea votaba en contra de dicho proyecto [162]. Muchos de los planes más caros al sentimiento jacobino pudieron llevarse a efecto tan sólo bajo la Convención.

Dentro de los clubes alentó, inclusive, cierto elemento de moderación, cierto sentimiento de que el club no debía comportarse como un parlamento. Mirabeau, siendo presidente, se atrevió cierta vez a llamar al orden a Robespierre, por expedirse éste contra un decreto ya promulgado por la Asamblea Nacional [163]. Thuriot, en octubre de 1791, urgió a la sociedad para que no escuchase a una delegación llegada con el propósito de presentar una queja contra el ayuntamiento, "porque —dijo— la sociedad no debería hacer oídos a cualquier queja contra los gobernantes desde el momento en que existen autoridades superiores, como las del departamento, ante las cuales habría que elevarlas" [164]. Verdad es, también, que el club, por regla general, no seguía estas incitaciones a la moderación.

El club de París se vio reducido, finalmente, a un estado de relativa impotencia durante la época que sucedió a la ruptura con los "feuillants", cuando una mayoría de diputados abandonó a los jacobinos. Hubo un tiempo en que el club se limitó a discutir lo sucedido en la Asamblea Nacional el día, o la mañana anterior, en vez de preparar la agenda para las próximas discusiones de la Asamblea [165]. O sea, que el club servía como punto de reunión para los izquierdistas, temporariamente derrotados, y como medio para mantener la moral en alto. Pero, aun cuando el club jacobino de 1792 fuese un foco de agitación de suma importancia en el derrocamiento de la monarquía, la verdadera tarea revolucionaria se cumplió en el municipio y las secciones. El club jacobino no fue, ni en 1792 ni en ninguna otra época, un parlamento rival de la Asamblea en el pleno sentido de la palabra. Fue tan sólo el cuartel general de un partido.

Cuando el partido jacobino (que fue también una secta), hubo destruido toda oposición con la caída de la Gironda, en junio de 1793, la posición de los clubes sufrió grandes alteraciones. Todos los funcionarios públicos, electivos o designados de oficio, pertenecieron por el momento, a un solo partido: el jacobino. Los clubes, por tanto, no podían ponerse a hostilizar un gobierno que era el propio; no podían oponerle sus principios políticos por la sencilla razón de que habían triunfado. Existía algo que tenían que articular con la maquinaria del gobierno francés, si es que debían continuar funcionando de un modo u otro. Podrían continuar, por supuesto, como lo que hoy conocemos como partido político; su verdadera organización, en realidad, se habría transformado, con leves cambios, en una serie de comisiones directivas fraccionadas, con una ordenación nacional, como los *cartels* de la Tercera República. Pero estos últimos grupos solamente pueden existir en un estado parlamentario, y su función fundamental es la maniobra electoralista ante grupos opositores. En el estado jacobino, con todo, no había elecciones parlamentarias ni oposición articulada. Los clubes debían hacer algo en el gobierno revolucionario o comenzar a decaer.

Este gobierno revolucionario fue, por supuesto, el resultado de tres años de lucha entre los jacobinos, y sus opositores —realistas, constitucionalistas, "feuillants", girondinos— y había sido ideado y armado por caudillos adiestrados en los clubes. Una descripción detallada de dicho gobierno estaría fuera de lugar aquí. Baste recordar que en el otoño de 1793 una adminis-

tración firmemente centralizada había sido impuesta al descentralizado estado erigido por la constitución de 1791. Los dos grandes comités de París formaron la cabeza y centro del sistema. La Convención sirvió como signo de republicanismo y proveyó los agentes principales para los comités de provincias. Estos representantes en misión eran portadores de varios encargos, militares y civiles. Quienes nos interesan mayormente son los representantes enviados para organizar el gobierno revolucionario, de acuerdo con las leyes de frimario del año II. Dichos "procónsules" después de realizar consultas con los patriotas oficiales de cada ciudad y, por regla general, después de una reunión pública del club local, resolvían expulsar de la municipalidad, el distrito y el departamento a todos los consejeros que no gozaran fama de buenos jacobinos, suplantándolos arbitrariamente con otros que tuvieran renombre de tales. Cada uno de dichos cuerpos administrativos que se hallaban ligados por la constitución de 1791 a la administración central tan sólo por un *procureur* o un *procureur général syndic* electos, lo eran ahora por un *agent national* elegido por el gobierno central y responsable ante éste. Los representantes en misión depuraban también los comités revolucionarios *(comités de surveillance)* que formaban una especie de activa policía política al servicio de la causa jacobina. Por último, cuando parecía necesario, expurgaban a los mismos clubes jacobinos y tomaban disposiciones para fundar sociedades en las localidades donde aún existieran. De este modo se montaba el estado jacobino, que sus enemigos han asimilado siempre con el gobierno jacobino. Los clubes *(sociétés populaires)*, los comités revolucionarios, las administraciones del municipio, del distrito y departamento, la Convención, el Comité de Seguridad Nacional y el Comité de Salud Pública, formaban una jerarquía administrativa, una pirámide, de las cuales

los clubes eran la base. Dentro de tal jerarquía no había sino jacobinos; fuera, se hallaba la gran mayoría de los franceses, hombres o mujeres.

No es fácil describir la función exacta de los clubes dentro de este tipo de gobierno. También aquí la complejidad desafía la clasificación. En teoría, los clubes representaban espontáneamente al pueblo soberano; debían ser los agentes de las demandas populares y vigilar el buen curso de las mismas ante las autoridades a menos que traicionaran su misión. Para los jacobinos de estructura mental teológica —incluso para muchos, como Robespierre, que ocupaban altas posiciones— los clubes eran el mismo pueblo, el pueblo legítimo, el elegido, el único que se permitía ser libre en un gobierno libre. Para los menos exaltados pero también fervorosos adeptos los clubes debían servir para resolver casos de conciencia, para satisfacer el anhelo que aún los hombres más honestos alimentan de vivir de acuerdo con sus ideales. En realidad, los clubes desempeñaron muchas funciones bajo el Terror; fueron cuerpos administrativos auxiliares, viveros de funcionarios públicos, caja de resonancias de la opinión del jacobino común, dentro de los límites, por supuesto, de la ortodoxia revolucionaria, freno, más o menos democrático, de la burocracia, y centro para el ritual de la nueva religión jacobina. Pero, cuáles eran las tareas que los clubes cumplían en la administración; cuáles las ideas que los guiaban; cuál esta nueva religión, son temas que deberemos considerar más tarde. Por el momento, nos interesa tan sólo determinar en qué medida los clubes consiguieron mantener su independencia dentro de esta jerarquía y cuán real fue su poder colectivo.

Lo cierto es que, en contraste con su imperiosa actitud ante los cuerpos gobernantes, antes de 1793, los clubes parecían ahora poco menos que sumisos. No

dejarían por eso de continuar acosando a las autoridades públicas, denunciando y tratando de hacer expulsar a quienes los agraviaban y desempeñándose como asambleas soberanas. Pero, a partir de 1793 se multiplican los ejemplos de sumisión de los clubes a las altas autoridades administrativas, a la vez que decrecen las quejas contra el gobierno.

Comenzaremos por decir que todos los funcionarios públicos eran ahora miembros de los clubes y que el prestigio y experiencia de los mismos fue, en general, suficiente para contener los impulsos de los miembros privados más impetuosos. Muchos clubes de las fronteras y las regiones recientemente ocupadas, estaban compuestos casi enteramente por autoridades civiles y militares provenientes del antiguo régimen. Pero, aun en el interior, la proporción de miembros de clubes que ocupaban posiciones en el gobierno, desde *agent national* hasta la de *concierge*, era muy alta. Cuando el delegado Boisset, a fines de 1794, depuró la sociedad de Moulins, 99 de los 183 miembros de ésta, eran funcionarios o ejercían cargos públicos electivos. Tal proporción no tiene nada de extraordinario como muestran los siguientes ejemplos: Tolosa, 103 funcionarios de 731 miembros; Castres, 107, de 480; Albi, 81, de 361; Brive, 84, de 295, y Metz, 61, de 148. El club de Saint-Jean de Maurienne, una pequeña ciudad de la recientemente ocupada Saboya tenía 39 miembros de los cuales 36, eran funcionarios públicos [166]. No fue siempre resolución voluntaria por parte del funcionario la de afiliarse, como lo demuestra la siguiente constancia de las actas del club de Thonon: "Sorprende que el funcionario Appy, miembro del comité revolucionario, no aparezca inscripto en el club, por lo cual se resuelve invitarlo (otra vez la favorita palabra de los jacobinos) a dimitir para el caso que no lo haga". Appy ingresó de inmediato en el club [167].

A primera vista, las sociedades parecieron haber desempeñado una parte decisiva en la formación del nuevo gobierno revolucionario. En realidad, una lectura atenta de la correspondencia de los representantes en misión, encargados de intervenir en los gobiernos locales, demuestra que el delegado consultaba para su propósito con un reducido círculo del lugar —compuesto, evidentemente, de miembros del club— y que la reunión ante el "pueblo" o el club, era una cuestión meramente formal [168]. Además, el representante depuraba [169] a menudo el club antes de permitir que continuase el funcionamiento regular de los otros varios cuerpos administrativos. Tan sólo revisando la gran colección de Aulard comprobamos que, por regla general, los delegados dominaban los clubes. Garnier escribe desde Alençon que "los virtuosos sans-culottes que han sido proscriptos de la sociedad tienen ahora en ella libre campo de acción para sus energías. Para prevenir que no suceda lo acaecido anteriormente tomaré resoluciones drásticas pero necesarias para excluir definitivamente de esta sociedad a los miembros que están en mi lista de proscripción" [170]. Féraud comunica desde Mauléon que la sociedad ha asumido la defensa de algunos sospechosos arrestados por su orden. "De inmediato —continúa— fui a la reunión de la sociedad, que era muy numerosa; hablé como un republicano, los ilustré y les dije que conocía mi deber y la ejecución de las leyes y que prefería morir antes que aceptar transacciones, por lo cual rechazaba el pedido de la sociedad. El público aplaudió y solicitó espontáneamente fuesen castigados los culpables" [171]. Laurent se refiere a los clubes de Douai y el Norte: "En general parece imperar excesivamente en estas reuniones el sistema de las denuncias; no hay sino recriminaciones veladas y odios personales. He escrito a ustedes recientemente que también ellos quieren ver qué es lo que hay en nuestros arsenales y tratar dicho tema

en público. Me he opuesto a este asunto con éxito. El club adoptó, al respecto, sabias medidas" [172]. Los delegados se encontraron en ocasiones con clubes que actuaban independientemente y mandaban sobre las autoridades, pero tuvieron buen cuidado en remediar dichos excesos y restaurar la disciplina. Defiot describía sus dificultades en el Morvan: "La *société populaire* de Clamecy resolvió anular un decreto del ayuntamiento local... La sociedad dictó arrestos personalmente... Me vi obligado a actuar en contra de tal violación de principios" [173]. Mallarmé encontró sumamente corrompida la sociedad de Longwy y amenazó con disolverla. "Pero los *patriotes* —escribe— me prometieron adoptar un método austero de depuración y deposición política para desprenderse de elementos heterogéneos y rehacer la sociedad mediante la cooperación de material humano más homogéneo y saludable." [174] A veces, encontramos entre los delegados más moderados informes como éste, producido por Bentable: "He depurado las autoridades gubernativas sin hacer grandes cambios, siguiendo aquí, como en todas partes, los deseos de las *sociétés populaires* y sus comisiones revolucionarias" [175]. Es probable que, aun en tales circunstancias, la labor haya sido realizada en común con los caudillos locales. Tres representantes en misión, escriben desde Bernay: "Citamos a los ciudadanos más conocidos por su energía revolucionaria para consultarles acerca de los cambios que se estiman necesarios en las autoridades gubernativas *e informarnos acerca del espíritu que prevalece en la sociedad popular*" [176]. Ingrand escribe al Comité: "Acabo de volver de una reunión con los representantes de la sociedad y los miembros del comité revolucionario; dicha reunión duró nueve horas y los resultados obtenidos me certifican de que el pueblo de Niort ha sido influido por intrigantes y contrarrevolucionarios" [177]. Producida la reunión, lo que falta ha sido, sin duda, tarea fácil para el comisionado [178].

Nunca como antes del Terror pudieron imponer los clubes su despotismo respecto de las autoridades locales. En los archivos municipales de Amiens encontramos un documento donde se informa, a fines de 1793, de una disputa entre la sociedad y el ayuntamiento; dicho pasaje es sintomático por lo que revela de nueva entereza en los ayuntamientos en general. El municipio solicitó de la sociedad una lista de los intrigantes que a juicio de ésta sobrevivieran aún en el club; la sociedad entonces quiso devolver el cumplido y preguntó al ayuntamiento a cuáles de sus miembros debería considerarse intrigantes. El municipio sugirió que la sociedad comenzara primero. Pero cuando la sociedad denunció a un consejero llamado Sellier, el ayuntamiento respaldó al acusado rehusándose a permitir que renunciara. El *procureur* es realmente recordado como observando que "una sociedad privada no tenía derecho a dictar decretos relativos a funcionarios públicos, especialmente del tipo de aquellos que colocan a éstos en la necesidad de cesar en sus funciones" [179]. El *agent national* de Carcasona parece haber mantenido con bastante eficiencia la sociedad bajo su contralor. Utilizó a ésta para designar comisionados encargados de varios deberes, tales como el cumplimiento de requisiciones para el ejército, censos de abastecimientos alimenticios, e inspección de servicios especiales de gobierno, pero cuidándose muy especialmente de que dichos delegados no traspusieran la órbita del trabajo de rutina [180]. Inclusive, cuando la sociedad pidió tímidamente a Chaudron-Rousseau, diputado en misión, interviniese en favor de un prisionero, aquél la disolvió y se encargó en persona de su reestructuración. El *agent national* informa con parsimonia acerca del incidente: "Una falta cometida por la *société populaire* de Carcasona contra el gobierno revolucionario, al aceptar testimoniar en favor de un ciudadano arrestado por orden del representante del pueblo, ha provocado una vigorosa me-

dida por parte del firmante: disolver la sociedad"[181]. Carrier clausuró la sociedad de Nantes por tres días debido simplemente a que uno de sus miembros había osado replicar a un áspero ataque del delegado contra la ciudad[182].

A veces, los cuerpos locales, sin ser asistidos por el augusto poder de los representantes del pueblo, respondían severamente a las pretensiones de las sociedades. El distrito de Auxerre, en la primavera de 1794, aprobó la medida de requisar treinta *bichets* de trigo a un miembro del club de Mailly-le-Vieux, inclusive después que dicho club promulgara un "edicto" disponiendo lo contrario. El distrito invitó al club a abstenerse de "dar decretos sobre materias puramente administrativas"[183]. La sociedad de Dreux disputó largamente con las autoridades locales debido al sistema de nombrar a miembros del comité revolucionario. La sociedad, que aparentemente no tenía muchas ilusiones acerca del sufragio universal, era depositaria, según declaración propia, "del exclusivo e irrevocable derecho de elegir directamente a uno de sus propios miembros como miembro del comité revolucionario"[184]. Eligió, en efecto, a uno de ellos, al cual se rehusó a recibir el comité, y después de muchas instancias y amenazas de apelar a París, la sociedad pareció desentenderse del asunto. Las autoridades públicas habían sabido, antes del Terror, mantener a distancia a las sociedades importunas, y no vacilaban ahora en aplicar los conocimientos adquiridos. La sociedad de El Havre pidió a Siblot, diputado en misión, que hiciera volver a la ciudad a los ciudadanos que se habían retirado al campo. Siblot respondió que la medida sería un poco insólita y solicitó una pausa para consultar el punto con el Comité de Salud Pública. En tal modo, ganaba tiempo para posponer y, eventualmente, desestimar el pedido[185]. El club de Noyers tuvo que tolerar la presencia, en cada sesión, de dos delegados del ayuntamiento y

dos del comité revolucionario enviados para "llevar cuenta de lo que puede ser dicho y hecho en tales reuniones y la opinión que allí se vierte"[186]. El club de Montbard, que volvió a organizarse a sí mismo, en la primavera de 1794, sometió dócilmente sus nuevas reglas al ayuntamiento, el cual objetó varios artículos de las mismas y la indicación fue aceptada por aquél de inmediato. (Había disposiciones para que la sociedad ejerciese una supervisión general sobre las escuelas, al efecto de poder criticar abiertamente a las autoridades públicas y para que los miembros de los consejos del departamento o del distrito no pudiesen ser elegidos en los clubes)[187].

Pero hay algo peor que esto. A veces, un club parece positivamente domeñado por el Terror; otras, se presenta como atacado por una extraña inercia, como si el exceso de acción lo hubiera fatigado. A menudo, el fracaso para abrirse paso no es culpa exclusiva del mismo. Pero el club jacobino —el de la mayor parte de los historiadores franceses— habría estimulado a la acción a la más indolente de las autoridades locales. El club de Lila estuvo muy interesado en la necesidad de mejorar las instalaciones del matadero municipal y elevó varias peticiones, al respecto, al ayuntamiento. El matadero fue construido en 1826[188]. El club de Castelnau, en la Baja Riviera, presentó una petición al concejo municipal acerca de la provisión de agua potable, pero durante varios meses no se hizo nada en dicho sentido hasta que el asunto fue llevado a discusión nuevamente, en junio de 1794, aunque, según parece, sin éxito[189]. Los clubes de toda Francia continuaban insistiendo en la destrucción de las iglesias o, al menos, de las partes más idolátricas de los templos, y aunque infortunadamente tuvieron, a menudo, bastante éxito, sus propósitos se vieron comúnmente frustrados, como, por ejemplo, en el caso de Saint-Jean de Maurienne cuyo *clocher* sobrevivió a innumerables pedidos de desaparición[190]. Igualmente, en

El Havre, la sociedad reiteró ante el concejo municipal que el nombre de *Temple de la Raison* fuera inscripto en el frontispicio de Nuestra Señora de El Havre-de-Grâce; que la diosa Razón fuese colocada en el interior y se removiesen del recinto para ser destruidas las horripilantes formas del fanatismo que la afeaban. El concejo municipal parece haberse acreditado no haciendo nada [191].

Tampoco triunfaron, a veces, los clubes en dar muestras de la heroica firmeza que en general se les atribuía, respecto de sus propios miembros y política interna. Se lo pasaban blandiendo amenazas que no siempre llevaban a efecto. Esto es particularmente válido respecto de medidas contra los miembros que carecían de asiduidad en la asistencia. Las actas de casi todos los clubes surgen colmadas de propuestas para que los culpables de tres ausencias sucesivas fuesen expulsados de dichos cuerpos pero dichas propuestas aparecen de ordinario tan repetidas que resulta evidente interpretar que no prosperaban. Un club, después de votar la exclusión de los ausentes, prosiguió diciendo que también se expulsase a quienes abandonaran cualquier sesión antes de su clausura. En la misma sesión, el secretario anota, después de la lectura pública de los periódicos: "Claude est sorti; Charles est sorti" [192]. Los registros de otro club contienen este ilustrativo asiento: "Un miembro pide que el ciudadano François Hureau sea conminado a presentarse bajo banderas ya que debe cumplir con la conscripción.

"Otro, pide que dicho ciudadano sea expulsado de la sociedad.

"Un tercero, que la municipalidad lo invite a presentarse de inmediato ante las autoridades militares.

"No se encontró solución a estas tres proposiciones diversas" [193].

Hubo, por lo menos, una sociedad tan apática que permitió espontáneamente su depuración por parte del ayuntamiento. Esto fue demasiado para el *agent national* del distrito, quien elevó todos los antecedentes del asunto a la cercana e importante ciudad de Colmar [194].

A la lista de las sociedades que mostraron colectivamente poca iniciativa o genuina independencia durante el Terror, debe agregarse la de casi todos los clubes rurales. Son de gran importancia para el estudio de la conciencia política de los campesinos y para el examen de los comienzos de los aspectos característicamente modernos del sensacionalismo en Francia, los documentos de estas sociedades aldeanas, así como el mero hecho de la existencia de las mismas. Pero su contribución parece haber sido nula en el desarrollo de las mismas doctrinas jacobinas. La verdad es que nada agregaron a las tácticas partidarias. Sus miembros eran tan poco educados, tan poco hechos a las palabras abstractas, a la intriga política y la acción política, que tales clubes nunca consiguieron tener una vida propia colectiva ni cometieron acto alguno de agresión colectiva. También aquí, podremos escoger, entre muchos clubes, ejemplos que nos parecen típicos.

En Fleury-lès-Faverney, una aldea puramente agrícola de la Alta Saona, con una población de 354 personas, se fundó una sociedad el 1 de noviembre de 1793. Sus miembros llegaron a ser 53, o sea, más de la mitad de la población masculina adulta. Las constancias documentales cubren un período de 18 meses y aparecen transcritas en un cuaderno de escuela, con 28 páginas escritas. El ayuntamiento entero —el alcalde y el concejo deliberante— era miembro del club y los pocos decretos del mismo (la mayor parte de ellos referente a la fijación de precios a los víveres) son refrendados con la sentencia siguiente: "Nous maire et officiers municipaux de la commune de Fleury-lès-Faverney approuvons le présent arrêté" [195]. En Vaulry, en la Alta Vienne, una pequeña localidad de alrededor de ochocientos habitantes, las actas de la sociedad fueron llevadas por su

presidente, Imbert, *agent national,* y uno de los pocos intelectuales de la zona. En un lado de cada pliego del libro aparecen las actas del club; en el otro, las deliberaciones de la municipalidad, fruto, unas y otras, de la misma mano. Tampoco existen aquí signos de que el club haya obrado con firmeza [196]. La sociedad de Arre, una aldea en el Gard, al ser requerida durante la reacción termidoriana para entregar su documentación al gobierno, redactó una declaración donde decía: "Nosotros, los miembros de la *société populaire* del municipio de Arre, certificamos y damos fe de que nuestra sociedad ha existido y existe desde hace 17 meses. No tenemos archivo, es verdad, pero al principio se llevaba una lista de socios y asistentes. En razón de que no hemos tenido que tratar hasta ahora asuntos importantes, no levantamos actas de las reuniones" [197]. ¡Durante dieciocho meses, de los años 1793 y 1794, esta sociedad no trató asunto importante alguno! [198].

VII

Los clubes jacobinos, por tanto, al dejar de oponerse a un gobierno y una burocracia integrada completamente por sus propios miembros, no cultivaron más las tácticas que se asocian a sus nombres. Examinando con simplicidad las prácticas políticas y dejando de lado el aspecto religioso que presenta al jacobinismo, podríamos decir en general que el papel último de los clubes como tales, fue el de ser cuerpos administrativos auxiliares. Algunos de estos cuerpos son útiles, especialmente en tiempos de guerra, y los clubes funcionan a este respecto en forma no diferente de la que lo harían posteriormente la Cruz Roja, la Asociación Cristiana de Jóvenes y los varios grupos de voluntarios que desean cooperar con las autoridades en tiempos de guerra, terremotos y otros desastres. Muchas tareas que no requieren

responsabilidades superiores como la de lograr vituallas para el ejército, requisar alimentos, vigilar los precios topes en los mercados, y otras actividades de tipo económico, fueron confiadas por las autoridades públicas a los clubes y ejecutadas por delegados o comisiones de éstos [199]. Gran parte de los clubes cumplieron con el trabajo habitual de las asociaciones de mejoramiento ciudadano, o sea, urgir a las autoridades para la realización de planes de interés estrictamente local y susceptibles de poder llevarse a cabo. La mayor parte de los clubes, por lo menos en las ciudades mayores, se distinguieron en el ejercicio de actividades caritativas.

Un análisis de todas estas actividades, una lista de todas las cosas que los clubes hicieron o trataron de hacer, ocuparía varios volúmenes. Pero podemos pasar rápida revista a la obra registrada en archivos. Todos los clubes estaban encargados, por disposición del Comité de Salud Pública, de acumular salitre para usos militares. Quizás el Comité desease que los clubes se hallaran ocupados en algo menos inquietante que los asuntos políticos en disputa. De cualquier modo, todos los clubes de Francia se hallaron de pronto empeñados, bajo la dirección de los miembros más entendidos en química, en conseguir salitre mediante el lavado de "establos, apriscos, lagares, bodegas, cobertizos, etc., etc." [200]. Por desgracia, es imposible estimar qué cantidad de salitre logróse obtener mediante estos procedimientos. El club de Chablis compró y distribuyó semillas para sembrar cereal en viñedos estropeados por una severa e intempestiva helada [201]; también envió a uno de sus miembros a un departamento limítrofe para adquirir patatas durante la escasez de alimentos de 1794, las cuales distribuyó, a precio de costo, al "peuple des tribunes" [202]. El club de El Havre nombró comisionados para ayudar al general Beaulieu, a pedido de éste, en planes de defensa costera [203]; el de Tolosa, a invitación de la municipalidad,

nombró a seis de sus miembros para custodiar el parque local de artillería [204]. Ya el 21 de marzo de 1793, la sociedad de Gray, con el consentimiento del municipio, dividió la ciudad en 16 barrios, nombró un comisionado para socorro de los pobres en cada uno de éstos y dispuso una distribución general de trigo a precio reducido [205]. El club de Millau emprendió la tarea de enseñar a los campesinos la agricultura científica, y sus miembros se dedicaron a ilustrar detenidamente asuntos tales como la mejora en la cría del ganado y el uso de fertilizantes artificiales [206]. Inclusive, las propias sociedades rurales tuvieron asignadas tareas administrativas. El club de Fleury-lès-Faverney, en el Franco Condado, designó, después de recibida una circular del ministro del interior, a tres comisionados para ayudar a la municipalidad a vigilar las pensiones "deûs aux veuves, pères et mères des deffenceurs de la patrie" [207].

El club de Montbard nombró a una comisión especial para recorrer las aldeas vecinas e informarse directamente de los efectos que habían tenido sobre los precios operaciones especulativas de un cierto Hugot, dedicado al acaparamiento de lana. La comisión fue lo suficientemente honesta como para informar que el testimonio era muy difícil de comprobar y suspendió su pronunciamiento al respecto, demostrando no proceder en la forma en que lo habrían hecho los jacobinos de Taine [208]. Un club designó una comisión para examinar cuidadosamente los equipos municipales destinados a combatir el fuego y aquélla informó que tan sólo eran necesarias algunas reparaciones sin importancia [209]. El club de Blaye nombró una comisión para estudiar lo que denominaríamos actualmente el problema del mejoramiento ciudadano. Solicitó se trasladara la oficina de correos a un lugar más próximo al centro de la población, se estableciera una oficina meteorológica, se reparasen las calzadas y limpiaran los espacios municipales li-

bres [210]. El club de El Havre asumió el papel de premiar el heroísmo, y, en una de sus sesiones reconoció públicamente la intrepidez de ciertos marineros que habían salvado quince vidas al zozobrar una barca de pasaje; el mismo club llevó su solicitud hacia el humilde hasta el extremo de ocuparse de obtener mejores comodidades para el alojamiento de los hombres de mar, cuando éstos se trasladaban de un sitio a otro [211]. Frecuentemente, preocupaba a los clubes la higiene pública, inclusive en las aldeas, siendo ésta una de las tareas de índole más progresista que podamos consignar a su respecto. En Aiguesmortes, por ejemplo, la sociedad invitó a la municipalidad a "solicitar de todos los ciudadanos limpiasen de estiércol y desperdicios los patios de las casas con el objeto de hacer la atmósfera más salubre, así como de volver a ahondar los pozos tapados para disponer de buen agua" [212]. El club de Tolosa se preocupó mucho por el estado sanitario y la atención en los hospitales locales, especialmente en aquellos destinados al ejército y exigió fuese desocupado uno de ellos "por infecto y malsano" [213].

La educación interesó a los jacobinos en medida similar a la que despierta en el activo y alerta ciudadano de hoy día. Los estatutos de la sociedad de Pont-à-Mousson dispusieron se crease una comisión para la enseñanza, a cargo de la cual se hallaría "la supervisión general de la educación pública y la obligación de informar a la sociedad acerca de los abusos y faltas que descubra, y proponer medidas para remediarlos" [214]. Los clubes asumieron comúnmente la tarea que nunca pusieron en práctica, de examinar y acreditar candidatos para la docencia, sujetos al nuevo sistema educativo decretado en principio por la Asamblea Nacional [215]. La discusión de las condiciones profesionales de los candidatos en lugares donde eran éstos muy numerosos, como en las grandes ciudades, fue acalorada y no impersonal. En El Havre, cada candidato fue obligado a presentar-

se ante el club y responder a toda clase de preguntas referentes a moral, talento y virtudes cívicas. Un miembro sugirió que el club se limitara a discutir las virtudes públicas y privadas de los candidatos, pero prevaleció la opinión general de que "debería no ser indiferente a la cuestión del talento" [216]. El club de Moulins recomendó se fundase un museo con las ruinas de un castillo vecino [217].

Las obras de beneficencia animaron generalmente a los clubes, especialmente después que los grupos religiosos dejaron de cumplir con su acostumbrada tarea caritativa. Razones de conveniencia política así como la filosofía dieciochesca de la benevolencia influyeron sin duda en la caridad de los jacobinos, pero sin afectar la realidad de la misma. Apenas existe documentación que no mencione dicho tipo de actividades. El club de Tolosa se distinguió a este respecto. En la documentación de su *comité de bienfaisance* encontramos los datos de que distribuyó pan, en dos ocasiones, durante una *décade*, de acuerdo a una lista previa de beneficiarios, proveyó de un juego de muebles a la madre viuda de un soldado, experimentó con una máquina para hacer cortes más finos del forraje y con otra para secar ropa blanca en los hospitales militares, estipuló que se llevase un registro diario de defunciones en tales hospitales y se avisase a los deudos de los fallecidos, consiguió ocupación adecuada para un ex sacerdote y ayudó a un huérfano de nueve años que se había perdido en la ciudad. No se trata tan sólo de caridad nominal. Según constancias del club, noventa y seis personas recibieron pan de la sociedad en el espacio de un mes (del 17 de pluvioso del año II hasta el 16 del ventoso). Además, el club dio a quince virtuosas jóvenes, de inclinaciones republicanas, una dote de 1000 libras por persona para permitirles contraer enlace y engendrar "republicanitos para la Patria" [218].

Asuntos privados de todo tipo se tratan en el club,

algunos de los cuales son de escasa importancia histórica. Los clubes, verdaderos bancos de compensación para casi todas las cosas, son en realidad, a veces, oficinas de información. El ciudadano Année, del club de Harfleur, pidió al club de El Havre informes acerca de su hijo que se había alistado en el cuerpo de voluntarios de esta ciudad y no había escrito a su padre desde entonces. A la misma sociedad, se presentó J. J. Lapalme para obtener medios con los cuales viajar de retorno a Norteamérica; y los soldados acantonados en la ciudad se quejaron ante el club porque debían retornar a los cuarteles, a las 6 de la tarde, cuando la ley les concedía permiso hasta las 9 [219]. Otra sociedad solicitó se exigiera al balsero ser más atento con el pasaje, el cual requería en vano sus servicios desde la orilla [220]. Los documentos de otro club muestran esta anotación: "Una carta de la sociedad de Vesoul invita a la de Moulins a buscar un paquete extraviado perteneciente a la ciudadana... que lo dejó, según cree, en la posada del ciudadano Roux al tomar la diligencia" [221]. El club de Tolosa, a pedido de algún entremetido, designó una comisión especial para que entrevistara a cierto ciudadano Chanzolles con el objeto de que hiciera justicia a una hija ilegítima [222].

Algo, sin duda, de la curiosa complejidad de la moderna vida de agrupación, el colectivismo de hecho, que durante más de un siglo subyace en el individualismo teórico, asoma entre estos papeles. El saneamiento, aplicación práctica de la ciencia sanitaria, la distribución de pan a filas de necesitados, las escuelas públicas, los maestros elementales, son toques de timbre muy moderno. Estaríamos tentados de distinguir en los clubes jacobinos, en el breve período de su triunfo, una especie de núcleo indiferenciado en el cual es posible ver un embrión de esos grupos semioficiales que tanto han hecho para hacer insoportable la vida a muchos robustos espíritus: asociaciones de Padres del Maestro,

Sociedades Protectoras de Animales, Ejércitos de Salvación, Cámaras de Comercio, Clubes Rotarianos, y así hasta el infinito, y no sólo en los países anglosajones. Los resúmenes marginales que guían al lector a través de los pulcros registros del club de Tolosa dan idea completa de esta actividad absorbente. Veamos las constancias de una sola sesión, la del 11 de ventoso del año II: "Moción acerca de la provisión de aves para los hospitales —oferta de la municipalidad de Paullac— comisionados ante el municipio por el asunto de las prostitutas —lectura de memoriales dirigidos a la Convención por la sociedad de Villemur — pasa a comisión un pedido sobre pensiones a la vejez — moción de orden — diploma — instrucciones a la población para retirar el certificado de *civismo* del *comité de surveillance* — lectura de una carta de Montsarrasin (Castelsarrasin) — comisionados para requerir el cambio de nombres de plazas y *faubourgs* — solicitud de afiliación — lectura de una comunicación de la sociedad de Saint-Amer — novedades — carta de Langantier sobre la supresión de los comités revolucionarios en localidades rurales — diploma — Reynier, muerto en Perpiñán — civismo de su sobrino, el ciudadano Reynier — atestiguación del mismo — nombramiento de comisionados para distribución de maíz — decreto sobre la provisión de aves, abrogado — deliberación del concejo municipal acerca de los artículos de primera necesidad — asistencia a las sesiones de jóvenes ciudadanos" [223].

No concluiremos, con todo, este capítulo, insistiendo en la omnipotencia y eficiencia de estos clubes como activos instrumentos de acción política. La fuerza política de los jacobinos ha sido, quizás, ya suficientemente descrita; la flaqueza jacobina, en la práctica política, no es mero resultado de la impracticabilidad de sus objetivos; sino, fundamentalmente, resultado de la falta de adecuación de sus métodos. El éxito que alcanzaron los clubes como agentes de propaganda y cabilderos electorales no lo consiguieron como cuerpos administrativos. Aún antes de Termidor la concurrencia de muchos clubes desertó severamente. En el drama de la lucha por la gran Revolución surgieron ingredientes de interés para el espectador o sea para el socio común de los clubes, pero, en los detalles administrativos no vivía el drama sino el sentido evidente de la responsabilidad.

"Durante mucho tiempo las reuniones de nuestra sociedad se han visto aquejadas de una especie de esterilidad que alarma a los buenos ciudadanos". Así comienza un artículo editorial publicado en el *Vedette* de Besançon, en el verano de 1794, el cual reprocha a la sociedad no haber hecho nada para enseñar patriotismo en la región, nada para cumplir con decretos y leyes del gobierno revolucionario; nada para desarraigar el fanatismo; nada, inclusive, para mantener correspondencia con París [224]. No necesitamos extendernos más allá de los registros societarios. "Nuestros documentos —recalca un miembro— aparecen colmados de excelentísimos secretos, la ejecución de los cuales contribuirá, sin duda, al bien público, pero observo apenado que no se los cumple y que casi todos ellos han sido relegados al olvido" [225]. En el propio París, Terrasson "se queja de que las medidas adoptadas por la sociedad no son puestas en ejecución", disgusto éste del cual se hace eco al día siguiente otro colega [226].

La actividad de los jacobinos realmente no se halla a la altura de las ambiciones o la mera curiosidad jacobinas. Las varias comisiones creadas para secundar al gobierno revolucionario, no siempre se desempeñaron con eficiencia. La municipalidad de Carcasona escribió dos veces a la sociedad local para quejarse de la inactividad del *comité des subsistances* y su falta de

fervor proselitista[227]. A dicho club, como a muchos otros, confióse la tarea de extender *certificats de civisme.* La municipalidad escribe, a fines de 1793: "Los ciudadanos siguientes han sido inscriptos en el palacio municipal y la lista de sus nombres fijada en las puertas de aquél y la *société populaire*, por el plazo de 15 a 20 días, sin habérsenos facilitado información alguna acerca de su *civisme.* Agradeceríamos, ciudadanos, que quisieran ocuparse lo antes posible de la concesión de estas visas con el objeto de no demorar por más tiempo el pedido de quienes necesitan urgentemente dichos certificados"[228]. El club de El Havre se resistió a nombrar comisionados para ayudar a levantar un censo triguero y a secundar dicha labor, hasta que supo que Siblot, el diputado en misión, había ordenado cumplirla[229]. No hay necesidad, tampoco, aquí, de acumular pruebas. Una y otra vez, el lector encontrará en los archivos de estos clubes, trozos como el siguiente, acaso un poco excesivo en su herética ortografía, pero no así en su muy humana y muy democrática irresponsabilidad: "On a ensuitte passé à la discussion de la petition qui devai être présentée à la munisipalité tandente à faire disparaitre tout les signes de féodalité qui etait encore dans le Scimtière et dans l'église aussy que pour les invité à continué à faire dépose les grains dans la alle au couvent des cidevants Hurselines, et que la Société les proposé de les assisté dans leurs operations, un des commissaires a dit qu'il ne s'était pas encore acquitté de leur mission mais qu'il san acquiterait le plus promptement possible".

Este paso se había decidido una semana antes y se necesitó todavía otra para que los comisionados "se dedicasen al asunto con la mayor prontitud posible"[230].

CAPÍTULO V

OBJETIVOS Y PRINCIPIOS BÁSICOS

I

¿Hacia qué propósito se orientaban las tácticas jacobinas? Podríamos responder muy bien que cada jacobino tenía los suyos propios. Pero, una respuesta de este tipo, presentaría la dificultad de hacer completamente imposible la historia, no ya como mera ciencia sino como arte. Debemos esforzarnos en trazar alguna especie de programa político aceptable proveniente de la propia documentación jacobina. Habría sido posible denominar también a este capítulo "Las ideas políticas de los jacobinos". Pero, aparte del hecho de que no tememos hoy día atribuir al hombre de la calle capacidad para sostener ideas abstractas, dicho título apenas podría responder a nuestro propósito. Actualmente resulta bastante claro para nosotros que las ideas políticas y los programas partidarios no son idénticos. La escuela de Taine está ampliamente justificada al atribuir a la filosofía política del siglo XVIII una importante participación en el fenómeno del jacobinismo. Pero si comenzamos con un estudio de tales elementos filosóficos corremos el riesgo de caer en el error de Taine, o sea atribuir a los jacobinos, grupo político, real y viviente, una rigidez ante los hechos, que no siempre pudieron asumir. En capítulos referidos al ritual y la fe estudiaremos esos elementos del jacobinismo que a Napoleón le agradaba condenar con el nombre

de "ideología". En el presente capítulo debemos preguntarnos simplemente, en la medida en que nos lo permitan sus propias palabras, qué es lo que los jacobinos buscaban de concreto y personalmente satisfactorio, por medio de su partido. Olvidaremos, por el momento, la filosofía del siglo XVIII y nos remitiremos a consultar los archivos de los clubes.

Ahora bien, los términos "programa político, ritual y fe" que hemos usado para expresar diferentes aspectos del jacobinismo como abstracción viviente, como objeto de fidelidad, tienen en común la capacidad de relacionarse todos ellos con la indirecta o corpórea satisfacción de los deseos del hombre. Quizás será necesario proveer de algunos ejemplos "X", verbigracia, tiene el estómago vacío y un guardarropa miserable. Se inscribe en un club jacobino con el claro y convincente anhelo de aprovecharse de dicha afiliación. Consigue una suculenta posición política. No encontramos aquí sino el simple caso de un hombre que satisface directamente una necesidad física personal ingresando en la política. Y el que también tiene un estómago vacío y un medrado guardarropa se inscribe en un club jacobino con la vaga esperanza de hallarse en posición mucho mejor. No consigue satisfacciones directas. Pero puede votar por su diputado (programa político), besar el busto del mártir Marat (ritual) y congratularse de su "pureza" de jacobino (fe). Si estas dos clases de satisfacciones que llamaremos, respectivamente, concreta y abstracta, corresponden a dos diferentes clases de deseos, es un asunto que apenas podemos debatir aquí ni importa demasiado a nuestra argumentación. Si los hombres comunes se afanan por ciertas simples necesidades del tipo que llamamos concretas (cualquier sociólogo sería capaz de enumerárnoslas) resulta claro que no podremos conseguir satisfacción de las mismas en este mundo. "Y" tiene una buena ocupación al margen de la política, pero aun en las democracias hay muchos más hombres que ocupaciones. "Y", y no "X", es el jacobino que deberemos estudiar.

Todo este punto acerca de las satisfacciones sustitutivas que provee la política, tales como lemas y gritos de combate, patriotismo, frases hechas, es importante aquí. Porque aun cuando filósofos, políticos y sociólogos hayan considerado largamente el tema y logrado aunar al respecto un estado de escepticismo realmente estimulante, los historiadores y, en especial, los de la Revolución francesa, lo han descuidado indebidamente. En los años últimos, la doctrina de la interpretación económica de la historia, ha sido aplicada con suma habilidad al gran acontecimiento. Pero, disculpando cierta crudeza de juicio, resulta palmario que dicha doctrina dice virtualmente que el hombre común está regido por necesidades del tipo que hemos justamente denominado concretas y que éste busca en la política y en otras actividades, satisfacciones concretas (esto es, "económicas"). El más incompetente partidario de la escuela de la interpretación económica parece participar de la idea de que todo lo que un ser humano ha hecho, ha sido por un motivo económico, y que una vez que tal motivo ha sido descubierto, se puede olvidar completamente lo hecho. Los miembros más hábiles de la escuela aceptarán que los hombres tienen, como individuos, ciertas ideas, códigos morales y algún idealismo que no dependen, con excesiva evidencia, de motivos económicos, de modo que, al agruparse aparecen tales ideas, leyes, moralidad e idealismo, en el grupo. Pero, tales abstracciones carecen de toda importancia. Han surgido para calmar la conciencia del hombre. Son residuos de inconsciente hipocresía. Podríamos, siguiendo a Pareto, dar por supuesta la existencia de un individuo "a" y trazar una línea "a-b" para indicar sus "ideales", y otra, "a-c", *en ángulo recto,* para indicar

sus deseos reales. Las dos líneas tendrán tan sólo, en común, el punto "a".

Todo esto no es irrazonable, si lo consideramos como generalización que no excluye el elemento insólito, el idealista sincero, en nuestro caso. Esos hombres que actúan, a menudo, de acuerdo al interés creyendo hacerlo de acuerdo con la conciencia es una verdad conocida para muchos cristianos, antes de que naciera Pareto. El error de los adeptos ortodoxos de la interpretación económica es el de creer que tan sólo los motivos económicos influyen activamente sobre el hombre y su historia. El mismo Pareto fue más sensato. Sabía que toda la porción abstracta, ideal, ficticia, de los deseos humanos y las realizaciones influían sobre los deseos y pasiones concretas del hombre, así como sobre sus *acciones*. Paradójicamente podía ser inclusive verdad que los tiempos modernos, en que la doctrina de la interpretación económica ha sido descubierta, se presten menos al uso de la misma en su forma esquemática; porque, si los motivos económicos son concretos y personales; si deben surtir o no efecto a través de directos e inmediatos conflictos; si deben manifestarse como sensación, tenemos entonces que el moderno estado es mucho menos apropiado para su libre y natural juego que el antiguo o el feudal. Porque la política y la vida política son ahora abstracciones para la mayor parte de los ciudadanos. El beneficio económico personal que se obtiene de toda acción política no es, de ningún modo, siempre claro para el ciudadano obligado a justipreciarlo. La política local puede continuar permitiendo el juego recíproco de los intereses económicos. En el moderno estado-nación los motivos económicos influyen fundamentalmente a través de los manejos parlamentarios y las juntas administrativas, o sea, al modo antiguo, entre gente que se conoce mutuamente. Empero, los grandes asuntos de política nacional, co-

mo guerra, educación y religión, parecen depender curiosamente del cúmulo de emociones que alberga el hombre medio, y no de sus intereses económicos.

El estudio de los clubes jacobinos no puede por tanto, contentarse con la fórmula de que los jacobinos estaban, antes que nada, empeñados en una lucha de clases. Adelantemos que por lucha de clases interpretamos el proceso de alzar el nivel de los patrones físicos de vida de un grupo dado contra la oposición de otro o varios grupos. De modo que al no poder obtener dichos fines, los jacobinos podían ofrecer igualmente a los miembros de los clubes la satisfacción de un programa político, un ritual y una fe. Además, resultaría digno de consideración saber si esta faz abstracta del jacobinismo no influyó sobre la concreta. En otras palabras, debemos tratar y decidir si el jacobinismo ha de ser históricamente una fase de la lucha de clases, o no, por lo cual nos preocuparemos constantemente en nuestro estudio acerca del programa político, el ritual y la fe jacobinos, del problema de relacionar tales abstracciones con la presencia viviente y tangible del jacobino y sus concretas motivaciones "económicas".

II

Antes de que intentemos verificar que es lo que los jacobinos prometieron a sus socios, si es que lo hicieron dentro de ese diverso y acaso mejor mundo que se halla por encima de los sentidos y el sentido común, observemos primeramente qué prometieron dentro de la esfera, a la cual, empíricos e idealistas, parecen querer denominar "este" mundo. Un programa político, aun cuando no represente en sí mismo una satisfacción personal y concreta, es por lo menos, la promesa de dicha satisfacción. Significa un hito más cer-

cano de lo que podemos denominar *intereses* personales, que un ritual o una fe. No existe un único programa autorizado jacobino y no podemos sino agrupar bajo ciertos títulos políticos, sociales o económicos el tipo de exigencia que asoma más frecuentemente en los labios de los revolucionarios.

La primera cosa que el jacobino exige de su estado es que sostenga la forma republicana de gobierno. Este último giro es norteamericano pero se adapta perfectamente a la historia francesa. Tuvo contenido negativo más importante que el positivo. El jacobino no quería gobernantes ni nobleza de carácter hereditario. Ningún privilegio gubernativo podía afiliarse al mero nacimiento. Las circunstancias pronto lo obligaron a definir con mayor criterio positivo el gobierno de la república. Pero en un punto importante fueron tan expresivos como los modernos republicanos. "No confundamos —escribió un miembro de la sociedad de Clermont-Ferrand— la *república*, o *cosa común*, con la *democracia* o *gobierno* popular[1]. Los jacobinos podrían diferir muchísimo, acaso respecto del grado propio de democracia deseable, especialmente en la vida económica, pero todos eran republicanos.

El estado republicano se asienta en la base de la soberanía del pueblo. "Hay sólo una autoridad legítima que es la del pueblo simplemente; es la única buena, porque el pueblo que la ejerce, es, a la vez, pasivo y activo; puede atacar sólo al pueblo mismo, y por tanto su frustración es segura si no va por el camino recto"[2]. Quizás, como teoría política parezca esto algo ingenuo, pero, no hay duda que es claro. Mas, aun cuando ciertas sociedades aceptaron la imposición del principio de la propiedad, como término cualificativo para poder votar bajo la primera constitución, los clubes protestaron en conjunto contra la medida, y el jacobinismo se identificó bien pronto con la *democracia* política al punto de hacerse campeón del sufragio universal masculino[3].

Respecto del gobierno, elegido por sufragio universal, los revolucionarios alentaron ideas definidas. A pesar de la centralización del Terror, subsistió en la política jacobina cierta influencia de Montesquieu, o, por lo menos, cierta desconfianza hacia un poder ejecutivo fuerte. Es demasiado fácil decir que se confiaba en un ejecutivo jacobino y se recelaba de los demás; por otra parte, los jacobinos estuvieron más tiempo alejados del poder que en uso del mismo, de modo que su actitud normal sería la de desconfianza. El ejecutivo fuerte es una parte de las tácticas jacobinas y un rasgo importante de la leyenda jacobina, pero no forma parte de los objetivos y principios jacobinos.

La doctrina de la separación de los poderes aparece en mil formas distintas. Puede ser verdad la suposición de que fuera una mera máscara del odio jacobino hacia el ejecutivo de su época. Pero era una máscara que ayudaba a ocultar las facciones internas. El poder, en 1790 y 1791, estuvo tan sujeto a restricciones y equilibrios que se disipó prácticamente. Barnave dijo al club de París, en 1791, que las autoridades locales no deberían permitirse convocar la milicia de los distritos vecinos en tiempos de crisis, sin consultar con el departamento, el cual a su vez, tendría que consultar con la legislatura de París[4]. Otro miembro se posesionó tanto con la teoría de la separación de poderes que se vio forzado a proveer, para los casos de demandas contra altos funcionarios, una comisión especial de legisladores, los cuales una vez finalizado el juicio satisfarían el dogma de la separación abandonando la legislatura durante todo el resto del período de sesiones[5].

No sólo las diferentes ramas del gobierno se vigilaban unas a otras. Los ciudadanos, especialmente cuando se organizaban como amigos de la constitución o de

la libertad e igualdad, querían atender cuidadosamente las ramas del gobierno. "La unidad de poder existe en la nación; las emanaciones de este único poder son los diferentes poderes que constituyen las diferentes clases de administración. Cuanto más los multipliquéis, más se restringirán; será más fácil vigilar y controlarlos cuanto menos extendidos estén" [6]. El club de Beauvais solicitó sesiones públicas de todos los cuerpos gobernantes, ya a principios de 1791, y citó a Rousseau en su ayuda: "Tout corps dépositaire de la puissance exécutive tend fortement et continuellement à subjuger la puissance legislative, et y parvient tôt ou tard" [7]. Los ministerios repugnaban, en especial, por su asociación con el pasado. El club de Tulle recibió la solicitud de respaldar al de Angers en el acto de pedir a la Asamblea Nacional "que adoptase, entre sus sabias medidas, la de preservarnos de la corrupción ministerial" [8]. La famosa petición de los cordeleros, en junio de 1791, contiene adecuada teoría republicana: ninguno debería contar con fuerzas suficientes como para corromper; ninguna posición en el gobierno deberá ser inaccesible a todo buen ciudadano; cuanto más importante sea un cargo político tanto más breve deberá ser su ejercicio. De aquí se sigue, por supuesto, la imposibilidad de la reyecía [9].

El poder legislativo, como todo otro poder elegido para servir al pueblo, merece también especial consideración. El gobierno bicameral, con el tinte de moderación inglés, es rechazado. El jacobinismo se halla universalmente asociado con una sola cámara [10]. Sostiene que el representante debe cumplir con los anhelos de sus electores y no desempeñarse como juez independiente. "La sociedad, penetrada de los naturales e innegables principios, de que todos los hombres son libres e iguales, de que las asociaciones políticas son los únicos jueces de las leyes que deben regirlos y que los gobernantes no son sino sus mandatarios, en las condiciones y por períodos que ellos fijen..." [11]. Así comienza una indignada protesta del club de Lons-le-Saunier, en 1790, contra la tiranía ejecutiva. De aquí que el derecho de deponer a un funcionario y anular sus decisiones por votación popular, surgiera espontáneamente, en el espíritu de algunos jacobinos, aunque nunca formara parte de un esquema organizado de gobierno. El club de Limoges, después de larga discusión, decidió apoyar la sugerencia del club de París de que los diputados que votaron por la apelación al pueblo en el juicio contra Luis XVI, fueran destituidos. Un miembro "expresó su desconcierto porque alguien considerase peligroso para el pueblo revocar a sus indignos mandatarios los poderes que les habían concedido", y agregó que no se les permitiera "demorar el retiro de los mismos hasta que algunos otros de nuestros diputados hayan causado males mayores" [12]. El club de Arnay-sur-Arroux propuso la sanción de "una ley que requiriese de los representantes del pueblo, al final de cada sesión, dar debida cuenta de lo hecho ante sus poderdantes, para recibir galardones si es que han servido bien a la comunidad o morir si conspiraron contra la libertad, sacrificaron los intereses de la nación o atacaron los derechos del pueblo". Un jurado nacional, compuesto de miembros elegidos por sufragio universal, a razón de uno por departamento, pronunciaría dichos fallos sobre los diputados [13].

Ante semejante gobierno el deber obvio de todo jacobino era la obediencia. Los jacobinos debían proporcionar al pueblo un espectáculo ejemplar de devoción a la ley y el orden. "El orden fue la primera necesidad del hombre en las sociedades primitivas; solamente él lo sostuvo y los amigos de la libertad y la igualdad deberían ofrecer en sus asambleas el saludable ejemplo de aquél" [14].

La república jacobina deberá fundarse en la soberanía popular por medio del sufragio universal. Habrá neta separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. El ejecutivo se subordinará al legislativo; será elegido por cortos períodos y, preferiblemente, se desempeñará en comisión. Excepto los empleados y otros subordinados, todos los agentes del gobierno serán electivos y sujetos a la revocación de sus poderes en una forma u otra. El cuerpo legislativo tendrá que ser unicameral, y los diputados, meros servidores de los anhelos del elector. La justicia, inclusive, deberá limitarse a decidir, con perfecta objetividad, qué es la ley; el juez no agregará nada personal a esas decisiones [15].

Tal era la forma republicana de gobierno para el jacobino. Pero hay una característica capital de dicha república que ningún comentarista ha dejado de tratar: la centralización. La república, una e indivisible, deberá ser regida desde París. Las libertades e iniciativas locales cuando difieran de los propósitos del club jacobino de París, son completamente equivocadas, y cuando no difieren, superfluas. Son bastante comunes las expresiones del tal anhelo centralizador, que surge como teoría de la soberanía: "Lo que hace realmente la soberanía es la unión de todos los miembros del estado actuando y deliberando juntos. Dividir la soberanía es destruirla. Sólo puede producir legal y legítima opinión cuando se expresa a través de una única asamblea. Voluntades diversas, manifestadas a través de asambleas parciales, aparecen a menudo muy diferentes de lo que serían en una asamblea general". Por eso, si Francia debe ser una democracia directa tendrá que dividirse en decenas de pequeñas repúblicas. Pero esto es absurdo e indeseable, y debemos considerar a la Asamblea nacional verdaderamente soberana [16]. Surge como muy práctica afirmación de los jacobinos en el gobierno: "No dejaremos un solo cuerpo de estructura heterogénea en Francia" [17]. Aparece mezclado con el anhelo semirreligioso de los jacobinos extremistas de no permitir sino cuerpos electivos en la vida política: "¿Hay un (conservador) derecho particular en los clubes jacobinos y otras *sociétés populaires?* No, por supuesto. ¿Por qué debería haber uno, entonces, en la Convención?" [18]. Aparece en la famosa máxima de Robespierre de que el gobierno revolucionario representa el despotismo de la libertad contra la tiranía, y en la frase de Chabot: "En Inglaterra, la libertad de prensa es necesaria contra un gobierno despótico, pero en Francia la prensa no es libre para maldecir la libertad... o sea, el gobierno democrático" [19].

Pero este aspecto de los jacobinos ha atraído quizás excesivamente la atención. Después de todo el movimiento no se resume enteramente en Robespierre, Saint-Just y la sociedad de París. Si examinamos con cuidado los documentos de las sociedades provinciales, la centralización no parece tanto un rígido esquema de ortodoxia política cuanto una forma normal de la organización gubernamental en el siglo XIX. Con la Gironda advino la república federal, cualquiera haya sido la constitución de ésta. Pero la Gironda fue guillotinada o proscrita antes que asimilada en provincias. En muchas pequeñas ciudades como la de Vesoul las ideas sociales o políticas de Robespierre nunca fueron del todo aceptadas por el club local. La república fue siempre una e indivisible para los jacobinos. Dicho concepto, sin embargo, no es exclusivamente latino, romano o francés. La teoría en la cual encarna mejor este deseo de unidad en el estado, es conocida como agustiniana, y Webster y otros anglosajones han tenido mucho que decir también acerca de la inseparabilidad de libertad y unión. En las principales cuestiones políticas las sociedades provinciales seguían firmemente la conducción de París. En materia de moda, los jacobinos eran tan

imitadores como los realistas. Pero queda un residuo de orgullo local, de doméstica libertad de acción [20]. Los diputados en misión, agentes del poder centralizador de París, tan viejo, por lo menos, como Felipe Augusto, no sumaron éxitos importantes en el interior y sus informes acerca de los contactos que mantuvieron con las *sociétés populaires* locales proveen de un testimonio acerca de la independencia provincial durante el Terror [21]. Pero la centralización sobrevive como importante principio en el programa político jacobino, referida a la uniformidad social, a la igualdad práctica, antes que a una mayor eficacia administrativa del gobierno. El jacobino de provincias sintió la presión, por un lado, del orgullo local, que preservaría las diferencias, y la ambición revolucionaria, destinada a destruirlas por el otro. Sin embargo, fue más intolerable respecto de las desigualdades de clases que de las geográficas, y apuntó quizás a esa especie de centralización por la cual variedad, iniciativa y excentricidad se subordinan a la consideración social, una especie de estructura de la clase media tan hondamente condenada por los escritores europeos del siglo XIX y los norteamericanos del XX.

El estado jacobino debía ser también una nación corpórea y su unidad, fundamentarse en un mismo real o supuesto tronco etnográfico, en un lenguaje y sensibilidad comunes. El jacobino comenzó como *patriote*, en el sentido francés del siglo XVIII, y finalizó como patriota en el sentido llano de la palabra. Pocos temas en la historia de las ideas son tan sutilmente ilustrativos como el proceso por el cual los revolucionarios franceses pasaron del cosmopolitismo al nacionalismo en el espacio de pocos años. No podemos sugerir aquí sino uno o dos de los lazos de dicha transición.

La teoría de 1789 es casi completamente cosmopolita: todos los hombres son iguales; hay un único camino recto de vida; por lo tanto, todos los hombres

en el nuevo mundo de la Revolución seguirán igual camino, sean ingleses, franceses, chinos o negros. No hay duda que en la práctica hubo —o sea, en la conciencia del francés común— mucho sentimiento nacional, mucho disgusto por lo foráneo. Pero, oficialmente, los jacobinos eran cosmopolitas. Todos los hombres libres —franceses, ingleses, polacos y norteamericanos— eran hermanos, y el resto del mundo, una vez liberado de la tiranía de los reyes, también lo serían [22]. Tan agradable ilusión fue desbaratada casi de inmediato, debido a la frustración de los demás pueblos en aceptar el evangelio francés. Pero la guerra, entrevista desde hacía tiempo, significó, en un principio para los franceses, tan sólo una oportunidad de ayudar a los demás pueblos a libertarse. Ya en diciembre de 1791, la sociedad de Cognac se recreó con composiciones patrióticas, en las cuales, después de insistir en el consabido voto de defender la patria, se transcribía el pasaje:

> "Jusques à Vienne et dans Rome
> Faites des Droits de l'homme
> Connaître la majesté" [23].

El estallido de la guerra no fue recibido doloridamente por un orador, en el mismo club, como hubiera sucedido en el antiguo régimen, sino con alegría, ya que dicha guerra no era destructiva sino creadora [24]. Cuando ésta comenzó a empeorar y los pueblos rehusaron alzarse contra sus soberanos, los franceses se vieron poco menos que obligados a considerarse el único pueblo virtuoso. La sociedad de Guéret aguardó noblemente, hasta enero de 1794 para retirar las banderas norteamericana e inglesa del árbol de la libertad donde quedó flameando sólo el estandarte tricolor [25].

Pero aun sin una guerra internacional, el *patriote* habría dejado de ser amante de la humanidad para transformarse en amante de Francia. Porque la Igual-

dad, como todas las otras abstracciones políticas, debe tomar contacto con la realidad en algún sector de la capacidad de emoción del hombre común. Si los hombres son evidentemente desiguales en fuerza, inteligencia, belleza y virtud, por lo menos, la igualdad les alcanza como franceses. Las demás cualidades son accidentales; lo que cuenta es ser francés. A los ojos de la nación, los franceses eran iguales. "¿No es verdad que todos los franceses nacen y son ciudadanos antes de ser cristianos, protestantes o judíos "[26]. Si los jacobinos pensaban así, a fines de 1791, ¿sorprende el hecho de que la República unitaria fuese, en 1794, una nación, en el sentido total y moderno del concepto? "Los republicanos no provienen de Lyon ni de París ni de ninguna otra ciudad, así como de ningún departamento en especial; son franceses, son todos, pues hermanos"[27].

El nacionalismo asumió con los jacobinos en un primer momento, su característica forma de supresión de minorías culturales y lingüísticas dentro del estado. En su primitivo celo por la propaganda, los clubes no habían vacilado en persuadir al pueblo acerca de sus teorías volcando el texto de los impresos al lenguaje de éste, y desarrollando sesiones públicas, parte en francés y parte en la lengua local. El club de Vannes se dirigió a los campesinos en bretón; el de San Juan de Luz tradujo al vasco los decretos de la Asamblea nacional; el de Niza hizo fijar en italiano, en los muros, los Derechos del Hombre[28]. Las sociedades alsacianas desarrollaron frecuentemente, en alemán, sus reuniones; el club de Colmar tradujo la Marsellesa:

"Auf, Bürger, auf zu Wehr! Erlegt die Höllenbrut!
Glück zu, Glück zu. Es dünge bald das Feld ihr schwar-
[zes Blut!"[29].

Pero tales minorías se hicieron pronto sospechosas, bien que repitiesen en su propia lengua las lecciones de la mejor ortodoxia jacobina. Tal como dijo una pequeña sociedad provenzal, "no habría otra lengua en la República fuera de la francesa, lo cual nos acercaría aún más a la Igualdad"[30]. La sociedad trató heroicamente, pero no con mucha fortuna, de expresarse en francés. El club de Estrasburgo pidió, por carta, maestros de francés a sus colegas vecinos: "Mientras la diversidad de lenguas no sea proscrita en la República; mientras el lenguaje de los hombres libres no sea el único usado en Francia, tendremos entre nosotros a gentes que no son franceses"[31]. Este club, formado en gran parte por extranjeros, se mostró particularmente severo con quienes no hablaban otra lengua que la alemana. Al discutir el tema, en 1793, "alguien sugirió que los alsacianos que hablan alemán y se niegan a aprender el francés sean deportados, y se traiga de Francia una columna de «sans-culottes»; otros, que se los mandara a la guillotina para lograr su conversión"[32]. Tal cúmulo de prejuicios religiosos y nacionales ensombrecieron, aun en 1793, la cuestión alsaciana que pocos fueron los que prestaron atención a la protesta de un miembro contra el decreto que prohibía el uso del alemán: "¿Cómo es posible instruir, ilustrar y persuadir a nadie en un idioma que éste no puede entender?"[33]. Los secretarios consideraron que debían disculparse, inclusive, respecto de lugares donde el alemán continuaba usándose: "Kriegelstein se halla en uso de la palabra y pronuncia un discurso en alemán que es seguidamente traducido en *langue republicaine* por Teste"[34].

La guerra reveló otros aspectos familiares del patriotismo. Inglaterra se convirtió en la gran enemiga, una nación que debía ser odiada con satisfactoria vehemencia. Subsiste la huella del viejo ideal misionero. El gobierno inglés es malo; el pueblo, para el caso que se puede recurrir a él, es sano. Diga la Convención a la nación inglesa, solicita un pequeño club en Périgord, "que si no corta la cabeza de dos monstruos (Pitt, Jor-

ge III) cuyo aliento en la tierra es un insulto para la humanidad, doscientos mil franceses decidirán tender fraternal abrazo a Fox y a todos los amigos de la libertad y matar a tales tiranos y a su ignominiosa banda" [35]. Pero hay todavía más indicaciones de tal curiosa pasión por odiar en abstracto a otras naciones. Un hijo de Lila, "que había viajado", dijo al club que no había lobos en Inglaterra, y sugirió que "se enviara un cargamento por el Canal" [36]. El presidente del club de Ruán, al abrazar al inglés Wild, le dijo: "Estoy seguro que al abrazaros, lo hago sólo a un francés" [37].

No faltaba coraje civil entre los jacobinos. El ciudadano Germain, de El Havre, no tendría paz "hasta que los hijos de la Montaña no hubiesen plantado la bandera de la libertad en las murallas de Londres, Madrid y Berlín" [38]. Una joven ciudadana de Tolosa, en una ceremonia en honor de Lepelletier, pronunció un discurso patriótico urgiendo a los jóvenes a marchar al frente y ganarse el amor de mozas como ella [39].

Dicho patriotismo puede ser, como se complacen en interpretar ciertos espíritus superiores, una complaciente pasión, fruto de la falta de crítica y la ausencia de refinamiento, pero corresponde anotar que dicha pasión crecía indefinidamente. Buena parte del ritual jacobino estaba enderezado a hacer de *la patrie* una realidad accesible a los sentidos. Un club inclusive preservó el orden disponiendo que el presidente hiciera flamear la bandera tricolor, en vez de recurrir al tradicional método francés de ponerse el sombrero [40]. El modo de expresión puede haber exagerado la importancia de las emociones que se intentara describir. Pero hay algo, sin duda, detrás de dicha fraseología: "El grito ¡Constitución o muerte! fue repetido por varios minutos y la intoxicación patriótica, así como el sagrado entusiasmo por la libertad, llegó al máximo" [41]. "¡Oh, sacrosanto amor de patria! ¡Cuántas delicias desconocidas hasta ahora a los franceses, no aportas tú a sus nobles almas!" [42]. Posiblemente estuviera en lo correcto el club de Versalles al declarar que "tales palabras, *patrie* y *nation*, no representan ya más puras abstracciones" [43].

El jacobino reclamó también del Estado una exigencia que, pese a sus complicaciones, conviene tratar como puramente política. El Estado deber ser laico. Probablemente, la mayor parte de los jacobinos fue más lejos y deseó la proscripción del catolicismo. Pero la cuestión se halla erizada al extremo de dificultades y nos ceñiremos a declarar que el estado jacobino sólo reconocía a los laicos. Hemos visto ya cómo los sacerdotes constitucionales representaron a veces un papel fundamental en la formación de las primeras sociedades [44], no existiendo al principio ruptura ninguna entre los clubes y la Iglesia, por lo menos en cuanto dicha Iglesia estuvo encarnada en la Constitución Civil del Clero. Los clubes celebraron, por lo común, el duelo de Mirabeau con misas, o el restablecimiento de la salud del rey, con tedéums. El surgimiento del anticlericalismo fue una nota imprevista. Florecía, en verdad, bajo la superficie de las sociedades de amigos de la constitución monárquica. No es tema que debamos considerar aquí si la disputa entre jacobinismo y catolicismo era o no inevitable. Una vez promulgada la constitución civil del clero, la ruptura con el Papado no podía soslayarse y apenas Roma se transformara en enemiga del nuevo Estado, fácil era para los extremistas denunciar que los sacerdotes constitucionales sostenían los mismos irrazonables dogmas que aquellos que no juraran la constitución. Por último, como veremos, el mismo jacobinismo se transformará en una religión, y como todas las nuevas religiones, será intolerante con las que la precedieron.

Tampoco necesita respuesta demasiado precisa la incógnita de determinar la medida en que el jacobinis-

mo se identifica con la furiosa descristianización del año II —Fouché en Nevers, por ejemplo—. Pocos jacobinos provinciales se proclamaron ateos. El propio culto de la razón asumió formas deísticas y el Ser Supremo de Robespierre fue bien recibido en la mayor parte de los clubes. Abundan las evidencias en favor de un determinado grado de tolerancia respecto del cristianismo, o, por lo menos, acerca de la Iglesia Constitucional. El club de Chablis, en la propia primavera de 1794, notificó al alcalde "que intentaba rendir culto a la Razón cada *décadi* en la iglesia y que, en el caso que la *décadi* coincidiese con un *ci-devant* domingo, él (el alcalde) debía notificar al ciudadano cura que oficiase todos los servicios litúrgicos por la mañana de modo que el culto de la Razón pudiera ser celebrado por la tarde" [45]. Cuando el pequeño club aldeano de Fleury-les-Faverney, en medio del Terror tuvo que nombrar una comisión para examinar las pensiones a las viudas y la manutención de los soldados, nombró, al efecto, al cura local que ejercía aún sus funciones religiosas [46].

La masa de testimonios es abrumadora. Los jacobinos ortodoxos, inclusive en provincias, declararon guerra abierta a la Iglesia Católica, fuese o no constitucional. Con el protestantismo, en cambio, no parece haber habido mayores divergencias. En efecto, la sociedad de Bergerac se refiere a "sus buenos amigos, los protestantes" [47], en el remoto año II. Pero los jacobinos atacaron en todas las formas posibles al catolicismo. El club de Le Mans pidió a la Asamblea nacional, en enero de 1792, prohibiese testar a favor de los curas o de la iglesia: "Por cuanto los sacerdotes, simulando conmiseración y caridad, consiguen hacer creer a ricas y crédulas mujeres que complacerán a Dios desheredando en favor de ellos a sus legítimos herederos, y por tanto... extraen legados importantes por medio de una letra de cambio extendida en el cielo y pagable a la vista" [48].

Un Voltaire de provincias, sin duda, era el autor de esto; en cambio, aquí tenemos a un Rousseau: "La sociedad solicita del distrito el cierre de todas las iglesias y capillas pertenecientes a su jurisdicción, por cuanto la libertad de creencias no implica posesión de iglesias, las cuales deberán ser consideradas como propiedad nacional y no podrán ser abiertas para revivir un culto excluyente, contrario a la libertad" [49].

A veces asoma un rasgo de humor estudiantil, no infrecuente entre los jacobinos, como en el caso del club de Lila, que rebautiza la Porte de Saint-Maurice con el nombre de Porte de l'Egalité, porque conduce al cementerio [50], o, cuando la sociedad de Saint Arnould requirió de la municipalidad contribuyera a vencer la dureza de los tiempos vendiendo el heno que podría extraerse del camposanto [51]. De nuevo surge el franco odio al enemigo: "Se propone enviar comisionados al interior para convertir las iglesias en Templos de la Razón, y arrestar a todos los sacerdotes, sacerdotisas y creyentes estúpidos, por sospechosos" [52]. El club de Auxerre emitió una circular particularmente violenta contra los sacerdotes, exigiendo que todos los antiguos curas que no desempeñasen una ocupación fuesen deportados, a menos que ofreciesen testimonio de arrepentimiento contrayendo enlace [53]. A veces, el sentimiento de nueva fe aparecía más fuerte que la antipatía por la creencia anterior. "Mirabeau acostumbraba decir: 'Los reyes pasarán; los nobles pasarán; los privilegios pasarán, pero el pueblo siempre permanece'; y yo digo también pasarán los curas, los perseguidores, los fanáticos, pero la Razón subsistirá" [54].

III

En el campo concreto de la política, los jacobinos propugnaron por tanto una nación-estado unitaria bajo

una forma de gobierno republicana, eficientemente centralizada y de estructura laica. Pero los jacobinos apuntaban a objetivos sociales, económicos y morales, tan definidos como los políticos. En el plano social los objetivos se resumen en la proteica palabra "igualdad". Sin duda, para la mayor parte de los jacobinos, la palabra tenía una connotación metafísica, casi mística. Pero reservaremos el examen de la igualdad en el sentido que le asignamos —similar en muchos aspectos al de los cristianos que son iguales ante Dios— para un próximo capítulo. Consideraremos ahora en qué sentido el concepto de igualdad se asimilaba al de igualdad económica. Todo un cúmulo de significados acepta dicha palabra. El más evidente es el de igualdad en las oportunidades, la carrera abierta al talento. Al club de Maguncia se le dijo que, entre otras ventajas del nuevo evangelio francés, se hallaba la "freie Wahl der Obrigkeit, die der Geschicklichkeit und Tugend die Wege öffne" [55]. Un orador viajero, en el sud, se sintió impulsado a la elocuencia ante este aspecto de la igualdad, y declaró: "Eres tú, ¡oh, sagrada Revolución!, la que nos ha traído la felicidad; eres tú, a la que debo amar con todas mis fuerzas, y a quien defendería con la sangre de mis venas, ¡ojalá puedas trinfar contra los tiranos coligados contra tí! ¡Tú, oh, libertad sagrada, oh sagrada igualdad, me hiciste posible decir: no soy sino un pobre campesino, un simple trabajador y mi hijo podrá ser un magistrado, un legislador, un capitán de barco o un general" [56].

La igualdad, con todo, y por lo menos en su sentido puramente social, no significó para el jacobino el tipo de libre competición que representaba para la economía denominada clásica. El presidente del club de Ruán, al dirigirse a un actor, en 1790, le aseguró que no existían ya más los prejuicios de antes y afirmó que "todos los hombres son iguales por naturaleza; ahora lo son también igualmente ante la ley... hoy, el aplauso de la sociedad nos prueba que talento, honestidad y *sobre todo, patriotismo* son los únicos títulos de consideración para el hombre libre" [57]. Mucho después, en el club de París, "Tollède (como candidato para una comisión militar) sondeó las posibilidades de aplauso, admitiendo que no era un soldado; que cualquier otro podría cumplir mejor con dicho cometido y que lo único con que contaba eran valor y patriotismo". "Es suficiente", gritan todas las voces: "son muchos los que carecen de dichas cualidades. Aprobémoslo" [58].

La verdad es que el jacobino se reveló como un nivelador superior a la naturaleza, sobre el papel de la cual peroraba tanto [59]. Su sociedad habría de corregir tendencias hacia el egoismo agresivo, que eran quizás naturales en el hombre irrefrenable. Su sociedad sería, en lo posible, un confortable sitio para el hombre medio, y confortable, quizás, más para su vanidad que para sus necesidades físicas. La mera abolición de la nobleza parecía haber logrado la igualdad:

> "Parfaite égalité, tu n'es plus un mensonge.
> Des nobles et des rois il ne reste plus qu'un songe" [60].

Los clubes insistían siempre ante las municipalidades para que fuesen suprimidos todos los escudos de armas de la vista del público, cambiados los nombres de las calles o abolidos los asientos privados en las iglesias. El club de Niza ordenó al director del teatro prohibiese la entrada al local al público "antes de la apertura regular de sus puertas, ya que eso es contrario a la igualdad" [61]. Dufourny, en París, observó que la igualdad es la base de la educación y propuso que en el nuevo sistema de escuelas "los hijos de los ricos serían esencialmente iguales a los hijos del pobre" [62]. Censuró a los ricos, no por ser tales, sino por el efecto de sus riquezas sobre la vanidad humana. Uno de los aspec-

tos de la igualdad, y quizás el principal para el jacobino de 1794, fue simplemente la familiar insistencia democrática de que los hombres deberían ser absolutamente iguales en maneras, moral, vestuario y lenguaje. Posteriormente, podremos ofrecer un significado más específico por ejemplo, de lo que el jacobino entendía como moral. Pero un breve párrafo dará quizás algún significado a esta especie de igualdad exterior, a este deseo jacobino de hacer del hombre medio, un hombre real. El jacobino desconfiaba de los solteros. "Vendrá un tiempo acaso en que la Convención declare no elegible para los cargos gubernativos a los hombres no casados" [63]. El club de Gray solicitó del diputado en misión que "los empleados solteros de la administración pública fuesen reemplazados por hombres casados" [64]. Esta desconfianza de las democracias por los solteros, conocida también en la historia de los Estados Unidos, podría penetrar muy profundamente en el concepto del hombre como animal político, si la examinásemos con propiedad. Podrá decirse superficialmente que el hombre medio encuentra objetabble al hombre soltero porque éste disfruta de cierta ventaja económica, porque pareciera, a veces, alzarse con el santo y la limosna, ofensa ésta profundamente inmoral, porque no comparte la penuria común, o, simplemente, porque su "status" es diverso, y no conforma al del hombre medio. Quizás una sólida explicación superficial valga más que otra extrema y profunda; no obstante, el disgusto del hombre común por los solteros parecería ser un instinto dotado de mayor dignidad que las bromas de café concierto en torno del mismo, un instinto estrechamente relacionado con el colectivismo fundamental de las sociedades modernas.

La igualdad jacobina significaba también la abolición de costumbres y tradiciones que no pertenecían al patrimonio común y retrotraían a un pasado romántico

pero injusto. El club de Estrasburgo, después de un año de agitación, obligó a la municipalidad a abolir el *Kraüselhorn,* un toque de trompeta que vibraba, en determinadas noches, en recuerdo de "una tremenda traición de los judíos" [65]. El mismo club sugirió más tarde que, en estos tiempos en que las coronas son arrojadas al crisol nacional, lo que nuestras mujeres llevan con el nombre de *Schneppenhauben* deberá ser proscrito, ya que refleja costumbres serviles y toscas" [66]. Tan pintoresco y artificioso tocado, desapareció pronto del todo. Los atavíos, particularmente los masculinos, fueron nivelados en la forma que nos es familiar. El jacobino odiaba el pasado por la misma razón que Burke y Scott lo amaban, o sea, porque se hallaba henchido de externa variedad. "Gracias a la educación republicana contaremos con hombres por encima de los prejuicios: no compartirán la opinión de sus padres" [67].

La igualdad no pudo romper diferencias de grupo dentro del estado. Este disgusto por la heterogeneidad de grupo tomó políticamente la forma de hostilidad hacia el federalismo. Empero, el mismo disgusto se hace vivo en el campo social. No se alentará la fundación de clubes que no sean jacobinos. El sacerdocio hace al hombre miembro de una casta. Por eso el jacobino insiste en el casamiento de los curas apóstatas. En 1790, inclusive, encontramos un club que ataca al capítulo de la catedral de Sens porque se trataba de una *confraternité,* un cuerpo aparte [68]. En la sociedad de Estrasburgo, propuso un miembro "que los judíos fuesen obligados a casarse con cristianos" con la obvia esperanza de desarraigar el judaísmo [69].

Es justo agregar también que la educación representa un objetivo tan importante como la igualdad para los jacobinos. Y la educación debía ser universal, abierta al más humilde de los niños. Empero, "educación" es una palabra que ha venido a tener la misma especie de

estructura lógica abstracta y concreto valor emocional que poseen hoy vocablos como "progreso", "libertad" o "ciencia". En cierto sentido, todo niño viviente recibe educación. Lo importante es determinar qué es lo que aprende. Los jacobinos habrían querido enseñar a sus niños, jacobinismo, o sea, el íntegro y complejo modo de vida que hemos tratado de describir hasta el momento. La educación jacobina debe ser, por tanto, juzgada sobre la base de lo que podemos interpretar sea el mismo jacobinismo.

IV

Los objetivos económicos revolucionarios proveen excelente ejemplo acerca de cuán dificultoso resulta esbozar un programa político jacobino. Porque lo que Varlet, Jacques Roux y demás *enragés* deseaban, era muy diferente de lo que querían, por ejemplo, los jacobinos de una tranquila ciudad provinciana e, inclusive, diferente de lo que quería Robespierre. Del mismo modo, hay en general una gran diferencia entre el programa social y económico de un club, en 1791, y el mismo club, en 1794, siendo en la economía en verdad donde debe ser encontrado el mejor argumento para la tesis de que los clubes alteraron completamente su fisonomía en este período. No intentaremos, en modo alguno, separar lo universal de lo particular, tomando como guía, en un grado aun mayor que en el ejemplo previo, lo que parece haber influido más profundamente en la leyenda jacobina de la próxima centuria.

Acaso sea inevitable que este examen de los objetivos de la economía jacobina se relacione estrechamente con la respuesta al interrogante acerca del caudal de socialismo que integra la doctrina jacobina. Sin embargo, no podemos intentar responder a la pregunta en esta misma forma. Porque el mismo socialismo es

un nombre abstracto y su definición podría comprometernos mucho más profundamente. El socialismo ¿es, esencialmente, igualitarismo económico o propiedad colectiva de capital u operaciones industriales del estado? Conviene mucho más contestar la pregunta acerca de lo que supusieron debía ser un orden económico jacobino los miembros de centenares de clubes de Francia.

Pero hay una cosa cierta. El jacobino creía en la propiedad. No siempre respetó todas las formas de la misma, especialmente cuando la ejercían sus enemigos políticos. Pero se halló completamente satisfecho con las formas más comunes de propiedad en la sociedad moderna, incluída la de la tierra. Acaso debiéramos esperar que los primeros clubes insistiesen en la propiedad como uno de los Derechos del Hombre, y en la ley y en el orden como garantía de aquélla [70]. Un club tuvo problemas de conciencia: "Sí, juramos respetar la propiedad como uno de los derechos del Hombre y el Ciudadano; vuestra nobleza, pretendidos aristócratas no era una propiedad sino un prejuicio contrario a la naturaleza, contrario a la Razón" [71]. Esta especie de dificultad lógica, de reconciliar el derecho a la absoluta posesión de propiedad, con varias medidas que lo limitaban, al autorizar la expropiación de la misma, preocupó a los jacobinos hasta el final.

Incluso durante el Terror los jacobinos profesaron respeto a la propiedad privada. La actitud de la Convención, al jurar que nunca votaría una *loi agraire*, es de todos conocida. Pero las provincias eran más inclinadas al énfasis. "¡Guerra eterna a los tiranos! ¡Paz a los hogares! ¡Respeto por la propiedad!" fue el modulado grito de combate de un club, en el invierno de 1794 [72]. El club de Ars-en-Ré decidió, en octubre de 1793, hacer un auto de fe con los títulos feudales, pero se cuidó muy bien de ahorrar a "aquellas personas que justificaran realmente su propiedad" [73]. En Limo-

ges, en el mismo mes, la municipalidad insertó la frase "respeto debido a la propiedad" en el juramento requerido para extender certificados de civismo. Cierto Imbert, en el club, propuso suprimir esta frase, pero fue "duramente censurado" y llamado al orden [74]. "Cállate, rico depravado —reza una arenga al pueblo de Gers, en el otoño de 1793—; no hagas correr el rumor de que la Montaña propugna una partición de las tierras, una división de vuestra propiedad... La Convención, por el contrario, os asegura en la misma" [75].

Junto con el respeto por la propiedad surgió el miramiento por las tradicionales virtudes que van asociadas con la pequeña propiedad en Europa, es decir, la frugalidad, la rectitud comercial, la solvencia económica. "La sociedad se conmovió al ver un niño trayendo sus ahorros para ofrecérselos a la patria: cinco libras. El club lo obsequiará con una insignia para su pequeño pecho con la inscripción: "Creced y multiplicaos" [76]. El club de Blaye decidió unánimemente "que dirigiría una arenga a los ciudadanos de la región para exhortarlos a obedecer la ley y pagar los derechos feudales que se rehusan a satisfacer con diferentes pretextos" [77]. Varias sociedades, entre ellas la de Nantes, dictaron cláusulas en sus reglamentos por las cuales se prohibía a los socios declararse en quiebra. Esto es de nuevo valedero para los clubes, incluso en 1794 [78]. El mismo Robespierre se quejó de los abusos de principio en que incurren las sociedades: "Observad la dirección que toma el celo de la sociedad de Bayona. Se halla atareada en excluir... ¿qué? ¿Conspiradores? ¿Nobles? ¿Hébertistas? ¡No! ¡Tan sólo a aquellos que en un tiempo de revolución no son suficientemente ricos para pagar sus deudas!" [79].

Los clubes, asambleas de personas respetables, hicieron mucho como hemos visto, por el desarrollo de la caridad [80]. Pero aun cuando compartían la moda de

compadecer al infortunado [81], los jacobinos no amparaban al ocioso ni sentían simpatías por los mendigos. "Un ciudadano formula una moción acerca del pobre que pugna ante nuestras ventanas, lo cual es contrario a los principios. Pide que la sociedad se ocupe de encontrar medios para librarse de estos mendigos, odiosos como son, para todos los amantes de la igualdad y la fraternidad" [82]. La moción carece, en cierto sentido, del tono fraternal que era dable esperar en un lector de Rousseau. Se solicitó del club de El Havre que expulsase a los mendigos en razón de que eran demasiados los pillos que se disfrazaban con los "respetables harapos de la indigencia" [83]. Otro club consiguió que la municipalidad expulsara a tres personas "sin domicilio conocido" [84]. Algo más tarde el club de El Havre rehusó intervenir en favor de algunos pobres vagabundos cercanos a la Porte d'Igouville que habían sido desalojados de la ciudad, no obstante un patético recurso a los principios revolucionarios interpuestos por su vocero [85]. Los descamisados de El Havre-Marat se revestían con los mismos atuendos de los revolucionarios proletarios, pero sus actos eran actos de gente respetable de la clase media.

Los primeros clubes creían naturalmente en el *laissez-faire*. "Un ministro que interfiriese directamente o indirectamente en la obtención de los abastecimientos alimenticios de un país debería, al infringir la libre circulación de productos, ser castigado en la forma más severa posible" [86]. Tal fue la voluntad del club de París en 1790. Uno de los primeros actos del club de Estrasburgo, en el mismo año, fue pedir a la Asamblea Nacional se concediese libertad absoluta para el cultivo de tabaco [87]. Las necesidades prácticas moderaron más tarde el dogmático rigor de la doctrina fisiocrática de la libertad y el Terror anuló muchos reglamentos. Pero inclusive en este período, los jacobinos parecen

haber sostenido con bastante fuerza el principio básico del *laissez-faire* como hicieron con la propiedad privada. La sociedad de Moulins, en la primavera de 1794, replicó a un pedido de investigación en los negocios de un vendedor de vino, acusado de aumentar los precios: "La sociedad, de acuerdo al artículo 17 de la Declaración de los Derechos del Hombre, por el cual ninguna clase de trabajo, cultivo o comercio puede ser prohibido al ciudadano, desatiende la petición y pasa a considerar el orden del día" [88]. No fuera que faltase el normal acompañamiento de esta libertad teórica. La sociedad de Ruán prohibió a sus miembros llevar vestimentas que no hubiesen sido hechas en Francia [89]. Comercio libre dentro de la nación-estado y barreras frente a las demás naciones; la fórmula del siglo XIX había ya nacido.

Los clubes no se inquietaron naturalmente ante los peligros de la revolución industrial. La siguiente anotación, proveniente de los registros del club de Tolosa, en medio del Terror, no estaría fuera de lugar en las actas de una cámara de comercio de los Estados Unidos. "Los ciudadanos Gau, Fournier y Laurier presentaron su informe acerca de la fábrica del ciudadano Fonfrède (un bordelés emparentado con Boyer-Fonfrède) y las discusiones sobre salarios entre los trabajadores y el citado Fonfrède. Los comisionados consiguieron que las partes llegaran a un arreglo. Sus informes fueron muy satisfactorios tanto por los detalles que ofrecieron acerca del establecimiento como por la gran necesidad de mantenerlo en Tolosa favoreciéndolo en todas las formas posibles" [90]. Viene bien al caso, igualmente, otro extracto de las actas del club de Crest: "Vernet, capataz en la fábrica del ciudadano Daly, dijo que venía a ofrecer a los niños un medio para escapar a los juegos ociosos y dañinos que practican. Ofreció recibir en el negocio que dirige a niños de diez a doce años, para enseñarles a cardar lana y el oficio de te-

jedor, pagándoles desde el principio, sin necesidad de que se costearan el aprendizaje. El club aplaudió tan generoso y patriótico ofrecimiento e invitó a los padres de familia a que lo utilizaran en beneficio de sus hijos" [91].

La actitud de los clubes en disputas industriales obedece casi siempre a los intereses de la clase empleadora. El club de Aiguesmortes al aceptar la ley que establecía los precios máximos, aprovechó la oportunidad para insistir en la observación de jornales máximos para los trabajadores [92]. El club de Tolosa, en una disputa entre el propietario de una fábrica y mujeres trabajadoras, se puso abiertamente a favor de aquél y acusó a las obreras de negligencia e irresponsabilidad [93]. Igual grado de exactitud guardaron los clubes respecto de sus empleados. El ciudadano Glavet, portero del club de El Havre, pidió aumento "por tercera vez". Los archivos anotan lacónicamente: "Se decidió que Glevet dejara de ser portero de la sociedad" [94]. Los trabajadores que constituían las galerías del nuevo club de Vire —galerías, se entiende, para el "pueblo"— amenazaron con parar el trabajo, a menos que se les concediera una ración extra de pan. El club decidió que si los trabajadores "se rehusan a trabajar mañana serán denunciados ante la justicia" [95]. Los obreros cedieron; pero los descamisados de Vire parecieron conquistar aparentemente un arma legal tan útil como el mandato sindical norteamericano. El ciudadano Ithier de Vienne, propietario ausente de una hilandería en Romans, escribió al club de dicha ciudad para quejarse de la ociosidad de la juventud local y pedir que se los urgiera al trabajo... en la fábrica de Ithier [96].

Las sociedades participaban, por lo general, en favor de los patrones y en contra de los obreros, actitud bastante natural desde el momento en que aquellas, como hemos visto, aun en el año II, no se hallaban com-

puestas por hombres de las clases bajas. Cuando encontramos un club, como en Chablis, pidiendo nuevos salarios para los jornaleros, la razón es obvia. El club estaba compuesto por viñateros que necesitaban urgente mano de obra para la vendimia; y los jornaleros, muchos de los cuales eran pequeños propietarios, se negaban simplemente a trabajar con los salarios legales [97]. Los incidentes que apuntamos a continuación, confirman el carácter patronal de las sociedades, y arrojan no poca luz sobre el tema del alcance del jacobinismo como religión real entre las masas, en nombre de las cuales luchaban por la conquista del poder: "Azema y Verdagues, maestros albañiles, fueron interrogados acerca de por cuáles razones sus peones se negaban a trabajar en un *ci-devant* domingo, contestando que el hecho quizás obedecía a un resto de fanatismo todavía subsistente, pero esperaban que tal cosa no volvería a ocurrir [98]. La sociedad decretó que los miembros de la misma que fuesen propietarios de fábricas serían invitados a respetar la ley por la cual se disponía la prosecución del trabajo los domingos, y que, por tanto, deberían despedir a los empleados que persistieran en no trabajar en dichos días siendo excluidos de la sociedad quienes así no lo hicieren" [99].

Anotemos que los maestros albañiles pertenecían al club, pero no así los peones, los cuales parecían preferir el anticuado domingo a las nuevas *décadi*, sea porque siguiesen fieles a la auténtica fe o porque un día de descanso entre ocho, es mejor que uno entre diez.

Ahora bien, si debemos atenernos a lo apuntado, resulta claro que el jacobino anhela de ordinario una sociedad económica sustancialmente igual a la descrita por los economistas clásicos del siglo XIX. La Revolución empero hizo dos cosas perfectamente opuestas a la estructura de tal sociedad: expropió propiedades privadas sin la debida compensación y reglamentó los pre-

cios, tanto al por mayor como al detalle, como así también los salarios. La contradicción con todo, no es real, y la Revolución no hizo nada para perturbar al fundamental individualismo económico de los clubes jacobinos. La sociedad protegía la propiedad individual pero no la de aquellos *émigres* y sacerdotes que la habían perdido durante la Revolución. Estos quedaron proscriptos por completo para el jacobinismo, de modo que el estado revolucionario pudo actuar ante ellos como si se tratase de extranjeros en tiempos de guerra. El derecho a la propiedad, como los demás Derechos del Hombre, pudo aplicarse solamente al hombre bienaventurado, o sea al jacobino. No es esto sofístico ni hipócrita; obedece tan sólo al normal funcionamiento de la mente humana en materia social.

El tema de la fijación de precios requiere un poco más de atención. Con ciertas cualificaciones, no deja de ser verdad que el famoso *maximum* fue una medida de guerra para el contralor del precio de los víveres, análoga si se quiere al racionamiento, la cartilla del pan, las píldoras de sacarina y otras restricciones familiares a los norteamericanos durante los últimos conflictos mundiales. Los abastecimientos alimenticios en una ciudad sitiada o país en guerra se reducen en tal medida que permitir el libre juego de la demanda significa que los ciudadanos más pobres se vean bien pronto amenazados de hambre, por lo cual sociedades mucho menos predispuestas al reproche de socialismo que la jacobina han tomado medidas similares a las del gobierno francés de 1793. Las actas de la mayor parte de los clubes están cuajadas de pedidos de fijación de *maximum;* y el cumplimiento forzoso de los mismos por parte del comercio fue uno de los principales cometidos de aquéllos, pero casi generalmente se consideraron dichas medidas como una forma de racionamiento. El club de Fraury, por ejemplo, decretó que "ningún

tabernero podía dar de beber, en su negocio, a los ciudadanos, más de un *chopine* de vino so pena de ser declarado sospechoso [100]. El club de Montbard esbozó un plan elaborado para regular el comercio de ganado desde sus orígenes. Sólo quienes poseían campos de pastoreo adecuados podían comprar ganado, debiendo venderlo, a su vez, únicamente, a proveedores del ejército y carniceros autorizados. Esta aspiración es evidentemente la de no reglamentar por la reglamentación misma, sino la de hacerlo para prevenir la especulación y asegurar los abastecimientos militares [101]. En los clubes urbanos late a menudo una evidente irritación contra el agricultor y granjero, reflejo de la vieja hostilidad de la ciudad por el campo. Cuando el club de Dijon pidió se controlase el comercio de trigo en un lenguaje como el que va a leerse no lo hizo pensando, por supuesto, en términos tan generales como su fraseología implica: "El trigo es el alimento del pueblo y debe hallarse a disposición del mismo, así como a la del gobierno... El agricultor es dueño del trigo que cultiva sólo para recibir en recompensa el precio fijado por los valores del mercado" [102]. Inclusive aquí cierto miramiento por los símbolos de la propiedad subsiste tras el deseo de requisarle la cosecha al agricultor. Algunos clubes se arrepintieron inclusive del uso del *maximum* para fomentar el igualitarismo económico. La sociedad de Chablis decretó, el 24 de germinal del año II, que todo el trigo sería llevado a un depósito común, cocido en el horno y distribuido con equidad. Dos días después abolió el decreto considerándolo excesivamente radical [103]. Otros clubes rehusaron inquietarse por la presión de los precios topes. En respuesta a una carta de la sociedad de La Ciotat, sugiriendo severas medidas contra los "depreciadores" de *assignats* y monopolistas de toda clase, el club de Moulins decidió: "La sociedad, al aprobar el patriótico celo de sus hermanos de La

Ciotat considerando, por una parte, que no hay ya más forma de depreciar los *assignats*, en esta región, desde que ya no existen en ella más oro ni plata, y por la otra, que todos los buenos ciudadanos se hallan alertas ante infracciones de la bienhechora ley del *maximum*, pasa a considerar el orden del día [104].

Sin duda, muchos de los clubes aceptaron el precio tope como una medida para defender al pobre del rico, como un paso hacia una más completa Igualdad [105]. Pero debe considerarse que los jacobinos dirigían una revolución y llevaban adelante una guerra y que el apoyo del común, del pobre, era absolutamente esencial para ellos. Tal hecho está muy lejos de probar, sin embargo, que fuesen socialistas. Aquí, como en otras partes, cada vez que los clubes jacobinos escarnecen a "les riches" se refieren, de ordinario, a "les riches corrompus", o sea a los ricos que no eran jacobinos. El *maximum* prometía no sólo resolver el problema del alimento del pobre, sino también frustrar las maniobras fraudulentas de los agiotistas antirrevolucionarios. Ratificamos que el jacobino no fue un colectivista económico en el sentido marxista, sino lo que podríamos llamar un colectivista temperamental. El precio tope le pareció un medio de fortalecer la voluntad general, de ayudar a separar al elegido del réprobo. "Informes sobre infracciones a la lista de precios; se ha decidido redactar una lista de malos ciudadanos" [106]. Esta forma mental será familiar también a aquellos que recuerden la última gran guerra; no se trata, en sentido alguno, de una formación de tipo socialista. Además, el precio tope, hablando con propiedad administrativa, pareció garantizar la provisión de víveres, y en muchas ciudades no solamente el pobre sino también el pueblo medio y los ricos se vieron amenazados por la carencia absoluta de comestibles. Los jacobinos, por último, tal como hemos visto, y aunque se tratase de gente próspera, no pertenecían comúnmente a las clases domi-

nantes, anteriores a 1789 y, por tanto, tampoco a la comunidad media del estrato económico superior, especialmente en lo que respecta a la riqueza de la tierra. El lenguaje de los jacobinos es, ocasionalmente, el de revolucionarios sociales debido a la hostilidad que existía contra los antiguos nobles, los hacendados y banqueros. El *maximum* impedía a los miembros de la antigua nobleza contra los cuales no podían inventarse acusaciones, usar su riqueza o su posición para acaparar grandes existencias de alimentos. Una vez aplicado, por supuesto, se convirtió en parte del sistema jacobino. Después de Termidor fue defendido aun como un artículo de fe por los patéticos sobrevivientes de los clubes, pero ni aún entonces lo hicieron con devoción socialista.

Es evidente que los jacobinos no pertenecían a la casta de revolucionarios tipo Espartaco, John Ball o simplemente Karl Marx. Con todo, no se deberá tener la impresión de que el jacobinismo fuese un movimiento puramente político o religioso y que los jacobinos perteneciesen a la misma clase de sus oponentes, en el sentido social y económico, tal como por ejemplo podría afirmarse de los integrantes de los bandos adversarios en la Guerra de las Dos Rosas. Para un noble de la antigua escuela, los jacobinos eran innovadores despreciables, gente inferior que aspiraba a monopolizar la riqueza y posición social de quienes eran sus legítimos merecedores. Y para nosotros, que merced a los propósitos de las ciencias sociales, deberá presumirse no nos alcancen las diferencias de clases, los jacobinos parecen haber sostenido objetivos económicos que los colocan del lado de los más débiles.

Si el jacobinismo, a despecho del *maximum* y la confiscación de la propiedad enemiga, se halla tan completamente a favor de la propiedad privada y los principios del *laissez-faire,* tendremos que reconocer que lo hace por algo más que aplicar un toque de igualitarismo eco-

nómico. Ya en 1790, una sociedad de la Auvernia, al atacar el decreto de la Asamblea sobre los derechos feudales, cita en su favor a Rousseau: "Hay que alejarse cuanto sea posible de los extremos; no permitir ni la opulencia ni el harapo" [107]. Tal principio se traduce en cierta predilección por la pequeña propiedad. Los clubes se hallaban casi generalmente en favor de una sociedad agraria de pequeños propietarios. Tal era, por supuesto, la opinión de las sociedades rurales. Una de ellas se dirigió a la Convención en favor de las pequeñas granjas: "Hay agricultores que explotan granjas capaces de sostener a cuatro personas; además, granjeros con demasiadas tareas olvidan, a menudo, criar ganado en proporción de sus cosechas lo cual priva a la república de una parte esencial de su sustento" [108]. La petición continúa extendiéndose a modo de una circunstanciada defensa del pequeño agricultor, e insistiendo tanto en la idoneidad como en el derecho a la vida de éste. "Siguió una carta de la sociedad de Gonneville, en la cual se transcribe un decreto dictado por la misma sugiriendo que cada padre de familia debería poseer una *arpent* de tierra" [109]. Los clubes se hallaban ansiosos de ver las tierras confiscadas a los *émigrés* (las mejores de la iglesia habían sido ya vendidas) en manos de pequeños propietarios. El club de Ligny-sur-Serain, en el tardío setiembre de 1794, pidió a la Convención "que en lo futuro la propiedad nacional proveniente de los *émigrés* fuese dividida en pequeños lotes, de modo que el rico y el poderoso no fuesen los únicos que pudieran adquirirlas" [110]. En verdad se hizo realmente muy poco en favor del meritorio campesino sin tierras, y si la Revolución remató en una gran distribución de tierras no fue tanto como estímulo de gobierno a los pequeños adquirentes en las primeras ofertas, sino como fruto de sucesivas reventas.

Menos evidencias hay acerca de la defensa jacobina del pequeño comercio. El historiador del club de Dijon

escribe: "Los zapateros ricos que quizás no vacilan en violar los precios topes, obtienen al por mayor, los mejores cueros para el calzado". La sociedad, "observando en este hecho una infame coalición de curtidores y ricos mayoristas", asume la defensa del pequeño zapatero. Ante una queja del club, el concejo municipal ordena a los curtidores vender a los zapateros, sin distinción de categorías, y en pequeños lotes, los cueros que tengan ya curtidos" [111].

En términos generales, encontramos en los archivos de los clubes en los años 1793 y 1794, mucha condenación del rico y alabanza del pobre. En el mismo 1792, Simond, en Estrasburgo, "hizo moción para que en las elecciones de la ciudad vecina no pudiesen ser elegidos ni los ricos ni la gente ilustrada, sino los ciudadanos más pobres, los cuales, sin duda, sabrán cumplir adecuadamente tales funciones" [112]. Anteriormente, el club de Nantes había pedido al gobierno municipal que sólo los ricos alojaran a los soldados en sus casas [113]. Al advenir el Terror, se alzó todo un coro de condenaciones del rico.

No obstante, y tal como sucedió con el *maximum*, debemos admitir aquí tantas cualificaciones y alternativas, que la rudeza de esta hostilidad hacia el rico queda casi completamente amortecida. El club de Montbard prevé, en sus nuevos reglamentos de 1794, que "no se admitirán en la sociedad ciudadanos que posean una renta anual de más de 3.000 libras a menos que hayan dado pruebas constantemente, desde 1789, de puro *civisme*, ardiente amor por la libertad y la igualdad, una vida a prueba de cualquier ataque, adhesión a la Constitución democrática de 1793, y *siempre* que haya dado muestras de aversión por cargos y empleos lucrativos" [114] Estas providencias se refieren a los jacobinos ricos, pero la municipalidad, juzgándolas demasiado revolucionarias, requirió del club las omitiese completamente, a lo cual se accedió con bastante mansedumbre. Mucho de la cacareada

tada hostilidad hacia el ciudadano próspero no es sino también una fórmula del odio urbano por una campaña resueltamente decidida a vender sus productos al *maximum* legal. Brichet, en París, sugirió como principio rector para los ejércitos revolucionarios "la riqueza de los labradores. El ejército, al llegar a una aldea, debe preguntar: "¿El labrador es rico?". Si la respuesta es afirmativa podrá guillotinársele: se trata, sin duda, de un *accapareur*" [115].

Aun cuando el rico —el rico no jacobino— fuese obligado a pagar toda suerte de tributos irregulares, hubo muy pocos que se llevaron su propiedad completa. El famoso plan de Robespierre y Saint-Just para llevar adelante una distribución de las tierras de los sospechosos, se limitó a las posesiones de los antijacobinos [116]. Y Robespierre y Saint-Just fueron mucho más radicales en varios aspectos que el jacobino medio. Maure, en misión en el Yonne, dijo al club de Chablis,, "que las más grandes posesiones no representarían nada sin el brazo del pueblo y que vendría un tiempo en que cada individuo poseyese cierta cantidad de tierras y pudiera vivir confortablemente con la labor de sus manos; *pero en tanto esperamos esa época feliz, el pobre deberá respetar la heredad del rico"* [117]. Las palabras de Hébert: "El pueblo que hizo la Revolución debe disfrutar de los beneficios de la misma" [118] no podrían honestamente haber sido pronunciadas por muchos jacobinos del año II.

Queda por cumplir la tarea, si queremos determinar el programa económico de los jacobinos, de decidir en qué sentido frases favoritas como "lucha de clases" y "conciencia de clases" pueden ser aplicadas a actividades revolucionarias en este campo. Pero los jacobinos no pueden ser descritos, en ningún sentido, como un proletariado con conciencia de clase. No eran, por supuesto, nobles, ni tampoco una facción de la clase alta. Eran gente de clase media. Nuestra actual tarea será deter-

minar si al decir "clase media" hemos dicho algo de importancia, algo que ayude a definir el jacobinismo.

No hay duda que los "clubistes" pertenecían a la clase media, si juzgamos a través de sus orígenes sociales e ingresos. Por sus palabras y hechos comprobamos que tenían conciencia no sólo de formar una fraternidad o un grupo aparte sino también de pertenecer a un grupo mayor, distinto de los nobles, por un lado, y del "peuple", por el otro. La conciencia de clase en contraste con la nobleza decae antes de la revolución y es un lugar común demasiado arraigado a través de los documentos jacobinos como para que insistamos en el mismo [119]. La conciencia de clase, enfrentada con el pueblo, es casi igualmente obvia si se lee entre líneas, aunque sin asumir formas hostiles. La universal separación entre el club y el "peuple des tribunes" es índice de la separación existente entre aquél y el pueblo. Muchos clubes en el año II trataron de abolir tal diferencia y facilitaron el ingreso "des vrais sans-culottes". Hay empero pocas constancias de que los trabajadores aceptasen en gran número la invitación [120]. En la mayor parte de los clubes subsistió la distinción, la cual no se establece tan sólo entre miembros y no miembros del club, sino entre elementos prósperos y cultivados de la clase media y un proletariado desprovisto de educación, y casi, también, de conciencia de clase [121]. Aun cuando los trabajadores ingresaran en los clubes no se debe olvidar que debieron aceptar respetar la alianza entre los jacobinos de clase media y el pueblo. El miembro de un club quejóse de que un colega había "perorado en forma indecente llegando a afirmar que todos ellos deberían cortar las cabezas de los *ci-devant bourgeois* y los patrones de tiendas". El aludido pidió disculpas, afirmando que se hallaba ebrio, lo cual no lo dispensó, con todo, de ser expulsado [122]. En Bénévent, el mayor de los Sarazine fue elegido presidente, al tiempo que una voz clamaba: "Quienes se llaman

bourgeois son bellacos; no los queremos como presidentes". Pero el burgués quedó en el cargo y el autor de la interrupción fue reprendido [123]. En muchos clubes los trabajadores fueron admitidos tan sólo durante un breve período y en la época culminante del Terror, a pedido, en general, de los diputados en misión o de extremistas viajeros como Philip, por ejemplo, en Nancy. Informa éste, en otoño de 1793, que el club de la ciudad está compuesto de "abogados, comerciantes ricos y sacerdotes que no se ocupan de los intereses del pueblo, al cual denominan la «canaille»" [124]. Philip remedió el asunto, aunque muchos ricos prosiguieron en su club, y muchas ciudades nunca tuvieron un Philip. En algunos puntos se organizaron grupos más extremistas y, presumiblemente, más proletarios se organizaron al margen del club jacobino y funcionaron como *sociétés populaires* durante brevísimos períodos, en 1794 [125].

El término "clase media" no guarda ni siquiera en el vocabulario de las ciencias sociales una precisión científica absoluta, aunque, en lo que toca a lo que una persona de clase media desea que sea la economía, ofrece un principio de consistencia que nos permitirá hacer uso del mismo. Ahora bien, habiendo hecho hincapié, como lo hicimos, sobre el respeto de los jacobinos por la propiedad privada, la principal adhesión de éstos al orden económico de la competencia —el pequeño agricultor, el pequeño artesano, la libertad de mercados, la supresión de los gremios, la aversión al comunismo y a la "loi agraire"— no es menos cierto que el jacobino pretendía, y a veces las puso en ejecución, medidas económicas no asociadas comúnmente con el término "clase media". Confiscaba propiedades sin la compensación debida, reglamentaba por ley los precios y la producción, aprobaba una distribución equitativa de la propiedad inmueble y ambicionaba una nivelación general de la riqueza no compatible del todo con la carrera abierta al talento.

Además, califiquemos como queramos el grado hasta el cual los clubes en el año II se expresaban y actuaban como auténticos revolucionarios sociales, como gentes hasta entonces sumergidas, determinadas a cobrarse su postergación, como pobres alzados contra el rico, no podemos honestamente negar que los archivos de muchos de los clubes no ofrecieren testimonio de dicho tipo de expresiones *y menos, a menudo, de dicho tipo de actos*. El club de Castres no perdonaba el delito de la riqueza ni aun a sus mejores adherentes. Votó por que no se "aceptara que un individuo poseyese una fortuna monstruosa, a menos que se le conociera como puro y ardiente patriota y hubiese tratado, por todos los medios en su poder, que desapareciera la desigualdad"[126]. Universalmente, se condenó a los Cresos. El club de Beauvais aceptó la siguiente proposición: "Tratemos de estar todos lo mejor posible, pero no podrá haber más millonarios"[127]. El club de Loches, en los primeros tiempos revolucionarios, pidió al departamento que se vigilasen los funerales "por cuanto diariamente se presenta ante nosotros el repugnante contraste entre el simple entierro del pobre y las pomposas exequias del rico"[128]. Tal sentimiento va todavía más lejos. Se denuncia la *aristocratie marchande*[129]. El comisionado Jullien aconsejó a un club que mantuviese "la más activa vigilancia sobre todos los mercaderes, gente rica que ha sustituido al aristócrata y al noble"[130]. En París, en junio de 1793, un orador urgió la vigencia del *maximum* "para refrenar la voracidad de los comerciantes, esos verdaderos aristócratas"[131].

He aquí, por tanto, una paradoja. Los jacobinos, miembros comunes de la clase media, se comportaban, con todo, en lo que respecta a la economía, en una forma no exactamente igual a la seguida por los legítimos integrantes de dicha clase en lo que respecta a la economía en los dos últimos siglos. No necesitamos anticiparnos a conclusiones que prometan atraernos todavía una com-

plicación mayor. Pero la solución simple de la paradoja es presumir que los jacobinos, aunque pertenecientes a la clase media, eran también algo más que eso, tenían otros intereses aparte de los económicos y tales intereses modificaban a estos últimos. Encontraremos sin duda que estos otros intereses coinciden o difieren de los que hemos asociado al concepto de clase media, ya que el giro es bastante variable y el patrimonio moral de la clase media es aún más real y difícil de definir que los puntos de vista económicos de la misma clase. El jacobinismo parecerá ser entonces mucho más que un movimiento de clases, y el Terror, mucho más que un aspecto de la lucha de clases.

V

Los jacobinos eran puritanos en moral. Los críticos extranjeros de Francia así como los mismos franceses se hallan tan persuadidos de que el francés, en todo tiempo y lugar, se comporta en un sentido completamente rabelesiano, que esta simple verdad podría parecer, a primera vista, algo sorprendente. Pero sólo si el puritanismo debe ser definido mucho más rigurosamente de lo que ninguno ha conseguido hacerlo hasta el momento, la aseveración anterior podrá parecer algo azarosa. De nuevo deberemos recurrir a los propios archivos de los jacobinos y averiguar cómo éstos anhelaban —y todavía más, otros— comportarse en un mundo jacobino.

Los jacobinos se mostraron habitualmente rígidos ante la mayor parte de los vicios normales. Habría sido demasiado esperar un movimiento en contra de la ingestión de bebidas alcohólicas en el siglo XVIII cuando ni siquiera en los Estados Unidos la moralización había conquistado tal adelanto. Pero los jacobinos sostenían que la ebriedad debía ser considerada un pecado. La mayor parte de los clubes votó previsiones en favor de

la expulsión de los beodos. El club de Treignac dispuso generalmente sancionar la ebriedad pero tan sólo en el caso de "que un miembro apareciese seis veces en el recinto en estado de embriaguez, y fuese juzgado tal, por la propia sociedad" [132]. Cognac fue mucho más estricta y declaró que un hombre bebido, careciendo de moralidad, no podrá ser admitido y que cualquiera que contraviniese esta regla sería excluído de la sociedad para siempre" [133]. Acaso el hecho se inspirase en Cognac, en meras razones de prudencia comercial. Hubo otra forma familiar de hostilidad contra el alcohol que se manifestó, en ocasiones, inesperadamente. El vino y la cerveza debían permitirse, pero no en cantidades exageradas. El club de Lila se hallaba horrorizado por las condiciones reinantes en Dunquerque, ciudad que se hallaba "absolutamente embebida en aguardiente y ginebra" [134].

El juego por dinero fue apenas aprobado, inclusive por los primitivos clubes cuyos salones se reservaban, a veces, a tales predilecciones. El club de Perpiñán, por ejemplo, prohibió apuestas de más de un sueldo por vuelta, en la lotería [135].

El de Tolosa, en noviembre de 1790, declaró guerra abierta al juego, editó un folleto contra el mismo y pidió a la municipalidad que multara a todas las personas que se encontrasen apostando dinero en los lugares públicos [136]. La agitación contra el juego fue creciendo a medida que la república jacobina se transformaba en república de virtud. Thonon censuró el mal de la lotería, incluída la del gobierno, y sugirió su abolición [137]. De acuerdo al curso de lo que es, acaso, el inevitable camino de las reformas, otro club, después de condenar el vicio del juego, pidió "eficaces medidas contra quienes lo alientan *jugando en sus hogares*" [138]. Otro, explicó todavía detenidamente por qué el juego no podía continuar practicándose en una verdadera re-

pública: "Siempre apremiado por la ambición, el jugador es acosado por el deseo del dinero, lo que lo hace brutal, insaciable e inclusive vicioso. En el deseo de extirpar esta perversión moral, la sociedad invita a todos los ciudadanos a entretenerse tan sólo con juegos sociales, inspirados en propósitos puramente recreativos, y anhelando dar el ejemplo decreta que todo miembro convicto de haber perdido en una velada más de 5 libras será expulsado de su seno" [139]. El fanático, elemento siempre útil para calibrar la medida del movimiento que conduce al exceso, tiene su voz y voto, igualmente. En Limoges, el club discutía la sustitución de naipes con reyes, reinas y sotas (*valets*) de la antigua iconografía, por barajas republicanas. Un miembro se interpuso entonces aduciendo que los naipes causan más daño que bien, y pidió, por tanto, que el club recomendase su completa extirpación. El club pasó al orden del día [140].

Al igual que la ebriedad y el juego, la prostitución hería también a los clubes. El de Lorient escuchó apaciblemente, en 1791, una moción para "relegar las *filles publiques* a la parte más desagradable del recinto" [141]. Dos años más tarde, el club de Toul pedía a la municipalidad el encarcelamiento de "mujeres de vida perversa, previniendo las consecuencias de una promiscuidad peligrosa" [142]. En Besançon, el club nombró una comisión para que investigara la posibilidad de disminuir el número de las prostitutas" [143]. El club de Blois invitó a la municipalidad "de surveillé très escrupuleusement les femes du monde" [144]. En Tolosa, el club envió comisionados a la municipalidad para pedir se reglamentase la prostitución [145]. Todo esto no estuvo inspirado tan sólo en la desconfianza política acerca de las prostitutas que eran notoriamente realistas. El club de El Havre trató de abolir en la mayor medida posible, la fornicación, y pidió que se eliminasen cier-

tas construcciones temporarias de madera "pouvant servir de retraite au libertinage" [146]. El de Gray contaba con una documentación digna de una moderna cruzada contra el vicio. Prohibió los bailes, aun en el curso de una *noce* (18 frimario del año II). Consiguió hacer cerrar cafés y billares y solicitó de la municipalidad se expulsase de sus viviendas a algunas mujeres de vida airada. La verdad es que el motivo ostensible de todo este patriótico repudio de la disipación era la crisis suscitada por el estado de guerra, ¿pero existía algún otro medio más efectivo y menos dramático de efectuar economías? [147].

Todo esto, sin embargo, puede ser desechado como mera prueba de que los jacobinos sostuvieron una enérgica actitud de clase media respecto del vicio y la necesidad de suprimirlo. Pero los jacobinos fueron más lejos, y mostraron inequívocas señales autónomas de moralidad censora, y aun, de mojigatería. El club de Provins escuchó con aprobación una oda a "La Pudeur":

"Les bonnes moeurs des Républiques
Sont le soutien, font le bonheur.
Parmi nos vertus domestiques,
O Français, comptons la Pudeur.

"Que dans le sein de nos ménages
Soit un autel en son honneur.
Tous les sexes et tous les âges
Doivent un culte à la Pudeur" [148].

Un club designó una comisión de seis miembros "para examinar los espectáculos teatrales de modo que no ofendan la pureza moral de los verdaderos republicanos" [149]. Sólo el reino de virtud, en la primavera de 1794, alcanzó tal intensidad puritana. Collot d'Herbois, en París, recordaría al club los excesos de los hébertistas y de "aquellas mortales y complacientes diosas de

la Razón que, detrás de un vestido de gasa, aparecían con colorete y manchones en las tablas de casi todos los teatros", evocación que debe haber exaltado, sin duda, el sentido virtuoso de sus oyentes [150].

Hay con todo signos de una curiosa especie de reacción puritana contra el sensualismo de la civilización católica. En Thonon, "un miembro protestó contra la indecencia de una pintura de la Virgen amamantando al niño Jesús, con la inscripción: *Meliora sunt ubera tua vino*" [151]. En otro club, "un miembro explicó que bastaría advertir a las ciudadanas de este municipio que no llevaran cruces de oro o plata prendidas de sus cuellos ni ninguna clase de collares, así como pendientes y otras alhajas hijas del orgullo, probando que no necesitan de ningún adorno fuera del de sus virtudes" [152]. Manuel, en 1792, en París, pronunció un curioso discurso ante los *fédérés* reunidos, precaviéndolos contra los peligros de la ciudad, incitándolos a imitar a los americanos en su lucha por la libertad y a que se abstuvieran de *filles*, incluyendo el siguiente sentimiento amatorio que, sin dejar de pertenecer al siglo XVIII, es también puritano: "Si yo fuese un *fédéré*, emplearía mi tiempo en el servicio del pobre, ya que un vaso de agua ofrecido por la Libertad supera al mejor vino brindado por manos esclavas" [153].

No hay duda que lo que los jacobinos entendían por libertad era una vasta colección de clichés dieciochescos, en los cuales asomaban con calificada parte, la sentimentalidad y el humanitarismo. Esto es especialmente verdadero respecto del gran período del Terror durante la breve apoteosis de Robespierre. Una vez que éste y los jacobinos parisienses, pusieron la virtud y el Ser Supremo a la orden del día, el aparato jacobino permitió extender el movimiento a través de toda Francia. Empero, la señalada fase de jacobinismo no obedeció a ningún desarrollo antinatural, y merece los honores de

una síntesis. Existen abundantes huellas, en los prime-
ros tiempos de las sociedades, de la existencia de Rous-
seau, Shaftesbury y otros sentimentalistas. El club de
Troyes al solicitar su afiliación a la sociedad de París,
escribe: "No encontraréis en nosotros, ciudadanos dig-
nos de encomio por su erudición. No somos hombres de
letras, ni sabios, ni nobles; nuestro mérito reside en
la simplicidad, en la pureza de nuestra moral, y en
nuestro ardiente amor por la nueva constitución"[154].
La república debía ser, por supuesto, una república de
virtud. "Te consagramos, sagrado recinto, a los princi-
pios del puro Republicanismo, o sea, a ese Republica-
nismo que no puede existir sin virtud" [155]. Las damas
de la ciudad de Tours se presentaron ante el club con
un estandarte donde se leía: "Debemos tener una ética
que nos enaltezca" [156]. Coutances decretó que "todas
las virtudes estarán siempre a la orden del día" [157].

Si tratamos de descubrir cuáles eran específica-
mente dichas virtudes encontraremos que se trataba de
las tradicionales virtudes cristianas, especialmente en
su faz protestante: honradez, modestia, diligencia, tem-
planza, etc. "El jugador, el alcoholista, el mal padre no
pueden ser republicanos", decía el buen Philip a su
club de Nancy [158]. En ocasiones, aparecen huellas de lo
heroico y de la virtud romana. "Se ha puesto en el es-
critorio una carta anónima. De acuerdo con sus regla-
mentos la sociedad incinera la carta sin leerla" [159]. En
Limoges, un miembro persuadió al club para que con-
sagrase el lugar de reuniones como Templo de la Ver-
dad; todo miembro convicto de una mentira debía ser
club de Nancy [158]. En ocasiones, aparecen huellas de lo
antigua religión. Las actas del club de Ars-en-Ré piden
a los franceses "oublier tous les préjugés, en y suppléant
la Ste. Morale" [161]. La abreviatura y las letras mayús-
culas nos recuerdan que la costumbre supera aun a la
gran Enciclopedia. En Lons-le-Saunier, "un sacerdote

formuló una moción interesante destinada a probar, de
acuerdo a su sistema, que la Revolución se hallaba
ya prefijada enteramente por los evangelios" [162].

La tarea de desentrañar los elementos filosóficos
en los objetivos de la ética jacobina es difícil, y ade-
más, no muy útil. Porque lo que mayormente diferen-
cia la ética que, con poca exactitud llamamos puritana,
de la moral del siglo filosófico, es menos el código mo-
ral en sí, que el método de su cumplimiento forzoso.
El *philosophe* confiaba en que el individuo se encami-
nara hacia la virtud, a través de la razón; el cristiano,
y más aun, el puritano, hace cumplir el código moral
mediante la autoridad: gobierno, iglesia o acuerdos en
común. En este punto, encontramos a los jacobinos deci-
didamente del lado de la autoridad. Ni siquiera con-
fiaron en que el feligrés pudiera permanecer siendo
virtuoso sin el apoyo de ejemplos frecuentes por parte
de la comunidad. Los clubes, en sus grandes días, ejer-
cieron sobre la moral de sus miembros, sobre la propia
vida privada de los mismos, la misma especie de poder
inquisitorial que impusiera el credo de Calvino en Gi-
nebra o en Boston. Los ejemplos se multiplican ante la
curiosidad del investigador.

Extractamos de los reglamentos de admisión de un
club en 1793: "Artículo 4. Se abrirá un registro con
los nombres de los candidatos, su profesión, residencia,
conducta política desde 1789, costumbres y moral" [163].
Por dicha época también el club de Nancy, después de
seria discusión, se proveyó de un "censeur des moeurs" [164].
Los clubes se inmiscuían libremente en los asuntos
domésticos de los miembros de la sociedad como de los
ajenos a ella. "Un miembro expresa su indignación ante
la conducta del ciudadano Pergoz que azota a su esposa
y pide se le censure públicamente, lo cual se hace". Per-
goz no era miembro de la sociedad [165]. El club de Bou-
logne rechazó a un candidato que llevaba el satisfactorio

nombre de Décadi porque, como según dijo un miembro, "no queremos a hombres que solamente amen la Revolución. Todos los miembros de nuestra sociedad deben observar excelente conducta. Décadi no ha tratado decentemente a su esposa abandonándola sin motivo para irse a vivir con otra mujer"[166]. El club de Montignac expulsó a un sacerdote que había ahorcado los hábitos, porque éste admitió haber aceptado dinero para decir misas que nunca se celebraron y porque sedujo a una joven y la cedió a otro hombre[167]. Otro club actuó contra un ciudadano que siendo rico y próspero no ayudaba a su sobrina. Esta resultó ser tan sólo una prima lejana pero no por eso la sociedad dejó de estar convencida de la inmoralidad del ciudadano, y lo denunció al comité revolucionario[168]. Otro convocó por la fuerza a un padre rico que se negaba a autorizar el casamiento de su hija con un pretendiente pobre pero de méritos. Las partes comparecieron ante el tribunal de la sociedad y se logró una reconciliación temporaria[169].

Un pedido de la sociedad de Auxerre a la Convención, a fines de 1793, provee un desconcertante ejemplo acerca de la medida en que un club consideraba que podía tener ingerencia en la moralidad privada de los ciudadanos. La sociedad relata circunstanciadamente cómo el ciudadano Le Comte se casó con una muchacha pobre, puso su fortuna de doscientas mil libras a nombre de ella, y luego se suicidó al comprobar que le era infiel. La viuda no dejó por eso de heredar la fortuna. La sociedad recurrió a una ley retroactiva para impedir tal injusticia. "Ustedes advertirán, señores legisladores, en la conducta de esta mujer una inmoralidad que atenta contra la virtud que es base del gobierno republicano. La historia de su desdén, indiferencia, aversión, en contraste con el cuidado, estima y desesperación final de su esposo sublevan el alma de todo republicano verdadero y el primer clamor de la Sociedad, animada permanentemente por el principio de que el que no ama a sus camaradas es un insensato... de que quien los odia es un monstruo, será el de solicitar de la Convención una ley represiva que impida en lo sucesivo tales cosas"[170].

No es para maravillarse por tanto que el ciudadano Dubois, de Bénévent, consultara al club antes de casarse con una joven cuyos parientes no eran buenos jacobinos[171].

Prohibición, o, por lo menos, reglamentación para impedir todo exceso de vicios comunes como la bebida, el juego y la prostitución, recelo de la riqueza, suma insistencia en la pureza y la virtud, aceptación de la moral tradicional cristiana y, por último un sistema perfeccionado de ingerencia del grupo en las vidas privadas, no injustamente descrito, a veces, como rígida e inquisitorial, todas estas características de la moral jacobina son compartidas por lo que hoy se presenta como puritanismo. El verdadero puritanismo, el puritanismo ideal, el puritanismo del tiempo de Milton, puede ser muy diverso de éste. Pero tales definiciones parecen sujetarse a una especie de ley de Gresham, por la cual el significado peor desaloja de la circulación al mejor. No podemos, por lo demás, sino aceptar la palabra por su valor nominal, por mucho que tengamos que lamentar que no suene con su timbre estrictamente auténtico, a través del temple que le administran los Lewis o los Menckens. No sólo Robespierre sino los jacobinos, en general, deben ser considerados puritanos en lo que respecta a la moral.

VI

Para recapitular, podemos decir que nuestro mítico jacobino "medio" aceptaría la siguiente definición aproximada de sus objetivos: una nación-estado independiente con forma republicana de gobierno, sufragio universal

masculino, separación de iglesia y estado, derechos civiles iguales para todos y abolición de las distinciones y privilegios sociales hereditarios; una sociedad industrial y agrícola regida por el principio de la libre concurrencia, con respeto por la propiedad privada pero sin grandes fortunas y sin pobreza, en suma una sociedad virtuosa consagrada al trabajo, sin lujos ni vicios, donde el individuo se amolda libremente a las normas de decencia de la clase media.

CAPÍTULO VI

RITUAL

I

Poco hay en los objetivos, o en la combinación de objetivos señalada en el capítulo anterior como programa jacobino, que sea específicamente jacobino. Lo más que podría afirmarse es que el ardor con el cual los revolucionarios odiaban a los sacerdotes y la devoción con la que practicaban la moral cristiana, se combinan con bastante claridad. En lo que respecta a lo demás, diremos que los jacobinos querían hacer de su mundo algo parecido a lo que gente similar de la clase media, en Europa y los Estados Unidos, anhela hacer del suyo. Los objetivos prácticos jacobinos en la vida social, política y económica, difícilmente sobrepasaron lo que el siglo XIX habría de lograr y el siglo XX denominar victoriano; poco había en dicho programa que hubiera podido escandalizar al Segundo Imperio.

Pero si nuestros revolucionarios eran socialmente demasiados diversos entre sí para sentirse unidos por el sentimiento de clase y si su programa auténtico fue demasiado parecido al de los hombres comunes de su tiempo, como para cobrar relieve autónomo, el jacobinismo ha de haber abrazado alguna otra cosa común o cosas comunes, que lo distinguiera ante los franceses de la época; en caso contrario no habrá sido sino una mera

palabra. Ahora bien, los hombres que hacen cosas en común, forman, de ordinario, un grupo auténtico, una corporación, aun cuando en su calidad de individuos sean completamente diferentes y sus objetivos no diversos de los de muchos otros. Las tácticas jacobinas, las técnicas y la acción política, contribuyeron indudablemente a mantener unidos a los clubes. Pero éstos no siempre contaron con oportunidades suficientes para la acción, de modo que, en el mejor de los casos, la acción del grupo debió ser dramatizada y extendida mediante artificios ritualísticos, a miembros demasiado tímidos o desganados para tomar parte en la acción directa. Un estudio de los ritos jacobinos puede permitirnos finalmente ver cumplido nuestro anhelo de definir el jacobinismo, de mostrar cómo un verdadero jacobino no puede ser igual a los demás franceses de su tiempo.

II

El ritual es una forma común de la actividad humana que es siempre asequible a todos y no se limita al campo de lo religioso. Difícilmente un grupo —familia, escuela, club, nación— deja de observar alguno, el cual, a veces, se ciñe tan sólo a palabras pero de ordinario encarna en objetos simbólicos, música u otra forma de arte. La Revolución Francesa fue especialmente rica en artificios ritualísticos, y resultaría difícil determinar con certeza si los tales fueron exclusivos de los clubes jacobinos, si se originaron en dichos clubes, o si contribuyeron a dar a los miembros de éstos conciencia de su vivir colectivo. Aquí, de nuevo, la mejor manera de informarse consiste en consultar los documentos de los clubes para saber qué pasaba en las reuniones jacobinas. Pero antes quizás convenga esbozar los principales cultos revolucionarios, los cuales se desarrollaron considerablemente, con el patrocinio jacobino, sin que fuesen con todo, patrimonio exclusivo de los clubes.

El primero de dichos cultos[1] en orden de tiempo e importancia, puede ser simplemente definido como el de *la patrie*. Al caer la Bastilla encontró un primer símbolo en la escarapela tricolor. Fue entonces que *autels de la patrie*, simples bloques de piedra ostentando la inscripción de aforismos morales de la Ilustración, fueron erigidos en las plazas de las aldeas o frente a los ayuntamientos. Arboles de la libertad —y en esto los revolucionarios adoptaron la inmemorial costumbre del mayo— fueron plantados por las municipalidades y las sociedades patrióticas. A medida que avanzaba la Revolución, se introdujeron símbolos partidarios como la Montaña, símbolos de obligaciones como el *oeil de surveillance* y símbolos tomados directamente del cristianismo, como la trinidad de los mártires, Marat, Lepelletier y Chalier. El pueblo fue reunido para realizar ceremonias en torno de estos símbolos. Las "federaciones" del 14 de julio de 1790, en París y las provincias, fueron probablemente el más sincero e intenso de dichos fenómenos de emoción colectiva. Pero había también fraternales ágapes al aire libre, donde los jóvenes reunidos sin distinción de rango o de riqueza servían platos simples. Comenzaron a aparecer imitaciones más concretas de prácticas cristianas. Hubo matrimonios, bautismos y entierros cívicos. Fueron escritos cantos revolucionarios que después se transformaron en himnos. La Declaración de los Derechos del Hombre asumió la autoridad de una Escritura.

Este culto general de *la patrie* dio origen a otros especiales, de igual tenor que los cultos heredados pero que debían distinguirse de éstos por alguna cualidad dramática, algo personal o un credo patriótico. El culto de la Razón que culminó en la ceremonia de Notre Dame, uno de los lugares comunes más pintorescos de

la Revolución, es enteramente original y se define por sí propio. Lo mismo, el del Ser Supremo, en honor del cual Robespierre encabezó la famosa procesión del 20 de pradial. Después del Terror, el culto de *la patrie* fue continuado, en parte, en lo que vino a ser conocido como el *culte décadaire*, de acuerdo al calendario. Algunos retazos todavía del pensamiento del siglo XVIII sirvieron de ingrediente a la "teofilantropía", asociada con el nombre de La Révellière-Lépeaux.

Los Amigos de la Constitución adoptaron pronto un ritual afín para sus reuniones ordinarias. Sus orígenes masónicos pueden explicar en parte su amor por el ritual y el temprano uso del mismo, pero difícilmente habrán de ilustrar todas las formas que asumirá el ritual jacobino. A medida que transcurra el tiempo, las sesiones de los clubes se harán cada vez más ritualísticas hasta que durante el Terror se parezcan más a servicios religiosos que a reuniones de club o procedimientos parlamentarios.

Un catálogo completo de todas las actividades jacobinas a las cuales no se les podría adjudicar con justicia la palabra "ritual" ocuparía varios volúmenes. Debemos limitarnos a ofrecer ejemplos, en primer lugar, de los verdaderos ornamentos de los lugares o recintos donde se celebraban las reuniones de los jacobinos; luego, de los elementos ritualistas que asomaban en sus procedimientos, y, finalmente, de las variadas festividades y agasajos de la nueva religión, patrocinada por los clubes.

Un panteón apropiado de bustos no faltó ni siquiera en el más modesto de los salones jacobinos. Al principio, los grandes pensadores del siglo y los héroes tradicionales de las antiguas y modernas luchas por la libertad constituyeron el panteón: Rousseau, Voltaire, Mably, Franklin, Solón, Bruto, Sidney y Washington [2].

Durante el Terror, bustos de la "trinidad de los

mártires", formada por Marat, Lepelletier y Chalier podían encontrarse en casi todos los clubes; y tales bustos asumían, por lo menos, para muchos jacobinos, no solamente la calidad de objetos de adorno sino la de verdaderos santos. El club de Chablis pidió al "ciudadano Thomassin colocase el busto de Marat, en lugar del *ci-devant* San Jacobo, actualmente en una hornacina en su casa" [3]. El club de Limoges paseó el busto de Marat, en procesión, por las calles, y ordenó a los negocios cerrasen sus puertas durante la ceremonia [4]. Para que los bustos se destacaran en los muros, el club de Chablis pintó banderas tricolores detrás de los mismos; y queriendo ahorrar pintura inscribió en un extremo del recinto la frase *Indivisibilité de la Republique*, y, en el otro, la leyenda *Liberté, Egalité, Fraternité ou la Mort* [5]. En setiembre de 1793 habían pintado ya la *tribune* con la insignia tricolor.

Bustos en nichos apropiados, inscripciones republicanas en los muros, bandas de pintura roja, blanca y azul constituyeron la escena general en la *salle* jacobina, inclusive cuando se trataba de una iglesia readaptada. La *tribune* y el sillón del presidente eran los centros del decorado, o sea, en cierto sentido, los altares de la nueva religión. Al principio, todas las banderas libres —francesa, inglesa, norteamericana y polaca— solían colgar detrás del sillón presidencial. Pero como sus hermanos de libertad los defraudaron, y ellos se hicieron cada vez más nacionalistas, los jacobinos abandonaron las otras insignias y se contentaron con la tricolor [6]. Cerca de la *tribune* se veía también generalmente un ejemplar enmarcado de la Declaración de los Derechos del Hombre. A medida que declinaba visiblemente la monarquía, cobró popularidad el gorro frigio. En el lejano junio de 1791, el club de Sauveterre, decidió "colocar algunos de los atributos de la libertad en el salón. Se decretó que en el lugar más prominente

del recinto se colocase el gorro griego, signo de libertad, con esta inscripción...". Sigue un extenso espacio en blanco que jamás fuera llenado por el indolente secretario que levantó el acta[7]. Doppet, al dirigirse a los jacobinos de París, en marzo de 1792, mientras hurgaba en sus bolsillos en busca de anotaciones, maquinó la pesca de un gorro de la libertad. Las aclamaciones de la multitud le obligaron a ponérselo; y tan sólo Robespierre pudo posponer su formal adopción. Durante la república, el presidente de casi todos los clubes debió llevar el gorro puesto, a pedido de los socios, como un símbolo de su autoridad[8]. El ciudadano Carréfour, de Beaufort-en-Vellée, expresó al morir su deseo de ser enterrado con el gorro de la libertad[9].

El jacobino concurría en consecuencia a un recinto colmado de recuerdos y símbolos de sus propias aspiraciones políticas con propósitos que no eran tanto los de la mera deliberación cuanto los de instruirse y elevarse. En Aix-en-Provence, todo miembro, al entrar al salón de actos, gritaba: "¡Vive la République! ¡Vive la Montagne! ¡Vivent les sans-culottes!"[10]. La reunión era abierta de ordinario por el presidente, de acuerdo con una fórmula que variaba algo, de lugar a lugar. El presidente de Thonon comenzaba con solemnidad: "Egalité, Liberté. Au nom de la République une, indivisible et démocratique. La séance est ouverte". La sociedad repetía en coro: "¡Vive la République!"[11]. En 1791 la sociedad de Monpazier comenzaba sus sesiones leyendo los Derechos del Hombre[12]; en 1793, la de Largentière decidió que "en cada sesión se leyese por lo menos un artículo de la Declaración"[13]. El club de Manneville, en Normandía, rebautizado con el nombre de Zèle-de-la-Patrie concluye una circular sobre la crianza de caballos con las frases: "¡Vive la République une et indivisible. Vive la Montagne. Vive les Sans-culottes qui l'ont preservée du naufrage!"[14]. En Aix, el club

concluyó un festival con el grito: "¡Vive la Montagne, Vivent les sans-culottes, Vivent les martyrs de la liberté et de l'Egalité. Vive la sainte Révolution!"[15]. Los juramentos que se pronuncian muy ceremoniosamente, en común, y en todas las ocasiones, tiene probable origen masónico pero pronto lo convierten en jacobinos la religiosidad de que se hallan infundidos. Servirá de ejemplo el muy extendido juramento del club de Moulins: "Juro sostener con todas mis fuerzas la unidad e indivisibilidad de la República; juro, además, reconocer como hermano a todo hombre justo, a todo amigo verdadero de la humanidad, cualesquiera fuesen su color, su talla y su tierra; juro, además, que nunca tendré otro templo fuera del de la Razón, otros altares que los de la Patria, otros sacerdotes que nuestros legisladores, otro culto que el de la libertad, la igualdad y la fraternidad. ¡Viva la República! ¡Viva la Montaña!"[16].

En el curso de las sesiones, los miembros del club o damas patrióticas que ofrecían voluntariamente sus servicios, entonaban himnos. Himnos a la Naturaleza, a la Libertad, y a la Razón, abundan en el historial de los clubes jacobinos. Pero, desde el principio, la Marsellesa fue la marcha predilecta; sólo más tarde se prohibió hacer uso indebido de sus palabras. La sociedad de Rodez, por ejemplo, asistió a la lectura de un poema acerca del matrimonio de los sacerdotes, con música de la Marsellesa:

> "La nature et l'hymen sont les premiéres lois,
> le coeur, le coeur nous dit assez nos devoirs et nos [droits"[17].

En Limoges, el presidente cantaba un dístico de la Marsellesa, y luego era acompañado por las voces de todo los miembros al unísono[18]. En otro club, "el presidente cantó el *Himno a la Naturaleza* cuya letra fue entonada por todos los presentes"[19]. El club de Cha-

teau-Thierry cantaba himnos republicanos con acompañamiento de órgano [20].

Los himnos y las correspondientes lecturas públicas eran seguidos, bastante adecuadamente, por los sermones. En ocasiones, se leían discursos de los principales oradores moralistas de las asambleas nacionales, Vergniaud y Robespierre. Miembros del club de Lunéville eran obligados a pronunciar discursos morales en las *décadis* y escogían temas tales como: "Comportémonos con docilidad ante las lecciones de la Naturaleza y seremos virtuosos", o "La edad de oro" [21]. A juzgar por la mayor parte de los testimonios de los clubes, dichos sermones deben haber sido tan aburridos como suelen serlo todos los sermones.

Otros ejemplos curiosos podrían ser citados acerca de la forma en que las reuniones jacobinas seguían los precedentes de la liturgia cristiana. Un club colocó en sus puertas una caja rotulada *Tronc pour les pauvres*, con la inscripción: "Recuerda que tienes hermanos desgraciados" [22]. Otro, levantó una colecta después del sermón *(morale)* de la *décadi* [23]. En Chateau-Thierry "se leyó un catecismo tras lo cual un miembro cantó" [24]. "Los diez mandamientos patrióticos" eran preceptos comunes que mostraban considerables variaciones de acuerdo a la inspiración de los patriotas locales, y revelaban acaso cierta mengua normativa como rivales del Decálogo ya pasado de moda [25]. Los clubes fomentaban casamientos, bautizos y funerales republicanos y tales ceremonias —por así llamarlas, ya que el espíritu de las mismas era completamente religioso— se realizaban a menudo en el club mismo. "Bézu anuncia que es padre de un nuevo republicano y pide que el bautizo se efectúe en el club y que el presidente y la *citoyenne* Andrieu sean testigos. De inmediato es traído el niño en medio de reiterados aplausos y el presidente pronuncia en la tribuna un sermón acerca de los errores del

prejuicio" [26]. Los archivos de Tonneins descubren un casamiento en el club y agregan que "la bendición nupcial fue acordada en nombre de Dios y la Revolución" [27].

El club de Thonon habilitó una sala adyacente para "la instrucción de la juventud durante las reuniones de la sociedad". Los jacobinos descubrieron el uso de la escuela dominical antes que dicha institución se difundiera en los países protestantes [28]. Avallon nos permite enterarnos de lo que hacían los discípulos de dichas escuelas. "El club comenzó por escuchar a los alumnos de la patria *(éléves de la patrie)*, los discípulos de Garnier y Millié, los maestros Virally y Chatelain y las maestras. Dieron cuenta de lo estudiado en la *décadi*, recitaron los Mandamientos Republicanos, la Declaración de Derechos, el discurso del presidente del departamento y las acciones heroicas y cívicas de los republicanos [29]. Jóvenes de todas las edades aparecían frecuentemente en los clubes para mostrar cuán perfecta había sido su crianza jacobina. En El Havre, un pequeño ciudadano de ocho años, llamado Marguerite Campagny recita en voz alta los Derechos del Hombre. La sociedad aplaude la excelente y provechosa memoria de dicho niño y el patriótico cuidado que han mostrado sus padres en su educación; recibe un fraternal abrazo del presidente y una mención cívico en las actas" [30].

Ya en 1790 se dijo a los jacobinos de París que habían logrado el "apostolado de la libertad" [31]. La palabra "apóstol" comenzó a asomar en todos los labios. Los clubes de las ciudades enviaron "apóstoles" o "misioneros" a los distritos de campaña, sumidos aún, en su mayor parte, en las tinieblas de la ignorancia filosófica. La propaganda común no es suficiente para expandir el "évangile révolutionnaire" en tales sitios, aseguraba el club de Besançon. "Las publicaciones de las sociedades no bastan; pocas personas las leen; pero a todos les gusta escuchar a un hombre que ha venido

especialmente para enfervorizar a sus compatriotas con su palabra y elevar sus almas hacia el entusiasmo de la libertad"[32]. El número de dichos apóstoles, en muchos clubes, fue deliberadamente fijado en doce[33]. La misión no era simple porque en muchas partes de Francia la hostilidad de los campesinos provocó serios daños físicos a dichos propagandistas. Muchos apóstoles se transformaron, en cierto sentido, en mártires, vocablo que gozaba de suma aceptación entre los revolucionarios. Todavía, en 1790, cuando el presidente del club de Brive apareció ahogado en un vertedero, el club de Tulle se refirió al difunto como a "ese verdadero mártir de la constitución"[34].

Hay veces en que el remedio de prácticas religiosas resulta tan evidente que nos parece hallarnos ante una exhibición de instintos de un director de espectáculos. Cuando el ciudadano Foucaud, de Limoges, se refirió, en el órgano del club, a su "Pater, Ave y Credo, actos de fe, esperanza, amor, contrición, confesión, decálogo y mandamientos revolucionarios de la Montaña" puede haber sido sincero[35]; pero es difícil concebir que el inventor del "signo de la cruz revolucionario" en nombre de "Marat, Lepelletier, Libertad o Muerte" haya podido ser algo más que un saltimbanqui[36]. En los archivos del club de Limoges nos enteramos cómo, al final de una fiesta en honor de la nueva constitución, los jacobinos se alinearon frente al árbol de la libertad y "cada uno se puso de hinojos ante este símbolo de unión"[37]. El presidente del club besó el busto de Marat antes de colocarlo en el sitio correspondiente[38]. Debido a la falta de espacio los sospechosos tuvieron que ser confinados en la iglesia de Auch donde la sociedad se reunía. Ésta decidió continuar celebrando sus reuniones en dicho recinto, advirtiendo "que los sospechosos deberían ser encerrados en el ábside desde donde podrían oír los estremecimientos del culto de la libertad y que

se quemarían ramas de romero para purificar el aire contaminado por aquéllos"[39]. Un club al trasladar sus pertenencias —Bruto, Marat, Rousseau y su séquito— a sus nuevas instalaciones, se refiere a la "fête de translation" de tales reliquias[40]. En Meyrueis, "un miembro propuso que los niños nacidos en las últimas dos *décades* serían conducidos, en la próxima, ante el árbol de la libertad para aspirar los primeros principios de ésta"[41]. El club de Coutances celebró el 14 de julio conduciendo a través de la ciudad, a manera de custodia religiosa, un modelo de la Bastilla, llevado en los hombros de cuatro veteranos, así como los bustos de Marat y Lepelletier. Este último cayó al suelo y perdió la nariz, para satisfacción de los enemigos de la República[42]. Un busto de Rousseau fue conducido a través de las calles, en las *décadi*, por la sociedad de Louhans. Los jefes de la manifestación cantaban la Marsellesa "y a cada dístico, los miembros apuraban la sagrada copa de la Unión y la Fraternidad, correspondiéndole una porción del vino a Rousseau quien parecía sonreír... Rousseau fue vuelto a colocar en su sitio; la sociedad entonces aplaudió, el presidente abrazó a su vecino y todos siguieron su ejemplo"[43]. Algunos miembros del club de Libourne firmaron seis "artículos de fe"[44]. Al conocerse la llegada de barcos norteamericanos de trigo al puerto de Brest, después del 1º de junio, un club agradeció al Ser Supremo por haber protegido en manera tan visible los ejércitos de la República, e hizo entonar un himno de acción de gracias por el maestro y el secretario del alcalde"[45]. Los dignos avalloneses decidieron reunirse "todas las *décadi* para cantar himnos en honor del Ser Supremo de Razón y de la Patria (sic), para combatir las supersticiones y destruirlas mediante sabios discursos cívicos inspirados en la lectura de nuestros filósofos"[46]. Tal mescolanza de creencias atestigua acerca de un mayor fervor místico o de un mayor

grado de estupidez de los que acompañan generalmente a la religión de la humanidad. Deberemos probablemente aceptar como justo el juicio del secretario de la sociedad de Tolosa: "El culto de la Libertad se propaga por sí mismo y se fortalece día a día". Esta augusta religión, que emana de la divinidad creadora de todos los hombres libres e iguales, cuenta ya entre nosotros con sus templos, festivales y mártires" [47].

Curiosas frases de connotación puramente religiosa vuelven una y otra vez al oído; el lenguaje jacobino, en sus estratos mejores, es sumamente teológico. En Luneville, se reservaban a los prosélitos bancos separados; el poeta laureado de dicho club se refiere a la Marsellesa como a un *cantique* [48]. El segundo registro del club de Bergerac es inscripto como *registre sacré* [49]. En Aix tan sólo "hombres puros, verdaderos y justos" serían admitidos al *Santuario de la Revolución* [50]. El salón del club de Montauban es el *santuario del templo de la libertad* [51]. El adjetivo *sagrado* fue usado libremente, *notre sainte constitution,* por ejemplo [52]. Algunas veces aparecen frases de una unción, sin duda, injustamente asociada a ciertos aspectos de la creencia religiosa. Un sacerdote constitucional, al dirigirse a la sociedad de Burdeos, consideró conveniente solicitar su adhesión en los siguientes términos: "Creo en la todopoderosa Asamblea Nacional, creadora de lo bueno y la libertad" [53]. Y el presidente de la sociedad de Bergerac saludó "la elección de nuestro nuevo obispo (constitucional), el cual derramará en nuestras almas el precioso bálsamo de una constitución fundada en la base inconmovible de la fe sagrada" [54]. Una dama jacobina escribió al club de El Havre: "Los hijos de una constitución marcada con el signo de la divinidad, por la milagrosa protección que la misma acuerda y regenerados por la Libertad, anhelamos ser dignos de las ventajas que concede" [55]. El club de Beaufort aceptó la constitución de 1793 con

las siguientes palabras: "La carta sagrada que contiene el acta constitucional donde la Razón misma traza los civiles e imprescriptibles Derechos del Hombre... la Carta contiene dentro de sí misma, todos los elementos de nuestra fe política" [56].

Se descubre cierta tendencia a la alegoría que tiene similitudes evidentes con tradiciones europeas de instrucción religiosa. "¡Oh, *pueblo!* Veíais una trampa que se te tendía; y desde la altura en que te hallabas no hiciste sino descender; tu masa allanó todas las irregularidades y surgió entonces una enorme *Montaña,* en el punto preciso en que hubo una vez una llanura, al principio fértil, después seca y árida, y ahora pantanosa" [57]. A veces, la ilustración de los funcionarios revela el contacto con la Biblia. El honorable club de Ollioules solicitó de la sociedad de París distinguiera al club verdadero del falso, "los verdaderos adoradores de Israel de los de Magog" [58]. El ciudadano David Morel, de Largentière, hizo el siguiente derroche de ingenuidad: "En el salmo 109, David dice «*Judicabit in nationibus*» ("Estableceré un tribunal revolucionario en todas las naciones"); «*et implevit ruinas*» ("Arruinaré todos los poderes que se opongan al sentido común") y «*Et conquassabit capita in terra multorum*» ("Y la guillotina hará rodar por el suelo la cabeza de todos los insensatos")" [59]. La sociedad de Vesoul consagró un monumento a la Libertad con el siguiente lenguaje: "Bajo el despotismo la adulación erigía estatuas a los tiranos y el miedo alzaba altares a los monstruos, pero los tiranos pasan, los monstruos pasan y el pueblo permanece; la posteridad se levanta y el soplo de la verdad derrumba en un momento las estatuas, los altares y sus ídolos. Bajo el imperio de la ley tan sólo la libertad tiene derecho al homenaje de un pueblo libre y los monumentos alzados por la gratitud a la virtud, son inmortales" [60].

Los clubes, por último, no contentos con multiplicar sus reuniones con ritos, tomaron parte principal en todos los festivales en honor de la Revolución. Tales festivales adoptan también los elementos que encontramos en el ritual de los clubes, pero mezclados en forma todavía caprichosa y menos conforme con los principios del buen gusto. Quizás la mejor forma de clasificar algunos de ellos es describir, por medio de la documentación de los clubes, algunos de dichos festivales populares.

El propósito manifiesto de la mayor parte de tales reuniones era hacer arraigar lo más firmemente posible, en la mente popular, las abstracciones revolucionarias. La técnica de la publicidad moderna habría podido socorrer a los organizadores de tales festivales enseñándoles que la mera repetición de frases abstractas es, en sí misma, el mejor medio de impresionar la mente popular. Pero para estas razonables gentes del siglo XVIII algo de la verdad tenía que ser mostrado ante los sentidos. Así encontramos que una larga procesión de funcionarios, guardias nacionales y miembros de sociedades patrióticas, en Lyon, transportaban un nivel de carpintero, como símbolo de igualdad, bustos de los grandes franceses, Marat, Lepelletier y Chalier, bustos de Bruto, Guillermo Tell y Rousseau, "extranjeros dignos de ser franceses", una estatua de la libertad, tablas de la ley, jarros y canastas de alimentos para la fiesta municipal con la cual culminarían las celebraciones y "otros emblemas del presente culto de los franceses" [61]. La habilidad del club permitió presentar en forma gráfica ante los espectadores el principio de la igualdad, al ser plantado en El Havre el árbol de la libertad: "Todo estuvo admirablemente combinado: el general apretó las manos callosas del marinero y el magistrado, las del pobre mendigo" [62].

Un problema más difícil fue el de la razón. Ninguna herramienta carpinteril podía servir para el caso. La tarea fue medianamente llevada adelante; jóvenes y, en lo posible, adorables mujeres, se transformaron momentáneamente, en toda Francia, en diosas Razón. Las ceremonias en que intervenían derivan en general de las tradiciones cristianas. En Vaulry, por ejemplo, después de una procesión por las calles de la ciudad, la diosa se sentó ante el altar (de la Patria). A un lado, y un poco delante de la diosa, se colocaba al hombre más anciano, y al otro extremo, la más provecta de las mujeres; entre ambos, sobre una mesa, ardía la Tea de la Razón. Cuatro muchachas que habían conducido la antorcha en la procesión, permanecían de pie en las esquinas de la plataforma. Una vez que el público ocupaba los asientos asignados, un orador se dirigía al mismo, tocado con el gorro frigio [63]. En Vire, tan pronto como el orador del día comenzó su sermón, el velo que envolvía a la Razón cayó a los pies de ésta, y la diosa apareció en toda su gloria, de frente a un fuego sagrado, y rodeado por sus sacerdotisas. El presidente, después de quebrar dos cruces en sus rodillas, recibió el juramento del club de no reconocer otro culto que el de la Razón. Luego, las sacerdotisas colocaron una corona en la cabeza del presidente y le ofrecieron una taza en la cual bebió el agua de regeneración. Antiguos sacerdotes católicos discutieron libros llenos de los errores que habían anteriormente enseñado. Las sacerdotisas de la Razón destruyeron dichos volúmenes y ofrecieron la taza "a los antiguos apóstoles de la superstición que se regeneran bebiendo en la fuente expiatoria" [64].

A veces, parece haber reinado en estos festivales cierta atmósfera convival. La sociedad de Creyssac brindó un agasajo a la de Bourdeille para celebrar las victorias republicanas en la Vendée. Cada miembro del club de Creyssac tomó una rama verde de roble, salió del edificio y entregó aquélla a un miembro del club

de Bourdeille, con el cual retornó al salón a los sones del pífano y el tambor. Hubo una sesión común seguida por una fiesta cívica. "Un millar de vítores fueron lanzados a nuestros representantes, a los buenos Montañeses de la Convención, a nuestros bravos y generosos soldados, a todos los clubes y a nuestros bravos hermanos de Bourdeille; se cantaron muchas canciones patrióticas, algunas en coro; otras, en forma confusa. Terminada la fiesta, todos los huéspedes, marchando en dos columnas, se dirigieron al árbol de la libertad. Fue cantado el himno de la Marsellesa y se bailó en torno del árbol amado. Luego, los clubes se dirigieron, en el mismo orden, a un prado, donde se celebraron danzas rurales en torno del gorro escarlata de la libertad, colocado sobre un pequeño montículo y al cual cada persona besó por turno. Terminada esta ceremonia, se hizo una reverencia al árbol de la libertad, y todos abrazaron el símbolo. Cantos y danzas finalizaron el acto, digno de verdaderos «sans-culottes». Siguieron otra sesión conjunta y otra fiesta cívica en el curso de la cual arribó en corporación la sociedad de Lisle; todos sus miembros fueron debidamente abrazados. "Toute cette journée à jamais mémorable s'est passée dans les plus doux épanchements" [65].

En otras ocasiones se recurre al gran guiñol sin omitir elemento alguno de melodrama. El club de Lullier celebra la toma de Tolón. "Llegados al pie del árbol de la Libertad" los jacobinos resolvieron proseguir la ceremonia "comenzando a disparar balazos contra una efigie del infame Pitt, corruptor de Tolón, que colgaba de una horca empinada. Al sonar los tiros la cabeza estalló en el aire, viéndose cómo se manchaba de sangre la blanca corbata del muñeco, espectáculo que sorprendió agradablemente a los espectadores que desconocían el truco. Lo que se salvó de la efigie, fue consumido por el fuego de una pira funeraria. Más tarde, dos

coros cantaron himnos a la victoria y la igualdad" [66]. El club de Chateauroux decidió "que cada *décadi* se queme en la base del monumento de Marat la imagen de un tirano coronado hasta que todos los reyes hayan perecido en efigie" [67].

Citaremos como ejemplo final, una extensa y ardua festividad realizada en Guéret, en honor de la Montaña. En una procesión de todos los buenos jacobinos de la ciudad, "Ingrand, representante en misión, ofreció su brazo derecho a la mujer más pobre de la ciudad y el izquierdo a la más vieja, siendo todos rodeados por los hijos de ambas". Una Montaña simbólica se erigió frente al árbol de la Libertad. "En sus cavernosas laderas debían ser vistas las tumbas del despotismo y el feudalismo, de todos esos asquerosos animales que durante siglos han hecho la desgracia del pueblo francés. Coronas reales medio enterradas en el lodo y sirviendo de refugio a víboras y escuerzos servían de alegoría para perpetuar la memoria de las gloriosas épocas de la Revolución desde el 10 de agosto". A un lado de la montaña había montículos de trigo con la inscripción: *Ley del 11 de setiembre de 1793 acerca de los abastecimientos de comestibles. La felicidad pública asegurada.* Un manojo de igual número de lanzas que departamentos, atado con una cinta tricolor, coronaba la Montaña, con la siguiente leyenda: *Nuestra fuerza radica en la unión de todos.* Todo tipo de lema revolucionario fue fijado a los flancos de esta Montaña: *Artes útiles, no necesitáis ya más suspirar detrás de las cadenas de la esclavitud; Madres: cuidad que vuestros niños mamen la leche del amor a la patria.* El presidente de la sociedad se dirigió a los invitados. Al final de su discurso se amontonaron nubes en torno de la Montaña. Pero el sol despuntó pronto sobre las mismas portando un gallardete con la inscripción: *Constitución republicana libremente aceptada por el pueblo, 10 de agosto de*

1793. A continuación, hubo bailes y canciones, y los "miembros de la sociedad, en el cruce de dos caminos, distribuyeron a sus infortunados hermanos, pan gratuito, por cuenta de la sociedad"[68].

En ocasiones, los jacobinos parecen haber experimentado dudas acerca de la autoridad de su ritual. El presidente de la sociedad de Lila, describiendo el festival del Ser Supremo, subrayó, en especial, "la gran diferencia que existe entre los festivales republicanos y las necias y ridículas procesiones del fanatismo"[69]. Un hermano, en Niza, pidió "la supresión de cantos, poemas y otras celebraciones de este tipo durante las reuniones del club, en razón de que los socios no se hallaban allí tan sólo para divertirse, pero un colega se pronunció en favor de aquéllos diciendo que servían para hacer conocer mejor y amar todavía más los principios de la libertad"[70]. Muchos debieron aceptar las manifestaciones de este ritual aun sin poseer la fe simple de los jacobinos de Limoges, quienes "sólo con bailar la Carmañola y cantar la Marsellesa pretenden paralizar para siempre a los enemigos internos y externos, presentes y por venir"[71]. Tales demostraciones se multiplicaban pese a lo absurdo de su forma y estructura. Francia nunca pudo escapar del todo al culto republicano. Cuando el termidoriano Boisset se hallaba en Moulins, liberando sospechosos, se organizó un festival "en el cual una diosa se presentaba al diputado con una jaula llena de avecillas, a las cuales dejaba en libertad"[72]. En Beauvais, después de Termidor, se decidió pintar con los tres colores de la República el gorro de la libertad suspendido sobre el edificio del ayuntamiento, por cuanto el color rojo "recuerda más bien el reino de la sangre que el de la libertad"[73].

III

No hay dudas que el ritual jacobino era una verdadera mescolanza. Mucho del mismo, así como el credo y

el pater revolucionarios, los mártires revolucionarios o el signo de la cruz revolucionario fueron apropiaciones de la religión católica. La celebración pública de los nuevos cultos, las procesiones, los altares, las tazas expiatorias y las prostraciones ante el árbol de la libertad, representan reminiscencias directas del catolicismo. En el caso de las sesiones de los clubes, comprobamos que los recitados alternados, los himnos, los largos sermones y las escuelas dominicales se ubican más bien dentro de la tradición protestante. El árbol de la libertad tiene vinculaciones lejanas con el de las fiestas mayas. Los bailes, para no decir nada acerca de los brindis jacobinos, son hijos directos de la tradición. Contribuyen también al lucimiento de las citadas ceremonias los héroes clásicos, especialmente los de Plutarco. En cuanto a personificaciones, como la diosa Razón, y abstracciones como las virtudes cívicas y privadas —abstracciones que eran suficientemente claras para la clase media de abogados y médicos, impregnada de letras clásicas y familiarizada con la filosofía moralista corriente—, deben haber significado muy poco para los trabajadores y campesinos.

En razón de que todos estos elementos pueden separarse aisladamente no necesitamos continuar presumiendo que los jacobinos lograran alcanzar en su ritual una síntesis de paganismo, catolicismo y protestantismo. El rito no es, después de todo, sino el disfraz con el cual el hombre cubre al grupo humano; y hombres muy diferentes pueden llevar vestiduras iguales. Pareciera necesaria cierta especie de ritual, como son necesarias las vestiduras para el hombre en sociedad. Para nosotros será suficiente asegurarnos de que los jacobinos tuvieron un ritual propio tratando de ver ahora si tal ritual sirvió para mantenerlos unidos dentro del grupo, o mejor aún, si quienes se sujetaban a dicho ritual sustentaban también una fe. Para volver a nuestra metáfora y a riesgo

de aparecer ofensivamente desprovistos de espíritu científico, digamos que si existe una fe en la misma forma en que existe un ritual, entonces hay un cuerpo detrás de las vestiduras; si, por el contrario, no hay fe, el jacobinismo es una patraña, un espantajo, o algo enteramente de acuerdo con la retórica de Carlyle.

CAPÍTULO VII

F E

No habríamos intensificado nuestro estudio del jacobinismo si nos detuviésemos en el estudio de su ritual. Existe una trillada frase acerca del "vacío ritual" que podrá servirnos de clave. En el sentido más inmediato, todo ser humano que hace ciertos ademanes o declama determinadas palabras, espera ganar algo. Un bribón puede participar de un ritual para disfrazar mejor sus verdaderos objetivos; pero presumir que todos, o la mayor parte de los jacobinos, hayan sido bribones es sobreestimar el espíritu de empresa humano. Los cobardes pueden intervenir en el ritual para no hacer sino lo que la mayoría hace, pero ¿por qué lo hace la mayoría? Los hombres pueden cumplir con un ritual sin sujetarse al hábito, por lo menos por un tiempo, pero los jacobinos eran innovadores y su ritual no tenía oportunidad de recaer en aquél. Ahora bien, ningún ritual puede ser vacío en sí mismo; si ni la hipocresía, ni la cobardía ni el hábito hacen de un determinado ritual una mera gesticulación mecánica, entonces, dicho ritual debe tener algún significado para el creyente. Tal significado podrá ser su fe, su teología, sus ideas políticas. Dicha fe, codificada, integrará al prosélito dentro de un grupo; presentada como una descripción de la realidad por encima de la experiencia ordinaria y dotada de un ritual, la referida fe servirá para satisfacer las ansias emotivas de su sostenedor.

I

No faltan indicaciones en los archivos de los clubes de que el ritual jacobino fue acompañado precisamente de esa expansión emotiva que caracteriza a una fe. El lenguaje del siglo XVIII es, sin duda, más susceptible a todo tipo de sensibilidades que los mismos hombres de dicha centuria. Sin embargo, aun cuando nos sintamos sustraídos por la fraseología de moda, los archivos jacobinos ofrecen muchos ejemplos de lo que pareciera ser emoción genuina, transporte y rapto. Un exaltado y religioso estado de mente se trasluce en un discurso inaugural del presidente del club de Thann. Su elección lo exaltó a una jerarquía que consideraba superior a sí mismo haciéndole sentir su propia insuficiencia; se dio cuenta entonces de que sólo las *lumières* podrían alumbrarle el intrincado sendero de su función [1]. Tales son también los sentimientos de un miembro de la sociedad de amigas de la constitución de Bensançon: "¡Oh, preciosos efectos del *patriotisme!* Siento que me eleva, que agranda mi alma, que soy más que yo misma" [2]. Hay pruebas, en ocasiones, de que tal exaltación debe ser compartida por los demás. El club de Eymoutiers, en medio de "indescriptible delirio", hizo prestar el juramento prescripto por el departamento de la Alta Vienne: "¡Anatema a los reyes y tiranos, anatema a los dictadores, a los triunviros, a los falsos defensores, a los falsos protectores del pueblo; anatema a todo el que con título de jefe, general, stadholder, príncipe o cualquier otro nombre, usurpe una superioridad, una preeminencia sobre sus conciudadanos; juro perseguirlos a todos ellos a muerte!" [3].

Otro curioso ejemplo de emoción colectiva se encuentra en los archivos del club de Pau. Un delegado trajo al presidente un abrazo fraternal de Monestier, representante en misión. El presidente abrazó a su vez a la

persona de al lado, y el abrazo fue "transmitido de concurrente a concurrente, inclusive en las galerías, espectáculo que alegró y enterneció a todos" [4]. Tal era, sin duda, la sensibilidad de moda en aquel tiempo, y el historiador, más que la mayoría de los hombres, debe aceptar que la moda sea, por lo general, sincera.

Mayor despliegue de sentimientos surge de las actas de un *club de quartier* de Burdeos. Tan increíble parecería la traducción del texto respectivo que convendrá reproducirlo en francés, con la grafía y puntuación originales: "Je vous rapellerai d'abord ce jour si cher à ma mémoire, où nos yeux humides encore des pleurs données aux mannes du celebre auteur du Contract Social, errant dans cette vaste enceinte, cherchoient, comme au hazard, des hommes régénérés qui ayant senti le prix de notre nouvelle Constitution, se réunissent autour d'elle pour servir de remparts invincibles à ses Ennemies, ce grand but vous fait trouver des frères". Una vez encontrados y reunidos los hermanos, continúa el orador: "J'ai joui donc, dans cette première séance du saint entousiasme de l'épanchement de vos coeurs, et mutuellement avec vous j'ai juré avec fraternité inviolable une amitié éternelle, en outre le secours de toutes mes forces phisique et moralle, et dans ce moment que nos mains l'une dans l'autre recevaient les dernières expressions de nos âmes, vos yeux et la voix ellevée vers le Ciel vous vous êtes ecriés, voilà, voilà, les vrais Enfans de la patrie, une Colonne de plus a la nouvelle constitution. Le fondement de notre Société, ah, ce jour est le plus beau de notre vie" [5].

Hay abundantes indicaciones de que los jacobinos no empleaban por mero accidente un ritual y un vocabulario tan impregnado de Cristianismo. Sus emociones deben ser aceptadas como una variedad de la experiencia religiosa. Dichas emociones no aparecen tan sólo generalizadas como en los precedentes ejemplos, sino adscriptas a ciertas prácticas religiosas, la más simple de

las cuales es la plegaria. Las actas jacobinas aluden frecuentemente a "plegarias filantrópicas", forma de devoción demasiado absurda como para no haber sido sincera. ¿Porque quién sino el auténtico devoto por naturaleza habría rezado al dios de los deístas? Dicha plegaria fue compuesta por la comisión de correspondencia de la sociedad de Lunéville y hecha pública por el presidente en la sesión regular del club. Después de dirigirse al Ser Eterno que mostraba tan visiblemente su existencia en la armonía del universo material y proveía para cada necesidad una satisfacción correspondiente, la plegaria clama de pronto: "Que ta foudre fasse justice de tous nos ennemis connus et cachés! Ils sont les tiens, Dieu vengeur!" [6]. La transición entre el Dios relojero y el Dios vengador es bastante sorprendente, pero corresponde en absoluto a otras apropiaciones que hicieron los jacobinos de la tradición religiosa. El ciudadano Feuillebois, de Chablis, compuso una oración que inclusive los nuevos biógrafos de Marat difícilmente aceptarán se halle de acuerdo con el carácter de su héroe: "¡Oh, tú, Marat, cuya memoria será siempre grata a nosotros: vigila desde el cielo la libertad que defendiste con tanto valor; vigila la Montaña tutelar que iluminaste con tu llama" [7].

La plegaria puede ser hipócrita en parte. Pero la *épuration* revela indudablemente el laboreo del temperamento religioso. Tales depuraciones fueron de dos clases. En el campo político, por lo menos, la depuración de primer plano no fue sino un artificio para deshacerse de miembros electos indeseables en las administraciones de los municipios y distritos. Desde la tribuna se leía una lista de los miembros, y el "pueblo", reunido en las salas, decidía quiénes debían o no continuar como tales. En la práctica, la reunión había sido, por supuesto, instrumentada, y toda la operación llevada a cabo por indicaciones del representante en misión, enviado desde

París, quien presidía por lo general estas asambleas. Sin embargo, desde el punto de vista psicológico, la otra especie de *épuration* es más interesante. Se celebraban reuniones para determinar la ortodoxia de política de la sociedad, proceso que a menudo significaba prolongar las sesiones durante días. El problema interesaba tan sólo a círculos de gente relativamente sin importancia y el diputado en misión rara vez se molestaba en concurrir a dichas reuniones. El procedimiento usual consistía en que cada miembro ocupase por turno la tribuna y justificara su ortodoxia ante un simple juez elegido por su pureza o un pequeño número de miembros de moralidad intachable. Una lista de preguntas componía frecuentemente el examen: "¿Qué era usted en 1789? ¿Qué ha hecho hasta el presente por la Revolución? ¿Ha pertenecido a algún club monárquico u organización militar contrarrevolucionaria o firmado peticiones antipatrióticas?" [8]. El resultado fue algo sorprendentemente similar a las "sesiones de experiencia" de ciertas sectas protestantes. Los miembros de la sociedad de Thann tuvieron realmente la obligación de "confesar todo ante el tribunal de la asamblea" [9]. En Limoges, el secretario redactó la *confession générale* [10].

Tales confesiones, infortunadamente, no han sido, por lo común, registradas. Pero aun, a través de la escasísima documentación existente es fácil imaginar la tensión nerviosa, el acaloramiento contagioso con que se aguarda la dramática posibilidad de que emerja, bajo la presión, algo secreto y reprobable. Un periodista de provincias protesta contra la *épuration* en Besançon: "Durante más de una *década* las reuniones de la sociedad han estado consagradas al *scrutin épuratoire*. Parecería que en los días últimos el templo de la libertad se hubiese convertido en una arena de gladiadores, a la cual todo patriota hubiese sido obligado a descender para mostrar, en espectáculo, sus sangrien-

tas heridas al público... Mientras nos reprochamos mutuamente lo que, en el fondo, no son sino pecadillos, nos inferimos heridas que no desaparecerán jamás [11].

Un miembro de la sociedad de Lyon escribe sobre estas depuraciones en términos que ilustran acerca de la medida en que las tales significaban pruebas de conciencia y habilidad para hacer frente a una simple inquisición: "Este tribunal de la conciencia del hombre y la justicia del pueblo es realmente terrible, pero, justo. La más probada audacia, la hipocresía más refinada, desaparecían ante los alertas y penetrantes ojos de los miembros responsables de la sociedad y los numerosos ciudadanos que llenaban las galerías" [12].

La mayor parte de las confesiones aceptadas deben haber sido bastante fastidiosas, como por ejemplo, las del ciudadano Rebours, de Fontainebleau: "Me he examinado a mí mismo y me encuentro perfectamente puro. He bebido mis principios revolucionarios en Inglaterra y siempre los sostengo. Por causa de ellos, mis superiores desconfiaban de mí bajo el antiguo régimen... Tomé parte en los acontecimientos de París durante dos días con sus noches, el 12 de julio de 1789, etc." [13]. Las exclusiones son bastante más interesantes. En Beauvais los hombres eran rechazados de la sociedad por haber "degradado la sagrada Montaña denominándola un puñado de maratistas", por calumniar a otro patriota, por intrigar para conseguir un cargo público y por permanecer soltero a la edad de cuarenta años. La exclusión de un pobre hombre por "faltarle el fervor necesario a un verdadero republicano" promovió que otro socio se defendiera diciendo que "si su físico era frío, su moral, en cambio, era férvida" [14]. En Bacqueville, el ciudadano Prouin fue expulsado "por comer habitualmente con los sirvientes de un *ci-devant*". El pobre Prouin, que era jardinero,

renunció a su ocupación para preservar su ortodoxia. El ciudadano Masse fue expulsado porque demoró la entrega de sus productos agrícolas al mercado; otro, extranjero, como el anterior, sufrió igual pena por rehusar vender lo mismo a un colega. El cirujano Sellier, fue excluído por asociarse con sacerdotes, y la expulsión mantenida, a pesar de la defensa interpuesta de "que estaba tratando de convertirlos". Le Pley, otro cirujano, consiguió evitar dicha medida después de haber prometido ceñirse a visitas estrictamente profesionales a los "aristócratas" [15].

La depuración, con su cavilosa ortodoxia y su despliegue de confesiones públicas —en el catolicismo la confesión no es pública— ocupó constantemente a los clubes [16]. Aparece sorpresivamente temprano en la historia de éstos, en momentos en que el círculo de socios se limitaba a la *haute bourgeoisie*. La sociedad de Villeneuve sur Yonne, al ser fundada, en 1790, estipuló la realización anual de un *scrutin d'epreuve* que podía celebrarse en cualquier momento, a pedido de los dos tercios de los miembros [17]. Un prospecto de 1790 decía que los jacobinos de París "han inventado investigaciones en las cuales se estudian con extremo celo los actos de los examinados. La maledicencia y la calumnia progresan sin temor; las reputaciones se hacen y deshacen; las conciencias, por así decirlo, quedan expuestas a todo [18]. Durante el Terror, las *épurations* estaban a la orden del día. El club de Pont-à-Mousson, al estipular juicios una vez al año, mostróse muy anticuado [19]; caso más típico es el del club de Châlons, el cual investigaba a sus miembros cada tres meses [20].

Una prueba final de que los jacobinos asumían con seriedad sus prácticas religiosas la provee su inclinación, inclinada bien pronto a transformarse en una especie de manía, a perseguir al adversario. Había, en ciertas partes del país, razones suficientes para que los jaco-

binos se dieran cuenta que no eran sino una minoría; a veces, inclusive, la misma mayoría los perjudicaba. Las mujeres de Vouneuil-sur-Vienne invadieron en grupo las instalaciones del club, exigieron la continuación de los oficios religiosos, destruyeron el mobiliario y ornamentos, causaron grandísimo alboroto [21]. Pero, ante todo, se oyen las pequeñas quejas de los patriotas; el mundo está contra ellos a causa de su reconocida virtud. En El Havre fueron arrojados a los jacobinos, desde una ventana próxima al club, guijarros, agua caliente y cosas innombrables [22]. En Chablis, enemigos malevolentes destrozaron las viñas del ciudadano Hélie, y perversos padres realistas enviaron a sus hijos a jugar sobre la simbólica Montaña arruinándola poco a poco [23]. En Fleury-les-Faverney, como en muchos otros sitios, el árbol de la libertad debió ser protegido mediante una reja del ataque de animales negligentes y hombres viciosos [24]. Un jacobino de Troyes escribe con indignación: "Debo decir a usted el nombre que tales fanáticos se han atrevido a dar a la *Société populaire*: el aquelarre" [25].

II

Para muchos hombres el mero cumplimiento emotivo de un ritual significa ya bastante; intervienen en ciertos actos comunes formando parte, por tanto, de una colectividad. Pero la mayor parte de los hombres va más lejos y los jacobinos no contradijeron este aserto. Hemos descripto en el capítulo V como programa jacobino ciertas medidas tangibles que confiaron obtener; tenemos que examinar ahora el estado mental en que reposan dichas demandas, y de las cuales, estas últimas son, por así decir, una traducción al mundo de los sentidos. Debemos examinar la filosofía política jacobina, o, si el término nos parece más expresivo, la metafísica política de los jacobinos.

No puede caber duda acerca de la generalizada verdad de que los jacobinos se hallaban completamente embebidos de las doctrinas de los filósofos del siglo XVIII. En Lyon, en el año III, se celebró una procesión para conmemorar el traslado de los restos de Rousseau al Panteón la cual estaba compuesta, entre otros, "de jóvenes dignos de Emilio, de muchachas dignas de Sofía, de madres pertenecientes al grupo de aquellas que no habían renunciado a sus deberes entregando sus hijos a nodrizas". Había también un ejemplar del *Contrat social* llevado por un grupo de oficiales y un estandarte inscripto con "estas sagradas palabras extraídas de dicha obra: *L'homme est né libre. Renoncer à sa liberté, c'est renoncer à sa qualité d'homme, aux droits de l'humanité, même à ses devoirs* [26]. El club de Montauban insistió en que los primeros volúmenes de su nueva biblioteca deberían ser los libros de Rousseau, Voltaire y Mirabeau, por cuanto dichos escritores "han ido a los principios encontrando la fuente del gobierno en la verdadera naturaleza del hombre y lejos de detenerse en meras compilaciones mal digeridas de leyes absurdas e incoherentes, han creído de su deber seguir tras la divina antorcha de una filosofía sabia y bienhechora" [27]. Un jacobino de Bergerac propuso designar cuatro comisionados "para extraer todos los pasajes de J. J. Rousseau relativos a la Revolución francesa y elaborar una tabla de materias de la cual cada miembro podría extraer ejemplos y lecciones" [28]. En Nay, en los Pirineos, el club decidió leer cada velada textos de los discursos de Robespierre, prefiriendo aparentemente el libro de texto al texto [29]. El club de Vesoul organizó un festival filosófico. Antes de romper el día un miembro de la sociedad disfrazado de Descartes disparó un cañonazo. Al salir el sol "Voltaire, Rousseau y Mably saludaron con una triple descarga de cañón al padre de la luz,

símbolo de verdad eterna". Los miembros que representaban a dichos filósofos, según nos dicen las actas, eran también filósofos [30].

Dichos ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente. Una mera devoción general a la memoria de los filósofos puede ser, con todo, palabrerío. Debemos indagar en procura de creencias más específicamente religiosas que no son difíciles de encontrar.

La tesis fundamental de la filosofía de Rousseau, la bondad natural del hombre, resuena de mil maneras en los archivos. El flamante obispo electo de la Alta Vienne dijo en el club: "la ética de la Naturaleza tiene tan grande imperio sobre el corazón humano que sólo se necesita explicar sus principios para ser adoptada y apreciada" [31]. París había descarriado tan poco a un jacobino que le hizo declarar: "No creo en ningún hombre destinado por la Naturaleza a ser un monstruo. Los hombres nacen buenos y se hacen malvados" [32]. Camille Desmoulins, alabando el muy democrático *Cercle social* ante los jacobinos de París, decía: "Anotaré que el *Cercle social* está compuesto de 3000 miembros lo cual no obsta para que la razón sea soberana de club tan numeroso; porque hoy, con los progresos de la filosofía y la ilustración parecería que la razón hiciese a los hombres promesas semejantes a las de Cristo en la Biblia: "Porque donde dos o tres se hallen reunidos en mi nombre, yo me encontraré entre ellos" [33].

El término "razón" está aquí usado en el sentido de "bondad", pero el sentido es evidentemente el mismo. Un jacobino de Moulins, partiendo de la misma teoría de una naturaleza benevolente, finalizó por condenar en forma muy moderna la ciencia médica. Enumeró estas "verdades eternas": "En primer lugar, la Naturaleza sólo crea seres sanos y fuertes. En segundo, dicho soberano del universo necesita tan sólo de su propia energía para combatir el mal que es extraño a él. Tercero, no hay enfermedad incurable por naturaleza, aun cuando para nuestros doctores, inclusive los más acreditados, las enfermedades son todas, o casi todas, incurables, y, cuarto, el arte médico es mil veces más pernicioso a los hombres que las enfermedades a las cuales pretende curar" [34].

De esto se sigue que si todos los hombres son naturalmente buenos todos los hombres son naturalmente iguales; o sea que la igualdad es realmente un asunto de bondad. Las desigualdades en riqueza, posición social, fuerza corporal e inteligencia no pueden prevalecer sobre este hecho fundamental de la igualdad moral. Igualmente, en la medida en que las desigualdades pueden ser eliminadas por la legislación, deberán serlo en el estado jacobino. Desde que los hombres también están dotados de razón (contribución ésta de los *philosophes*, no de Rousseau) pronto, verán, si se les concede el voto —o sea, la igualdad política— que su fundamental igualdad moral triunfa sobre las viciosas desigualdades del presente régimen. Todas las dificultades temporales serán resueltas por la educación universal ya que Descartes y Locke se combinan para enseñar al mundo que el hombre es absolutamente producto de su medio. Por lo tanto, la república jacobina puede realmente fundarse; el individuo gozará entonces de todos sus "naturales derechos", es decir, serán libres para ser buenos, de acuerdo con su naturaleza, en vez de verse forzados a ser malos según las viejas leyes, las viejas convenciones y las viejas religiones.

La genealogía de tal filosofía política —una filosofía que podrá parecer ingenua al especialista en ciencias sociales de nuestro siglo— nos llevaría muy lejos en la tentativa de explicar por cuáles razones tan gran número de hombres inteligentes participaron de ella. Pero, por muy interesante que fuese trazar el origen de tales ideas, nuestro propósito no es éste. Lo positivo es

que si aceptamos la natural bondad y la natural capacidad de raciocinio del hombre, así como las posibilidades de la educación universal, el gobierno civil no es necesario. Godwin estuvo perfectamente justificado al seguir la filosofía política del siglo XVIII hasta su extrema conclusión lógica: la anarquía. Pero los jacobinos no eran anarquistas; ni siquiera filósofos anarquistas. Y evitaban las implicaciones anárquicas de sus teorías mediante la famosa doctrina de su maestro Rousseau, la doctrina de la Voluntad General.

Mucho ha sido escrito acerca de la voluntad general. Evitaremos ciertas trampas metafísicas si comenzamos por preguntarnos qué es lo que la doctrina de lo general pudo haber significado para el jacobino medio. Las palabras de un miembro del club de Clermont-Ferrand nos facilitarán una clave. A la odiosa idea: *tengo un amo*, substituye el sublime pensamiento: *Debo obedecer la voluntad general;* cuán vasta carrera de virtudes y placeres no abre esta perspectiva [35]. El punto a dilucidar es éste: "¿Cómo puede el individuo que actúa naturalmente (y correctamente) de acuerdo con su propia voluntad ser inducido a acatar las restricciones sobre su misma voluntad que todo grupo social evidentemente impone? La respuesta de Rousseau es que el individuo en una verdadera sociedad se adscribe espontáneamente a la misma pero no en forma meramente externa sino mediante lazos espirituales (el pacto social) que él acepta libremente; de aquí que no sean sino una su voluntad real y la voluntad de la sociedad, y no se planteen al respecto dudas mayores. El individuo no está ligado a la sociedad, como lo está a sus compañeros, por relaciones sujetas a cambios de tiempo y accidente *que involucran mando y dependencia,* sino por relaciones que rigen sobre todos sus compañeros y se expresan no en términos de humana voluntad sino de ley divina. Loyseau dijo, en el club de París, con palabras que hemos citado relativas a otro tema: "El juez no es sino el órgano de la ley y no puede aplicar a ésta más facultades intelectuales que aquellas que la atención pueda percibir, sin resolver nada por sí. Desde este punto de vista, el hombre es devuelto a su propia y real naturaleza tan pronto como lo hace a la ley, que ha elaborado él mismo y a la cual está obligado a ajustarse" [36].

Esta es la magia del pacto social; en una verdadera comunidad, el hombre que obedece los reglamentos se obedece a sí mismo.

No importa mucho que para las personas de mente vigorosa esto no pase de ser una argucia metafísica. La idea de Rousseau del pacto social no es necesariamente la diabólica máquina de destrucción que han supuesto muchos conservadores. Muchas personas dueñas de una naturaleza espiritual que podría definirse fuerte y elevada *sienten* realmente las cosas de tal manera. Aceptan y obedecen leyes personalmente inconvenientes porque se consideran miembros de una sociedad orgánica; para ellos las leyes son dictadas por un poder misterioso aunque real, encarnado en el estado. Por otra parte, un número mayor quizás de personas se contentan con obedecer leyes inconvenientes para ellas mismas movidas por un vago sentimiento de que lo hacen en beneficio del bien general. Otras, felizmente quizás para la sociedad, obedecen dichas leyes tan sólo por hábito.

Pero, para el realista debe ser evidente que llega un tiempo para la mayor parte de los hombres en que frente a una acción prescrita por la ley (o sea, por la sociedad) tengan que decirse conscientemente a sí mismos: "No quiero hacer eso; y es toda una tontería decir que si hago eso estoy cumpliendo con lo que deseo". Aquí, el realismo deberá admitir que, si en un momento dado, el hombre obedece la ley, lo hace libre

de miedo, costumbres e inercia, al margen de todo motivo fuera del libre consentimiento. Rousseau y sus jacobinos no lo habrían aceptado. Tal admisión hubiera hecho zózobrar la base ideal de su estado; y por cuanto se trataba de gentes con mentalidad teológica que no apuntaban a un objetivo de humana consistencia, se vieron obligados a recurrir a un expediente teológico. De aquí, que su rectitud y claridad de conciencia desembocaran en el Terror.

Aquí aparece la famosa distinción entre la voluntad general y la voluntad de todos. Si el individuo no comparte la mística lealtad de la voluntad general, si opone su voluntad a la de la sociedad, es prueba de que no se halla en estado de gracia. Su voluntad se orienta al mal. Pero ningún hombre es libre de hacer el mal. Impedirlo es libertarlo, y dejar libre su voluntad que es la de la sociedad. Los jacobinos de Limoges lo establecieron claramente: "¿No es, en realidad, amigo del prójimo quien lo fuerza, digamos, a aceptar el vaso de salvación que se le ofrece en nombre de la razón y la humanidad?" [37]. Robespierre decía esto aun más limpiamente: "El gobierno revolucionario es el despotismo de la libertad contra la tiranía".

En tal forma se eliminó el consentimiento y los jacobinos pudieron continuar desarrollando todos los elementos autoritarios y colectivistas que se hallan implícitos en las ideas de Rousseau. El presidente de Sauveterre dijo en su discurso inaugural: "Miembros como somos del cuerpo social no podemos ser felices como individuos sino como agrupación en el estado de prosperidad que la Constitución prepara. Ciudadanos: no es permitido al individuo preferir, *aun en secreto*, el interés personal al de la sociedad".[38]. El pronunciamiento de los Amigos de la Constitución insiste en primer lugar en que ellos no son rebeldes, en que recomiendan obediencia a las leyes y en que consideran la anarquía

como el peor de los crímenes. Un orador preguntó al club de Tolón: "Hemos respetado, durante siglos, la voluntad de un solo hombre; ¿no aprenderemos ahora a respetarnos a nosotros mismos? Sin virtud, haréis revoluciones en vano —seréis esclavos o súbditos o realistas o republicanos, pero nunca libres—, ya que ¿para qué nos daremos leyes que son expresión de vuestra voluntad, si cada uno de vosotros no desea sino seguir sus propios caprichos, sus propias pasiones?" [39].

Pero si una sociedad debe decidir que es capricho acepta evidentemente ya un final para lo que el sentido común supone sea libertad. El presidente de Thann dijo a varios judíos, admitidos en la sociedad, "que deberían hacer como los demás republicanos y renunciar a la usura y pillería común a su raza; les aconsejó, además, cortarse sus barbas y rasurarse" [40]. Después de esto, no sorprende encontrar a Lameth tratando de justificar una ley contra los *émigrés* con la idea de que "una nación puede añadir a sus ventajas todas las condiciones que quiera" [41]. En este ejemplo, la ventaja parece ser la asociación involuntaria que proviene de nacer dentro de los límites de aquélla.

El moderno estado-nación fue el final inevitable del estallido de energía del mundo occidental en las postrimerías del siglo XVIII. Las doctrinas de Rousseau —contrato social, voluntad general, virtud popular y soberanía popular— se adaptan bien a la compleja maquinaria del estado moderno. Una declaración curiosamente ingenua de un jacobino parisiense mostrará cómo las abstracciones políticas pueden combinarse con emociones humanas y cómo el patriotismo puede lograr la voluntad general con facilísimos sobreentendidos. El orador se quejaba de los insultos que se hacían a los franceses en España. "Observaré —agregó— que la nación francesa es soberana y que representando cada francés, parte individual de dicha soberanía, es cues-

ción de honor nacional que cada uno de sus miembros deba ser protegido y honrado en el exterior" [42]. Esto parece tan absurdo en el contenido como en la fraseología. El hecho de ser francés ¿facultaría a un pillo a que se lo considere honorable? ¿Acaso *qua* francés será un ser completamente diverso de *qua* bribón? Tenemos por tanto un universo pluralista; el bribón es tan real como todo francés y no deberá ser proscrito por la teología política como irreal.

Los jacobinos, viejos y nuevos, no lo quieren así. Tendrán una sociedad, una soberanía, una voluntad. La voluntad general, con todo, tal como he visto, no es una abstracción, sino el producto de auténticas relaciones vivas. De este modo, no incorpora abstracciones, como la virtud, o, como, también, ¡ay! Francia, sino realidades concretas, seres humanos. Por cuanto el concepto de "francés" se acerca más al complejo ser humano viviente que el dieciochesco "Hombre de Virtud"; el moderno estado-nación tiene menos calidad de abstracto que el fundamentalmente teológico estado del breve triunfo jacobino. Pero aun el estado-nación incorpora tan sólo una parte de las voluntades de sus miembros. En la medida en que fracasa en reconocer esta evidencia configura también una abstracción, y debe alentar sólo mediante la fe. En virtud de la forma próspera en que ha sobrevivido debemos quizás considerar que la fe sea más común en el mundo occidental de lo que quieren admitir los espíritus escépticos.

III

Los jacobinos sostuvieron incuestionablemente su filosofía política como un asunto religioso. Mediante las constancias de los clubes es posible esbozar los trazos de una política sustentada en conceptos primariamente teológicos. Gracia, pecado, herejía, arrepentimiento, regeneración, surgen de estos documentos. Por supuesto, no aseguramos que nadie en especial, haya participado como individuo de este ciclo. El paralelo teológico no es literal, pero no resulta tampoco, forzado ni menos aun imaginario.

Decir que Robespierre y sus más sinceros partidarios se concebían a sí mismos como un pequeño grupo de elegidos, es repetir, por supuesto, una verdad consabida. El concepto de haber sido elegido, como tantas otras cosas más en el Terror, se remonta, sin embargo, a orígenes muy primitivos de la Revolución. Desmoulins habla en el club jacobino de París, en 1791, del "muy pequeño número de aquellos *a los cuales sólo el testimonio de su conciencia es necesario*, el pequeño número de los hombres de carácter, de los ciudadanos incorruptibles" [43]. Tal insistencia en una convicción de rectitud, fundada, antes que en reglas exteriores —la oposición ancestral entre fe y obras— en motivos internos y emocionales sale a luz nuevamente en las actas del club de París. "Uno debe desconfiar —dice un orador— de la libertad sin la compañía de la virtud" entendiendo por virtud "no la mera práctica de deberes morales sino también la adhesión exclusiva a los inalterables principios de nuestra constitución" [44]. En el club de Limoges se dijo: "No basta, para pertenecer a una verdadera sociedad republicana, llamarse a sí mismo republicano, haber cumplido con los deberes militares o pagar los impuestos; se debe haber dado pruebas concretas de odiar a los reyes y nobles, así como al fanatismo; se debe haber pasado por el crisol de circunstancias peligrosas". La idea de gracia se complementa realmente en el referido club con la añadidura de una nueva Jerusalén, la ciudad de los elegidos. París, por su obra revolucionaria, deberá ser "esa ciudad sagrada" [45].

Existen también los réprobos. Los jacobinos no pen-

saron tan sólo que sus oponentes estaban equivocados o eran incómodos sino que incurrían en pecado. Un miembro del club de Rodez recordó que justamente, un año atrás, una diputación del Tarn "había ensuciado las instalaciones de la sociedad con la ponzoña federalista". La sociedad decidió, en consecuencia, a título de *expiation* por tan escandalosa sesión, consagrar parte de la presente a entonar canciones patrióticas" [46]. La sociedad de Bergerac quemó la bula papal condenando la constitución civil del clero con el objeto de purificar el papel de "las ultrajantes blasfemias que insultan nuestra sublime Constitución" [47]. El club de Tolosa comisionó a seis miembros y pidió al "peuple des tribunes" (¡siempre dicha distinción tan impropia de una república ideal!) hiciera otro tanto para ayudar a quemar y destrozar algunos periódicos malignos [48]. El club de Beauvais se alegró ante una circular del Comité de Salud Pública solicitando listas de jacobinos elegibles para cargos administrativos deleitándose especialmente ante estas palabras: "No se incluyan en tales nóminas a esos hombres fríos, egoistas o indiferentes... La ley de Atenas los habría condenado a muerte. La opinión nacional, entre nosotros, les inflige la misma pena, pero política" [49]. El club de Harfleur pidió al de El Havre "no recibiese en su seno a cierto Duclos, ministro de la religión protestante. Ha tratado de comprometer a esta sociedad ante la de Gaineville y arruinar la reputación de varios patriotas" [50].

Ciertos aristócratas de Vesoul besaron en sorna el árbol de la libertad y el club local decidió que éste fuera purificado. En tal modo, con el presidente al frente y cuatro miembros portadores de vasos de agua pura y braseros de incienso, el club marchó en procesión hasta el árbol donde después que cada uno jurara preservarlo para siempre de toda contaminación, se lo purificó con el agua lustral, y el presidente arrojó sobre

el trípode encendido generosos puñados de los más exquisitos perfumes" [51]. El club de Auch abrigaba tan fuerte convicción acerca del poder del pecado que adaptó para uso propio la actitud de la Iglesia respecto de las inhumaciones en terreno sagrado. Propuso la creación de dos cementerios municipales, uno para buenos ciudadanos, y otro para malos [52].

La herejía es, como se sabe, uno de los medios más fáciles para caer en pecado. El mismo vocablo no fue, en absoluto, rehuido por los jacobinos. Bajo la propia monarquía aparece en el club de París. Brissot objeta una opinión de Barnave, por constituir "gran herejía" [53]. Las expulsiones de miembros en las grandes *épurations* se fundan, por lo general, en herejías de igual tipo. Un hombre fue expulsado del club de Thann porque habiendo sido en un principio un buen *patriote*, "el corruptor contacto de su cuñado lo había pervertido por completo"; otro, porque aun cuando era puro no lo era así su criada [54]. Una de las inquisiciones que se formularon en Carcassonne, fue: "¿Desde cuándo ha perdido usted confianza en Marat y la Montaña"? Varios socios fueron excluidos por haber confesado honestamente que habían pasado por un período de dudas al respecto [55]. La opresión de la guerra internacional y la civil redobló aún más la estrictez para con los prosélitos. Por lo menos, una sociedad dictó penalidades contra quienes se habían convertido después de 1792, no permitiéndose a éstos acceder a los cargos públicos [56]. La de Moulins decidió, en la primavera de 1794, no admitir a nuevos miembros que no proviniesen de otras ciudades y siempre que los tales hubiesen demostrado pertenecer a algún club antes de setiembre de 1793 [57]. Aparentemente, ni siquiera se permitía la posibilidad de arrepentirse a los heréticos. Collot d'Herbois, en París, trató de conseguir que fuesen readmitidos en la sociedad algunos de los que siguieron a los *feuillants*

durante el cisma. "Muchos de éstos —expresó— están arrepentidos en extremo, y querrían borrar de la historia de sus vidas los días que pasaron con los *feuillants*". Pero fueron rechazados ante la insistencia de Robespierre [58]. Junto con la herejía subsiste el concepto de blasfemia. Dice el informe de una sesión del club de París: "Un oficial, ex prisionero de los austríacos, da cuenta de las condiciones de los ejércitos de Francia y Austria. Pero al repetir algunas palabras violentas usadas por el enemigo es interrumpido. Billaud-Varenne recuerda al orador que está reproduciendo vocablos que no deberían manchar la boca de un republicano" [59].

Un pequeño club en Saboya asumió una actitud más moderada y, quizás, más moderna frente a quienes disentían con el mismo. Calificó a la mayoría de sus conciudadanos como "los enfermos con los cuales tenemos que tratar" [60]. El club de Tolón, al desafiliarse de los heréticos de Pignans, escribió a los demás clubes poniéndoles en guardia acerca de esta *brébis galeuse* [61]. Pero la mejor indicación del estado teológico de la mente jacobina se encuentra en una circular del club de Montauban. La clase de los *émigrés* debe estar compuesta no solamente de aquellos que se fueron al extranjero, *émigrés de fait*, sino también de los *émigrés d'opinion* [62].

Un concepto no menos absolutamente religioso, el de regeneración, se manifiesta también en las actas. La toma de la Bastilla se transformó en la fecha simbólica, el momento en que el hombre nació de nuevo y se purificó de todas las maldades del antiguo régimen. Una pequeña sociedad de provincias al celebrar la "sagrada fecha" del 14 de Julio se refiere a ésta como el día "en que el hombre resucita y nace de nuevo para sus derechos" [63]. La sociedad de San Juan de Luz hizo un festival para celebrar la "abolición de la realeza y la *resurrection* de la República" [64]. Es difícil considerar cómo la palabra "resurrección" no puede ser tomada

aquí en ningún otro sentido que no sea el teológico como si la República francesa no hubiese existido jamás en la tierra. Por último, la sociedad de Saverne dio pruebas de la fe más extraordinaria en la perfección del nuevo nacimiento, ocurrido en 1789, ya que su secretario se refiere a "les ci-devant Juifs" [65].

Los jacobinos fueron, por tanto, un grupo de elegidos, conscientes de su elección y decididos a gobernar en la tierra así como en el cielo. Comunicaron al club de Ervy: "Debiérase tolerarse a una sola clase de hombres, la de los Republicanos, Sans-culottes, Montagnards" [66]. El club de El Havre decidió que aquellos de sus miembros que perteneciesen a cualquier clase de corporación o hermandad deberían elegir entre el club jacobino y dichas corporaciones" [67]. El club de Besançon rechazó indignado abrir sus puertas a todos, alegando que "el malvado, mezclado con el bueno, predominaría en la sociedad" [68]. El club de Chablis vaciló aceptar afiliarse al club de las Ursulinas de Tonnerre y rechazó finalmente la proposición, fundado en que no era posible que hubiese dos clubes en una pequeña ciudad como la última de las citadas [69]. El secretario de Gerberoy pidió disculpas al club de Beauvais por no haber encontrado víctimas de *épurations*. Tres socios —los nombres de los cuales fueron debidamente transmitidos a Beauvais— debieron haber sido expulsados. Pero el alcalde formó un partido entre los "poco ilustrados", hizo apiñar una multitud ante el club y, pese a sus vicios, los tres incriminados fueron absueltos "por la multitud". Se desprende del texto entero de la comunicación que el firmante tenía conciencia de ser depositario de la razón y pertenecer a un grupo de gente escogida [70].

Por último, fue evidente aun para algunos de sus integrantes que los jacobinos conformaban una secta. Un miembro de Ars-en-Ré subrayó que "los discursos

morales pronunciados en las *décadis* representan muchos dogmas y, en consecuencia, mucha religión". Dicho miembro, para decir verdad, fue suspendido de inmediato [71]. Los jacobinos no declinaban su superioridad política final: ellos no eran fanáticos.

CAPÍTULO VIII

CONCLUSIÓN

I

Al jacobino que figuraba en nuestras tablas estadísticas como un próspero miembro de la clase media, como persona de una cierta representación en la comunidad, lo vemos ahora convertido en un fanático religioso. La ilustración que adquiriera a través de las lecturas públicas en los clubes y la concurrencia a las logias masónicas, se ha transformado en su mente en una superstición más ridícula que cruel. Y este hombre ha llegado a constituirse en una unidad mediante un proceso de prorrateo humano, de eliminación de las faltas de uniformidad. Nuevamente, no podemos escapar al hecho de que el lenguaje sea un utensilio inadecuado, y a la constancia de que nada, a la vez útil y verdadero, pueda afirmarse de nuestro jacobino, tal como se presenta a través de los documentos consultados. Porque, junto con absurdidades como el signo republicano de la cruz, la intolerancia de las *décadi* y la crueldad de docenas de pequeños Marats de provincias, encontramos ejemplos no innumerables de moderación, sentido común, tolerancia, buen humor de todas las más sazonadas y menos revolucionarias virtudes. En tanto carreras de clubes como los de Nantes y Burdeos están colmadas de matanzas y actos de corrupción, y en las de otros —Gray, Breteuil, Vesoul, Guéret—, la revolución no

parece haber alterado la decencia de la vida provincial. Podrían escribirse capítulos enteros sobre la moderación jacobina o sobre "El jacobino como ser humano" y, en aras de la honestidad, indicaremos algunos de los materiales que serían necesarios para componer dichos textos.

Son copiosos los ejemplos de la moderación jacobina. Podríamos indicar los nombres de muchos clubes que cumplieron a la letra —con sensibilidad, por tanto— el famoso decreto sobre libertad de cultos. El club de Fleurance, en el ápice del Terror, pidió a la municipalidad se reabriese la iglesia, inspirado en los principios de la tolerancia religiosa [1]. Otro club, respondió a una acusación acerca de que la esposa e hija de un juez de paz *fanatiques* (es decir católicas), con palabras quizás por encima del término medio del desinterés humano: "Considerando que a *M. le juge de paix* no se le debe culpar por la tontería de su familia, y que él mismo está libre en absoluto de ser un *fanatique*, si el hecho denunciado no causa perjuicios a la tranquilidad general y si el juez cumple con sus funciones adecuadamente, la sociedad se exime de tratar el pedido y pasa al orden del día" [2]. El club de Dijon, temiendo que el famoso *Collège Godran* fuese víctima de la nivelación revolucionaria, asumió la defensa de la antigua educación y del griego y latín, en particular. El ciudadano Baillot, en un discurso pronunciado en julio de 1793, pudo usar palabras que no hubieran desagradado a Burke: "Reformar, mejorar, pero no destruir. Es más fácil destruir los testimonios de la cultura y el talento que restaurarlos" [3].

El sentido común podrá oponerse a algunas de las absurdidades del ritual revolucionario. En el propio 1794, un club rechazó desdeñosamente la proposición de que los miembros que no usasen el igualitario "tu" fuesen multados [4]; otro, rehusó propiciar una moción en el

sentido de que la frase *Unité, Indivisibilité de la République, Liberté, Egalité, Fraternité ou la Mort* fuese inscripta sobre todas las puertas [5]. El secretario de Bourgoin replicó a un miembro que le objetó no usar el gorro de la libertad que "el patriotismo no consiste en ninguna forma particular de vestirse y que un verdadero patriota debe ser conocido tan sólo por sus acciones", requiriendo de la sociedad aboliese el decreto por el cual se solicitaba del personal utilizar el gorro. El club estuvo de acuerdo con él y resolvió "que cada individuo era libre de vestirse como quisiera" [6].

No es insólita la clemencia de los clubes. Los de la Alta Saona ayudaron complacientes al joven Robespierre en su propósito de establecer un poco de orden en el proceso de detención de sospechosos; por recomendación del club de Gray, éste dejó en libertad a veintiún detenidos que habían "sido ya suficientemente castigados" [7]. El *comité de bienfaisance* del club de Thonon intervino en favor de un ciudadano arrestado por trabajar en las *décadi* [8]. En Lila, un miembro se quejó al club, de que había sorprendido a un individuo maltratando inconsideradamente a algunos prisioneros realistas; el club remitió al individuo ante el tribunal revolucionario [9].

También el ingenio se esforzó por sobrevivir según trasciende de las constancias de los legajos. Probablemente, el jacobino de Breteuil que rebautizó la rue au Loup con el nombre de calle Marat fue un emboscado [10]. Pero el secretario de Château-Thierry, quien, después de describir cómo algunos misioneros del club habían sido tratados rudamente por los campesinos, continuó diciendo: "Bezu n'a échappé que par un excès de prudence et de bonheur", puede haber sido un buen jacobino pese a toda su malicia [11]. En cuanto al ciudadano de Ruan, autor de la proposición de que "los sacerdotes jóvenes y de edad madura se casen y los viejos hagan

lo que puedan", podemos asegurar que sustentaba una ortodoxia jacobina incuestionable [12].

Los jacobinos eran inclusive capaces de aburrirse, una de las características más extrañas al temperamento religioso. Los reglamentos del club de Porrentruy incluían esta útil previsión: "Si un orador desorienta o cansa a sus oyentes éstos pueden ponerse de pie; si lo hacen en número de doce, debe realizarse asamblea en la sociedad, y si la mayoría desea que el orador calle, éste deberá retirarse" [13]. He aquí algunas frases de los documentos de otro club: "El orden del día incluye la lectura del informe del señor Robespierre acerca de la conexión entre las ideas religiosas y morales y los principios republicanos; no ha llegado la lectura a su mitad, cuando el recinto se queda desierto y el presidente levanta la sesión" [14].

Pero si fuera posible restaurar la vida de todos los jacobinos, penetrando en la intimidad de los mismos y clasificándolos en dos grupos, el de los sensatos y el de los torpes, el primero sería numéricamente más grande que el segundo. Es posible, inslusive, que si tuviésemos acceso a toda la documentación de los clubes, podríamos verificar el hecho de que éstos registren más constancias acerca de la clase de hombres que acabamos de citar que en torno del tipo tan frecuentemente señalado en anteriores capítulos. Con todo, y con razón, consideramos al jacobino fanático, al republicano virtuoso con sus ritos, dogmas y política teológica, como al personaje con el cual debe entenderse la historia.

La más simple regla de lógica nos dirá que las características del jacobino que hacen a éste diverso de otros seres humanos son las que debemos asimilar precisamente al término "jacobino". Sólo si las mismas parecieran completamente accidentales o raras, tendríamos derecho a olvidarlas; y son demasiado numerosas como para ser accidentales. Inclusive, si queremos pensar

elevadamente de nuestro prójimo y nos persuadimos de que la mayoría de los jacobinos no aceptó nunca el jacobinismo, que nuestros centenares y centenares de Amigos de la Constitución, o de Amigos de la Libertad y la Igualdad eran, en verdad, hipócritas avisados que simulaban ser jacobinos por razones de seguridad personal, el hecho positivo es que actuaron como tales. Para aquellos de nosotros que debieron vivir bajo el régimen de la ley Volstead no importa mucho si esa gran figura popular del parlamentario de la ley "húmeda" o seca, existía o no en los hechos. Para los franceses de 1794 lo que importaba era la administración jacobina bajo la cual vivían y no la sinceridad individual de cada uno de sus miembros. Tampoco necesitamos presumir que la absurdidad del culto jacobino haya sido evidente para los seres anónimos de nuestras estadísticas. Después de todo, los jacobinos, considerados en su expresión mejor, no fueron sino una minoría; y la historia está colmada de locuras cometidas por minorías. No se necesita ni siquiera consultar el pasado de las sectas religiosas, con las cuales, sin embargo, los jacobinos tuvieron mucho en común. La sobria historia comercial está plagada de burbujas del Mississippi y los mares del Sur, de la fiebre del oro de California y la especulación con tierras en la Florida. Para muchos oscuros jacobinos, la Fe debe haber sido tan real como lo fuera indisputablemente para Robespierre. La hipocresía deliberada y consciente es, sin duda, una de las más raras características humanas. Tartufo no es un personaje común. Pocos hombres pueden separar sus actos de sus creencias. Cuando éstas parecen no acordarse con aquéllos podemos estar casi seguros que la persona no ha reparado en la desconformidad. El autoengaño es común en la misma proporción en que no lo es la hipocresía.

Si nos vemos enfrentados finalmente ante el re-

curso de tener que aceptar la definición de jacobinismo como una nueva clase de fe religiosa, deberemos responder a precisos interrogantes, si es que queremos extraer alguna conclusión de este estudio. ¿Cómo consiguieron los jacobinos establecerse en el poder, en 1793 y 1794, y hacer de la religión de estado, su religión? ¿Por qué fueron derrocados en Termidor? ¿Por qué la República democrática de los jacobinos tuvo tan breve vida? La respuesta a estas últimas preguntas parece ser más simple, y comenzaremos por intentarla.

La respuesta parcial es, por supuesto, que el jacobinismo nunca se extinguió en Francia. Su programa político fue casi enteramente realizado por la Tercera República, después de haber inspirado, durante un siglo, a los políticos radicales de todo el mundo. Su simbolismo sobrevivió en cien maneras. Fue familiar, como forma del temperamento religioso, a todos los que conocieron la Francia del siglo XIX. El Homais de Flaubert es un excelente jacobino. En lo que respecta a la Francia contemporánea, si el reformismo heredó evidentemente algunas de las tácticas jacobinas, también heredó algo de las ideas jacobinas acerca del catolicismo y lo indeseable de las grandes fortunas, ideas que pertenecen demasiado al siglo XVIII como para ser completamente válidas hoy día.

Pero, la Primera República se derrumbó y, con ella, la auténtica fe jacobina. Mathiez ha señalado la principal razón de su caída. El paraíso jacobino fue inalcanzable en la tierra. El club de Beauvais, al plantar su árbol de la libertad, cantó:

"L'arbre planté sur le calvaire
Est pour les Chrétiens le signe salutaire
Qui promet dans les cieux un bonheur éternel!
L'arbre que vous plantez dans ce jour solennel,
Est pour les citoyens que la raison éclaire
Le signe heureux du bonheur sur la terre!" [15].

¡El bendecido signo de la felicidad sobre la tierra! Pero, ¿qué cosas concede la ley jacobina? Guerra y alza de precios y, por tanto, el *maximum* y la escasez. Hambre, frío y, en aquellos días de poder arbitrario, inclusive prisiones; he aquí el lote de bienandanzas que tocó, a menudo, a quienes asumieron la causa jacobina. Maravilla muy poco, por tanto, que el número de los verdaderos jacobinos disminuyera. Y en lo que respecta a las clases bajas, al *peuple des tribunes*, en el cual los jacobinos se vieron obligados a recostarse, el paraíso prometido pareció cada vez más remoto. Es inútil decretar precios topes y prometer la justicia social mediante una redistribución de la propiedad confiscada a los *emigrés*. ¿Qué beneficio se extrae de ser un virtuoso *sans-culotte* si se debe continuar tan pobremente vestido y tal mal alimentado como antes?

Los hombres, con todo, son menos exigentes ante tales asuntos de lo que muchos esperanzados materialistas quieren admitir. Sin duda, los jacobinos devotos se sentían robustecidos y confirmados en su credo por la adversidad. Pero, para el hombre común, el jacobinismo no ofreció ninguna de esas satisfacciones sustitutivas que permiten al cristiano soportar el sufrimiento. Resulta suficientemente demostrado que, aun en sus días mejores el jacobinismo fue demasiado abstracto y constituyó una fe demasiado heroica para poder haber sido sostenida por el hombre común. Su ritual, como hemos visto, fue una mezcla inhábil de elementos seudoclásicos absolutamente por encima de la comprensión de la gente inculta, y prácticas cristianas demasiado deformadas como para convencer durante mucho tiempo al más torpe de los hombres. Los más prácticos y efectivos de sus cánones de fe y nacionalismo pudieron, tal como iba a mostrar el siglo XIX, excitar la imaginación de muchos hombres y disciplinarlos inclusive para que aceptasen privaciones. Pero los jacobinos nunca pu-

dieron con su propósito de monopolizar el nacionalismo francés; y, además, insistieron demasiado, ante el verdadero amante del país, en una virtud curiosamente compuesta de elementos humanitarios y puritanos. El amor de la patria, como el amor de la virtud, tiene su recompensa en sí mismo: pero la patria de uno es, a la vez, un ama menos exigente y más cercana a nosotros que la virtud.

Por lo demás, no debemos olvidar que el grueso de los jacobinos estaba constituido por respetables y prósperos burgueses. Por efecto de la excitación revolucionaria y la influencia de la filosofía del siglo XVIII, pudieron, a veces, hablar como socialistas. Las exigencias de sus aliados, la gente del pueblo, se sumaron a las de la situación económica causada por la guerra. La necesidad del racionamiento impuso el precio tope, y éste fue quizás el primer paso hacia una igualdad económica obligatoria. ¿Sorprende, acaso, que muchos hombres de negocios y terratenientes jacobinos, comenzasen a dar marcha atrás en 1794? No deben extraerse excesivas conclusiones del hecho que casi todos los clubes provinciales aceptasen el derrocamiento de Robespierre. En dicha época, las provincias estaban dispuestas a aceptar cualquier golpe de estado que se produjera en París. Sin embargo, a menos que todas nuestras nociones comunes acerca de la naturaleza humana fuesen defectuosas sería demasiado esperar que los poseedores de bienes encabezasen una revolución contra sus propios intereses. El jacobinismo ortodoxo, el de Robespierre y Saint Just, estuvo a dos dedos de lo que llamamos ahora socialismo. De aquí que el grueso de los jacobinos dejara de ser ortodoxo y el gobierno jacobino se precipitara a tierra.

Por último, como hemos visto, el gobierno revolucionario del Terror, reposó enteramente en las *sociétés populaires*. No pudo ni siquiera sostener la pretensión

de los modernos gobiernos parlamentarios de subsistir mediante una mayoría de votos de calificados ciudadanos. Una vez finalizada la participación activa de las sociedades, quedó solamente el grupo de políticos profesionales que describe muy bien el vocablo francés *fonctionnaires*. Las sociedades, con todo, comenzaron a cansarse de su papel político mucho antes de Termidor. Hemos visto cuán exigentes eran los deberes que se habían impuesto estos jacobinos de 1794; los comités, las misiones a la campaña infiel, las comisiones, las secretarías, las investigaciones en los mercados, la provisión de armas para el ejército, los hospitales. Hubiese sido demasiado esperar de los ciudadanos de los estados modernos, al principio ya de la revolución industrial, que asumiesen con sentido ateniense el gobierno propio. Aun antes de Termidor, el gobierno jacobino era ya una administración paulatinamente integrada, de *fonctionnaires;* y tal gobierno no tiene necesidad de elaborar formas religiosas de alto jacobinismo. Nada puede ser más ilustrativo a este respecto, que el estudio de la carrera posterior de los más activos jefes revolucionarios locales. Hombre tras hombre asumieron una actitud condescendiente bajo el Directorio y terminaron como magistrados o funcionarios de Napoleón: prefectos, subprefectos, alcaldes o jueces. Napoleón debió tanto al gobierno jacobino, por su administración civil, como a los ejércitos revolucionarios, por sus jefes militares. El jacobinismo y las *sociétés populaires* fueron, para hombres de esta clase, tan sólo incidentes profesionales. Para el grueso del pueblo las sociedades resultaron, durante un tiempo, una diversión sumamente interesante; tanto más divertidas, por supuesto, cuanto mayor su seriedad. La necesidad económica es, de por sí, suficiente para impedir que un gran número de hombres cultiven un pasatiempo a expensas de su vocación; y a la larga, los asuntos personales o familiares son pro-

bablemente más interesantes, para la mayor parte de los hombres, que los asuntos de estado. Aun cuando no hubiesen sido suprimidas, las *sociétés populaires* se habrían transformado en lo que estaban llegando a ser, precisamente, en 1794; meros sindicatos de funcionarios públicos [16].

II

La caída del jacobinismo, por tanto, puede ser relatada en forma absolutamente plausible; explicarla sería asunto muchísimo más dificultoso. No queremos decir que el triunfo de los jacobinos sobre los demás grupos durante la Revolución, sea completamente difícil de entender. Consideradas la organización y la fe que tuvieron dicho triunfo fue casi inevitable. Nuestro capítulo acerca de las tácticas jacobinas debería ofrecer por sí una adecuada exposición de esa victoria. No hay duda que sería tentador afirmar que el triunfo último, si bien breve, de los extremistas bien organizados puede ser aceptado como una especie de ley sociológica aplicable a todas las grandes revoluciones. El problema realmente interesante y sutil es examinar cómo los jacobinos llegaron a ser lo que fueron. Si las conclusiones del capítulo III poseen algún valor, éstos no eran, antes de 1789, ni gente frustrada, ni víctimas del desconformismo; no eran miembros de una clase más baja luchando contra la opresión de otra más alta, ni estaban unidos entre sí por la solidaridad económica. En su mayor parte, fueron gentes prósperas de la clase media. Y, sin embargo, se comportaron como fanáticos. El Reino del Terror fue marcado por crueldades y absurdos que el más grande de los misántropos difícilmente podría suponer característicos de seres humanos comunes. El nudo de nuestro problema, por tanto, es el siguiente: ¿cómo llegaron los jacobinos a instaurar o, por lo menos, a consentir el Terror?

Augustin Cochin observó con admirable claridad que todas las explicaciones del Terror se agrupaban en dos clases: una, representada por Taine, a la cual Cochin llama la *thèse du complot*, y otra, por Aulard, a la que define como la *thèse des circonstances* [17]. Taine, en una famosa metáfora, pregunta qué debería pensar un espectador que viese a un hombre en aparentemente buen estado de salud, beber un sorbo y precipitarse de pronto en el suelo víctima de ataque. Pues que la bebida evidentemente contenía un tóxico. El hombre, era el jacobino, y el tóxico, la filosofía de Rousseau. Los jacobinos, por tanto, era un grupo de locos resueltos a implantar el reino de Utopía. La Revolución fue urdida por estos hombres y transformada en un movimiento irresponsable en alas de la devoción fanática al citado ideal. La falta de principios que los distinguía hizo que fuera fácil para ellos, siendo una minoría, sobreponerse al buen sentido de la mayoría, e instalarse en el poder. Una vez en éste, tan sólo pudieron usufructuar el mismo mediante el Terror. Cochin acepta cierta variante de esta explicación. De acuerdo con lo que dice, los jacobinos formaban una "petite ville", una sociedad de idealistas desprovistos de sentido práctico, fanáticos dispuestos a imponer sobre sus compañeros de la "grande ville" un rígido código que dirigiera todas las acciones humanas, una ley completamente apartada de la conducta humana normal, como se nos muestra ésta a través de la tradición y la observación [18].

Ahora bien, no es imposible aceptar gran parte de dicha explicación. Los jacobinos fueron, sin duda, fanáticos de la religión de la humanidad. Resultaría atractivo sostener que la aceptación de ciertos principios de la filosofía del siglo XVIII —la igualdad esencial de todos los hombres, la bondad natural de los mismos— conduce, en los hechos, directamente al Terror.

El problema es que la aceptación estricta de dichos principios por Thomas Jefferson, por ejemplo, condujo a soluciones muy diferentes de las que se originaron al adoptarlos Maximilien Robespierre. Además, concediendo que los jacobinos formasen una "petite ville" como supone Cochin, ¿en dónde deberemos localizar la "grande ville"? Cochin pensó probablemente en los razonables franceses de la Tercera República, los cuales no eran socialistas, como en los verdaderos ciudadanos de la "grande ville". Pero aun en la relativamente estable nación-estado del siglo XIX, el realista descubrirá numerosas "villes", numerosos grupos de hombres con diferentes objetivos y medios de vida luchando por mantenerse a sí mismos y logrando tan sólo un equilibrio precario. Y, cuando este equilibrio fue completamente destruído durante la Revolución, la tal "grande ville" no existió en Francia. No la formaban ni los realistas, ni los católicos, ni los *feuillants*, ni los girondinos. Y si el ciudadano de la "grande ville" es tan sólo el hombre común que actúa razonablemente y de acuerdo con normas tradicionales, debemos reconocer que difícilmente existió tal tipo humano en la Revolución Francesa. Cualquier estudio de los varios grupos ya mencionados convencerá al observador imparcial que el estado de mente de los mismos fue algo tan anormal, tan inclinado a los extremos de crueldad y absurdo, como el de los jacobinos. El Terror Blanco fue tan real como el Rojo.

Sería quizás demasiado fácil esbozar aquí una síntesis de Taine y Aulard. Los jacobinos fueron una minoría organizada, dispuesta a imponer su modo de vida sobre los demás franceses; eso basta en cuanto a la *thèse du complot*. Pero, las circunstancias, la herencia del *ancien régime*, la presión de la guerra por la parte externa y de los disturbios civiles y la escasez de alimentos por la interna, crearon tales obstáculos en el

camino que los empujaron a los extremos violentos. El mero objetivo de la existencia los obligó a ser crueles e intolerantes. Inclusive, en sus ficticios actos de ritual, en sus catecismos y decálogos republicanos, los jacobinos parecieron vivir acorralados; el toque de hebraica furia que encontramos de tanto en tanto en las documentaciones no es del todo artificial. El gobierno revolucionario fue un gobierno de defensa nacional. Ningún espíritu imparcial necesitará negar el valor vital de la obra de Aulard. La guerra, fruto, por lo menos, tanto de la tradicional alta política europea como de la de cada jacobino en particular, hizo a éstos más rígidos y más enconados, ahorrándoles toda oportunidad de contemplarse como sujetos ridículos. Además, la introducción de circunstancias explica, por lo menos, la diversidad que anotamos respecto de Thomas Jefferson. Pero provee de escasa consolación al sociólogo y al historiador de hoy día, que trata de extraer del pasado leyes que permitirían a los seres humanos ajustar sus actos a las condiciones del presente. Porque las circunstancias de un gran acontecimiento como la Revolución Francesa son singularísimas, si no para el omnisciente, por lo menos, en su complejidad extrema, para el historiador. Los fatales "sies" de la historia —"si" Mirabeau no hubiese muerto; "si" el rey no hubiera huido a Varennes— entran en juego, y hacen imposible la inducción científica. Las creencias de los hombres son, para ciertos grupos, sostenidas en conjunto y relativamente fáciles de alcanzar; de igual modo, otros grupos pueden tener algunas características en conjunto similares y perfectamente descriptibles: posición social, ocupación, riqueza, graduación. Pero, ¿qué derecho tenemos a presumir que sus acciones puedan ser previstas a traves de estos datos?

El punto principal de nuestro estudio es precisamente éste: cuando uno considera los hechos materiales

acerca de los jacobinos —contorno social, ocupaciones, riquezas —encuentra testimonios suficientes sobre la prosperidad de los mismos como para suponerles vidas tranquilas, sin acontecimientos memorables, existencias moderadas, perfectamente normales. Al estudiar la crónica de sus hechos, encontramos que son violentos e intolerantes, pero no ridículos. Lo real, insistimos, es la antítesis. Donde la constancia material indica normalidad, hallamos anormalidad. El testimonio material parece real e importante: de aquí que los jacobinos presenten una paradoja contínua. Su ser *político* parece completamente diverso de su ser *real*. Las palabras y los actos de los *qua*, miembros de un club, no son los mismos que podríamos esperar de los *qua*, miembros de la sociedad civil. Para plantear el problema en la forma más descarnada posible, digamos que los jacobinos presentan durante brevísimo tiempo el extraordinario espectáculo de hombres que actúan al margen de sus intereses materiales.

Esto, por supuesto, no sucederá nunca. La interpretación económica de la historia nos dirá que, o nos hemos equivocado al examinar nuestros hechos, lo cual es siempre posible, o existe una explicación que nos presenta a hombres en adecuada y decorosa subordinación de los intereses materiales. La interpretación económica de la historia quizás no sea, después de todo, la explicación absoluta del Terror. Nos hallamos en un campo de pensamiento donde el psicólogo profesional podría servir indudablemente, de gran ayuda para mejorar la precisión de nuestros juicios. Pero para el profano la acción humana voluntaria deberá tener quizás una fuente más o menos directamente corporizada o física —deseo, hábito, deseo parcialmente intelectualizado en interés— o una mayor o menor fuente inmaterial e intelectual —principios, ideas, deseos completamente intelectualizados en ideal— o, finalmente, un

origen fundado en la mera casualidad. La primera alternativa sugiere la creencia, pasada ya de moda, de que los hombres actúan en función de principios, y nos hallamos en los carriles de la escuela de Taine. Si pudiéramos demostrar que las ideas jacobinas conducen lógicamente a las acciones jacobinas de 1794, no necesitaríamos preocuparnos por el hecho de que los intereses y costumbres jacobinos no suscitasen tales actos. Existe perfectamente la posibilidad de que la antigua creencia acerca de la importancia de las ideas esté justificada, por lo menos, respecto de ciertas crisis históricas o de ciertos grupos humanos. No hay siquiera necesidad de referirnos a ejemplos de locura colectiva como la Cruzada de los Niños, bastándonos tan sólo reflexionar acerca de la medida en que los *intereses* del hombre común se sintieron comprometidos en la época actual. Pero aceptar tal explicación nos llevaría a restaurar a las ideas en su papel de motor activo de la vida humana, colocando a la historia de las mismas, por lo menos en épocas de cambios decisivos, en un nivel similar al de la historia de las instituciones, las costumbres, el comercio y el resto del ambiente material del hombre. Todo esto contentará difícilmente al nuevo historiador para el cual la historia intelectual, es, en grado sumo, un reflejo de la historia social y las ideas son, en su mayor parte, producto decidido de los intereses materiales, con los cuales armonizan.

Existe la posibilidad final de aceptar que sea la fortuna el factor determinante de la conducta humana, hipótesis que no es tan sorprendente como pareciera. La fortuna puede representar para los seres humanos la inconmensurable complejidad de las cosas: o significar que los acontecimientos históricos —es decir, por supuesto, las acciones humanas— sean realmente inexplicables y se hallen al margen de la relación de causa y efecto, como supuso la ciencia del siglo XIX. Esto asig-

naría al juego de causa y efecto el papel que el artista, y acaso el filósofo, le han siempre supuesto, y autorizaría también el crédito de la historia narrativa. Pero aniquilaría la nueva historia.

III

Nuestros esfuerzos de investigadores e intérpretes en la sociología retrospectiva, quizá no hayan sido completamente satisfactorios. El tipo de información acerca de los jacobinos asequible al científico social, no nos ha provisto de ninguna explicación ingeniosa acerca de por cuáles razones los hombres toman parte en una revolución. Los jacobinos no parecen haber estado crudamente enfrentados con su medio antes de la Revolución; no se hallaban en la inopia y apenas constituían una clase social o económica determinada. Fueron, sin duda, un cuerpo colectivo —un grupo— de una cohesión fuera de lo común, razonablemente bien disciplinado, activo, con un programa definido, un ritual propio, una fe impregnada de sentimientos emotivos y una pertinacia y vitalidad que les permitieron sobrevivir a diversos cambios en la estructura política, a través de la Tercera República. Empero, los orígenes sociales y económicos de estos revolucionarios fueron tan diversos como para vernos obligados a pensar que gran número de ellos, al abrazar la causa jacobina, actuaron contra lo que debieron haber supuesto eran sus auténticos y egoistas intereses. Ante tan sorprendente conclusión la sociología se retrae, y con justicia. La desacreditada falacia intelectualista trata evidentemente de insinuarse, y no nos conviene ni por un momento, franquearle más el paso.

Pero si no nos hemos adelantado más en la tarea de adaptar a la Revolución Francesa los principios de la dinámica social, ¿no podríamos, al menos, ofrecer

una definición más clara del hombre jacobino, al final de este estudio? El problema que aquí se plantea, como en muchos otros aspectos de la historia moderna, es el de que sabemos al respecto demasiadas cosas. Parte de los reglamentos de un club podrán servir para orientar al historiador; la suma de centenares de ellos, por el contrario, lo confundirían. Cuando fracasa la estadística —y lo hace a menudo— no hay forma de descubrir qué es lo que pueda ser común a todos los jacobinos. Ninguna clasificación de los testimonios completos de estos clubes podrá ser hecha en forma de determinar el número de miembros de cada clase social que formaban la sociedad. Podríamos, sí, computar el número de referencias a Rousseau, pero, ¿serviría dicho cálculo para sopesar la influencia del escritor en los clubes? El historiador debe actuar de acuerdo al normal funcionamiento de su mente, la cual clasifica en forma pragmática y no muy precisa las experiencias de éste en la vida diaria y en igual modo ha de proceder con sus estudios históricos. No interesa pregonar cuán firme sea su honestidad ya que al efectuar dicha clasificación se comportará, en gran parte, como si se tratase de su propia historia personal. Descubrimos en los clubes jacobinos lo que consideramos importante; y la importancia, cuando no es matemática, es tan subjetiva, como buena o mala o dulce o amarga.

Acaso el verdadero jacobino no sea, sin embargo, sino el perfecto e insólito jacobino, producto de la imaginación, el jacobino digamos, de *Les Dieux ont soif*, de Anatole France. Raramente encontraremos a un norteamericano que sea igual al Tío Sam o a un inglés idéntico a John Bull y nunca hallaremos una francesa como la Marianne de los caricaturistas. A la verdad, y considerados meramente como un grupo de animales humanos, sin ropas ni afeites, ingleses, franceses y norteamericanos son probablemente más parecidos entre

ellos de lo que pudiéramos imaginar. Con todo, los tipos nacionales existen, siquiera sea sólo en nuestras mentes y aspiraciones. Definirlos, en cierta medida, importa crearlos; no interesa si creamos seres de carne y hueso o meros espantajos.

El auténtico jacobino a que nos referimos, que podrá ser un espantajo, pero confiamos sea un ser de carne y hueso, no está adscrito a ocupación, clase social, graduación ni riqueza algunas. Carece de intereses comunes, cotidianos, egoístas. Es un fanático religioso, un hombre inspirado y poseso, decidido a cambiar cada noche esta tierra en un paraíso personal propio. Cuál pueda ser su noción del paraíso es lo que hemos tratado de averiguar. No fue esto una noción insólita, una noción que muchos hombres de la época actual, de haberla acariciado, rechazarían, o sea, un lugar donde el dolor y la disputa no existan, donde las tradicionales virtudes cristianas hayan podido abolir para siempre los tradicionales vicios cristianos, donde los hombres sean libres e iguales y estén contentos con su libertad e igualdad. El jacobino no demostró ser revolucionario frente a lo que pudo creer fuese su paraíso personal, ni siquiera ante lo que creyó sobre una clase especial de paraíso, sino considerando el intento por realizar su paraíso aquí, en la tierra. Tal tentativa condujo al Terror. Nadie está facultado para acariciar desacuerdos en el paraíso. Cuando el jacobino descubrió que no podía convertir a quienes no coincidían con él, tuvo que tratar de exterminarlos. *La sainte guillotine* no recibió tal bautismo en nombre del espíritu de Villon o Rabelais sino en el de Calvino.

Ahora bien, el sentido común, para no referirnos a las ciencias sociales, nos dirá que la mayor parte de nuestros quinientos mil jacobinos no había sido forjada en el molde heroico. Empero, el Terror fue una realidad que no habrá de ser disminuída por la prueba

estadística de que todavía en 1794, la violencia fue la excepción, y no la regla. Los documentos más insignificantes —un programa de teatro, un plato de moda— no son documentos ordinarios sino señales de un mundo diverso. La mayor parte de los hombres, en 1794, comía, bebía, dormía y concurría a sus ocupaciones, sin duda, tal como lo hiciera en 1784; la mayoría era sin duda, tan estúpida, tan egoísta, tan bondadosa y tan buena, en el año 1794, como en el 1784. Pero en las vidas de algunos franceses, en alguna parte de las vidas de todos los franceses, alentaba esta indefinible e increíble muestra de acción y sentimiento que hemos llamado jacobinismo. Motivos de queja muy reales y terrenales habían contribuído a forjar tal muestra; hombres comunes, sensatos, egoístas, ayudaron también a crearla para lograr objetivos comunes, sensatos, o egoístas. Pero unos pocos hombres insensatos, desinteresados —en el uso corriente del término— y a la vez extraordinarios, ayudados por las circunstancias, habían, hacia 1794, convertido la muestra en la locura del verdadero jacobinismo. Sin embargo, la mayor parte de los jacobinos era gente normal. También pertenecían a sectores respetables de la clase media. ¿Qué les había sucedido? ¿Cuatrocientos noventa y nueve mil de ellos eran hipócritas que temblaban ante un millar de fanáticos? Probablemente no. Parece más factible que, por espacio de pocos meses, estos hombres comunes estuviesen trastornados por una fe, un contagio, una aspiración ultraterrenal. Jacques Dupont, el hombre de la calle, el hombre de los economistas, el hombre de los sociólogos, dejó por un momento de comportarse en la forma trazada para él por las citadas ciencias y emprendió, en cambio, la senda de los héroes de Carlyle o de los hombres representativos de Emerson.

El jacobinismo, por tanto, es antes que nada, una fe. Si no hubiese sido creyente, el jacobino resultaría in-

inteligible para nosotros. Tal como se nos presenta, fuerte o débil, alto o bajo, rico o pobre, caballero o vagabundo, lo que hace de él un jacobino no es ninguno de estos variables e individuales atributos sino una fe determinada. "Libertad, Igualdad, Fraternidad" pueden estar sujetas, como palabras, a definición, y contienen en germen infinitas disputas, pero como símbolos, fueron propiedad común jacobina, por encima de la lógica. Las emociones que suscitaron, permitieron a los jacobinos, por lo pronto, formar un cuerpo único, proveyéndoles de un fondo común de emociones congregadas, de una riqueza inagotable e inmaterial.

Ahora bien, andando el tiempo, esta inmaterialidad comenzó a aburrir a muchos jacobinos. Filósofos vigorosos que, suscribiendo interpretaciones utilitaristas o económicas, han pensado en forma demasiado elevada del prójimo, sostendrán, por supuesto, que el fondo debe haber sido material o mantener la promesa de la materialidad para haber conquistado el entero favor de los seres humanos. Para ellos debe existir de alguna manera una conexión entre la posición personal del individuo y la posición que asume en política. Acaso tengan razón como regla general, siempre que sea a la larga, y en tiempos normales. Sin embargo, nuestro estudio de los clubes jacobinos ha fracasado en establecer tal conexión para la Revolución Francesa. Ni la teoría de la lucha de clases ni la del desconformismo parecen contar por sí mismas para explicar la extraordinaria diversidad de socios en los clubes o la extraordinaria variedad de cosas que los clubes se esforzaban en hacer.

Lo que fue emprendido sinceramente como un estudio de moderna historiografía ha desembocado en una conclusión extraordinariamente parecida a la de la historia pasada de moda. Si el tema de las ciencias sociales es el hombre, tal cual se nos presenta, debemos aceptar que el jacobino se presenta con cierto rasgo sobrenatural. Tal como lo fuera para de Maistre, Wordsworth y Carlyle, la Revolución Francesa parece completamente inexplicable en términos de vida cotidiana, de sentido común, de sujeción a las leyes de la causalidad científica. Pero, quizás, no necesitemos, con todo, denominar a la Revolución un milagro. Tan sólo si el hombre se hallase a merced de sus más simples apetitos necesitaríamos recurrir a lo milagroso para explicar las aberraciones jacobinas. Si el mundo increiblemente complejo que el pensamiento humano ha sumado al de nuestros más inmediatos apetitos puede ofrecer, a veces, a hombres comunes motivos para actuar con fuerza todavía mayor que la de los citados apetitos, entonces la Revolución Francesa habrá de explicarse. Parece lastimoso tener que concluir que, a veces, algunos hombres —o, si se quiere, muchos hombres— creen, fundados en ninguna otra razón aparente fuera de la de querer creer, que sus creencias gozan, por lo menos, en parte, de vida independiente e inmaterial. Sin embargo, aunque más no fuese por su capacidad de ajustar su conducta a la ilusión y no a los hechos, el hombre es, con absoluta certidumbre, un animal aparte. No hay duda que no sería nada sorprendente el hecho de que un estudio sobre los jacobinos nos llevara a la conclusión de que no sólo de pan vive el hombre.

NOTAS

CAPÍTULO I

[1] Limoges, p. 206 (para referencias sobre esta forma ver Apéndice, p. 281).

[2] Ver capítulo III.

[3] Las mejores son las que reproducen las actas y listas de miembros de un club *in extenso*, con datos acerca de los dirigentes, relaciones con las autoridades gubernamentales, correspondencia y publicaciones. Son especialmente buenas las monografías sobre los clubes de Colmar, Bergerac, Rodez, Limoges, Tulle y Lons-le-Saulnier (ver Apéndice bajo los epígrafes con nombre de lugar). La gran colección de Aulard acerca de las jacobinos de París, aun cuando deba ser utilizada con cautela, muestra cuánto puede saberse acerca de un club cuyas actas han desaparecido por completo.

Una selección de estudios generales acerca de los jacobinos franceses incluirá: Cardenal, L., *La Révolution en province: Histoire des clubs jacobins* (1929); Walter, G., *Histoire des Jacobins* (1946); Castelmau, J., *Le Club des Jacobins, 1789-1795* (1948); Labrousse, Roger P., *Ensayo sobre el jacobinismo* (Tucumán, 1946); Markov, W., compilador, *Jakobinerund Sansculotten* (Berlín, 1956). Para los jacobinos fuera de Francia, consultar Godechot, J., *La grande nation. L'expansion révolutionnaire de la France dans le monde de 1789 a 1799*, 2 vols. (1956), con bibliografías, especialmente Vol. I, pp. 127-132.

CAPÍTULO II

[1] *Les Sociétés de pensée et la démocratie: Etudes d'histoire révolutionnaire* (1921).

[2] Crépin-Leblond, M. y Renaud, C., *Ephémérides moulinoises* (Moulins, 1926), p. 58 nota.

[3] Castres, p. 393 (para referencias en tal forma ver Apéndice, p. 281). Estas actividades sociales eran, a menudo, trasladadas a los clubes jacobinos. Solamente en 1791 los jacobinos de Perpiñán decidieron no permitir apuestas de más de un *sou* por

tableau en la lotería que se jugaba en los salones del club. *Arch. mun. Perpiñán*, I 348 (para referencias en esta forma, ver Apéndice, p. 281).

[4] *Les Sociétés de pensée et la Révolution en Bretagne* (1925), 2 vols.

[5] P. 449 (para referencias, en esta forma, ver Apéndice, p. 281). *Tabagie* es literalmente un "club para fumar".

[6] *Journal des Amis de la Constitution* (París), nº 7, enero 1791 (de aquí en adelante *Jour. A.-C.*).

[7] III, p. 359.

[8] p. 11.

[9] p. 53.

[10] p. 330.

[11] I, p. 435.

[12] p. 5.

[13] Auch 1, p. 158.

[14] p. 27.

[15] *Arch. Haute-Garonne* L 740.

[16] Auch I, p. 159. Y en Noyers "aun fuera de las reuniones los hermanos se amarán los unos a los otros como buenos y verdaderos amigos". *Arch. Yonne* L 1142.

[17] Epinal, p. 199.

[18] *La franc-maçonnerie française et la préparation de la Révolution* (1926).

[19] Como, por ejemplo, en Montauban, i, p. 132.

[20] Indre-et-Loire, p. 367.

[21] Balbeau, A., *Histoire de Troyes pendant la Révolution* (1873), i, p. 433.

[22] xx, p. 24.

[23] *Arch. Haute Garonne* L 740.

[24] Ver Funck-Brentano, F., *The Old Régime in France* (Nueva York y Londres, 1929), pp. 11-72.

[25] Para el Club Bretón, en general, ver París I, i, Introducción, y París IV.

[26] París IV, p. 28.

[27] El *réglement* del club de París está reproducido por completo en París I, i, pp. xxviii-xxxiii. Para un ejemplo de su imitación por parte de un club de provincia, ver Montauban, x, p. 7. En razón de que los clubes mayores se estructuraban sobre el modelo del de París, los menores hicieron lo mismo respecto del de la capital de la provincia. El club de Nuit-Saint-Georges, al encontrar los reglamentos del de Dijon "établi sur des bases pleines de justesse, il a été délibéré unanimement que ce réglement est adopté pour la Société, sauf des retranchements ou modifications en raison de la moindre population de cette ville" *Arch. Côte d'Or* L IV b. 14 bis f. 1.

[28] *Arch. Oise* L IV, primero de cuatro legajos sin clasificar del club de Senlis, f. 34.

[29] p. 27.

[30] p. 331.

[31] *Arch. mun. Perpignan* I 353.

[32] x, p. 8.

[33] p. 5.

[34] p. 10.

[35] I, i, p. xxix.

[36] Galley, *Saint Etienne et son district pendant la Révolution* (St. Etienne, 1903), i, p. 191.

[37] p. 12.

[38] *Arch. Aveyron* L, legajo sin clasificar del club de Sauveterre del día 31 de mayo de 1791.

[39] Ocho patrocinantes en vez de cuatro se requerían en Luneville para quienes habitaban fuera de la ciudad; pero "labradores" no residentes en Tulle podían ser votados sin la acostumbrada demora, inscribiendo sus nombres en la tablilla para anuncios. Lunéville, p. 338; Tulle, p. 9.

[40] p. 6.

[41] III, p. 527.

[42] i, p. 88.

[43] I, ii, p. 267.

[44] p. 293.

[45] Como por ejemplo, en Montauban, donde el personal de las ocho comisiones de correspondencia, finanzas, relaciones, admisión, asuntos militares, política, lectura y beneficencia, era renovado mensualmente por mitades. Montauban, x, p. 10.

[46] II, p. 101.

[47] *Arch. Corrèze* L 779.

[48] p. 118.

[49] p. 386.

[50] *Journal des Débats de la Société des Amis de la Constitution séante a Paris* (de aquí en adelante *Journ. Déb. Jac.*) nº 149, 26 de febrero de 1792.

[51] *Arch. mun. Perpignan* I 348.

[52] *Arch. Haute Garonne* L 752, 756. (El último es el Registro de la Comisión de Caridad Pública).

[53] *Arch. Haute Garonne* L 752, 19 de germinal del año II.

[54] Montauban x, p. 6; París I, i, p. xxxiii.

[55] Aulard, A., *Actes du comité de salut public* (1889-1923), ix, p. 146.

[56] Dreux, p. 242.
[57] Thonon, p. 90.
[58] Bourgoin, p. 458.
[59] Eymout.ers, p. 305, nota.
[60] *Arch. Meurthe-et-Moselle* L 3137 f. 111.
[61] *Arch. Haute Garonne* L 756 f. 305.
[62] p. 20.
[63] *Arch. Seine Inférieure* L 5643, 3 de mayo de 1792.
[64] Breteuil, p. 482; Cherburgo (1908), p. 382.
[65] Ver por ejemplo Béziers, p. 315, Cherburgo (1906), p. 331; Lila, p. 18; Montpellier, p. 548.
[66] i, p. 140.
[67] p. 65.
[68] Ver, por ejemplo, San Juan de Luz, pp. 128-129.
[69] p. 11.
[70] Lunéville, p. 339; Villenauxe la Grande, p. 47; Beauvais II, p. 139; Dreux, p. 7; Vire, p. 308.
[71] p. 482.
[72] p. 243.
[73] Auch I, p. 160; Vouneil-sur-Vienne, p. 148; Romans, p. 37; Agen, p. 150.
[74] *Arch. Yonne* L 1140 f. 3.
[75] p. 131.
[76] x, pp. 16-17.
[77] Ste. Jean de Maurienne, p. 10.
[78] *Arch. Meurthe-et-Moselle* L 1327, 2 de floreal del año II. He aquí otro ejemplo, transcrito literalmente de un pequeño club alsaciano: "n emand solle bedrunken in der Gesellschaft nachtheilige Auffuhrungen in der Bedrunkenheit erlaubte, so soll ihm von seiten das präs.denten die Entfuhrung angerathen und fürs zweitemahl sein Namen aus der Verbrüterung ausgestriefen werden und muss alsobald sein Billet zurückgeben". *Arch. Haut Rhin* L 119.
[79] Ver arriba, p. 22.
[80] *Arch. Yonne* L 1140, f. 95, 24 de setiembre de 1793.
[81] *Ibid.*, 9 de nivoso del año II.
[82] III, p. 520.
[83] p. 56.
[84] Beaufort-en-Vallée, p. 73.
[85] p. 36.
[86] *Arch. Seine-Inférieure* L 5600. Documentos del club de Bacqueville.
[87] p. 466.
[88] En el primer procedimiento del flamante club de Orthez

se llegó al extremo de decir que "la asamblea, reconociendo que la sociedad formada no tendrá *carácter legal* hasta tanto no esté afiliada al club de los jacobinos de París", resuelve tomar medidas para procurar dicha afiliación. Orthez, p. 7.
[89] Lila, p. 34.
[90] París I, v, p. 517.
[91] *Ibid.*, v, p. 57.
[92] *Ibid.*, iii, p. 618.
[93] Beauvais III, p. 536.
[94] *Ibid.*, p. 548.
[95] Villenauxe-la-Grande, p. 52. Villenauxe es una aldea; Sézanne, una ciudad mercado.
[96] p. 201.
[97] Crest., p. 343.
[98] Tulle, p. 36.
[99] *Ibid.*, pp. 129-150. Las ciudades eran Dijon, Montauban, Chartres, Poitiers, Marsella, Carcassonne, St. Germain-en-Laye, Burdeos, Landau, Orleans, Juillac, Aubusson, Tours, Castelnaudary, Cambrai, Limoux, Estrasburgo, Tolosa y Romans.
[100] Además de las ciudades cercanas llegaron visitantes de las sociedades de Pontarlier, Dijon, Amiens, Saint Malo, Montargis, Colmar, Pithiviers, Brest, St. Valéry-sur-Somme, Metz, Narbona, París, Dunquerque, Villeneuve-sur-Yonne y Le Mans. *Arch. Seine Inférieure* L 5654.

[101] He aquí las cifras de Chobaut:

Vaucluse	139	sociedades	154	municipios
Gard	132	„	352	„
Drôme	258	„	355	„
Alpes Bajos	117	„	260	„
Var	104	„	151	„
Bocas del Ródano . .	75	„	107	„
Total	825	„	1.409	„

Ver *Annales historiques de la Révolution française* (setiembre-octubre de 1926), Vol. iii, pp. 450-453.

[102] L. de Cardenal, *La Révolution en Province* (1929), p. 42.
[103] La tabla que sigue ha sido elaborada con material proveniente de los siguientes orígenes: Bergerac, p. 4; Ervy, p. 440; Bajos Pirineos, p. 492; Toreilles, P., *Histoire du clergé des Pyrénées-Orientales pendant la Révolution* (Perpiñán, 1890); Indre-et-Loire, x, p. 31, Peuchet, J., *Statistique élémentaire de la France* (1805); *Almanach royal* para 1792. Las cifras de los

departamentos de los Bajos Pirineos y el Aube han sido calculadas sobre estadísticas de algunos distritos solamente.

Dordoña	79	sociedades	410.000	habitantes
Aube	78	„	240.000	„
Bajos Pirineos . . .	96	„	385.000	„
Pirineos Orientales .	60	„	117.000	„
Indre-et-Loire	75	„	278.000	„
Totales	388	„	1.430.000	„

Aceptando que el número de habitantes de Francia en este período hubiese sido de 25.000.000 la proporc.ón nos dará, para todo el país, 6.783 soc edades.

[104] Convenimos aquí con la últ'ma opinión de Chobaut. Escribe éste que el número de sociedades "puede haber alcanzado los seis o siete millares, o quizás, más aún". *Annales historiques de la Révolution françaïse* (julio-agosto de 1929), Vol. vi, p. 407. Es d fícil que la invest'gación pueda corregir estas cifras.

[105] Chobaut, H., en *Annales historiques de la Révolution française* (setiembre-octubre de 1926), Vol. iii, p. 452.

[106] Hay un legajo en los arch vos nacionales de París con el nombre de "Etat des Sociétés populaires d'après les Etats envoyés par les munic'palités des chief-lieux de canton et celui remis par les Jacobins de Paris", conjunto evidentemente muy incompleto pero con una lista de 1.897 soc edades que representan a la total dad de los departamentos. Debe señalarse espec'almente que los centros adm nistrativos importantes están todos representados por clubes jacob'nos. Todos los *chef-lieux de departement*, y casi todos los *chef-lieux de district* contaban con clubes. La propia Vendée tenía nueve. El documento carece de fecha, pero como se designa en el mismo a Lyon como *Commune Affranchi* y se incluye al departamento de Mont Terrible, la compilación no fue probablemente concluida antes de la primavera de 1794, *Arch. nat.* F. la. 548.

[107] Colmar, pp. 456-478.

[108] Esto parece verdad también respecto del Indre-et-Loire. La siguiente lista ofrece el número de miembros para trece clubes, en el distrito de Tours, en 1794, con la población de las ciudades entre paréntesis. La fuente para la asociación es Indre-et-Loire, x, p. 31. No podía encontrar datos conven entes para el período, pero he recurrido a cifras del *Dictionnaire des postes et télégraphes* para 1898-99. Pocas de dichas comunidades rurales pueden haber crecido mucho en el intervalo. Pero aun cuando dichos lugares fuesen la mitad de grandes en 1794, que en 1894, la verdad es que su proporción de jacobinos es menor

que en el Alto Saona o en el Gard. Joué, 64 (2.462); Azay-sur-Cher, 22 (1.107); St. Avertin, 28 (1.723); Luynes, 31 (1.948); Vouvray, 54 (2.361); Montbazon, 47 (1.143); Rochecorbon, 52 (1.544); St. Christophe, 54 (1.103); Montlou s, 43 (2.053); Véretz, 23 (787); Fondettes, 22 (211); Sorigny, 28 (1.080).

[109] Malouet est'ma el número total de jacob'nos en 300.000; Grégo're, lo mismo; M. J. Chénier, en 400.000. Todas estas cifras aparecen citadas en *Origines de la France contemporaine*, de Taine, 12ª edición (1885), Vol. III, p. 63. Taine optó por el número menor. S n embargo, considerando las cantidades anter'ores y el número de los clubes, no creo que un total de med'o m'llón de jacobinos inscr ptos, en la época del Terror, represente una cifra demasiado elevada.

[110] *Arch. mun. Avallon* I.2.23.10.

[111] *Arch. Côte d'Or* L IVb. 14bis.1.

[112] *Arch. Côte d'Or* L IVb. 14.1.

[113] *Arch. Oise* L, primero de cuatro legajos sin clasificar del club de Senlis.

[114] *Arch. Se'ne Infér'eure* L 5641, 27 de julio de 1791; L 5645, 30 de frimario del año II.

[115] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 2 de floreal del año II.

CAPÍTULO III

[1] Por ley del 25 de vend'miario del año III, dada durante la reacc'ón term'doriana como una medida policial para el mejor contralor de los clubes, cada uno de éstos fue obligado a proveer una l'sta de sus m embros, con ind cac ón de edades, nombres de pila, ocupación, lugar de nacimiento, res'dencia antes y después de 1789, y día en que resultaron electos en el club. Tales nóminas están, a menudo, pésimamente redactadas, pero lo positivo es que muchas de ellas han pod do sobreviv r. Donde no ex sten tales listas, pueden extraerse nóm nas adecuadas de casi la totalidad de los soc'os, de las actas mismas de los clubes. Es verdad que después de Termidor muchos de los clubes se transformaron en auténticos instrumentos de reacción (ver Lefebvre, Guyot y Sagnac, *La Révolution française* [1930], p. 262). Pero creo que la mayor parte de las listas usadas en este estud.o pertenecen a buenos jacobinos.

[2] Saverne, pp. 23 ff.

[3] Estas aldeas son Faverney, Gaillefonta'ne, Manneville-la-Goup'l, Marevil, Pechbonnieu, St. Doulchard, St. Saëns, Vauvert, Villemur y Vilquiers.

[4] Por ejemplo, un cierto Ricard aparece en los archivos del club de L'bourne como *marino* (*Arch. mun. Libourne*, legajo sin

clasificar de club jacobino), término que difícilmente tenga otra acepción que *marinero*, ocupación muy modesta; sin embargo, en la lista de la *taille* (*Arch. Gironde* L 842) aparece como *maître de barque*, con el pago de 39 libras cuando el promedio para los habitantes masculinos era de 16.

[5] *Arch. Aveyron* C 597 f.43.

[6] La *capitation* de los *privilégiés* iba regularmente por lista separada. Prácticamente no he podido encontrar tales listas.

[7] En Tolosa, por ejemplo, una gran ciudad con considerable margen de gente pobre, apenas pude encontrar una docena de jacobinos que no pagasen impuestos. Páginas tras páginas de nóminas de *capitation* cuando se levantaban éstas en los barrios más pobres, y ocupaciones como *travailleur, matelot, rapeur de tabac, manoeuvre, fondeur de suif, mendiant, portefaix y journalier*, surgen de continuo, sin que aparezcan casi nunca en las mismas, nombres de jacobinos.

[8] En el Apéndice se hallarán bajo el correspondiente nombre de lugar las autoridades que proveen los materiales en los que se fundan estas estadísticas.

[9] Albi, Belfort, Bourges, Gaillefontaine, Lunéville, Nuits-St. Georges, Rambouillet, St. Saëns, Thonon, Ventes d'Eawy.

[10] Beauvoisin, Belfort, Beynat, Billac, Bourges, Brive, Castres, Dieuze, Gaillefontaine, Giromagny, Lescure, Londinières, Lunéville, Manneville-la-Goupil, Martres-Tolosane, Pont-à-Mousson, Rabastens, St. Saëns, Thann, Turena, Vauvert, Verfeil y Villemur.

[11] Belfort, Beynat, Billac, Bourges, Brive, Castres, Dieuze, Giromagny, Lescure, Lunéville, Manneville-la-Goupil, Martres-Tolosane, Pont-à-Mousson, Thann, Turena y Villemur.

[12] Ver nota 1, p. 251.

[13] Dichas nóminas, o por lo menos, *dossiers* de muchos de los terroristas, pueden ser encontradas frecuentemente en los archivos departamentales de las series L, clasificados de ordinario bajo el rubro *police générale*.

[14] Chobaut llama la atención acerca de la complejidad del problema de las variaciones del personal de los clubes en los *Annales historiques de la Révolution française* (julio-agosto de 1929), Vol. vi, p. 407. (Parece convencido de que en partes de Francia, por lo menos, las *sociétés populaires* se reclutaban en gran medida, en el *peuple*).

[15] Albi, Auterive, Auxerre, Avallon, Beauvais, Blagnac, Bourges, Dijon, Frouzins, Grenoble, Lavalette, Lila, Montjoire, Nancy, Nîmes, Rieumes, Rodez, Ruan, Tolosa y Tulle. Para las fuentes, es decir para las nóminas de terroristas y listas de impuestos, ver el Apéndice, bajo el nombre de lugar respectivo.

[16] Albi, Auterive, Beauvais, Blagnac, Burdeos, Bourges, Dijon, Frouzins, Grenoble, Lavalette, Lila, Montjoire, Rieumes, Rodez, Tolosa y Tulle.

[17] Entre los que fueron puestos bajo guardia policial en Lila, como partidarios de Robespierre, había seis prósperos hombres de negocios, un abogado, tres miembros de profesiones liberales, doce oficiales del ejército (*no* suboficiales), dos funcionarios y un trabajador. Lila, p. 216. Para una información más detallada acerca de la posición social de los terroristas, ver el artículo de este autor, "Les origines sociales des terroristes" en *Annales historiques de la Révolution française* (noviembre-diciembre de 1928), Vol. v, pp. 521-529.

[18] p. 18.

[19] pp. xxx-xxxvii.

[20] pp. 325 ff.

[21] I, p. 77.

[22] p. 339, nota 2.

[23] p. 36, nota.

[24] p. 151.

[25] pp. 507-508.

[26] p. 47.

[27] II, pp. 266-268.

[28] Lila, p. 71, p. 79.

[29] pp. 60-61.

[30] *Arch. mun. Beauvais*, I 45.

[31] p. 82.

[32] Charnècles, octubre 5.

[33] *Arch. Haute Garonne* L 740-749.

[34] *Arch. Allier* L 901.

[35] *Arch. Gironde* L 2160 bis.

[36] Una interesante lista de personajes definidos por De Cardenal como "ces conducteurs de petites masses, des escouades de la Révolution" apare en *La province pendant la Révolution*, p. 57, del citado autor.

[37] *Annales historiques de la Révolution française* (enero-febrero de 1928), Vol. V, p. 76.

[38] Si se compara la nómina de miembros del club de Rodez, en la monografía de Combes de Patris, con la facultad del *collège de Rodez* y con el capítulo de la catedral, los cuales aparecen en las listas de impuestos para 1788-1789, se verá que mientras el colegio se halla sólidamente representado, el capítulo lo está apenas. *Arch. Aveyron* C 597, 598.

[39] Blois, p. 16 y nota.

[40] *Arch. Gironde* L 2108.

[41] *Arch. Allier* L 901, 10 de ventoso del año II.

[42] *Arch. Haute Garonne* L 752, 7 de floreal del año II.

43 *Arch. Gironde* L 2160, f. 255.

44 *Arch. Côte d'Or* L IVb.9.2.

45 París I, vi, p. 79.

46 *Arch. Aveyron* L 304.

47 La Garde-Freinet, p. 46.

48 *Arch. Haute Garonne* L 752, 1 de germinal del año II.

49 Labroue señala que en el propio 1791, los prósperos fundadores del club de Bergerac admitieron gran número de *bourgeois* menos prósperos y que, en los hechos, el personal del club era, a fines del citado año, tan democrático como pudo serlo en cualquier otro período. Bergerac, p. 21 y nota.

50 En el Havre, por ejemplo *(Arch. Seine Inférieure* L 5641), y en Libourne *(Arch. mun. Libourne*, sin clasificar).

51 Para los documentos ver *Bib. Burdeos* MSS 1037.

52 *Ibid.*, f. 3.

53 "L'orateur a eu l'honneur ensuitte de presenter le droit de l'homme et du citoyen, encadré et sous glace. A cest hommage bien cher a nos coeurs, le fruit de la saine Reson et de la philosophie du dix-huitième siecle, la societte a temoigné sa reconnaissance". *Ibid.*, f. 9.

54 Ver el capítulo V para la consideración de este punto como parte del interrogante acerca de la medida en que el programa jacobino fue "socializante".

55 p. 368.

56 p. 89.

57 p. 94.

58 p. 37.

59 Surge esto evidente a través de obras como las de Mortimer-Ternaux y Wallon; pero con mucha mayor evidencia es puesto de manifiesto en el tipo de historia local que muestran los informes de los *représentants en mission* en las *Actes du comité de salut public*, de la colección de Aulard.

CAPÍTULO IV

1 Este asunto está tratado en París I, i, pp. xc-ciii y en Coutances I, pp. 4-31. De aquí que el sumario que presentemos sea muy breve.

2 Ver, por ejemplo, Montauban, i, p. 125. La municipalidad de Tolón fue obligada a prohibir concretamente al club continuar recibiendo ciudadanos "pasivos". Tolón, p. 11.

3 Ver particularmente Blois, Montauban y Colmar.

4 Ver, por ejemplo, la "pétition individuelle des citoyens actifs réunis conformément a la Loy", que pertenece evidentemente, al club de Metz. *Arch. nat.* C 174, l. 446. Muchas peticiones similares puede encontrarse en *Arch. nat.* C 173, 174.

5 París VII, p. 8.

6 He aquí la lista del 7 de noviembre de 1791 del club de Montauban: *Moniteur, Journal de Paris, Chronique de Paris, Annales patriotiques* (Mercier), *Gazette universelle, Patriote français* (Brissot), *Feuille villageoise, Journal des Débats des Amis de la Constitution de Paris, Journal des Débats de l'Assemblée nationale, Ami des Citoyens* (Tallien), *Courrier des Pays Bas, Journal patriotique* (Marandon de Burdeos) y un periódico local, las *Nouvelles Intéressantes.* Montauban, x, pp. 13-14.

7 Cherburgo (1906), p. 334.

8 *Arch. Haute Garonne* L 755.

9 Arch. Yonne L 1140, 25 de mesidor del año II.

10 El club de Tours. *Jour. A.-C.*, no. 20, 12 de abril de 1791.

11 x, p. 12.

12 I, ii, p. 605.

13 I, iii, pp. 323-331.

14 I, iv, p. 431.

15 I, iv, p. 620.

16 Toul, p. 81.

17 Bergerac, p. 97. Aparentemente, se recibió todo este envío, el 27 de febrero de 1791.

18 Para una lista típica, ver la ya indicada nota 6. Después de 1791, por supuesto, el *Ami du peuple*, de Marat, y aun el *Père Duchesne*, integraron las lecturas ortodoxas jacobinas.

19 Para estudiar la complicada historia de los periódicos auspiciados oficialmente por los jacobinos de París, ver Paris I, i, pp. cviii-cxxiii y Tournex, M., *Bibliographie de l'histoire de Paris pendant la Révolution* (1894), vol. ii, pp. 377-379.

20 *Arch. Haute Garonne* L 740, 3 de noviembre de 1790.

21 p. 162.

22 Nantes I, p. 270; Châlons-sur-Marne, p. 268.

23 *La Vedette, ou Journal du Département du Doubs*, no. 1, noviembre de 1791 (de aquí en adelante, *Ved.*).

24 Ver anteriormente, p. 78.

25 Tourneux, *op. cit.*, vol. ii, pp. 380-432.

26 Epinal, p. 198.

27 Thann, xiii, p. 224.

28 p. 122.

29 *Jour. Déb. Jac.*, 29 de noviembre de 1791.

30 Delon, P., *La Révolution en Lozère* (1922), p. 566.

31 *Le Spectateur du Sud de la France* (Tolosa), 1 de enero de 1791.

32 II, p. 147.

33 p. 206 ff.

34 Beauvais III, p. 988.

[35] Barbé, J., "Le théâtre à Metz pendant la Révolution", *Annales historiques de la Révolution française* (julio-agosto de 1927), Vol. iv, p. 386.

[36] p. 34.

[37] Ver, por ejemplo, Aix-en-Provence, xiii, pp. 289-290.

[38] p. 360.

[39] Trets, p. 219.

[40] Bergerac, pp. 199-202. Dorfeuille puede ser rastreado más tarde en Paris I, iv, pp. 553, 567, 620, 632; v, 3, 18.

[41] p. 419.

[42] *Arch. mun. Avallon,* I. 2. 23. 8.

[43] p. 25.

[44] p. 140.

[45] Aulard, *Le culte de la Raison et le culte de l'Etre Suprême* (1892), p. 127.

[46] *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 9, 11 de enero de 1792.

[47] p. 144.

[48] Saverne, p. 84.

[49] II, p. 536.

[50] Estrasburgo, p. 167; Lons-le-Saulnier, p. 63; Bergerac, p. 93.

[51] *Arch. Gironde* L 2160, 14 de junio de 1791.

[52] *Arch. Haute Garonne* L 740, 1 de diciembre de 1790.

[53] Rodez, p. 24.

[54] *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 8.

[55] Paris I, ii, p. 520.

[56] Prospecto de elecciones del club de Burdeos, en los documentos del club de Rodez.

[57] i, p. 167.

[58] *Journal des Clubs,* no. 2, 25 de noviembre de 1790.

[59] pp. 103, 138, 120.

[60] p. 173.

[61] p. 35.

[62] Poitiers, p. 469.

[63] pp. 512-513.

[64] *Arch. Haute Garonne* L 740, 9 de julio de 1793.

[65] I, iv, p. 225.

[66] Eymoutiers, pp. 306-307.

[67] Aix-en-Provence, xiv, pp. 267, 470; xv, 16-24.

[68] p. 260.

[69] p. 80.

[70] pp. cii ff.

[71] *Journal des Clubs,* no. 13, 22 de febrero de 1791.

[72] *Arch. Deux-Sèvres* L 171.

[73] p. 370.

[74] Poitiers, pp. 422-428.

[75] Paris I, ii, p. 134 y para los clubes monárquicos de París, en general, Paris X.

[76] Poitiers, p. 298.

[77] p. 129.

[78] Paris, I, ii, p. 318.

[79] (1908), p. 381.

[80] Ver Béziers, p. 266; Montauban, x, p. 292; Gray, p. 50; Indre-et-Loire, p. 382; Monpazier, p. 17; *Jour. Déb. Jac.*, no. 64, 21 setiembre de 1791; *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 9, 23-25 de octubre de 1791.

[81] *Arch. Haute Garonne* L 740, 4 de diciembre de 1790.

[82] Morbihan, v, p. 259.

[83] Paris I, i, p. 60.

[84] pp. 9-11.

[85] Por ejemplo, Indre-et-Loire, p. 379; Chateuroux, p. 34; Chauny, p. 8.

[86] p. 85.

[87] *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 9, 1 de enero de 1792.

[88] *Arch. nat.* C 173. 1. 436.

[89] Ver anteriormente, p. 74.

[90] En Blaye, *Arch. Gironde* L 2160 f. 186.

[91] En El Havre. *Arch. Seine Inférieure* L 5643, 26 de agosto de 1792.

[92] *Ved.*, no. 42, 30 de marzo de 1792.

[93] *Arch. mun. Perpiñán* I 353. f. 35.

[94] Algo similar parece haber sucedido en Bergerac. Ver Bergerac, p. 185.

[95] p. 360.

[96] *Arch. Gironde* L 2160 f. 18.

[97] Paris I, i, p. 42.

[98] *Ibid.*, i, p. 28.

[99] *Ibid.*, iii, p. 146.

[100] Sisteron, pp. 14-32.

[101] Paris I, i, p. 120.

[102] *Moniteur*, no. 319, 15 de noviembre de 1790; *Révolutions de France et de Brabant*, no. 54, noviembre de 1790.

[103] Indre-et-Loire, p. 381.

[104] pp. 66-68.

[105] p. 77.

[106] *Jour. Déb. Jac.*, no. 87, 31 de octubre de 1791.

[107] *Arch. Haute Garonne* L 746, 13, 16 de mayo de 1793.

[108] Poitiers, pp. 506-519.

[109] *Arch. Yonne* L 1140, 30 de junio y 11 de agosto de 1793.

[110] Limoges, p. 165.

[111] Paris I, iii, p. 360.
[112] *Arch. Seine Inférieure* L 5672 f. 3.
[113] p. 114.
[114] *Arch. Seine Inférieure* L 5672 f. 3.
[115] *Jour. A.-C.*, no. 11, del 8 de febrero de 1791.
[116] Ver Paris I, i, p. 111, para numerosas peticiones desde provincias acerca del asunto.
[117] Paris I, ii, p. 336.
[118] *Tableau des évènements qui ont eu lieu à Bordeaux* (1794). *Bibl. Burdeos* 713. 2. 48.
[119] Ya en marzo de 1792 Hyon dijo, en el club de París, que para lograr sus fines "los principales puntos consisten en hacer públicas las sesiones; en votar en las mismas decretos que serán comunicados a otras sesiones por medio de delegados especiales que se darán cita en el ayuntamiento". *Jour. Déb. Jac.*, no. 159, del 14 de marzo de 1792.
[120] I, iii, p. 335.
[121] I, iii, p. 345.
[122] IV, p. 86.
[123] Ver, por ejemplo, I, iv, p. 143 y *Moniteur*, no. 211, del 29 de julio de 1792 (Denuncia de Bulté); I, iv, p. 124 y *Moniteur*, no. 206, del 24 de julio de 1792 (delegación de Orleans); I, iii, p. 436 y *Moniteur*, nos. 82 y 84, 22 y 24 de marzo de 1792 (Empleados de *Fermes*). Podemos multiplicar indefinidamente citas de tales ejemplos.
[124] Ver el ejemplar de las actas del concejo deliberante de Sierck, enviado al club en octubre de 1791. I, iii, p. 183.
[125] I, ii, p. 303.
[126] I, ii, p. 220.
[127] I, i, p. 60.
[128] *Arch. Gironde* L 2160 bis, 10 de pradial del año III.
[129] *Arch. nat.* D III. 305.
[130] *Arch. Yonne* L 1140, 5 de germinal del año II.
[131] *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 10, 3 de frimario del año II.
[132] p. 23 y nota.
[133] pp. 41-45.
[134] p. 83.
[135] p. 492.
[136] p. 35.
[137] p. 204.
[138] p. 14.
[139] I, iii, p. 595.
[140] p. 323.
[141] Coutances I, p. 45; Vannes, p. 498.
[142] *Arch. Seine Inférieure* L 319, 18 de pradial del año III.

[143] *Jour. A.-C.*, no. 17, 22 de marzo de 1791.
[144] St. Amand, p. 456.
[145] p. 547.
[146] I, p. 184.
[147] Auch I, p. 191.
[148] p. 187.
[149] *Ved.*, no. 40, 23 de marzo de 1792.
[150] Thonon, p. 107.
[151] Châlons-sur-Marne, p. 68.
[152] p. 114; ver también Lescar, p. 487; Estrasburgo, p. 527.
[153] p. 185.
[154] p. 161.
[155] p. 137.
[156] p. 11.
[157] p. 20.
[158] *Ved.*, no. 13, 18 de diciembre de 1792.
[159] Bergerac, p. 92. Sería interesante, aunque muy difícil, seguir en detalle las peticiones, requerimientos, "invitaciones" y otros actos de cualquier club, y observar cómo eran recibidos por las autoridades gubernamentales. He intentado, en general, la tarea a través de fuentes impresas, tan sólo para indicar lo que se podía hacer, con tiempo y paciencia, en los archivos. Según notas de la excelente monografía de Libois sobre Lons le-Saunier, surge que, de 46 solicitudes al gobierno municipal, 11 al distrito, 26 al departamento y 13 a varias autoridades, o sea 96 en total, 30 fueron concedidas, 5 rehusadas, 12 encarpetadas, pospuestas o aplazadas, 3 casi anticipadas, y de las otras, 46 no hay trazas. De acuerdo con las investigaciones de Plantez sobre el club de Orthez tenemos que de 23 peticiones a la municipalidad local, 10 al distrito, 12 al departamento, 21 a diversas autoridades, es decir, 66 en total, 17 fueron aceptadas, 2 rechazadas, 8 pospuestas sin que hayan quedado señales de las 39 restantes. En Auxerre, a juzgar por los archivos municipales (Demay, *Procès-verbaux de l'administration de la ville d'Auxerre*), hasta 1792, 14 pedidos del club habían sido concedidos, y 2 rechazados.
[160] París V, p. 30.
[161] París I, iii, p. 196.
[162] I, iii, p. 384.
[163] I, i, p. 404.
[164] I, iii, p. 225.
[165] I, iii, p. 410.
[166] Autoridades: para Moulins, *Arch. Allier* L 901; para Tolosa, *Arch. Haute Garonne* L 750. 751; para Castres, *Arch. Tarn*, L sin clasificar; para Albi, *Arch. Tarn* L sin clasificar; para Bri-

ve, *Arch. Corrèze* L 760; para Metz, Metz, pp. 94-99; para St. Jean-de-Maurienne, St. Jean-de-Maurienne, p. 79.

[167] p. 129.

[168] Los clubes no eran tan arrogantes en sus relaciones con los diputados en misión, en 1793 y 1794, como lo habían sido con todas las demás autoridades, en los dos años anteriores. Por ejemplo: "Vilestivaud replica que la sociedad no es juez de la conducta de los servidores del estado; su deber es limitarse estrictamente a describir los hechos que les conciernen ante el representante en misión". Limoges, p. 160.

[169] Las frases francesas "épurer une administration" y "épuration" son completamente intraducibles al inglés. Indican, por supuesto, la eliminación de los oponentes al partido que está en el gobierno. Durante el Terror, la tarea se cumplió sin pretensiones de legalidad y por encima de los poderes casi ilimitados que había asignado la Convención a los diputados en misión.

[170] Aulard, *Actes du Comité de Salut Public*, x, p. 265.

[171] *Ibid.*, x, p. 327.

[172] *Ibid.*, ix, p. 309.

[173] *Ibid.*, x, p. 253.

[174] *Ibid.*, xiii, p. 144.

[175] *Ibid.*, x, p. 599.

[176] *Ibid.*, ix, p. 68. (El texto en bastardilla es nuestro.)

[177] *Ibid.*, x, p. 310.

[178] La carrera de Lakanal en Périgord es un buen ejemplo de la forma en que un hábil diputado podía ser amo de un club. Ver Bergerac, pp. 297 ff. y Labroue, H., *La mission du Conventionnel Lakanal dans la Dordogne* (1913).

[179] *Documents pour servir a l'histoire de la Révolution française dans la ville d'Amiens* (Amiens, 1897-1900), vii, pp. 466-471.

[180] Carcassonne, p. 311.

[181] *Ibid.*, p. 314.

[182] Nantes II, p. 114.

[183] *Arch. Yonne* L 761, 7 de ventoso del año II.

[184] p. 127.

[185] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 17 de ventoso del año II.

[186] *Arch. Yonne* L 1130 f. 1 y f. 5.

[187] *Arch. Côte d'Or* L IVb. 14. f. 4.

[188] p. 164.

[189] p. 452.

[190] p. 30.

[191] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 7 de germinal del año II.

[192] Thann, xv, pp. 386-388.

[193] Dreux, p. 212.

[194] *Arch. Haut Rhin* L 119 f. 13.

[195] *Arch. Haute Saône* L 359. 1.

[196] p. 7.

[197] Chobaut, H., "Le nombre des Sociétés populaires du Sud-Est en l'an II", *Annales historiques de la Révolution française* (1926), iii, p. 454.

[198] Para otros ejemplos de sociedades rurales, ver Villenauxe-la-Grande, Villecroze, Callas, Artonne, Vouneuil-sur-Vienne, La Garde-Freinet, St. Arnoult y Larche. Las sociedades más agresivas que hayamos encontrado se encontraban en Normandía; entre ellas las de Bacqueville (*Arch. Seine Inférieure* L 5600) y Manneville-la-Goupil (*Ibid.*, L 5672).

[199] Para un análisis de las actividades económicas de los clubes, ver de Cardenal, *La Révolution en province* (1929), Libro IV, Cap. VI.

[200] *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 10, 21 de pradial del año II.

[201] *Arch. Yonne* L 1140, 14 de junio de 1793.

[202] *Ibid.*, 6 de brumario del año II.

[203] *Arch. Seine Inférieure* L 5644, 18 de setiembre de 1793.

[204] *Arch. Haute Garonne* L 752, 8 de ventoso del año II.

[205] p. 84.

[206] *Arch. Aveyron* L, sin clasificar, legajo del club de Millau.

[207] *Arch. Haute Saône* L 359. 1, 19 de pluvioso del año II.

[208] *Arch. Côte d'Or* L IVb. i4. f. 28.

[209] Ste. Marie-aux-Mines, p. 280.

[210] *Arch. Gironde* L 2160 f. 186.

[211] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 17 de floreal del año II.

[212] p. 260.

[213] *Arch. Haute Garonne* L 756, 8 de ventoso del año II. Nuevamente, en las actas de otro club: "La société a nommé des commisaires pour engager la municipalité d'enjoindre a tous les oberjistes, caffetiers, etc., de placer un baquet chez eux propre a recevoir les urines de citoyens qui fréquentent leur maisons, et d'inviter en meme temps cette otorité de prendre pareille mesure dans tous les cartiers de la commune, ainsi qu'a l'hopital". Crest, p. 331.

[214] *Arch. Meurthe-et-Moselle* L 3137.

[215] Ver, por ejemplo, Ste. Marie-aux-Mines, p. 282.

[216] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 10 de floreal del año II.

[217] *Arch. Allier* L 901, 10 de germinal del año II.

[218] *Arch. Haute Garonne* L 756; L 752, 29 de ventoso del año II.

[219] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 26 de germinal, 24 de floreal y 1 de frimario del año II.

[220] Castelnau-Rivière-Basse, ii, p. 403.

[221] *Arch. Allier* L 901, 9 de termidor del año II.

[222] *Arch. Haute Garonne* L 756, 16 de ventoso del año II.
[223] *Arch. Haute Garonne* L 752.
[224] *Ved.*, no. 65, 26 de termidor del año II.
[225] Thonon, p. 166. También: "Un miembro pide que las resoluciones acordadas por la sociedad no queden sepultadas en los archivos, y que nuestros decretos sean puestos en ejecución". Ruan, p. 182.
[226] París I, v, pp. 334, 346.
[227] p. 252, nota 3.
[228] p. 259, nota 1.
[229] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 14 de floreal del año II.
[230] *Arch. Côte d'Or* L IVb. 14. 1 f. 46.

CAPÍTULO V

[1] *Secondes réflexions sur l'institution du pouvoir exécutif par Jean Henri Bancal, lues a la Société des Amis de la Constitution de Clermont-Ferrand, le 3 juillet 1791*, p. 6. Bancal des Issarts, elegido más tarde para la Convención, no fue un jacobino ortodoxo, pero no dejan de ser políticamente característicos sus puntos de vista.
[2] Neuilly-St. Front, p. 117.
[3] Hay una curiosa fase de jacobinismo, inmediatamente antes del Terror, cuando las mujeres son aceptadas en los clubes en igualdad de condiciones que los hombres, o invitadas a fundar clubes femeninos. El tema está bien tratado en De Cardenal, *La Révolution en province*, pp. 65-74. Lo importante es que las jacobinas sólo representaban una pequeña minoría dentro de las mujeres, y eran objeto de mofa. En Senlis, por ejemplo, donde se admitía a mujeres en un plano de absoluta igualdad con los hombres y se las trataba de "soeurs", sólo hemos encontrado los nombres de cinco mujeres que aceptaron ser socias y los de dos o tres que concurrían con asiduidad a las sesiones del club. (*Arch. Oise* L, legajos sin clasificar del club de Senlis, entre el 5 de febrero de 1792 y el 16 de abril de 1793). Un decreto de la Convención, del 9 de brumario del año II, prohibió la asociación femenina y los clubes de mujeres. No hay duda que se identificaba crecientemente a las mujeres con el partido clerical, y que la característica hostilidad francesa al voto femenino comenzaba por entonces a echar raíces. En el siguiente pasaje se transparenta, según creemos, algo de dicho sentimiento: "La religión de un republicano consiste en la observancia de las leyes que emanan de la sana razón; la religión de un republicano consiste en abrir los ojos de todos aquellos a quienes las religiones vindicativas hacen todavía injustos y crueles. No permitáis que se os induzca a recibir mujeres en nuestra sociedad, o mejor dicho, cierto tipo de mujeres, ya que el deber de éstas es ocuparse en los quehaceres domésticos". (San Juan de Luz, p. 119).

[4] I, ii, p. 341.
[5] I, i, p. 149.
[6] I, i, p. 145.
[7] *Journ. A.-C.*, no. 15, 8 de marzo de 1791.
[8] Tulle, p. 95.
[9] *Journal du Club des Cordeliers*, no. 1, 28 de junio de 1791.
[10] "Todos los miembros prestan juramento de no permitir jamás se establezcan dos cámaras". Lons-le-Saunier, p. 46.
[11] *Journal des Clubs*, no. 5, 16 de diciembre de 1790. Obsérvese cuán temprano comienza a usarse el lenguaje jacobino desprovisto de matices.
[12] p. 121.
[13] *Arch. mun. Libourne*, registro sin clasificar del club de Libourne del 6 de agosto de 1793.
[14] Ars-en-Ré, p. 36. Los primeros clubes defendían con insistencia, por lo menos verbalmente, su papel de defensores de la ley. "Señores, permitid que cada miembro se considere investido de la honorable misión de recomendar a sus hermanos ciudadanos obediencia a la ley y a las autoridades constituidas". Sedan, p. 230.
[15] "El juez no es sino el órgano de la ley y no puede aplicar a la misma más facultades intelectuales que las que determinan su directa interpretación. El hombre es devuelto a su real naturaleza conforme se ajusta a la ley que él mismo se ha dictado y que se halla obligado a respetar". París I, i, p. 46.
[16] Melun II, p. 335.
[17] Garnier (de Saintes) en París I, vi, p. 47.
[18] Dufourny, en París I, v, p. 518.
[19] París I, v, p. 492.
[20] A menudo, la rivalidad entre ciudades vecinas fue sumamente aguda. El club de Chablis rehusó admitir que el club de Auxerre gozara de ningún derecho de primacía sobre los demás clubes del departamento, por el mero hecho de que esta última ciudad fuese capital de dicha zona. En este club se habló muy mal de Auxerre (*Arch. Yonne* L 1140 f. 98). El Havre nunca perdonó a la pequeña ciudad de Montivilliers conquistase la posición de capital del distrito, aun después de que el entusiasmo revolucionario bautizase a la primera con el nombre de Havre-Marat, y a la segunda, con el de Brutus-Villiers. (*Arch. Seine Inférieure* L 5647, 12-20 de ventoso del año II).
[21] Ver, en Aulard, la colección de actas del Comité de Salud Pública, especialmente los volúmenes viii-xi.
[22] En Bergerac, las banderas norteamericana, inglesa y po-

laca fueron colocadas junto con la tricolor francesa detrás del sitial del presidente (p. 192).

[23] p. 245.
[24] p. 246.
[25] p. 429.
[26] Epinal, p. 133.
[27] *Journal républicain des deux départements de Rhone et de Loire*, no. 15, 20 de pluvioso del año II (de aquí en adelante, *Jour. rép. R. & L.*)
[28] Morbihan, p. 464; San Juan de Luz, p. 200; Niza, p. 405.
[29] Colmar, p. 44.
[30] Callas, p. 496.
[31] Lunéville, p. 350.
[32] Estrasburgo, p. 303.
[33] p. 331.
[34] Ste. Marie-aux-Mines, p. 229.
[35] Monpazier, p. 27.
[36] p. 184.
[37] p. 151.
[38] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 18 de ventoso del año II.
[39] *Arch. Haute Garonne* L 746, 14 de abril de 1746.
[40] Artonne, p. 76.
[41] *Ved.*, no. 23, 24 de enero de 1792.
[42] *Le spectateur du Sud de la France*, 1 de enero de 1791.
[43] *Jour. A.-C.*, no. 16, 15 de marzo de 1791.
[44] Ver anteriormente, p. 65.
[45] *Arch. Yonne* L 1140 f. 233.
[46] *Arch. Haute Saône* L 359.1, 19 de pluvioso del año II.
[47] p. 321.
[48] *Arch. nat.* C 174 1. 446 f. 5.
[49] Auch I, p. 185.
[50] p. 129.
[51] p. 20.
[52] *Arch. Haute Garonne* L 752, 12 de ventoso del año II.
[53] *Arch. mun. Avallon* I 2. 23. 8. Ilustrativo ejemplo de cuán irreales eran los motivos económicos aducidos. La sociedad consentiría en que un ex sacerdote fuera ocioso con tal de que se hubiese casado. Sentía aversión por el cura, no por el no productor.
[54] Larche, p. 58.
[55] p. 80.
[56] Trets, p. 223.
[57] p. 33.
[58] I, v, p. 430.
[59] A menos realmente que le tomemos la palabra a la sociedad de Noyon y demos por sentado que la virtud y el talento son

Champagne, G., *La Société populaire de Dreux* (Dreux, 1908).

Epinal (Vosges)
Philippe, A., "La Société populaire d'Epinal", "*La Révolution dans les Vosges*", iv, 129-144; 225-240; v, 33-48, 81-102.

Ervy (Aube)
Destainville, H., "Les Sociétés populaires du district d'Ervy", *Annales historiques de la Révolution française* (1924), i, 440.

Estang (Gers)
Tallez, P., "Une Société populaire en Bas Armagnac", *Revue de Gascogne* (1920), xv, 97-112.

Eymoutiers (Haute Vienne)
Granier, E., "Un club limousin", *Annales révolutionnaires* (1923), xv, 296.

Faverney (Haute Saône)
(a) Arch. Haute Saône L 358.1; (b) Arch. Haute Saône L 13.1; (c) Arch. Haute Saône L 21.24; (d) Arch. Haute Saône Q 128.

Ferté-Milon, la (Aisne)
Dommangèt, M., "La Société populaire de la Ferté-sur-Ourcq", *La révolution dans le canton de Neuilly-St.-Front* (1913).

Fleurance (Gers)
Cadéot, N., "La Société montagnarde de Fleurance", *Bulletin de la Société... de Gers* (1912), 65-85.

Fleurey-les-Faverney (Haute Saône)
(a) Arch. Haute Saône L 359.1; (b) Arch. Haute Saône L 13.2.

Fontainebleau (Seine-et-Marne)
Constant, C., "Un club des Jacobins en province", *Le Correspondant* (1876), cii, 747-769.

Fousseret, le (Haute Garonne)
Vié, L., "La Société populaire du Fousseret", *Revue de Comminges* (1906), xxi, 129-135.

Frouzins (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 1901; (e) Arch. Haute Garonne L 2229.

Gaillefontaine (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5632.

Garde-Freinet, la (Var)
Labroue, H., "La Société populaire de la Garde-Freinet", *Révolution française* (1908), liv, 42-64; 131-157.

Gerberoy (Oise)
Dommanget, M., "La Société populaire de Gerberoy", *Annales révolutionnaires* (1920), xii, 507-510.

Gers (departamento del Gers)
I. Brégail, "Deux grands congrès des Sociétés populaires dans le Gers", *Bulletin de la Société... du Gers* (1900), 126-133.

laca fueron colocadas junto con la tricolor francesa detrás del [...]tial del presidente (p. 192).

[23] p. 245.
[24] p. 246.
[25] p. 429.
[26] Epinal, p. 133.
[27] *Journal républicain des deux départements de Rhone* [...] *de Loire*, no. 15, 20 de pluvioso del año II (de aquí en adelant[e]) *Jour. rép. R. & L.*)
[28] Morbihan, p. 464; San Juan de Luz, p. 200; Niza, p. 40[...]
[29] Colmar, p. 44.
[30] Callas, p. 496.
[31] Lunéville, p. 350.
[32] Estrasburgo, p. 303.
[33] p. 331.
[34] Ste. Marie-aux-Mines, p. 229.
[35] Monpazier, p. 27.
[36] p. 184.
[37] p. 151.
[38] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 18 de ventoso del año II.
[39] *Arch..Haute Garonne* L 746, 14 de abril de 1746.
[40] Artonne, p. 76.
[41] *Ved.*, no. 23, 24 de enero de 1792.
[42] *Le spectateur du Sud de la France*, 1 de enero de 1791.
[43] *Jour. A.-C.*, no. 16, 15 de marzo de 1791.
[44] Ver anteriormente, p. 65.
[45] *Arch. Yonne* L 1140 f. 233.
[46] *Arch. Haute Saône* L 359.1, 19 de pluvioso del año II.
[47] p. 321.
[48] *Arch. nat.* C 174 1. 446 f. 5.
[49] Auch I, p. 185.
[50] p. 129.
[51] p. 20.
[52] *Arch. Haute Garonne* L 752, 12 de ventoso del año II.
[53] *Arch. mun. Avallon* I 2. 23. 8. Ilustrativo ejemplo de cuán irreales eran los motivos económicos aducidos. La sociedad consentiría en que un ex sacerdote fuera ocioso con tal de que se hubiese casado. Sentía aversión por el cura, no por el no productor.
[54] Larche, p. 58.
[55] p. 80.
[56] Trets, p. 223.
[57] p. 33.
[58] I, v, p. 430.
[59] A menos realmente que le tomemos la palabra a la sociedad de Noyon y demos por sentado que la virtud y el talento son [...]ficiales. "Siendo iguales ante los ojos de la ley y la natura[leza], no deben existir entre los franceses diferencias que no sean [...]de la virtud y el talento". Noyon, p. 421.

[60] Thonon, p. 191.
[61] p. 200.
[62] *Moniteur* (reimpresión) xviii, p. 651.
[63] *Ibid.*, xvii, p. 738.
[64] p. 76.
[65] p. 161.
[66] p. 293.
[67] Carcassonne, p. 167.
[68] Villeneuve-sur-Yonne, p. 479.
[69] p. 311.
[70] Ver, por ejemplo, St. Omer, p. 19, donde en 1791 el club [...]omendó a todos los ciudadanos, durante una huelga, que obe[d]ieran la ley.
[71] Monpazier, p. 8.
[72] Ruan, p. 214.
[73] p. 118.
[74] p. 178.
[75] Auch I, p. 157.
[76] Lila, p. 50.
[77] *Arch. Gironda* L 2160 f. 28.
[78] Morbihan, v, p. 339; París I, vi, p. 347 (El club de La [...]stede-Buch informa que eso excluye las quiebras).
[79] París I, vi, p. 223.
[80] Ver, anteriormente, capítulos II y IV.
[81] "¡Ah, el hombre desgraciado a quien el hado abruma, so[la]mente es respetable ante los ojos de los dioses!". Dreux, p. 167.
[82] Sainte-Marie-aux-Mines, p. 250. A la semana siguiente, [...]o miembro protestó porque los trabajadores de la municipali[da]d no ganasen más que 30 *sous* por día. La protesta se asemeja [...] ataque contra la ineficacia administrativa del gobierno por [pa]rte de un moderno hombre de negocios. *Ibid.*, p. 255. En ger[mi]nal del año II.
[83] *Arch. Seine Inférieure* L 5644, 10 de setiembre de 1793.
[84] Castelnau-Rivière-Basse, p. 407.
[85] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 22 de germinal del año II.
[86] París I, i, p. 122.
[87] p. 58.
[88] *Arch. Allier* L 901, 9 de ventoso del año II.
[89] p. 17.
[90] *Arch. Haute Garonne* L 756 f. 10.
[91] p. 331.
[92] p. 248.

[93] *Arch. Haute Garonne* L 752, 14 de ventoso del año II

[94] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 5 de floreal del año II.

[95] p. 309.

[96] Romans, p. 37, 13 de pluvioso del año II.

[97] *Arch. Yonne* L 1140, 12 de floreal del año II.

[98] Aiguesmortes, p. 245.

[99] Crest, p. 339.

[100] *Arch. Haute Saône* L 359. 1 f. 2.

[101] *Arch. Côte d'Or* L IVb. 14. 4.

[102] p. 151 y nota 2.

[103] *Arch. Yonne* L 1140 f. 292.

[104] *Arch. Allier* 901, 10 de ventoso del año II.

[105] Ver, por ejemplo, Bergerac, p. 288.

[106] Châlons-sur-Marne, p. 265.

[107] *Rapport sur le rachat des droits féodaux, et arrête p dans la Société des Amis de la Constitution d'Ambert* (Clermon Ferrand, 1790), p. 2.

[108] Neuilly-Saint-Front, p. 123.

[109] *Arch. Seine Inférieure* L 5645, 26 de frimario del año De las actas del club de El Havre. No hay indicaciones de que club prestase atención ninguna a esta carta.

[110] *Arch. Yonne* L 1141, 26 de fructidor del año II. Ver tam bién Saint-Omer, p. 94; Beauvais III, p. 518.

[111] pp. 183-184.

[112] p. 238.

[113] p. 337.

[114] *Arch. Côte d'Or* L IVb. 14. 4.

[115] I, v, p. 457.

[116] Los decretos de ventoso fueron aparentemente bien rec bidos en los clubes. Pero tanto el examen real como su aplicació difícilmente pueden haber sido realizados por falta de tiemp Muchos estudios como los de M. Schnerb sobre la aplicación dichos decretos en el distrito de Thiers (*Annales historiques la Révolution française* —enero-febrero de 1929—, vi, pp. 24-33) se necesitan antes de que podamos generalizar al respecto.

[117] *Arch. Yonne* L 1140, 12 de frimario del año II.

[118] París I, v, p. 73. El club de París, por supuesto, deb oir toda clase de proposiciones durante su existencia. Después termidor desembocó en el más extremo radicalismo. Hubo un en tretenido debate sobre educación y muy colectivista, en octubr de 1794. Un ciudadano anhela que "los niños sean educados en común, como en Esparta, menos los ilotas". *Ibid.*, vi, p. 612. Pero en cuestiones económicas no es normativo el papel del club de Parí

[119] En ocasiones, se encuentran ejemplos divertidos. En Li moges, en la primavera de 1794, un miembro del club "aludió a l

usa de un criado, adscrito a la cárcel especial para sospechosos, en al ser sorprendido haciendo manejos para la adquisición de los en el mercado, a menor precio del habitual, se disculpó iendo que los compraba para el marqués de Mérinville, quien ía nacido para comérselos". El criado fue, por supuesto, arres- o. Limoges, p. 282.

[120] En Chablis, ya en junio de 1793, se condonaron las deu- a los pobres; pero no hay signos de unión con los mismos. rch. *Yonne* L 1140, 20 de junio de 1793 ff.) Leleu se refiere uso, por el club de Lila, de la frase "sans culotte", como "afec- ión de sentimientos democráticos". El club mismo estaba com- esto casi enteramente de ricos *entrepreneurs*. (Lila, pp. 111, 3.) Ver también St. Jean-de-Maurienne, p. 9.

[121] El club y el "peuple des tribunes" persiguen, por lo ge- al, fines comunes. En El Havre "el club decretó que todos ciudadanos, inclusive los de las *tribunes* pudiesen dar su opi- ón sobre los candidatos para la sociedad". (*Arch. Seine Infé- ure* L 5647, 16 de floreal del año II.) El mismo club concedió ciudadano Thomasset, a su pedido, un certificado que declaraba asidua participación en las reuniones. Pero el beneficiario no a miembro del club, y participaba en las sesiones desde la *tri- ne*, destinada a la gente humilde. (*Ibid.*, 16 de germinal l año II.)

[122] Callas, p. 492.

[123] p. 123.

[124] II, p. 265.

[125] Esta breve disposición de extremistas es señalada, con ucha exageración, en los *dossiers* de los terroristas desarmados el año III. Para un ejemplo válido, ver las relaciones de los tremistas en St. Romain, en Normandía, *Arch. Seine Infé- ure* L 319.

[126] p. 396.

[127] III, p. 988.

[128] *Journal des Clubs*, no. 12, 15 de febrero de 1791.

[129] Beauvais III, p. 993.

[130] Morbihan, p. 363.

[131] I, v, p. 242.

[132] *Arch. Corrèze* L 779 f. 5.

[133] p. 426.

[134] p. 141.

[135] *Arch. mun. Perpiñán* I 348, 26 de enero de 1791.

[136] *Arch. Haute Garonne* L 740, 26 de noviembre de 1790.

[137] p. 310.

[138] Digne, p. 423.

[139] Cognac, p. 422.

140 p. 214.
141 Morbihan, p. 263.
142 p. 63.
143 *Ved.*, no. 83, 4 de brumario del año II.
144 p. 49.
145 *Arch. Haute Garonne* L 752, 11 de ventoso del año II.
146 *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 27 de germinal del año
147 p. 88.
148 p. 278.
149 Ruan, p. 145.
150 I, vi, p. 124.
151 p. 117.
152 Chateau-Thierry II, p. 204.
153 I, iv, p. 136.
154 *Jour. A.-C.*, no. 1, 1 de diciembre de 1790.
155 Beaufort-en-Vallée, p. 71.
156 París I, vi, p. 146.
157 Coutances I, p. 83.
158 II, p. 339.
159 El Havre, *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 7 de germin del año II.
160 Aulard, *Le culte de la Raison et le culte de l'Etre Su prème* (1892), p. 129, nota 1.
161 p. 138.
162 p. 157. Esto no es, por supuesto, nada extraordinario. Lo revolucionarios sociales han invocado siempre al Jesús real. E club de Saint-Etienne aceptó la propuesta de pedir a la Conven ción colocase un "busto del *sans-culotte* Jesús" en el Panteón, jun to con los de Marat y Lepelletier. Galley, *St. Etienne et son dis trict pendant la Révolution* (1903), ii, p. 179.
163 Dreux, p. 6.
164 II, p. 339.
165 Thonon, p. 196.
166 p. 268.
167 p. 120.
168 St. Amand, p. 460.
169 Béziers, pp. 298-300.
170 *Arch. nat.* D III. 304 l. 7.
171 p. 93.

CAPÍTULO VI

1 Sobre el tema general de los cultos revolucionarios, ver *Le culte de la Raison et le culte de l'Etre Suprème* (1892), de Aulard; *Les origines des cultes révolutionnaires* (1904), de Mathiez; *La Théophilanthropie et le culte decadaire* (1904); y *La déchristianisation à Beauvais* (1921), de Dommanget.

2 Ver, por ejemplo, París I, iii, p. 291; Ruan, p. 10.
3 *Arch. Yonne* L 1140, 29 de brumario del año II.
4 p. 181.
5 *Arch. Yonne* L 1140, 26 de setiembre de 1793.
6 Los jacobinos no desesperaron del todo de sus hermanos ericanos. Hay un relato curioso de un festival en Burdeos, en verano de 1794, en *Bibl. Burdeos, Colección Bernadau*, 713. 2. 9. abeau y el cónsul de los Estados Unidos, seguidos por marine- franceses y norteamericanos, marcharon en procesión, portan- ramos de olivos, treparon a una simbólica Montaña, tomados la mano, y juraron amistad ante el altar de la patria. Poste- rmente, hubo un *repas civique* y se pronunciaron brindis co- nzando "Por la unión de los pueblos francés y norteamericano" terminando "Por la destrucción de Londres". En este viejo cumento una mano firme ha escrito una apostilla que quizás rezca ser reproducida impresa en consideración a la amistad nconorteamericana, fundada aparentemente en muchas desinte- encias similares: "El pueblo agasajó a los norteamericanos en ocasión, porque trajeron a Burdeos trigo para amasar nuestro n... trigo fraudulentamente adulterado para ese fin".
7 *Arch. Aveyron* L, legajo sin clasificar del club de Sauveterre.
8 *Jour. Déb. Jac.*, no. 158, 11 de marzo de 1792. Doppet, con stante ingenio, sostiene en sus memorias. Doppet, *Memoires po- iques et militaires* (1797), p. 45.
9 p. 37. Una excelente descripción de una *salle* jacobina pue- encontrarse en Louhans, p. 108. "La *salle des séances* de la ciedad estaba ornamentada con medallones y estatuas de Rous- au y Voltaire, a las cuales se agregaron más tarde las de Marat Lepelletier, un ejemplar de los Derechos del Hombre y varios mbolos republicanos, picas coronadas con el gorro rojo de la li- ertad, inscripciones patrióticas y lemas. Los nombres del diputado o Guillermin, que murió en París en abril de 1793, y de los defen- ores de la patria que cayeron en el campo de batalla, fueron ins- riptos en columnas. En las paredes podían ser vistos el *oeil de sur- eillance* y feroces advertencias del tipo de «Pícaros, ¡temblad!»".
10 xiii, p. 280.
11 p. 136.
12 p. 22.
13 p. 252.
14 *Arch. Seine Inférieure* L 5672 f. 1.
15 xiii, p. 464.
16 Este texto proviene del *Arch. Seine Inférieure* L 5647, del 3 de ventoso del año II, pero un ejemplar del juramento puede ncontrarse en los documentos de cualquier club, y verse reprodu- ido impreso en *Annales historiques de la Révolution française* (1924), i, p. 463.

[17] p. 191.
[18] p. 322.
[19] Vire, p. 318.
[20] II, p. 187.
[21] p. 364.
[22] Cherburgo (1906).
[23] Ars-en-Re, p. 191.
[24] II, p. 228.
[25] Para ejemplo, ver Indre-et-Loire, p. 369; Agen., p. 5 (encabezado por la leyenda "Sinaï des Français"); Bourgoin, 462. El último prosigue:

"Français, ton pays défendras
Afin de vivre l'brement.
Tous les tyrans tu poursuivras
Jusqu'au delà de l'Indostan.
Les lois, les vertus soutiendras
Même, s'il le faut, de ton sang.
Les perfides dénonceras
Sans le mo'ndre ménagement.
Jamais foi tu n'ajouteras
A la conversion d'un grand.
Comme un frère soulageras
Ton compatr'ote souffrant.
Lorsque vainqueur tu te verras
Sois ferme, mais sois compatissant.
Sur les emplo's tu veilleras
Pour en expulser l'intrigant.
Les dix-août sanctif'eras
Pour l'a'mer eternellement.
Le bien des fuyards verseras
Sur le sans-culotte indigent."

El últ'mo mandamiento es especialmente interesante. Este decá logo nació en la sección de Quinze-Vingts en París.
[26] Chateau-Thierry II, p. 229.
[27] p. 336.
[28] p. 161. Robert Raikes, considerado el fundador del moderno movimiento de la escuela dom'nical, estableció su primer instituto en 1782.
[29] *Arch. mun. Avallon* I 2. 23. 10, 30 de pradial del año II.
[30] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 27 de germinal del año II.
[31] I, i, p. 406.
[32] *Ved.*, no. 82, 1 de brumario del año II.
[33] Ver, por ejemplo, Louhans, p. 121; Guéret, p. 344; Chaumont, p. 50.
[34] Tulle, p. 48.

[35] *Journal du département de la Haute Vienne*, no. 19, 29 frimario del año II.
[36] Provins, p. 131.
[37] p. 148.
[38] p. 179.
[39] I, p. 182.
[40] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 30 de germinal del año II.
[41] Delon, *La Révolution en Lozère* (1922), p. 575 nota.
[42] Coutances, I, p. 94.
[43] p. 46.
[44] *Arch. mun. Libourne*, legajo sin clasificar del club local.
[45] St. Arnoult, p. 21.
[46] *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 10, 3 de ventoso del año II.
[47] *Arch. Haute Garonne* L 746, 14 de abril de 1793.
[48] p. 361; p. 399.
[49] p. 205, nota 2.
[50] xv, p. 146.
[51] x, p. 16.
[52] B'bl. Burdeos, MSS. 1037 f. 23.
[53] p. 340.
[54] p. 121.
[55] *Arch. Seine Inférieure* L 5641, 27 de junio de 1791.
[56] Beaufort-en-Vallée, p. 18.
[57] *Ved.*, no. 9, 10 de pluvioso del año II.
[58] *Jour. A.-C.*, no. 20, 12 de abril de 1791.
[59] p. 259.
[60] Marechal, *La Révolution dans la Haute Saône* (1903), p. 89. Ver también Burdeos, pp. 340 ff.
[61] *Jour rép. R. & L.*, nos. 29 y 31, 18 y 22 de ventoso el año II.
[62] *Arch. Seine Inférieure*, L 5644, 30 de brumario del año II.
[63] Vaulry, p. 51.
[64] p. 320.
[65] Creyssac, pp. 180-182. Si no fuese por la palabra *épanchements*, al final, podríamos sospechar que estos jacobinos poseyesen un sentido de la jovialidad 'mpropia de lo que hemos definido como su puritanismo; y, sin duda, muchos jacobinos supieron gozar de la vida, aquí como en otras partes. Pero los *épanchements* son evidentemente demas'ado literarios y humanitarios como para adscr'birlos a la esfera de la disipación; y la escala de los m'smos fue demasiado amplia. En tales fiestas, asoma el 'nequívoco toque de la forzada jovial'dad de los picnics de la escuela domin'cal o el banquete de círculo. Los clubes jacobinos nunca se asemejaron a la Abadía de Thélème.
[66] *Ved.*, no. 8, 18 de pluvioso del año II.

[67] p. 79.
[68] Guéret, pp. 394-396.
[69] p. 187.
[70] p. 40.
[71] p. 138.
[72] Crepin-Leblond y Renaud, *Ephémérides moulinoises*, 393, nota.
[73] *Arch. mun. Beauvais* D 6, 12 de pradial del año III.

CAPÍTULO VII

[1] xiii, p. 218.
[2] *Ved.*, no. 9, 4 de diciembre de 1792.
[3] p. 316.
[4] p. 465.
[5] *Bibl. Burdeos* MSS. 1037 f. 16.
[6] p. 345.
[7] *Arch. Yonne* 1140 f. 75.
[8] Algunas de las preguntas de Avallon son interesantes po su persecución del detalle:

"4. Al enterarte de la partida de Capeto, en junio, ¿qu hiciste?
5. Cuando cayeron Longwy, Verdun, Valenciennes y otra plazas fuertes, entregadas al enemigo por la traición d nuestros generales, ¿qué fue lo que dijiste o hiciste?
12. ¿Cuáles posiciones públicas has ejercido desde la Re volución?
13. ¿Lo hiciste con el celo y la integridad de un buen ciu dadano?
15. ¿Te has expresado, alguna vez, contra las *sociétés po pulaires* o hecho algo para perturbar sus reuniones?"

Todo esto, por supuesto, como vemos, con el "tu" en vez del "vous". *Arch. mun. Avallon* I. 2. 23. 10, 28 de nevoso del año II.
[9] xiii, p. 538.
[10] p. 220.
[11] *Ved.*, no. 10, 23 de pluvioso del año II.
[12] *Jour. rép. R. & L.*, no. 7, 4 de nivoso del año II.
[13] p. 753.
[14] III, p. 967.
[15] *Arch. Seine Inférieure* L 5600.
[16] Para un ejemplo final de cómo lo que podría asumir las formas más vulgares de la emoción, dominaba en estas depuraciones, dándoles el tono lacrimoso que desagradaba a los paladares conservadores, citaremos un episodio del club de París. El ciudadano Petit fue acusado de frialdad jacobina, y expulsado. Su hijo, un muchacho de doce años, lloraba en un rincón del club

do "se precipita a la tribuna y declara que su padre es un patriota y que lo ha criado de acuerdo con los más puros cipios de la Revolución. Vuelven a traer al padre al local y esidente abraza al hijo y lo premia con una tarjeta de entrada la sociedad". París I, v, p. 545.
[17] p. 468.
[18] París, I, ii, p. 265.
[19] *Arch. Meurthe-et-Moselle* L 3137.
[20] p. 260.
[21] p. 258.
[22] *Arch. Seine Inférieure* L 5644, 10 de setiembre de 1793.
[23] *Arch. Yonne* L 1140 f. 166 y f. 367.
[24] *Arch. Haute Saône* 359. 1. f. 7.
[25] Prévost, A., *Histoire du diocèse de Troyes pendant la Révolution* (1908), ii, p. 589.
[26] Buffenoir, H., "L'image de J.-J. Rousseau dans les sociétés province", *Révolution française*, lxxi, p. 51.
[27] x, p. 14.
[28] p. 72.
[29] Bajos Pirineos, p. 496.
[30] Marechal, *La Révolution en la Haute Saône*, p. 592.
[31] Limoges, p. 209.
[32] París I, iii, p. 68.
[33] *Ibid.*, i, p. 397.
[34] *Arch. Allier* L 904.
[35] *De l'influence de la liberté sur les moeurs; discours prononcé par le républicain Fronsard, deputé de la société populaire rée de Clermont-Ferrand* (Clermont-Ferrand, n.d.).
[36] I, i, p. 46.
[37] p. 2.
[38] *Arch. Aveyron*, L legajo sin clasificar del club de Sauerre.
[39] p. 43.
[40] xiv, p. 113.
[41] París I, ii, p. 103.
[42] *Jour. Déb. Jac.*, no. 8, junio de 1791.
[43] París I, iii, p. 214.
[44] *Ibid.*, ii, p. 235.
[45] Limoges, pp. 246, 169.
[46] p. 347.
[47] p. 118.
[48] *Arch. Haute Garonne* L 746, 19 de abril de 1793.
[49] *Arch. Oise* L IV, documentos sin clasificar del club de auvais.
[50] *Arch. Seine Inférieure* L 5647, 24 de germinal del año II.
[51] *La Ved.*, no. 68, 29 de junio de 1792.

[52] I, p. 52.
[53] I, ii, p. 189.
[54] xiv, p. 544.
[55] p. 326.
[56] Limoges, p. 243.
[57] *Arch. Allier* L 901.
[58] I, iii, p. 313.
[59] I, v, p. 618.
[60] St. Jean-de-Maurienne, p. 70.
[61] p. 45.
[62] Provins, p. 123.
[63] La Garde-Freinet, p. 155.
[64] p. 170.
[65] p. 181.
[66] p. 446.
[67] *Arch. Seine Inférieure* L 5644, 19 de setiembre de 1793
[68] *Ved.*, no. 54, 11 de mayo de 1792.
[69] *Arch. Yonne* L 1140, 18 de agosto de 1793.
[70] *Arch. Oise* L IV, documentos sin clasificar del club Gerberoy.
[71] p. 205.

CAPÍTULO VIII

[1] p. 71.
[2] *Ved.*, no. 33, 28 de febrero de 1792.
[3] p. 166.
[4] Guéret, p. 418.
[5] Chaumont, p. 28.
[6] p. 476.
[7] Gray, p. 92.
[8] p. 159.
[9] p. 194.
[10] p. 494.
[11] II, p. 16.
[12] Ruan, p. 225.
[13] ii, p. 18.
[14] Montignac, p. 151.
[15] I, p. 161.
[16] En Moulins, por ejemplo, al ser purificada la socied por Boisset, en el otoño de 1794, desaparecieron 99 *fonctionnair* entre 183 socios con que contaba el club. *Arch. Allier* L 904.
[17] Cochin, A., "La crise de l'histoire révolutionnaire" en *L Sociétés de pensée et la démocratie* (1921).
[18] La virtud jacobina, por ejemplo, no es alcanzable par seres comunes.

APÉNDICE

La lista de referencias que presentamos a continuación representa una bibliografía completa de los clubes jacobi-, sino una llave para las notas de pie de página usadas este libro.

Bajo cada nombre de lugar se encontrará, primeramente, referencia a las obras impresas o inéditas que citamos en texto o en las notas de pie de página. Cuando hemos utilio más de una obra por localidad, indicamos a ésta con núros romanos *en mayúscula;* así, por ejemplo, una nota de de página que dice "París IV, p. 63", se refiere a la obra A. Bouchard, *Le Club Breton* (1920), página 63. Si el nom- de la ciudad aparece señalado en el texto, la referencia la nota indica tan sólo la página y, en caso necesario, el umen, designado con números romanos, *en minúscula.*

Siguen bajo cada nombre de lugar, referencias que juzgas indispensables sobre fuentes que se relacionan con: (a) lis- de socios de clubes con profesiones, edades, etc.; (b) pobla-n de la ciudad en torno al año 1790; (c) listas de impuestos ededor de 1790; (d) listas de compradores de bienes nacioles, y, (e) listas de terroristas compuestas después de rmidor.

Arch. = Archives départamentales.
Arch. mun. = Archives municipales.
Arch. nat. = Archives nationales.
Bibl. = Bibliothèque.
Jour. A. C. = Journal des Amis de la Constitution.
Jour. Déb. Jac. = Journal des Débats de la Société des Amis de la Constitution séante à Paris.
Jour. rép. R. & L. = Journal républicain des deux Départements de Rhône et de Loire.

Ved. = La Vedette, ou Journal du Département du Do

A menos que se indique lo contrario, París es el lugar publicación de obras por separado, es decir, diversas de artículos periodísticos.

Agen (Lot-et-Garonne)
Azéma, C., "Les sans-culottes agenais de l'an II", *Revue l'Agenais* (1901), xxxiv, 150-155.
Aiguesmortes (Gard)
Falgairolle, E., "La Société populaire d'Aiguesmortes", *Re rétrospective* (1898), viii, 121-144, 193-216, 214-288, 313-342
Aix (Bouches du Rhône)
Ponteil, F., "La Société populaire des Antipolitiques d'Ai *Revue historique de la Révolution française* (1918-1923), x 30-47, 266-290, 454-474; 577-589; xiv, 40-45, 263-271; xv, 16 146-161.
Alban (Tarn)
(a) Arch. Tarn L sin clasificar; (c) Arch. Tarn C 577.
Albi (Tarn)
(a) Arch. Tarn L sin clasificar; (b) Arch. Tarn L 35 (c) Arch. Tarn C 577; (e) Arch. Tarn L 706 f. 129.
Allassac (ver Donzenac)
Angoulême (Charente)
Morel, C., "Adresse de la Société populaire d'Angoulême a habitants de la campagne en 1792", *Bulletin de la Société de la Charente* (1919), x, pp. xcviii-cvix.
Ars-en-Ré (Charente Inférieure)
de Richemond, M., "Délibérations de la Société des Amis de Liberté et de l'Egalité d'Ars-en-Ré", *Archives historiques la Saintonge et de l'Aunis* (1904), xxxiv, 1-253.
Artonne (Puy de Dôme)
Martin, F., *Les Jacobins au village* (Clermont-Ferrand, 1902
Auch (Gers)
I. Brégail, F., "La Société populaire d'Auch", *Bulletin du c mité des travaux historiques* (1911) 143-220.
II. Dellas, "La Société populaire d'Auch sous la Révolution *Revue de Gascogne* (1898), xxxiv, 29-37.
Auterive (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 534; (e) Arch. Haute Garonn L 2229.
Auxerre (Yonne)
(e) Arch. Yonne L 1405 f. 52.
Labroue, H., *La Société populaire de Bergerac* (1915).
(a) Labroue, H., *Liste des membres de la Société populaire d Bergerac* (1914); (b) Delfau, G., *Annuaire statistique de l*

ordogne (Périgueux, an XII); (c) Arch. mun. Bergerac sin lasificar.
gues (Nord)
llon (Yonne)
(a) Arch. mun. Avallon I 2. 23. 9-10; (e) Arch. Yonne L 1406 f. 54.
anches (Manche)
Le Grin, "Lectures: la Société populaire d'Avranches", *Revue de l'Avranchin* (1910), xvi, 150-155.
queville (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5600; (c) Arch. Seine Inférieure C 1740.
-le-Duc (Meuse)
Bister, E., "Adresse de la Société des Amis de la Constitution de Bar-le-Duc à ses frères les citoyens des campagnes", *Mémoires de la société... de Bar-le-Duc* (1909), vii, pp. xxxvi-xl.
yeux (Calvados)
Anquetil, E., "Le cavalier jacobin de la Société populaire", *Bulletin de la Société... de Bayeux* (1907), ix, 47-64.
ufort-en-Vallée (Maine-et-Loire)
Hatreux, G., *Voyage à travers un vieux registre* (Angers, 1907).
ulieu-sur-Dordogne (Corrèze)
(a) Arch. Corrèze L 756; (b) Arch. Corrèze C 208; (c) Arch. Corrèze C 208.
aumont (Dordogne)
Testut, L., "Adresse de la Société populaire de Beaumont", *Bulletin de la Société... du Périgord* (1922), xlix, 235-240.
auvais (Oise)
I. Moreau, E., "Du rôle des citoyennes de Beauvais dans la Société des Amis de la Constitution", *Bulletin de la Société d'études de l'Oise* (1905), i, 120-127.
II. Bordez, F., "La Société des Amis de la Constitution de Beauvais", *Bulletin de la Société d'études de l'Oise* (1906), ii, 137-172.
III. Thiot, L., "Les Sociétés populaires de Beauvais", *Bulletin de la Société d'études de l'Oise* (1908), iv, 515-548, 962-997.
(a) Arch. Oise L IV sin clasificar; (b) Arch. mun. Beauvais F 1; (c) Arch. mun. Beauvais G 2, 4, 6, 8; (d) Arch. Oise Q sin clasificar; (e) Arch. mun. Beauvais D 6.
eauvoisin (Gard)
(a) Arch. Gard L 11.1; (b) Arch. Gard L 4.4.36; (c) Arch. Gard L 4.4.5.
elfort (Territoire de Belfort)
D. R., "La Société populaire de Belfort", *Bulletin de la Société Belfortaine d'émulation* (1906), xxv, 61-68.

(a) Arch. Haut Rhin L sin clasificar.
Bénévent (ver Creuse)
Bergerac (Dordogne)
Looten, C., "Bouchotte et la Société populaire de Bergu
Annales du comité flamand de France (1908), xxix, 80-10
Beynat (Corrèze)
(a) Arch. Corrèze L 757.
Béziers (Hérault)
Soucaille, A., "Historique de la Société populaire de Bézie
Bulletin de la Société... de Béziers (1890), xv, 226-326.
Billac (Corrèze)
(a) Arch. Corrèze L 758.
Blagnac (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 537; (e) Arch. Haute Garo
L 2227.
Blois (Loir-et-Cher)
Dufay, P., *Les Sociétés populaires et l'armée* (1913).
Bordeaux (Gironde)
Flottes, "Le club des Jacobins de Bordeaux", *Révolution fr
çaise* (1916) lxix, 337-362.
(a) Arch. Gironde L 2108, 2118; (b) Arch. Gironde L 125
(c) Arch. Gironde L 844-845; (e) Arch. Gironde L 1248.
Boulogne (Pas de Calais)
Sin f rma, "Séances de la Société populaire de Boulogne le
et le 26 thermidor, an II", *Bulletin de la Société académie
Boulogne* (1904), vii, 257-274.
Bourges (Cher)
(a) Arch. Cher L 924; (b) Arch. Cher L 175; (c) Arch. Ch
C 204, Bibl. Bourges CC 90; (e) Lemas, T., *Études sur
Cher pendant la Révolution* (1887), 25.
Bourgoin (Isère)
Fochier, L., *Souvenirs historiques sur Bourgoin: Extraits pr
sur les registres de la Société populaire* (Vienne, 1880).
Breteuil (Eure)
Anchel, R., "Les Jacobins de Breteuil", *Révolution françai*
(1913), lxv, 481-495.
Brive (Corrèze)
(a) Arch. Corrèze L 760.
Caen (Calvados)
Renard, C., *Notice sur les Carabots de Caen* (Caen, 1858).
Callas (Var)
Poupé, E., "La Société populaire de Callas", *Révolution fran
çaise* (1902) xliii, 482-503.
Carcassonne (Aude)
Mandoul, J., "Le club des Jacobins de Carcassonne", *Révolu
tion française* (1893), xxv, 153-169, 232-260, 308-336.

telnau-Rivière-Basse (Hautes Pyrénées)
Dufour-Clarac, L., "La société républicaine et montagnarde de
Castelnau", *Société académique des Hautes Pyrénées, Bulletin
local*, i, 78-88, 323-328; ii, 178-180, 390-468.
tres (Tarn)
Dupéron, C., "La Société populaire de Castres", *Bulletin de la
section des sciences économiques et sociales* (1897), 393-398.
(a) Arch. Tarn L sin clasificar; (d) Arch. Tarn Q 140.
ssade (Tarn-et-Garonne)
Campagnac, E., "L'impôt sur le revenu dans les status d'une
Société populaire en 1793", *Annales révolutionnaires* (1910),
iii, 242-244.
ablis (Yonne)
(a) Arch. Yonne L 1140; (d) Arch. Yonne Q 249.
âlons-sur-Marne (Marne)
de Barthélemy, E., "Une Société populaire... pendant la Ré-
volution", *Revue de Champagne et de Brie* (1889), i, 260-270.
arnècles (Isère)
Vernay, F., "La Société populaire de Charnècles", *Le Dau-
phiné*, 5, 12, 19, 26 de octubre; 2 de noviembre de 1919.
arost (Cher)
(a) Arch. Cher L 925; (b) Arch. Cher L 175; (c) Arch. Cher
C 252.
âteauneuf-sur-Cher (Cher)
(a) Arch. Cher L 944; (c) Arch. Cher C 247.
âteauroux (Indre)
Jouet, A., "La Société populaire de Châteauroux", *Revue ar-
chéologique, historique et scientifique du Berry* (1896), 33-123.
âteau-Thierry (Aisne)
I. Rollet, J., "Les procès verbaux de la Société populaire de
Château-Thierry en l'an II", *Annales de la Société historique
et archéologique de Château-Thierry* (1881), 180-269.
II. Corlieu, A., "La Société populaire de Château-Thierry",
*Annales de la Société historique et archéologique de Château-
Thierry* (1903), 210-221.
haumont (Haute Marne)
Forestier, L., *La Société populaire de Chaumont* (Chaumont,
1892).
hauny (Aisne)
Fleury, E., *Un club à Chauny en 1794* (Laon, 1849).
herbourg (Manche)
Galland, A., "La Société populaire de Cherbourg", *Bulletin du
comité des travaux historiques* (París, 1906), 330-343; (1908),
381-397.
Cognac (Charente)
Le Gallo, E., "Les Jacobins de Cognac", *Révolution française*

(1902-1905), xliii, 238-255; xlvii, 409-435; xlviii, 234-248.
Colmar (Haut Rhin)
Leuillot, P., *Les Jacobins de Colmar* (Strasbourg, 1923).
(a) Ibid.; (b) Scherlen, A., *Topographie de Colmar* (Colm 1925); (c) Arch. mun. Colmar, tax-register, 1789; (d) Ar Haut Rhin L 866.
Cordes (Tarn)
(a) Arch. Tarn L sin clasificar; (c) Arch. Tarn C 577.
Cosnac (Corrèze)
(a) Arch. Corrèze L 764.
Coutances (Manche)
I. Sarot, C., *Les Sociétés populaires de Coutances* (Cout ces, 1880).
II. Dommanget, M., "La Société populaire de Coutances et problème de l'éducation", *Annales révolutionnaires* (192 xiii, 144-147.
(a) Sarot, C., *L'organisation... de la Manche pendant la R volution* (Coutances, 1880).
Crest (Drôme)
Chevalier, J., "Procès-verbaux des séances de la Société pop laire de Crest", *La Révolution à Die* (Valence, 1905).
Creuse (Departamento de)
Lacrocq, L., "Notes sur les Sociétés populaires dans la Creuse *Mémoires de la Société des sciences naturelles et archéologiqu de la Creuse* (1903-1905), viii, 197-205; ix, 378-431; x, 307-37 xi, 87-127.
Creyssac (Dordogne)
Durand de Ramfort, "Une fête civique à Creyssac pendant l Révolution", *Bulletin de la Société... du Périgord* (1918 xlv, 179-182.
Dieuze (Moselle)
(a) Arch. Meurthe-et-Moselle L 3127.
Digne (Basses Alpes)
Hubert, A., "Les Amis de la Constitution à Digne", *Révolu tion française* (1887), xii, 420-426.
Dijon (Côte d'Or)
Hugueney, L., *Les clubs dijonnais sous la Révolution* (Dijon 1905).
(a) Arch. Côte d'Or L IVb.9.2; (b) Hugueney, *op. cit.*; (c) Arch. Côte d'Or C 5910; (d) Arch. Côte d'Or Q 241-245 (e) Arch. Côte d'Or L police générale, prairial, an III.
Donzenac (Corrèze)
Ulry, A., "Les clubs révolutionnaires de Donzenac y d'Allassac", *Bulletin de la Société... de la Corrèze* (1921), xlii, 153-177.
Dreux (Eure-et-Loir)

Champagne, G., *La Société populaire de Dreux* (Dreux, 1908).
inal (Vosges)
Philippe, A., "La Société populaire d'Epinal", "*La Révolution dans les Vosges*", iv, 129-144; 225-240; v, 33-48, 81-102.
vy (Aube)
Destainville, H., "Les Sociétés populaires du district d'Ervy", *Annales historiques de la Révolution française* (1924), i, 440.
ang (Gers)
Tallez, P., "Une Société populaire en Bas Armagnac", *Revue de Gascogne* (1920), xv, 97-112.
moutiers (Haute Vienne)
Granier, E., "Un club limousin", *Annales révolutionnaires* (1923), xv, 296.
verney (Haute Saône)
(a) Arch. Haute Saône L 358.1; (b) Arch. Haute Saône L 13.1; (c) Arch. Haute Saône L 21.24; (d) Arch. Haute Saône Q 128.
rté-Milon, la (Aisne)
Dommanget, M., "La Société populaire de la Ferté-sur-Ourcq", *La révolution dans le canton de Neuilly-St.-Front* (1913).
eurance (Gers)
Cadéot, N., "La Société montagnarde de Fleurance", *Bulletin de la Société... de Gers* (1912), 65-85.
eurey-les-Faverney (Haute Saône)
(a) Arch. Haute Saône L 359.1; (b) Arch. Haute Saône L 13.2.
ntainebleau (Seine-et-Marne)
Constant, C., "Un club des Jacobins en province", *Le Correspondant* (1876), cii, 747-769.
usseret, le (Haute Garonne)
Vié, L., "La Société populaire du Fousseret", *Revue de Comminges* (1906), xxi, 129-135.
rouzins (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 1901; (e) Arch. Haute Garonne L 2229.
aillefontaine (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5632.
rde-Freinet, la (Var)
Labroue, H., "La Société populaire de la Garde-Freinet", *Révolution française* (1908), liv, 42-64; 131-157.
erberoy (Oise)
Dommanget, M., "La Société populaire de Gerberoy", *Annales révolutionnaires* (1920), xii, 507-510.
ers (departamento del Gers)
I. Brégail, "Deux grands congrès des Sociétés populaires dans le Gers", *Bulletin de la Société... du Gers* (1900), 126-133.

II. Barada, J., "Les Sociétés populaires de diverses communes du Gers", *Bulletin de la Société... du Gers* (1920), 45-57.
Giromagny (Territorio de Belfort)
(a) Arch. Haut Rhin, sin clasificar.
Givet (Ardennes)
Anónimo, "Le club patriotique de Givet", *Revue historique de l'Ardennes* (1898), 86-89.
Gray (Haute Saône)
Godard, C., "Les Sociétés populaires de Gray", *Bulletin de la Société grayloise d'émulation* (1911), 57-108.
Grenoble (Isère)
Tissot, R., *La Société populaire de Grenoble* (Grenoble, 1910).
(a) Tissot, *op. cit.*, 190-204; (b) Arch. Isère L 304; (c) Arch. Isère L 363, C 535; (e) Tissot, *op. cit.*, 205.
Guéret (ver Creuse)
Haudivillers (Oise)
(a) Dommanget, M., "La Société populaire d'Haudivillers", *Annales révolutionnaires* (1916), viii, 709-712.
Havre, le (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5640-5648; (b) Arch. Seine Inférieure, *Inventaire sommaire de la série L;* (c) Arch. Seine Inférieure C 542; (d) Arch. Seine Inférieure Q, sin clasificar, registro de ventas de bienes nacionales, distrito de Montivilliers.
Honfleur (Calvados)
I. Blossier, A., "Taveau... sa correspondence politique avec la municipalité et la Société populaire de Honfleur", *Bulletin du comité des travaux historiques* (1908), 371-381.
II. Blossier, A., "Claude Fachet... et la Société de Honfleur", *Révolution française* (1904), xlvii, 513-542.
Indre-et-Loire (Departamento del)
Faye, H., "Les Sociétés populaires dans le département de l'Indre-et-Loire", *Revue de la Révolution* (1887-1888), ix, 367-384, 481-492; x, 24-42.
Indes françaises
Castonnet-Desfosses, H., "La Révolution et les clubs dans l'Inde française", *Revue de la Révolution* (1883-1884), i, 233-248, 333-347, 383-392; ii, 91-97.
Jussey (Haute Saône)
(a) Arch. Haute Saône L 363.1; (b) Arch. Haute Saône L 13.1; (c) Arch. Haute Saône L 21.28; (d) Arch. Haute Saône Q 128.
Larche (Corrèze)
Blusson, R. et Marchand, A., *La société populaire du canton de Larche* (Tulle, 1905).
Largentière (Ardèche)
Mazon, A., "La Société populaire de Largentière", *Revue... du Vivarais* (1903), xi, 248-281, 305-314.

Laval (Mayenne)
Gayand, A., "Les Sociétés populaires de Laval et de Mayenne", *Bulletin de la commission historique et archéologique de la Mayenne* (1902), xviii, 15-40.
Lavalette (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 1111; (e) Arch. Haute Garonne L 2227.
Lescar (Basses Pyrénées)
Annat, J., "La Société populaire de Lescar", *Revue du Béarn* (1912), iii, 481-492, 542-550.
Lescure (Tarn)
(a) Arch. Tarn L, sin clasificar; (b) Arch. Tarn L 353; (c) Arch. Tarn C 578.
Libourne (Gironde)
Corbineau, M., "Documents.... des Sociétés populaires de Libourne", *Archives historiques du département de la Gironde* (1910), xlv, 351-428.
(a) Arch. mun. Libourne, legajos sin clasificar de los clubes jacobinos; (b) Arch. Gironde L 842.
Ligny-en-Barrois (Meuse)
Braye, L., "Le club de Ligny", *Memoires de la Société... de Bar-le-Duc* (1909), 34-39.
Lille (Nord)
Leleu, E., *La Société populaire de Lille* (Lille, 1919).
Leleu, E., *op. cit.*, apéndice escrito a máquina en la Bibl. Nat.;
(a) Leleu, *op. cit.*, apéndice escrito a máquina en la Bibl. Nat.; (b) Dieudonné, C., *Statistique du département du Nord* (Douai, 1804); Arch. mun. Lille 253; (e) Arch. Nord L 844-845.
Limoges (Haute Vienne)
Fray-Fournier, A., *Le club jacobin de Limoges* (Limoges, 1903).
Londinières (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5567.
Lons-le-Saunier (Jura)
Libois, H., "Délibérations de la Société populaire de Lons-le-Saunier", *Mémoires de la Société d'émulation du Jura* (1896), 19-483.
Lorient (ver Morbihan)
Louhans (Saône-et-Loire)
Guillemant, L., *Une petite ville dans la Terreur* (Louhans, 1912).
Lunéville (Meurthe-et-Moselle)
Baumont, H., "La Société populaire de Lunéville", *Annales de L'Est* (1889), iii, 337-376.
(a) Arch. Meurthe-et-Moselle L 3130.
Mainz (Alemania)
Bockenheimer, K., Die Mainzer Klubisten der Jahren 1792-1793 (Mainz, 1896).

Mamers (Sarthe)
(a) Fleury, G., *La ville et le district de Mamers pendant la Révolution* (1911); (b) *Ibid.*
Manneville-la-Goupil (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5672; (d) Arch. Seine Inférieure Q, listas sin clasificar de ventas de bienes nacionales, distrito de Montivilliers.
Mareuil (Cher)
(a) Arch. Cher L 925.
Marmande (Lot-et-Garonne)
Bonnat, R., "La Société populaire de Marmande", *Revue de l'Agenais* (1903), xxx, 507-514.
Mayenne (ver Laval)
Melun (Seine et Marne)
I. Leroy, G., "Le club des Jacobins de Melun", *Révolution française* (1901), xli, 439-446.
II. Noiriel, E., "La Société des Amis de la Constitution de Melun", *Révolution française* (1904), xlvi, 323-345.
Metz (Moselle)
Bultingaire, L., *Le Club des Jacobins de Metz* (1906).
(a) *Ibid.*, 94-99.
Millau (Aveyron)
Constans, L., "La Société populaire de Millau", *Révolution française* (1888), xiv, 769-803.
Miramont (Lot-et-Garonne)
Dupin, G., "Les Jacobins de Miramont", *Révolution française* (1888), xiv, 920-928.
Monpazier (Dordogne)
de Cardenal, L., *Les Sociétés populaires de Monpazier* (Lille, 1924).
Montaigut-en-Combrailles (Puy de Dôme)
Dorey, L., "La Société populaire et républicaine de Montaigut", *Révolution française* (1910), lix, 533-551.
Montauban (Tarn-et-Garonne)
Galabert, F., "Le club jacobin de Montauban", *Revue d'histoire moderne* (1899-1908), i, 124-168, 235-258, 457-474; x, 5-7, 273-317.
Montbard (Côte d'Or)
(a) Arch. Côte d'Or, L IVb.2.14; (c) Arch. Côte d'Or C 7337.
Montignac (Dordogne)
Le Roy, E., *La Société populaire de Montignac, 1791-1795* (Bordeaux, 1888).
Montjoire (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 1193; (e) Arch. Haute Garonne L 227.

Montpellier (Herault)
Chobaut, H., "Une pétition du club de Montpellier", *Annales historiques de la Révolution française* (1927), iv, 547-563.
Morbihan (Departamento del)
Muller, P., "Clubs et clubistes du Morbihan", *Revue de la Révolution* (1885-1886), v, 233-241, 257-266, 461-470; vi, 122-129, 183-196, 263-272, 359-380.
Moulins (Allier)
(a) Arch. Allier L 900-904; Faure, H., *Histoire de Moulins* (Moulins, 1900), ii, 676; (c) Arch. mun. Moulins 380.
Nancy (Meurthe-et-Moselle)
I. Mansuy, A., "Les Sociétés populaires à Nancy", *Annales de l'Est* (1899), xiii, 432-448.
II. Poulet, H., "Le sans-culotte Philip, président de la Société populaire de Nancy", *Annales de l'Est et du Nord* (1906), 248-283, 321-366, 501-529.
(e) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1486 ff. 87-92.
Nantes (Loire Inférieure)
I. Lallié, A., "Les Sociétés populaires à Nantes", *Revue de Bretagne et de Vendée* (1890), iv, 255-271, 335-352.
II. Muller, P., "Mémoires de Blanchard; ...Les clubs et clubistes de Nantes", *Revue de la Révolution* (1884), iv, 74-84, 107-117, 156-160.
III. Martin, G., "Les chambres littéraires de Nantes", *Annales de Bretagne* (1926), xxxvii, 347-365.
Neuilly-St.-Front (ver la Ferté-Milon)
Nevers (Nièvre)
Charrier, J., "La vie d'une Société populaire pendant la Révolution", *Revue des questions historiques* (1924), ci, 371-379.
Nice (Alpes Maritimes)
Combet, J., *La Société populaire de Nice* (Nice, 1911).
Nîmes (Gard)
(a) Arch. Gard L 11.3; (c) Arch. Gard C 1072-1703; Rouvière, F., *La Révolution dans le Gard* (Nîmes, 1887-1889), iv, 360-362.
Nomény (Meurthe-et-Moselle)
(a) Arch. Meurthe-et-Moselle L 3135; (b) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1898; (c) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1887; (d) Arch. Meurthe-et-Moselle Q 16.
Noviant-aux-Prés (Meurthe-et-Moselle)
(a) Arch. Meurthe-et-Moselle L 3124; (b) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1898; (c) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1887; (d) Arch. Meurthe-et-Moselle Q 16.
Noyon (Oise)
Cozette, P., "La Société populaire de Noyon à ses frères les

hab'tants des campagnes", *Bulletin du comité des travaux historiques* (1904), 419-429.
Nuits-St. Georges (Côte d'Or)
(a) Arch. Côte d'Or L IVb.14bis.5.
Orthez (Basses Pyrénées)
Planté, A., "Dél'berations de la Société des Amis de la Constitution d'Orthez", *Bulletin de la Société... de Pau* (1901), xxix, 1-263.
Paris (Se'ne)
I. Aulard, A., *La Société des Jacobins* (1889-1897).
II. Stern, A., "Le club des patriotes suisses à Paris", *Revue historique* (1889), xxxix, 282-322.
III. Mathiez, A., "Un club révolut'onnaire inconnu: le club de la Réunion", *Revue historique* (1925), cxlviii, 63-72.
IV. Bouchard, A., *Le Club Breton* (1920).
V. Fribourg, A., *Le Club des Jacobins en 1790* (1910).
VI. Kuhlmann, C., "On the conflict of parties in the Jacobin Club", *University of Nebraska Studies* (1905).
VII. Kuhlmann, C., "The Relat'on between the Jacobins and the Army, the Nat'onal Guard, and Lafayette", *ibid.* (1906).
VIII. Mathiez, A., *Le club des Cordeliers pendant la crise de Varennes* (1910).
IX. Bougeart, A., *Les Cordeliers* (Caen, 1891).
X. Challamel, E., *Les clubs contre-révolutionnaires* (1895).
(a) Aulard, *op. cit.*, i, pp. xxxiv-lxxvii.
Pau (Basses-Pyrénées)
Laborde, J., "Un club féminin pendant la Révolution", *Revue du Béarn* (1911), ii, 337-351, 397-411, 453-470.
Pechbonn'eu (Haute Garonne)
Igualmente, para las aldeas vecinas de Montbéron, Labastide-St. Sernin, St. Loup, St. Geniest y le Fossat.
(a) Arch. Haute Garonne L 3166; (c) Arch. Haute Garonne C 1238, 1212, 1173, 1288, 1266, 1152.
Périgueux (Dordogne)
Poumeau, E., *La Société populaire de Périgueux* (Périgueux, 1907).
Poitiers (Vienne)
de Roux, "La Révolution à Poitiers", *Mémoires de la Société des Antiquités de l'Ouest* (1910).
Pont-à-Mousson (Meurthe-et-Moselle)
(a) Arch. Meurthe-et-Moselle L 3137; (d) Arch. Meurthe-et-Moselle Q 16.
Porrentruy (Switzerland)
Gautherot, *La Révolution française à Bâle* (1908).
Pouilly-sur-Loire (ver Nevers)

Provins (Seine-et-Marne)
Bellanger, J., *Les Jacobins peints par eux-mêmes* (1908).
Pyrénées, Basses (Departamento de los)
Annat, J., "Les Soc'étés popula'res dans les Basses Pyrénées", *Revue du Béarn* (1911), ii, 491-497.
Rabastens (Tarn)
(a) Arch. Tarn L sin clasificar; (c) Tarn C 783.
Rambouillet (Se'ne-et-Oise)
Lorin, F., "La Société populaire de Rambouillet", *Mémoires de la Société... de Rambouillet* (1898), xiii, 291-367.
Riceys, les (Aube)
Ray, L., "La Société des Amis de la Constitution établie aux Riceys", *La Révolution dans l'Aube* (1910), 22-41.
Rieumes (Haute Garonne)
(c) Arch. Haute Garonne C 1220; (e) Arch. Haute Garonne L 2229.
Rodez (Aveyron)
Combes de Patris, B., *Procès-verbaux de la Société populaire de Rodez* (Rodez, 1912).
(a) Combes de Patris, *op. cit.*, appendix; (b) Arch. Aveyron L, sin clas'f'car, encabezamiento: *population;* (c) Arch. Aveyron C 597-598; (e) Combes de Patris, *op. cit.*
Romans (Drôme)
Chevalier, U., *Le comité de surveillance et la Société républico-populaire de Romans* (Valence, 1890).
Rosières-aux-Salines (Meurthe-et-Moselle)
(a) Arch. Meurthe-et-Moselle L 3138; (b) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1588; (c) Arch. Meurthe-et-Moselle L 1598.
Rouen (Seine Inférieure)
Chardon, E., *Cahiers des procès-verbaux de la Société populaire de Rouen* (Rouen, 1909).
(e) Arch. Seine Inférieure L 2367.
Ruffec (Charente)
Chauvet, "Régistre de la Société des Am'es des vrais amis de la Const'tution de Ruffec", *Bulletin du comité des travaux historiques* (1902), 500-530.
Saint-Amand (Nièvre)
Boyer, A., "La Société populaire de St. Amand", *Bulletin de la Société... nivernaise* (1905), xx, 429-482.
Saint-Amarin (Haut Rhin)
Arch. Haut Rhin L 119.
Saint-Arnould (Seine Inférieure)
Le Febvre, A., *La Société populaire de St. Arnould* (Rouen, 1914).
Saint-Doulchard (Cher)

(a) Arch. Cher L 925.
Saint-Marie-aux-Mines (Haut Rhin)
Sin firma, "Procès-verbaux de la Société populaire de Val-aux-Mines", *Bulletin de la société philomathique vosgienne* (1904), xxx, 167-311.
Saint-Jean-de-Luz (Basses Pyrénées)
Annat, J., "La Société populaire de St.-Jean-de-Luz", *Revue du Béarn* (1910), 71-76, 118-129, 168-175, 200-213.
Saint-Jean-de-Maurienne (Savoie)
Gros, A., *Le club des Jacobins de St. Jean-de-Maurienne* (St. Jean-de-Maurienne, 1908).
Saint-Omer (Pas de Calais)
Bled, O., *Les Sociétés populaires de St. Omer pendant la Révolution* (St. Omer, 1910).
Saint-Saëns (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5719.
Saint-Servan (Ille-et-Vilaine)
Haize, J., "La Société populaire de St. Servan", *Annales de la Société historique de St. Malo* (1906), 61-79.
Saint-Zacharie (Var)
Poupé, E., "Les papiers de la Société populaire de St. Zacharie", *Bulletin de la société d'études de Draguignan* (1905), xxv, 59-74.
Sauveterre (Aveyron)
(a) Arch. Aveyron L sin clasificar; (c) Arch. Aveyron C 574.
Saverne (Bas Rhin)
Fischer, D., "La Société populaire de Saverne", *Revue d'Alsace* (1869), xx, 23-24, 73-84, 121-131, 180-190.
Sedan (Ardennes)
Sin firma, "Bouchotte et la Société des Amis de la Constitution de Sedan", *Revue historique de l'Ardennes* (1905), xii, 229-231.
Sisteron (Basses Alpes)
Cauvin, C., *La formation de la Société populaire de Sisteron* (Digne, 1901).
Soissons (Aisne)
Pécheur, Abbe, "Notice sur les clubs de Soissons", *Bulletin de la Société... de Soissons* (1891), i, 183-195.
Strasbourg (Bas Rhin)
Heitz, F., *Les Sociétés politiques de Strasbourg pendant les années 1790 à 1795* (Strasbourg, 1863).
Tain (Drôme)
Bellet, C., "La Société populaire de Tain", *Bulletin de la Société... du Drôme* (1921), iv, 365-393.
Thann (Haut Rhin)
Poulet, H., "L'esprit publique à Thann pendant la Révolution",

Revue historique de la Révolution française (1918-1923), xiii, 5-29, 214-248, 367-396, 529-549; xiv, 33-39, 108-118, 187-192, 272-284; xv, 27-40, 162-173, 298-303, 367-420.
Thonon (Haute Savoie)
Mugnier, F., "La Société populaire de Thonon", *Mémoires de la Société savoisienne* (1898), xxxvii, 5-243.
Tonneins (Lot-et-Garonne)
Bresson, L., "Une petitie ville du sud-ouest en l'an II", *Révolution française* (1882), iii, 173-175, 231-240.
Toul (Meurthe-et-Moselle)
Denis, A., *Le club des Jacobins de Toul* (Nancy, 1895).
(a) *Ibid.*, appendix; (b) Arch. Meurthe-et-Moselle L 2406; (c) Arch. Meurthe-et-Moselle L 2406; (d) Arch. Meurthe-et-Moselle Q 224-225.
Toulon (Var)
Labroue, H., "Le club jacobin de Toulon", *Annales de la Société d'études provençales* (1907), 1-51.
Toulouse (Haute Garonne)
(a) Arch. Haute Garonne L 746-751; (b) Arch. mun. Toulouse 1F 100 bis; (c) Arch. mun. Toulouse, registro de la *capitation* de las *capitoulats* de Daurade (1790), Dalbade (1788), Pont Vieux (1790), La Pierre (1789) y St. Pierre (1790); CC 1733; (e) Arch. Haute Garonne L 2228.
Tours (ver Indre-et-Loire)
Trets (Bouches-du-Rhône)
Teissère, V., "Un discours dans un club en 1791", *Annales de la Société d'études provençales* (1905), ii, 219-224.
Trévoux (Ain)
Berard, A., "Un document de l'époque révolutionnaire", *Annales de la Société d'émulation de l'Ain* (1903), xxxvi, 5-24.
Tulle (Corrèze)
Forot, V., *Le club des Jacobins de Tulle* (Tulle, 1912).
(a) *Ibid.*, 569-605; (c) Arch. Corrèze C 144; (d) Arch. Corrèze Q 483; (e) Forot, V., *Les thermidoriens tullois* (Tulle, 1908).
Turenne (Corrèze)
(a) Arch. Corrèze L 789; (b) Arch. Corrèze C 220; (c) Arch. Corrèze C 220.
Vannes (Morbihan)
Bliard, P., "Un club en province", *Revue des questions historiques* (1902), lxxii, 489-537.
Vaulry (Haute Vienne)
Maurat-Bellange, A., "Registre de la Société populaire de Vaulry", *Bulletin de la Société archéologique et historique du Limousin* (1910), lx, 44-63.

Vauvert (Gard)
(a) Arch. Gard 11 L 3; (c) Arch. Gard 4 L 4.36.
Ventes d'Eawy (Seine Inférieure)
(a) Arch. Seine Inférieure L 5736; (c) Arch. Seine Inférieure C 1943.
Verfeil (Haute Garonne)
(a) Arch. Haute Garonne L 3166; (c) Arch. Haute Garonne C 1298.
Vermenton (Yonne)
(a) Arch. Yonne L 208; (d) Arch. Yonne Q 249.
Vesoul (Haute Saône)
Cousin, M., *L'esprit publique dans le baillage d'Amont pendant la Révolution* (Dijon, 1922).
(a) Arch. Haute Saône L 366.2; (b) Cousin, *op. cit.* (c) Arch. Haute Saône L 21.28; (d) Arch. Haute Saône L 21.28; (d) Arch. Haute Saône Q 128.
Villecroze (Var)
Poupé, E., "La Société populaire de Villecroze", *Révolution française* (1901), xl, 132-152.
Villemur (Haute-Garonne)
(a) Arch. Haute Garonne L 3166.
Villenauxe-la-Grande (Aube)
Bardet, A., "La Société républicaine et montagnarde des sans-culottes de Villenauxe", *Annales de l'Aube* (1893), 43-71.
Villeneuve-sur-Yonne
Prevost, G., "La Société des Amis de la Constitution de Villeneuve", *Bulletin de la Société... de l'Yonne* (1913), lxviii, 465-525.
(a) *Ibid.* (d) Arch. Yonne Q 249.
Vilquiers (Cher)
(a) Arch. Cher L 925.
Vire (Calvados)
Butet-Hamel, "La Société populaire de Vire", *Bulletin du comité des travaux historiques* (1906), 269-329.
Vouneuil-sur-Vienne (Vienne)
Sin firma, "La Société populaire de Vouneuil, registre de ses déliberations", *Révolution française* (1906), 1, 144-162, 239-258.

Este libro se terminó de imprimir el día 20 de octubre del año 1962, en los talleres PELLEGRINI, *Impresores*, de la calle San Blas 4027, Buenos Aires.

DE NUESTRO CATALOGO

Aguirre Elorriaga, Manuel, S.J., *El Abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana.* 2ª edición.
Alem, etc., *La revolución del 90.*
Anzoátegui, Ignacio B., *Nueve cuentos.*
Aretz, Isabel, *Costumbres tradicionales argentinas.*
Belgrano, Mario, *Rivadavia y sus gestiones diplomáticas con España.* (1815-1820).
Belloc, Hilaire, *Europa y la fe.*
— *El estado servil.*
— *La Revolución Francesa.*
Bosch, Mariano G., *Historia del Partido Radical.* La U.C.R. 1891-1930.
Bouscaren, Anthony T., *La política exterior soviética.*
Brinton, Crane, *Los Jacobinos.*
Burham, James, *La revolución de los directores.*
Burnett, John, *La aurora de la filosofía griega.*
Butterfield, Herbert, *La política de Maquiavelo.*
Busaniche, José Luis, *El bloqueo francés de 1838 y la misión Cullen.* Federalismo y rosismo.
Cané, Miguel, *La diplomacia de la Revolución.*
Carbia, Rómulo D., *La Revolución de Mayo y la Iglesia.* Contribución histórica al estudio de la cuestión del Patronato Nacional.
Clifton Goldney, Adalberto A., *El cacique Namuncurá.* Ultimo soberano de la Pampa.
Colinon, Maurice, *La Iglesia frente a la masonería.*
Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima.*
Cornejo, Atilio, *Apuntes históricos sobre Salta.* 2ª edición corregida y aumentada.
Dabin, Jean, *El Estado o la Política.*
D'Amico, Carlos, *Buenos Aires, sus hombres, su política.*
Dent, E. J., *Las óperas de Mozart.*
Doll, Ramón, y Cano, Guillermo, *Las mentiras de Sarmiento.* Por qué fue unitario.
Driencourt, *La propaganda, nueva fuerza política.*
Durán, Leopoldo, *Contribución a un diccionario de seudónimos en la Argentina.*
Ezcurra Medrano, Alberto, *Las otras Tablas de Sangre.*
Fay, Bernard, *La Francmasonería y la revolución intelectual del siglo XVIII.*
Furlong, Guillermo, S.J., *Los jesuitas y la cultura rioplatense.* Nueva edición corregida y aumentada.

— *Matemáticos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Médicos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Músicos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Artesanos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica.*
— *Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica.*
Gálvez, Jaime, *Rosas y el proceso constitucional.*
— *Rosas y la navegación de nuestros ríos.* Segunda edición.
Gálvez, Manuel, *La Argentina en nuestros libros.*
Garasa, Delfín L., *El quehacer literario.*
García de Loyd, Ludovico, S.J., *El virrey Sobre Monte.*
Gaxotte, Pierre, *El siglo de Luis XV.*
Genta, Jordán B., *Libre examen y comunismo.*
Gierke, Otto von, *Las ideas políticas de la Edad Media.*
Gómez Ferreyra, Avelino I., S.J., *Pedro "El Americano" y una misión diplomática argentina.* (2ª edición aumentada y corregida).
Grant, Michel, *Literatura latina.*
Guenon, René, *El teosofismo.* Historia de una seudo religión.
Harmuth, Gerhard, y Schwalberg, Georg, *El "Graf Spee" en el mar.* (De Kiel a Punta del Este).
Hernández, José, *Martín Fierro.* Introducción, notas y vocabulario de Horacio Jorge Becco.
Hutchinson, Thomas J., *Buenos Aires y otras provincias argentinas.*
Irazusta, Julio, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia.* Cuatro tomos.
— Tomo V: *La agresión anglo-francesa.* 1845-1848.
— *Perón y la crisis argentina.*
— *Urquiza y el pronunciamiento.*
— *Ensayos históricos.*
— *Tomás M. de Anchorena o la independencia americana a la luz de la circunstancia histórica.*
— *Las dificultades de la historia científica y el "Rosas" del Dr. Celesia.*
Ivern, Andrés, *Rosas y la medicina.*
Laferrere, Roberto de, *El nacionalismo de Rosas.*
Leumann, Carlos Alberto, *La literatura gauchesca y la poesía gauchesca.*
López, Vicente Fidel, *Manual de historia argentina.*
Lugones, Leopoldo, *La Grande Argentina.*
Manoilesco, Mihaial, *El partido único.*
Marangoni, Matteo, *Comprender la música.*
Marcó del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo.* (Cincuenta años de historia argentina).
Maulnier, Thierry, *El pensamiento marxista.*
Maurras, Charles, *Mis ideas políticas.*
Molinari, Diego Luis, *Prolegómenos de Caseros.*
Montarce Lastra, Antonio, *Redención de la soberanía.* Las Malvinas y el diario de doña María Sáez de Vernet.
Oliver, Juan Pablo, *Alberdi.*
Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina.* 1515-1957. Dos tomos.
Passage, Henri du, S.J., *Moral y capitalismo.*
Pérez, Joaquín, *San Martín y José Miguel Carrera.*
— *Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires.* El año XX desde el punto de vista políticosocial.
Presas, José, *Memorias secretas de la Princesa Carlota.*
Puentes, Gabriel, *El gobierno de Balcarce.*
Pueyrredón, Carlos A., *La diplomacia argentina con los países americanos.* 1815-1819.
Quesada, Ernesto, *La época de Rosas.*
Rapela, Enrique, *Cosas de nuestra tierra gaucha.*
Remond, René, *La derecha en Francia.* De 1815 a nuestros días.
Rodríguez Larreta, Carlos, *Después de Caseros.*
Rosa, José María, *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica.* 3ª edición aumentada y coregida.
— *Nos los representantes.* 2ª edición aumentada y corregida.
Saldías, Adolfo, *Historia de la Confederación Argentina.* Rozas y su época. Edición ilustrada. Tres tomos.
Sarmiento, Domingo F., *Condición del extranjero en América.*
Sierra, Vicente D., *Historia de la Argentina.* Tomo I. Introducción, conquista y población. (1492-1600).
— Tomo II. Consolidación de la labor pobladora. (1600-1700).
— Tomo III. Fin del régimen de gobernadores y creación del virreinato del Río de la Plata. (1700-1800).
— Tomo IV. Fin del régimen virreinal e instalación de la Junta de Mayo en 1810. (1800-1810).
— Tomo V. Los primeros gobiernos patrios. (1810-1813).
Sinclair, T. A., *Historia del pensamiento político griego.*
Tonelli, Juan B., *Manuel Dorrego.*
Torre Revello, José, *La orfebrería colonial en Hispanoamérica y particularmente en Buenos Aires.*
Thibaudet, Albert, *Las ideas de Charles Maurras.*
Trenti Rocamora, J. Luis, *El teatro en la América colonial. danistas.*
— *Grandes mujeres de América.*
Vargas Ugarte, Rubén, S.J., *El Episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana.*
Vásquez, Aníbal S., *José Hernández en los entreveros jor-— López Jordán.*